

FSAS
010

LIBRARY OF THE
NATIONAL ARCHIVES
WASHINGTON, D. C.
1960

01

QUIEN BUSCA HALLA

Novela de costumbres nacionales

P O R

Soledad Acosta de Samper



From a Photo. by
R. E. Rudlock,
Newcastle-on-Tyne.

Lucia

PARTE PRIMERA



CAPITULO I

Pedro y Lucía

—Señorita, un caballero! exclamó la criada abriendo con estrépito la puerta de la salita en donde se hallaba Lucía.

Era aquella fámula de raza indígena, pero semicivilizada, baja de tallo y de frente, ancha de cintura y de cara, morena amarillosa de cutiz, aunque de mejillas coloradas; los pómulos salientes, la nariz achatada, los ojos pequeños y negros como su lacio y cerdoso cabello que le colgaba sobre la espalda recogido en dos trenzas hirsutas. Vestía un corpiño de zaraza de manga tan corta que dejaba descubiertos sus brazos gruesos y toscos, y una enagua ~~de percal~~ de percal, y tan corta que asomaban sus pies desnudos y anchos.

La salita de la casa de Lucía, ó más bien quintita, sita en las inmediaciones

del alto de San Diego, como toda aquella habitación, era sencilla pero perfumada y olorosa á reseda, á rosas, violetas y lirios.

— Bien sabes, Justa, que no puedo recibir... mi madre está enferma y este bordado tengo que entregarlo mañana sin falta...

Al decir esto, se levantó apresuradamente de su silla costurera, frente de un ancho bastidor, en el cual estaba extendido un ornamento de Iglesia que ella bordaba con sedas de colores ó hilo de oro y de plata.

— Lucía, dijo en aquel momento un joven que había penetrado hasta el aposento en pos de la criada. Lucía cómo no me había de permitir que estrechara su mano antes de ausentarme?

264

La niña le alargó la mano sin contestar, pero al hacerlo encendiósele su blanco y bellissimo rostro y se le aguaron repentinamente sus negros y rasgados ojos. Pero viendo que él conservaba por más tiempo de lo regular su mano estrechada, la retiró y tomó asiento detrás del bastidor.

—Pedro, dijo con turbada voz, mi madre está enferma. . . . y yo tengo que concluir este bordado para la fiesta de Nuestra Señora de las Mercedes!

—¿Y piensa usted que la vengo á quitar el tiempo?

—Apenas me queda el día de hoy para trabajar. . . . y necesito con urgencia pagar el médico y comprar los remedios para mi madre.

—¿Y qué necesidad tiene usted de pasar estos apuros? exclamó el joven con impaciencia. Lucía, Lucía! oigame usted. . . .

El joven era alto, esbulto, de elegante porte, llevaba botas altas y espuelas, y en la mano el sombrero y un látigo de mango de plata, pues se acababa de desmontar á la puerta de la casa.

Al decir esto tomó asiento en una silla de cuero frente á Lucía, la cual no contestó.

El visitante fijó los ojos en la niña, mientras que ella metía y sacaba la aguja en el bordado que tenía al frente.

—Está usted flaca, dijo él al fin, y más pálida que antes.

Efectivamente, pasada la primera turbación, la joven volvió á su estado natural, y se notaba en ella gran palidez; rodeaban sus ojos círculos azulosos como si no durmiese, y sus mejillas no ostentaban la frescura y redondez propias de su edad, y su color era mate como el de una estatua de mármol, pues era muy blanca; sus pequeñas manos estaban tan demacradas que un anillo de esmalte negro que adornaba uno de sus dedos daba vueltas á cada movimiento que hacía. Sus hermosos cabellos castaños, ondeados y finísimos, le caían más abajo de la cintura, terminados por relucientes rizos que se destacaban sobre su limpio vestido de percal.

De resto no podía decirse que la joven fuera una belleza sobresaliente, sino singularmente atractiva y agraciada, por la pureza encantadora de su mirada y la elegante armonía que se sentía, más bien que se veía, en todos sus movimientos. Esto en cuanto á la parte exterior de su aspecto; su carácter se irá descubriendo á medida que se vaya desarrollando esta verídica relación.

—¿Ha estado usted enferma? preguntó de nuevo Pedro.

—Nó; contestó ella tratando de ocultar su visible emoción al sentir los ojos del visitante fijos en ella; pero mi madre está bastante indispuesta y esto me atormenta, añadió.

—Su mal es grave entonces?

—Sus achaques de siempre, pero se repiten demasiado.

Al decir esto, sin levantar la mirada, siguió bordando, metiendo y sacando la aguja en el raso, lo que producía un ruido monótono y continuo, que acabó por impacientar al joven.

—Lucía, dijo, le suplico que deje usted ese trabajo y atienda á lo que vengo á repetirle.

Ella descansó las manos sobre el bastidor y lo miró.

—¿De qué se trata? preguntó ¿algo nuevo?

—¿Me lo pregunta usted?

—¿No habíamos convenido, Pedro, en que usted no volvería á tratar conmigo aquel asunto?

Efectivamente. . . . pero hoy quiero hablarla. . . .

—¿Para qué atormentarme?

—Sólo deseaba hacerla una pregunta.

—Diga usted.

—La misma de siempre; á saber si usted será siempre ingrata!

—Ingrata yo! . . . No lo he sido nunca, ni lo seré jamás!

—Pruébemelo.

—¿Cómo? puesto que usted no quiere comprenderme.

—Al contrario, es usted la que no ha querido entender sus intereses y los míos.

— Mis intereses!

— Sí; prefiere esta vida de faenas superiores á sus fuerzas, más bien que aceptar mi mano y vivir holgadamente.

— Usted sabe, Pedro, qué es lo que nos divide, ¿para qué renovar penosas discusiones?

— La he dado dos meses para que reflexione nuevamente, y ver si usted entra en razón.

— Era inútil. . . .

— ¿Está, pues, resuelta á rechazarme?

— Salvo que durante este tiempo hubiera usted cambiado de ideas. . . .

El no contestó y ambos permanecieron callados; él mirándola, y ella con los ojos bajos. Viendo que Pedro nada decía, Lucía trató de ensartar la aguja que había picado en el raso, pero le temblaban tanto las manos, que tuvo que desistir, y entonces, para evitar la insistente mirada del joven, se puso á cubrir con un paño limpio lo que tenía bordado, apuntándolo con alfileres.

— Lucía, dijo al fin Pedro con voz grave, ¿acaso tendré algún rival?

— Esas son preguntas necias.

— Por qué? Todo cabe en lo posible.

— Bien lo sabe usted, repuso ella, que esa es una ofensa para mí. . . . nos divide, Pedro, sólo una cosa, y está en su mano quitar ese estorbo.

— Estaría en mi mano fingir lo que no pienso, ¿no es así? Yo no soy hipócrita, sino franco, usted lo sabe muy bien; yo no sería capaz de engañarla; por consiguiente, no crea que usted ni nadie logre jamás que diga lo que no siento.

— Así lo he visto; hace usted muy bien; en vista de la firmeza de sus ideas y de las mías, fue que supliqué á usted que no volviera á mi casa, puesto que no podríamos entendernos. Usted sabe cuál fue el motivo de nuestro rompimiento. . . .

— El aparente motivo de su rompimiento conmigo bien lo sé! exclamó él interrumpiéndola.

— Tiene usted razón, repuso ella, la verdad es que tal vez no expliqué á usted todo, y como las palabras de usted me abrieron los ojos. . . .

— Le abrieron los ojos!

— Sí; comprendí cómo sería mi vida á su lado.

— Yo, Lucía, daría mi vida por hacerla feliz.

— Dice usted que daría su vida por mí ¡y sin embargo no tuvo inconveniente en herirme en el alma!

— ¿Era herirla en el alma, decirle que una vez que fuera mi mujer no debería frecuentar tanto el confesionario y las iglesias?

— Usted dijo, Pedro, que la que fuera su esposa tendría que contentarse con confiar á su marido sus faltas, si las tenía, y no ir á delatar á un extraño los secretos de su hogar.

— Quizás diría eso en el primer momento, repuso él, aguijoneado por el disgusto que me causó la ausencia de usted de su casa, pero recuerde usted que le dije que había exagerado mis palabras; que lo único que exigiría de usted sería que frecuentase menos las iglesias y poco el confesionario.

— Pero repito, contestó ella, que un rayo de luz había iluminado mi conciencia; á pesar de la pena que me causaba esa convicción íntima de que haría mal si aceptaba su mano, mi dolor fue grande, se lo confieso, porque comprendí que cometería un crimen si enlazaba mi suerte con un incrédulo, enemigo de la Religión de Cristo.

— Lucía, esos son consejos de los clérigos! exclamó Pedro con violencia; esa idea no puede haber nacido espontáneamente en usted!

— Se equivoca, Pedro, en esto no pedí consejo á nadie, me bastó el sentido común.

— Diga usted que esas ideas las aprendió en el Convento.

— Probablemente.

— Pero no es nada de eso tampoco.

— Qué es?

—Que usted no me ama; porque si así fuera, no tendría fuerzas para rechazarme.

—Dios siempre da fuerzas cuando se le invoca de corazón.

—Dios, si existiera, no se tomaría el trabajo de ocuparse de usted.... eso se cae de su peso, y creerlo es una niñería.

—El bajó al mundo para rescatarnos, sufrió y murió por nosotros, algo valdremos.

—Ah! Lucía, el amor no razona, y quien puede discurrir como usted, no ama.

Lucía no contestó.

—He adivinado, ¿no es así? repuso él impetuosamente.

—No es así, contestó ella levantando los ojos llenos de lágrimas.

—Su mirada contradice la frialdad de sus palabras, dijo Pedro acercando su asiento al de Lucía; pero si me ama, ¿por qué no me acepta? Créame, añadió muy conmovido, yo la haría feliz!... La llevaría á Europa; iría á Roma, conocería al Papa, recibiría su bendición....

Lucía callaba.

—Oigame usted, continuo él; mientras **tanto** su madre de usted permaneciera en Bogotá tranquila, llena de comodidades, descansando, contenta. Se lo juro, Lucía, usted no tendría por qué quejarse de mí.... La amaría siempre, sería su esclavo.

Lucía suspiró.

—Mientras durara la juventud, Pedro, mientras durara la juventud, usted sería tal vez un modelo; pero el día que por capricho se fastidiara de mí, ¿qué lazos le conservarían á mi lado?

—Los del honor, repuso el joven.

—No hay verdadero honor para aquel que sólo cree en la vida presente. Yo viviría temblando, no podría tener con usted esa confianza que nace y crece en los corazones de los que abrigan la misma fe; el nombre de Dios se interpondría entre nosotros á cada paso, no habría verdadera simpatía entre los dos, puesto que no oráramos ante los mis-

mos altares.... Ya ve usted que no debemos discutir más este asunto, y lo he ahondado sola; mi convicción es incontrastable, y jamás podrá variar.

—¡Es decir que puede más una religión de fantasía que el amor verdadero, en ese corazón convertido en hielo por el fanatismo!

—El amor de Dios lo puede todo, Pedro, y debe conservarse sin mancha en nuestra alma y evitar siempre todo aquello que pudiera amenguarlo ó falsearlo.... Prefiero llorar ahora, más bien que perder mi alma para la eternidad!

—Perder su alma porque vivirá con-

migo! Bien sabe usted que yo odio el vicio, y mi conducta es irreprochable á los ojos de la sociedad.

—Bien lo sé, Pedro; pero no basta.

—No basta! ¿Usted se figura entonces que sólo los católicos, beatos, son los únicos hombres buenos, los únicos honrados y estimables?

Y añadió el joven con cierta indignación amarga:

—¿Piensa usted que todos los libres pensadores somos unos monstruos de maldad, unos perversos, sin honor y sin vergüenza, sólo porque no frecuentamos las iglesias?

—No pienso tal cosa, porque la bondad, las virtudes humanas suelen surgir de los elementos menos á propósito para alimentarlas: esto es lo que desgraciadamente engaña á las mujeres. Pero la impiedad no da garantías, y creo que ninguna debería atenerse á las virtudes humanas, para sobre esa base no más formar un hogar y....

Pedro la interrumpió riendo con irónica mofa.

—Ha aprendido bien su lección! dijo.

—No habla en mí sino el sentido común y la poca experiencia que he tenido.

—Dígame una cosa Lucía: ¿Le parece á usted que mi padre ha sido un mal esposo?

—De ninguna manera, bajo el punto de vista del mundo.... pero ha sem-

brado en usted esas ideas de las cuales no cosechará usted sino desengaños y esto no producirá sino tristezas en la familia.

—Bien; mi padre, libre pensador, no es pues un perverso á los ojos del mundo; y ahora dígame ¿qué piensa usted de D. Timoteo Sánchez y del rezandero de su socio, ambos considerados como varones apostólicos y columnas de la Religión que usted preconiza? ¿Su conducta estará acaso ajustada á la moral?

—Si han dado escándalo, repuso Lucía sin turbarse, si sus manejos comerciales son torcidos, esa no es culpa de la fe de Cristo, de nuestra santa Religión, sino de que esos hombres se ocultan detrás de la cruz para pecar mejor... pero al fin pueden arrepentirse, llorar sus crímenes, repararlos...

—¿Y eso basta á ustedes? ¿Les parece que no es un despropósito creer que hombres que han servido de piedra de escándalo en la sociedad humana, vayan después muy tranquilos á gozar del Cielo, sólo porque se han arrepentido de sus culpas á última hora y cuando ya no podían cometer otras?

—Si su arrepentimiento, Pedro, no es sincero y engañan al sacerdote que los ha absuelto, Dios no los perdonará... De todos modos, es un error creer que no tendrán que purgar sus crímenes, en la tierra muchas veces y en el purgatorio siempre.

—Nada de eso, repuso Pedro; los beatos pensarán que quien "peca y reza, empata," y se contentan con darse muchos golpes de pecho con fingida humildad.

—Tampoco eso lo dicen los verdaderos creyentes. Dios perdona al pecador

arrepentido, pero le hace sentir el peso de su mano poderosa; le castiga como lo merece en este mundo á la medida de sus fuerzas, y en el otro obedece á la justicia divina.

—Vaya con la teoría de usted! ¿No vemos acaso á gran número de desgraciados que han sido siempre virtu-

osísimos, que jamás han cometido ni siquiera faltas ligeras, y sin embargo, viven infelicitísimos, enfermos, pobres, tristes y desamparados?

—Así parece.
—Cómo así parece? lo vemos diariamente y podría citarle cien casos.

—Digo que así parece, porque en primer lugar no podemos sondear las conciencias y leer en los corazones, y por consiguiente no sabemos si en realidad esos desgraciados son realmente virtuosos, y si sufren con verdadera paciencia las pruebas y aflicciones de su vida. En segundo lugar los católicos saben que Dios cuando castiga en este mundo mitiga los sufrimientos del Purgatorio, los cuales son mucho más terribles que las penas del mundo.

—De manera que los infelices deberían dar gracias á la Providencia porque les manda trabajos! Habrá doctrina más absurda! Hablan ustedes de la otra vida como si la hubieran visto... Puesto que usted está en los secretos de Dios, dígame usted cómo nos castiga á los que nos atrevemos á dudar de todo ese fárrago de diálogos.

—Pobre Pedro, y cómo le compadezco! exclamó Lucía. A los que se contentan con no creer por falta de verdadera instrucción religiosa y que no se hacen mal sino á sí mismos por ignorancia, seguramente serán menos castigados que los que odian á Dios con satánica aversión y que se gozan en enseñar sus perversas doctrinas, arrancando la esperanza y el consuelo á los desheredados de la tierra, quitándoles la fe en otra vida mejor, sin ofrecerles compensación en ésta. Esos, Pedro, tienen que sufrir mucho, y ruego á Dios que usted no tome jamás ese camino.

—No tenía idea, Lucía, que usted fuera tan docta en doctrinas teológicas.

—No se burle de mí, Pedro. Yo no pretendo ser docta; sólo he aprendido el Gatecismo y lo he oído explicar por personas competentes. Aunque usted quiere ridiculizarme, fundándose en su superior educación, yo siempre trataré

de defender mi fe con mis pocas luces. Sin embargo no gusto de estas discusiones, porque no sé si usted me podría al fin vencer, no porque no haya argumentos que sepan contestar victoriosamente á cuanto ustedes puedan decir, sino porque mi ignorancia podría quizás quitarme las fuerzas y ofuscar mi entendimiento.

Entretanto que hablaba Lucía, Pedro se paseaba de una punta á otra de la salta, deteniéndose de vez en cuando delante de ella para dirigirla la palabra.

—Lucía, la dije, yo he estimado y amado á usted mucho, muchísimo más de lo que usted piensa; usted ha sido para mí algo sagrado que frecuentemente me ha apartado de las tentaciones que asaltan á todo joven... mi amor nació en mi infancia y creció conmigo; así pues, se halla enlazado con las fuentes de mi sér y las fibras de mi corazón, y al perderla, pierdo la parte más pura de mi vida; sin embargo, veo que usted tiene razón... Cada palabra que usted pronuncia me convence más que la diferencia de educación y por consiguiente de ideas, ha puesto entre usted y yo un obstáculo insuperable. Si usted fuera una de esas muchachas frívolas que se contentan con la vida material de la existencia, y si yo fuera como mi padre, que acepta sin vacilar las ideas y las doctrinas que él piensa

conocer á fondo y sólo ve la parte superficial de ellas, usted hubiera aceptado mi mano sin vacilar, como tantas otras, y yo le hubiera ofrecido sin pensar cumplirlo, cuanto me hubiera pedido. Pero ni usted se satisface con vivir al lado de una persona que profesa doctrinas opuestas á las suyas, ni yo la estimaría como lo hago hoy si lo hiciera. Usted es fanática religiosa....

—Y usted fanático antireligioso! exclamó Lucía interrumpiéndolo.

—Yo soy libre pensador convencido, prosiguió él. Es cierto que yo no me mezclo en hacer prosélitos y no pretendo que los demás piensen como yo, fue-

ra de mi hogar; pero mi mujer tendría que aceptar y conformarse con mis ideas. Mi Dios es la Razón humana, y vería con hondo disgusto que los miembros del clero católico (ó de cualquiera otra religión) dominaran en mi casa, como ellos pretenden hacerlo siempre.

—Usted se equivoca, Pedro, y no comprende el verdadero espíritu de nuestra sacrosanta Religión y la de sus ministros....

—Quien se equivoca es usted, Lucía; ni es posible que usted en su vida retirada del mundo hubiera tenido ocasión de saber lo que en realidad es eso que llaman catolicismo; pero si quisiera instruirse realmente, si leyera con atención los libros que yo le prestara, pronto sus ideas cambiarían, vería las cosas bajo otro prisma....

—Dios me libre! exclamó Lucía. Si yo tuviera una instrucción sólida, bien sé que ninguno de esos libros me harían

impresión; pero como he dicho á usted soy ignorante en ciencias humanas, y no podría descubrir la falsedad de las doctrinas adversas. Al contrario, estoy segura de que si usted estudiara la Religión de Cristo, pronto hallaría usted allí la Verdad que busca y no halla.

—¿Y quién le ha dicho á usted que no la halla?

—Quién? La vaguedad de sus palabras y los garrafales errores que avanza como cosa cierta y averiguada.

—Es cierto que yo no he estudiado nada de eso, respondió el joven con sonrisa desdeñosa; me bastó por cierto lo que me enseñaron en la escuela. La Razón no puede tolerar cierta clase de desvaríos pueriles que rebajan al hombre á sus propios ojos, y lo ponen al nivel de los salvajes que se prosternan, como ustedes los católicos, delante de ídolos de madera, de piedra y aun de lienzo, pintado por sus propias manos; que pretenden creer en apariciones sobrenaturales de las cuales se reíría un niño de siete años....

—Basta, Pedro, exclamó Lucía con voz grave é indignada.

Hasta aquel momento se había sentido conmovida, enternecida con la evidente tristeza de Pedro; pero al oírle decir aquellas palabras se sintió otra; con la faz ya serena, se levantó de su asiento y después de fijar durante un instante los ojos en una imagen del Salvador que tenía al frente, añadió mirando á Pedro:

Basta ya; no hablemos más de esto; nunca podremos entendernos...

—Efectivamente; usted discurre con el corazón, y con la cabeza yo.

—¿No me dijo usted al entrar, repuso Lucía, que venía á despedirse? ¿á dónde piensa irse?

—Me marcho para Europa por el próximo paquete... pero si usted quisiera podría retardar mi viaje.

—Con qué objeto?

—Con el de llevarla conmigo.

—Usted ve que eso es imposible... le deseo, pues, mil felicidades en su viaje.

—¿Me despide usted con esa frialdad? contestó Pedro sentándose nuevamente.

Lucía le imitó.

—¿Es frialdad, dijo, desearle felicidades?

—Felicidad lejos de usted, significa olvido.

Lucía no contestó y Pedro permaneció callado y meditabundo.

Una mirra que habitaba una jaula de cañas en el corredoreito del jardín, sobre el cual se abría la puerta-ventana de la salita, empezó á cantar; imitóla el canario de la otra jaula, ejemplo que siguieron algunos copetones que saltaban sobre el tejado, produciendo entre todos un concierto admirable. Al mismo tiempo una suave brisa sacudió las flores del jardín y llevó en sus alas el embalsamado ambiente hasta el lugar en que tristes y cabizbajos se hallaban los dos jóvenes. A lo lejos se oían rodar los carros por el camellón, el silbar de los conductores, el chasquido de las zurriagazos de los arrieros, el paso de las bestias, los gritos, las llamadas, las carcajadas de los niños que jugaban en

el camino público. El cielo se veía azul y despejado por enmedio de las ramas de un arbusto, un jazmín amarillo, que crecía cerca... Como la casa era tan pequeña, se oía al mismo tiempo el ruido de la piedra de moler en la cocina y el canto del gallo en el corral.

Todos aquellos rumores—mezcla poética y prosaica de la vida—tan familiares, recordaban á Pedro toda su existencia de joven y las ilusiones de su amor perdido en aquella casita que era para él la imagen del paraíso terrenal. Esto le produjo un dolor profundo; creía oírlos por la última vez, ¿á qué volver á visitar otra vez á Lucía que le rechazaba?

Quiso entonces llevar fotografiada en su memoria esa humilde salita y arrojó una mirada de despedida sobre ella, desde el suelo cubierto con una gastada, pero limpia estera de esparto, hasta su blanqueado techo. Amoblábalas dos pequeños sofás antiguos, cubiertos con percalas de ramazones, molidos por uso, pero remendados y aseados, cuatro sillitas de paja, varias mesitas con cajón y agarraderas de vidrio, sobre las cuales campeaban algunos dijes de sobre-mesa (regalos de cumpleaños de las amigas de Lucía) y un grupo en fotografía que representaba á la familia de Pedro en posiciones forzadas y poco naturales. La pared cubierta con un papel barato, color gris, estaba ornada con estampas de santos en oleografía y un retrato grande al lápiz, del padre de Lucía, muerto algunos años antes, regalo de un bujante compañero de oficina de aquél.





Sobre un aparadorcillo había un antiguo reloj de sobremesa que interrumpía el silencio con su ruidoso andar. Era éste reliquia de antiguos esplendores de la familia, y en el cual fundaba su orgullo la madre de Lucía.

Dos ó tres tiestos de barro pintado con plantas vivas y un ramo de flores en un vaso sobre la mesita costurera al lado del bastidor de Lucía completaban el ajuar de aquel modesto y perfumado santuario, en el cual el joven dejaba para siempre á la mujer para él más interesante de cuantas había visto, á pesar de que sus ideas eran tan atrasadas y tan contrarias á las suyas.

Así transcurrió un cuarto de hora, callaba Pedro y miraba en torno suyo con tristeza; bordaba la niña con movi-

mientos acompasados, metiendo y sacando la aguja; cantaban alegremente los pajarillos; soplaban la brisa deshojando las rosas en el jardín; refan los niños en el camino; sonaban voces y ruedas en el camellón. . . . Aquella escena tranquila y sosegada hacía contraste con la amargura que oprimía el corazón del joven y la honda melanco-

lía que consumía el alma de Lucía.

De repente el reloj de sobremesa dió cinco roncadas campanadas con voz raquítica y destemplada por los años que llevaba sirviendo en aquella familia que había conocido mejores días, pero que se hallaba ya muy cercana á la miseria.

—Las cinco! exclamó la bordadora levantando la cabeza, y después de picar la aguja en el raso y cubrir la obra con un papel de seda y un paño de manos, repuso: tengo que dejarle solo porque es hora de dar una poción á mi madre.

—Eso significa, contestó él con displicencia: váyase usted porque estorba; no es así?

Ambos se pusieron de pie. Pedro tomó su sombrero que había puesto sobre una mesa, recogió el látigo y avanzando hacia Lucía. Ésta con los ojos bajos, la mano apoyada sobre el respaldar de una silla, luchaba con una emoción que la hacía callar.

—Se va para siempre, pensaba ella con angustia; no le volveré á ver, y sin embargo si yo quisiera. . . .

—No hay esperanza, dijo él tristemente, de que nos reconciliemos algún día!



—¿Luego hemos reñido? preguntó ella con una sonrisa forzada.

—Usted me arroja de su casa!

—Solo en su calidad de pretendiente... pero amigos ¿por qué no lo hemos de ser?... como antes... Cuando eramos niños...

—Y esos días de nuestra infancia que usted invoca, Lucía, no le ablandan el corazón! Ese corazón de usted que siempre he visto tan misericordioso con todos los que sufren, sólo conmigo es cruel? Por qué, cuando yo la he amado tanto?

—Pedro, calle usted... usted lo sabe... si usted sufre... yo también sufro...

Quiso decir algo más, pero como no quería derramar las lágrimas que sentía agolparse á sus ojos, hizo un esfuerzo supremo invocando las fuerzas que casi le faltaban y añadió:

—Para qué prolongar más esta entrevista amarguísima?... Adiós Pedro! que Dios le acompañe...

Ella alargó la mano, pero él no la tomó.

—Lucía, dijo con acento enronquecido por la emoción, por ese Dios que usted invoca á cada paso, deme usted una esperanza, un vislumbre de ella, y me retiraré conforme.

—Cuando Él toque á usted con su gracia, venga aquí que yo lo recibiré con alborozo... mientras así no sea, no hay esperanza en lo humano.

—Es inexorable el fanatismo de us-

ted! Sepa usted que yo no pido, no deseo, no quiero esa gracia!

—Desgraciado! no diga esas cosas que Dios podría castigarle!

Si realmente existiera ese Dios que yo niego ¿por qué se oculta? por qué no se manifiesta á las claras?

—Él no se oculta, yo le veo en todas partes; lo siento en las palpitaciones de mi corazón y es el amor de Jesucristo que me da fuerzas para aceptar el cáliz de amargura que usted, Pedro, me brinda con sus palabras.

Ella había levantado los ojos al cielo azul que se veía desde aquel punto al través del follaje del jazmín, un ligero tinte de rosa animaba sus mejillas y su anhelante respiración levantaba acompasadamente la tela de su corpiño.

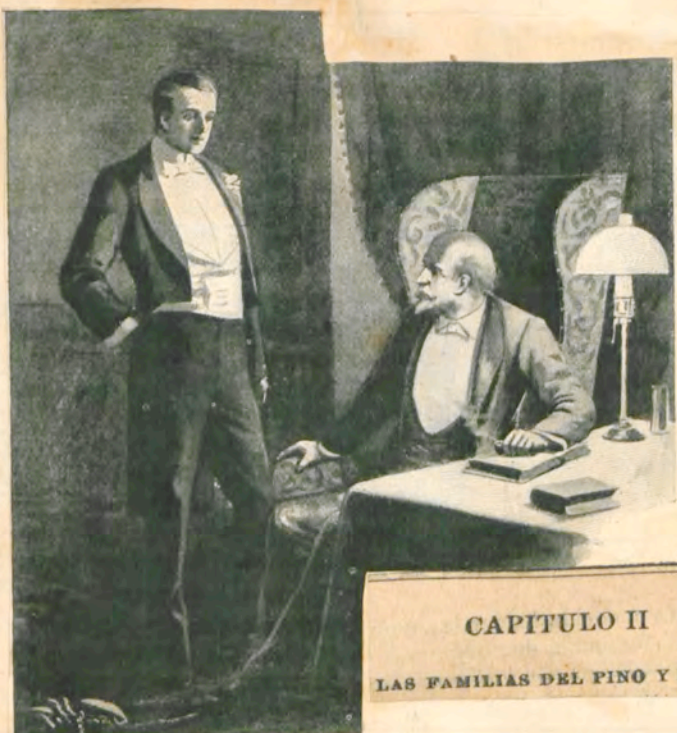
Jamás la había visto él tan encantadora, nunca tan ideal... eso mismo enardeció la indignación que le causaba esa resistencia que luchaba con su amor.

—Adiós, Lucía! exclamó dando un paso atrás; me retiro; la dije é iré á buscar el olvido lejos, muy lejos de aquí!

—Pero yo, contestó ella con acento dulcísimo, me quedaré rogando ~~inmediatamente~~ por usted al Señor, creador del Universo, para quien nada hay imposible, y no habrá día en que no le pida misericordia para usted... y fortaleza para mí, añadió en voz baja al ver que Pedro le volvía la espalda y salía del aposento sin despedirse.

En seguida se puso de rodillas delante de una imagen del Crucificado y oró durante algunos momentos; levantándose después, se limpió los ojos y se dirigió al aposento de su madre.





CAPITULO II

LAS FAMILIAS DEL PINO Y DE ARNAO

Don José del Pino (cuyo padre era Pinos á secas) pertenecía á una familia de ideas liberales y que, (decían ellos) las habían heredado de padres á hijos junto con una larga nariz y bellísimos dientes. D. José (cuyo hijo era el joven Pedro que ya conocimos en casa de Lucía) se había educado en los colegios conservadores de la primera época de Nueva Granada, pero fundaba su vanidad en las doctrinas de la familia con respecto á política, á lo cual él añadía el prurito de considerarse libre pensador, y habiéndosele indigestado las pocas lecturas que había hecho, citaba á todas manos por activa y por pasiva, á Voltaire, á Rousseau y demás filósofos del siglo pasado, hoy pasados de moda. Con este motivo parecía indispensable hablar con cierto desprecio volteriano de la Religión católica y burlarse de la devoción de los demás. Casó, sin embargo, con una buena pero ignorantísima señora que frecuentaba las iglesias y

educó á sus hijas en el convento de La Enseñanza. Como le preguntasen por qué hacía aquello y exponía el buen sentido de sus hijas á que se empapacen en ideas tan contrarias á las suyas, contestaba que el catolicismo era bueno para las mujeres; aquello le daba garantías de buena conducta y de virtud,



y al mismo tiempo las prácticas religiosas las entretenían y las alejaban de las vanidades del mundo Además, añadía



Desde muy niño le enseñó á que los hombres deberían reírse de las tontas supersticiones de las mejeeres, y aun le recompensaba y elogiaba cuando se escapaba del lado de su madre que pretendía enseñarle á rezar y llevarlo á misa. A los doce años, después de que accedió á que el niño hiciese, sin preparación ninguna, su primera comunión,

que el colegio mongil las daba hábitos de sumisión y de humildad y por consiguiente serían buenas hijas y buenas esposas. D. José no solamente permitía que la parte femenina de su casa cumpliera con sus deberes religiosos, sino que las estimulaba en esa vía, aunque burlándose de ellas; eso si aquellas prácticas no interrumpían el orden de la casa y la comodidad de su persona. Pero en cambio su conducta con su hijo único, Pedro, fue muy diferente.



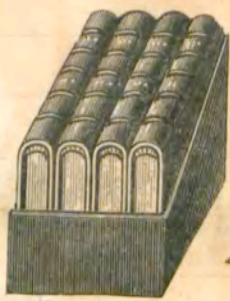
le mandó á uno de aquellos planteles de educación en los cuales se enseña por vía de moral el utilitarismo, y en lugar de religión, el ateísmo disfrazado de filosofismo desprovisto de toda preocupación de secta ó doctrina.

Cuando Pedro cumplió diez y ocho años ya había leído todo aquello que su padre y sus maestros consideraban el apogeo de la ciencia, y pidió á su padre que le encargase á Europa una librería cuya lista le dio uno de sus maestros y que comprendía los autores más enemigos de la Religión Católica que por entonces había en Francia, en Alemania y en España.





El joven se entregó entonces á aquellas lecturas que acabaron de falsear sus ideas y le llenaron de vanidad porque, se consideraba en extremo docto, convirtiéndose en un libre pensador fanático, y tan tenaz en sus ideas que no soportaba que nadie le contradijese. No se contentaba, como su padre, con burlarse del catolicismo, encomiar á los protestantes, respetar al mahometano y admirar el budismo, Pedro hacía alarde de su intolerancia con todos aquellos que conservaban sus creencias ó que siquiera guardaban las apariencias de religiosos; él había tomado su papel de alista por lo serio y hacía prosélitos entre sus compañeros de estudios y amigos, prestándoles y explicándoles aquellos libros que para él eran lo mismo



les quiten las ilusiones acerca de sus rezos, la eficacia de sus novenas y los halagos de las fiestas de iglesia.

No me gustan á mí las mujeres amantes de la lectura, eso les quita el tiempo, las hace románticas, las distrae de sus costuras y de su piano. Yo quiero que mis hijas sean felices, y serían desgraciadas si se les abrieran los ojos. . . Así, pues, punto en boca; no te metas á predicar en mi casa; eso se queda para que discurras con tus amigos que te entenderán.

—Pero, padre, contestó Pedro, es preciso ir ilustrando á las mujeres para que ellas sepan formar convenientemente las próximas generaciones! ¿Cómo hemos de progresar si nuestras mujeres permanecen sumidas en la ignorancia, y mientras que nosotros lleguemos á la luz, ellas continúan creyendo dislates como lo hacían en la Edad Media?

—Ja! ja!... Que lo hagan otros, hijo mío; yo no naací para redentor de

que el Evangelio para los cristianos. Negaba á puño cerrado cuanto decían los católicos y creía con una candidez extrema cuanto escribían sus autores favoritos. En su entusiasmo de proselitismo hubiera acabado por desviar también el espíritu religioso de sus hermanos si su padre no se lo prohibiese penitentemente.

—Deja á las mujeres en su ley, le dijo; ellas no deben ocuparse sino en las faenas caseras y en gobernar y poner orden en la servidumbre; como en nuestra Bogotá las muchachas no tienen mucho en qué ocuparse y distraerse, no



la sociedad! No admito que se haga el ensayo en mi familia; Dios me libere de mujer libre pensadora! ese es un contrasentido. . . Mira á tu madre; así deben ser las mujeres; un dechado de virtud, de sumisión, de bondad para conmigo; jamás discute mis órdenes, ni pretende cambiarlas; hasta ahora, después de veinte años de matrimonio, jamás ha preguntado por qué pienso yo de un modo y ella de otro, ni se le ha



ocurrido leer otros libros que los de sus rezos y la vida del santo del día. Así como ella quiero que sean mis hijas, modestitas y calladas; algo más educadas en esto de artes que su madre, así lo demanda la moda, pero en el fondo cerradas á la luces del siglo.

—Pero...
—Repito, Pedro, que en esto seré inflexible; prohíbo que me alecciones á tus hermanas, déjalas en paz y sosiego en su puesto; el caminito que han seguido está estrecho, pero yo sé que ese es el verdadero.

Felizmente Pedro tenía muy buenas inclinaciones, dulcísimo carácter y una bondad innata. En su niñez había sido muy alegre, nada travieso sin embargo, y sociable, pero á medida que fue creciendo y empapándose en las tristes y desalentadoras doctrinas que le enseñaron, se hizo melancólico, reconcentrado y de poco hablar, sobre todo en su casa. Era empero excelente con sus hermanas Isabel y Julia; tenía con ellas particulares consideraciones; y como por naturaleza era enemigo de las diversiones soeces de sus condiscípulos, se libró de

corromper su moral; *de manera* que una vez que salía de la escuela y del colegio gustaba permanecer en casa ó acompañar á sus hermanas á las casas de sus amiguítas.

Entre éstas él tenía grandísima preferencia por una de ellas, cuya casa



frecuentaba muchísimo. La madre de la niña era viuda de un empleado del Gobierno que había sido muy amigo de D. José en tiempos en que la fortuna le fue propicia. Sin embargo, como D. Manuel Arnao hubiese perdido sus haberes, consiguió por medio de D. José un empleo en el Gobierno de Mosquera, á pesar de ser conservador. Para conservar el destino que le daba con qué comer, Arnao tuvo que pasar por mil humillaciones, pero era hombre tímido, apocado é incapaz de trabajar en cosa alguna; así fue que se resignó á no opinar jamás, temeroso de discontentar á sus superiores, y vivía temblando de que le quitasen su miserable sueldo que le permitía vivir pobrísimamente con su mujer y su única hija.

Después de una vida de angustias y de afanes, al fin el mísero D. Manuel había muerto dejando en la inopia á su mujer, D.^a Concha, y á su hija Lucía, la cual *comenzamos* al empezar esta narración.

Uno de los antiguos amigos de Arnao consiguió una beca en La Enseñanza para la niña, mientras que D.^a Concha, nada amilanada con su desamparo, se entregó al trabajo para subvenir á su subsistencia y al vestido de la colegiala. Cuando ésta cumplió quince años la

sacó del Convento y ayudaba á su madre bordando con perfección y haciendo primorosos ramos para regalos y para novias.

Felizmente para aquellas dos mujeres, D.^a Concha poseía, en unión de una hermana suya, aquella quintita que ya vimos, la cual habían arrendado muy mal durante la existencia de Arnao. Entonces no podían habitarla por estar muy lejos del centro de la ciudad en donde estaban las oficinas del Gobierno, siendo el pobre empleado achacoso é incapaz de caminar lejos, pues en esa época no había tranvía que comunicase el barrio de San Diego con el de La Catedral. Pero una vez muerto él, las propietarias de la quinta resolvieron ir á habitarla, Preferían pagar á una sir-

vienta para que llevase á la ciudad el producto de sus labores: -- bizcochos y dulces que trabajaba D.^a Concha á las mil maravillas y que vendía muy bien á las personas ricas de la capital—así como los lindos ramos y bordados de Lucía.

La tía de Lucía y condueña de la quinta, vivía con la viuda de Arnao, y también tenía su negocio. A ella no se le encontraba en casa sino en los días de fiesta, de las siete de la noche hasta las seis de la mañana, porque D.^a Josefa (que así se llamaba), administraba una panadería en el barrio de Las Nieves, establecimiento que producía pingües ganancias á su dueña, rica dama de Bogotá, que ocultaba su nombre y derrochaba en lujo el dinero que con tanto trabajo, economía y desvelos, gana

el tacto de conservar sus amistades en la buena sociedad, á pesar del exiguo sueldo que devengaba en su empleo; además, es preciso hacer justicia á la sociedad bogotana y confesar que pocas son las familias pudientes que rompen su amistad con aquéllos que se han arruinado y dejan de visitarlos porque están pobres.

Muerto su padre, Lucía entró de interna en el Convento de La Enseñanza, y allí recibió educación sólida y religiosa.

Cuando salió del Convento Lucía encontró á su madre establecida en la quintita de San Diego, en donde los vecinos eran gentes miserabilísimas, con quienes no se podía alternar sino para darles limosnas, y el aislamiento de la habitación la hacía conservar su independencia; además en aquella casa se



gración y honradez, reunía la administradora, en cambio de un miserable sueldo.

Educada en aquella atmósfera de trabajo honrado y de noble pobreza, Lucía era, sin embargo, muy superior mentalmente respecto á su madre y á su tía. Sumamente inteligente, poseía un talento natural que ella ignoraba, y que encubría bajo una bondad dulcísima y una noble dignidad.

Se ha dicho que la pobreza rebaja los caracteres, y esto es verdad hasta cierto punto, no porque la pobreza degrade, ni el trabajo tampoco, sea el que fuere, sino porque la sociedad que frecuenta el pobre, los vecinos sin delicadeza y que por lo general son gentes vulgares y sin educación, les comunican sus modos de ser y hasta de pensar, y sin caer en la cuenta, se va perdiendo hasta la dignidad de los caracteres.

Sin embargo, á Lucía no le había sucedido esto. Cuando muy niña, su padre poseía algunos amigos, y había tenido

trabajaba tanto, que no había descanso sino en los días de fiesta, cuando Lucía, á instancias de su madre, iba á pasar el día con sus amigas de la ciudad, antiguas condiscípulas de colegio é hijas de los amigos de su padre. Pero entre todas, Lucía prefería las hermanas de Pedro, de quienes hablaremos adelante.

Aunque de familia regularmente acomodada D.^a Concha y D.^a Josefa, su hermana, no habían recibido mayor ins-

trucción en un hogar bastante vulgar. La pobreza y afanes para conservar su posición después de la ruina de Arnao, produjo en ambas hermanas muchos de los estragos de que hemos hablado y que sufre el que cae en la pobreza, de los cuales Lucía se había librado por estar ausente de su casa. Ambas señoras, aunque buenas en el fondo, eran regañonas, curiosas, indagadoras de las vidas ajenas, un tanto envidiosas de la fortuna de los demás, desconfiadas y en extremo quejumbrosas de su suerte,

refiriendo á todas manos, viniere ó no al caso, sus angustias presentes en comparación de los tiempos en que se creían ricas, tenían trajes de seda, palco propio en el Coliseo y tablado en las fiestas de toros, amén de otras grandezas de que hablaban. Sin embargo, los que las habían conocido en su juventud aseguraban que aquello era en gran parte imaginario y que jamás habían gozado sino de un modesto pasar.

D.^a Concha había perdido en la cuna á sus hijos mayores, y como no conservase viva sino á Lucía, hizo mil esfuerzos para echarla á perder con mimos á destiempo, lo cual indudablemente hubiera dañado el carácter de aquella niña si su buena índole primero y después la rigidez del Convento, no la salvara de tamaña desgracia. Acababa de cumplir quince años cuando volvió á su casa, y desde ese momento empezó á compartir con su madre y su tía los trabajos caseiros. Su prematuro juicio, su espíritu de resignación y orden era tal, que en bre-

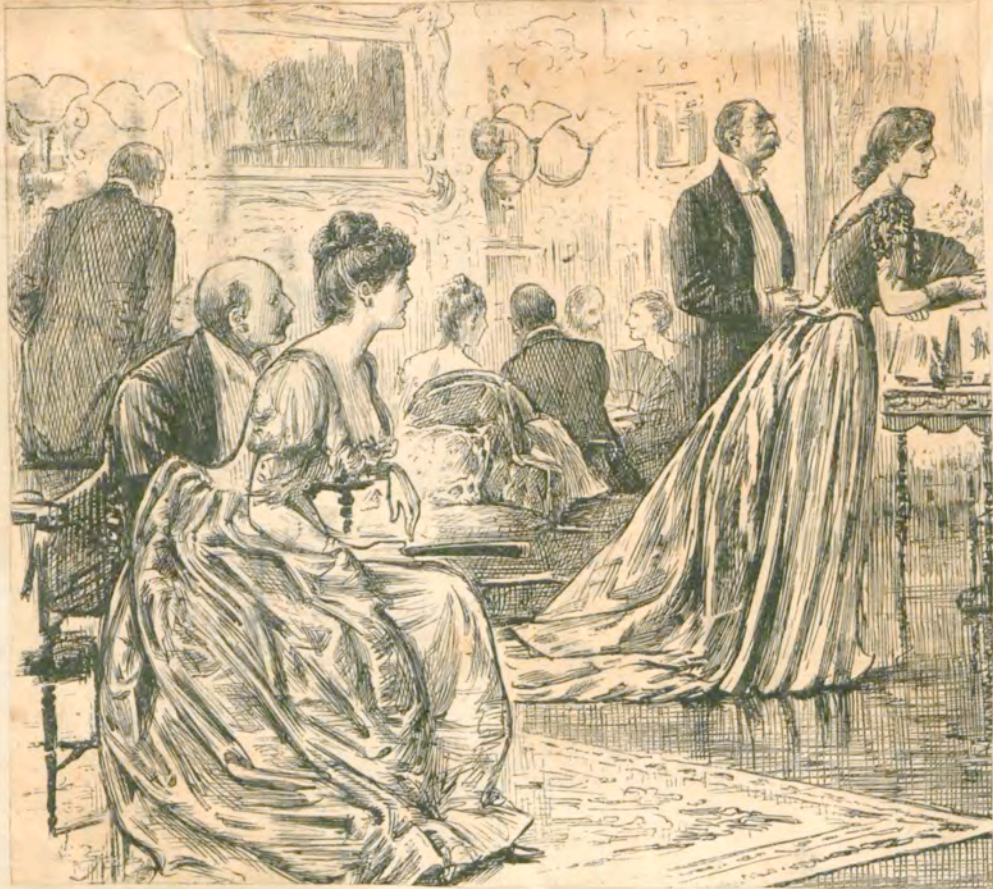
ve toda la responsabilidad de aquel hogar pesaba sobre ella; la bolsa común estaba en sus manos, y á ella tocaba repartir el dinero que ganaban las tres; ella hacía las cuentas y decidía cuáles eran los negocios en que se ganaba y cuáles en que se perdía; ella era el pañito de lágrimas—como se dice vulgarmente—de su madre, y sufría con angelical paciencia el frecuente mal humor de su tía, que pasaba los días de fiesta fumando en un rincón de la salita común y quejándose y lamentándose de su suerte. Su sobrina la cuidaba con dulces mimos, la componía la ropa, robando, para contentarla, el tiempo que hubiera dedicado á distracciones juveniles; frecuentemente en lugar de visitar á sus amigas, la acompañaba los domingos á sermón y á Buena Muerte, ó se estaba con ella oyendo sin pestañar las historias de su juventud, y la hacía la vida grata, sin que la buena señora cayera en la cuenta de los sacrificios que por ella hacía aquella dulce niña.

Las amigas predilectas de Lucía, como



dijimos arriba, eran las dos del Pino, amistad empezada en su primera infancia, continuada en el Convento y al través de todas las vicisitudes de su trabajada pobreza. A pesar de que las tres amigas se querían mucho, no podían visitarse con la frecuencia que desearan, pero los domingos pasaba el día Lucía en casa de D. José del Pino. Como vivían en barrios tan distantes, y D.^a Concha y su hermana gustaban de quedarse en casa y no salir, solían algunos domingos presentarse las niñas

del barrio de La Catedral en casa de Lucía acompañadas por su hermano y sacaban á su amiga de su encierro de toda la semana y en su casa la tenían entero el día, disfrutando toda la familia de la amable compañía de la huér-



Tertulias

Para, cuya alegre conversación entrete-
nía á los viejos como á los jóvenes.
Además las del Pino se aprovechaban
de la gracia que tenía para todo Lucía
y solía ayudar con muy buen gusto á
sus amigas en el arreglo de algún traje
y sabía como ninguna peinarlas para
las tertulias á que ellas asistían. Si ha-
bía función en la casa, nada se hacía
sin que Lucía la arreglara, componien-
do las flores con elegancia en los ricos
jarrones del salón de D. José, para lo
cual desentendaba su propio jardín para
vestir los aposentos de sus amigas. Una
vez todo preparado, Lucía asistía con
frecuencia á las tertulias vestida siem-
pre modestamente, pero con aquella ele-
gancia que la distinguía en todo, y que
nacía de la pureza de sus sentimientos.
Como ella no había tenido tiempo para
aprender á bailar, Pedro que nunca bai-

laba, se sentaba á su lado y tenían en-
tonces sabrosísimas conversaciones, las
cuales interrumpía Lucía para ir á dar
alguna orden á los sirvientes, descar-
gando con esto á los dueños de casa del
temor de que las cosas del comedor no
anduvieran bien.

La frecuentísima comunicación que
había entre Pedro y Lucía hizo que na-
ciera entre los dos jóvenes una afición
irresistible que fue creciendo con los
años. A pesar de las ideas antirreligio-

sas de Pedro, la pureza de sentimientos
de Lucía le imponía tanto, que jamás
se atrevía á avanzar ninguna idea que
pudiera turbar la conciencia timorata
de su interlocutora. Ella no era sin em-
bargo ignorante; como ama-e muhisi-
mo la lectura, y sobre todo la poesía,
su confesor que era persona de mundo,

y que poseta nativa libreña, tuvo gusto en prestarle obras buenas—los autores clásicos españoles y franceses—lengua esta que Lucía había aprendido, ayudándose con los libros de sus amigas y aprovechándose por segunda mano de las lecciones que recibían sus amigas. Tenía una memoria asombrosa, y como hemos dicho, un talento tan claro, que ella aprendía en un día lo que no alcanzaban á comprender sus amigas en un mes. Con este motivo hallaba Pedro en Lucía una persona de aficiones intelectuales raras en nuestra sociedad en ese tiempo; á pesar de lo mucho que se enseñaba á las niñas, éstas no amaban realmente la instrucción, y sus lecturas eran siempre superficiales y consistían en trozos de versos amoratorios y cuentos más ó menos insulsos.

Las hijas de D. José habían tenido al salir del Convento infinidad de maestros sobre todas materias, no porque su padre lo aprobase, sino por dar gusto á su mujer, que consideraba de moda y muy chic que sus hijas tuviesen maestros sobre todas materias, aunque no se



aprovechasen en realidad de aquellas enseñanzas. Si se hubiera hecho la cuenta de lo que costaron los catedráticos de Julia é Isabel desde que salieron del

Convento hasta que se casó la última de éstas—ya de más de treinta años de edad—indudablemente se encontraría que lo que se despilfarró en aquellas enseñanzas bastaría para mantener durante muchos años á varias familias necesitadas. Y decimos que se despilfarró ese dinero, porque aquellas señoritas jamás lograron poner sin maestro un vals en el piano, ni cantar una canción, ni leer una página en francés, ni pintar una flor... Y cuando se casaron cerraron el piano para siempre, no volvieron á abrir un libro en francés (é iba á decir que tampoco en castellano) y hasta olvidaron cómo se tajaba un lápiz.

Hablo de lo que ocurría en Bogotá ahora veinticinco años, probablemente hoy día habemos *changé tout cela*.

La afición que se ~~había~~ cobraron Pedro y Lucía no había pasado inadvertida en sus respectivas familias, y D. Concha, que conocía los engaños del



Julia

Isabel

mundo, temiendo que el joven fascinara á su hija y no tuviera intenciones de casarse con ella, resolvió prohibir las visitas prolongadas de Lucía en casa de las del Pino. Al mismo tiempo D. José notificó á su hijo que no hiciese la corte á la hija de D. Concha, puesto que no había de casarse con ella, y sus asiduidades podían hacer daño á la reputación de la niña.

—Eso déjalo de mi cuenta! exclamó el joven; su reputación me interesa más que á nadie, porque me pienso casar con ella.

—Tú! niñerías. . . .

—Yo, sí señor.

—No has concluído tus estudios de abogado y ya estás pensando en casarte?

—Tengo veintidós años, dentro de pocos meses me graduaré.

—¿Ya lo tienes arreglado con ella?

—Aún no le he hablado seriamente. . . pero yo sé que me ama.

—No lo dudo! . . . ¡qué más podría desear ella!

Y al decir esto D. José, miraba cariñosamente la gallarda figura de su hijo.

—¿Pero no apruebas mis intenciones?

Preguntó Pedro.

—Estás muy joven; no conoces el mundo; es preciso que no te fijes con tanto empeño en Lucía.

—Desde que tengo uso de razón, repuso Pedro, he tenido grande predilección por ella. Jamás he visto mujer más de mi gusto, virtuosa, inteligente; lo tiene todo!

—Podrías aspirar á la mano de la señorita más encopetada de Bogotá; y pretendes casarte con una pobre costurera!

—¿Su familia no es igual á la nuestra, tan honorable y tan buena? . . .

—Efectivamente, el amigo Arnao se preciaba de ser de linaje muy bueno.

—Y si es pobre, más mérito tiene ella que las que han nacido en la opulencia!

—Es verdad, repuso el padre que tenía gran respeto á las virtudes de Lucía; no hallarás otra mejor. . . pero es preciso empezar por donde se debe. . . yo pediré la mano de Lucía para tí, pero con una condición.

—Cuál?

—Que no se haga público el compromiso y que no se fije el matrimonio sino para después de tu grado. . . Ya ves si te doy gusto, hijo, tú también debes dármele. que

Y mientras que el alborozado Pedro daba las gracias á su padre por su condescendencia, el viejo murmuraba entre dientes, sonriendo para su capote:

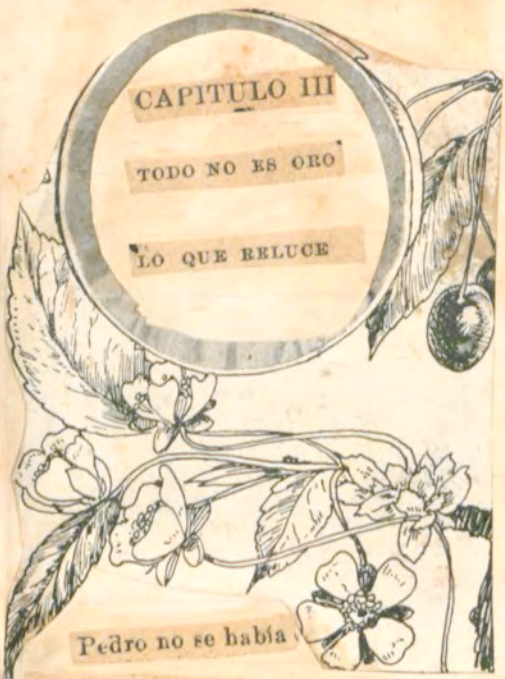
—Entretanto el mundo da muchas vueltas, y nadie sabe si de aquí á un año Pedro pensará lo mismo que hoy.



CAPITULO III

TODO NO ES ORO

LO QUE RELUCE



Pedro no se había

equivocado; Lucía le amaba y convino en casarse con él.



La alegría de D.^a Concha con aquella fortuna que se ofrecía á su hija fue tanta, que hasta rejuveneció. Trabajo costó á su hija hacerla comprender que no debería comunicar la noticia á nadie, pues así lo exigía D. José.

No sucedió lo mismo con la madre del novio. En un principio había tratado de oponerse resueltamente al proyectado matrimonio. Ella pensaba que su hijo merecía una mujer de más representación y campanillas, y para decir verdad, ni una princesa venida de Europa nada más que á pretender á Pedro, le pareciera todavía digna de él. Pero D. José en breve la hizo variar de opinión y convenir en cuanto él quiso.

Isabel y Julia, que estaban naturalmente en el secreto de los novios de tiempo atrás, se llenaron de contento, al ver colmados los deseos de un hermano que tanto querían, y que les daba margen para tener con Lucía aquellas interminables confianzas y cuchicheos que tanto gusta á las jóvenes.

Desde entonces, según las costumbres bogotanas, los novios no se vieron nunca á solas, y como á Lucía repugnaba el hablar en secreto en los rincones, como se usa, de allí para adelante no volvieron á tener aquellas conversaciones agradabilísimas que tanto les había gustado antes. Pedro, como hemos dicho, estaba enseñado á respetar las creencias de su madre y hermanas, y nunca delante de ellas soltaba frases irreligiosas que las hubieran azorado, de manera que Lucía ignoraba completamente hasta qué punto llegaba la im-

pedad de su novio. El por su parte evitaba discusiones espinosas; contentábase con callarse cuando delante de él se hablaba de fiestas religiosas, sermones, jubileos, etc. Es cierto que Lucía no ignoraba que Pedro no iba á misa ni cumplía con los deberes religiosos de un católico, que leía libros prohibidos por la Iglesia, pero ella en su candidez pensaba que la culpa de todo aquello estaba en la falsa educación que le había dado su padre y de la debilidad de su madre que no se preocupaba con esas cosas. "Cuando nos casemos, se decía ella, como tiene tan buen carácter y es tan condescendiente, de seguro acatará mis ruegos; me acompañará á misa; haré que lea esos libros tan persuasivos que diz que ponen tan á las claras las bellezas y prueban la verdad

de nuestra santa religión de una manera tal, que no hay protestante ó incrédulo que deje de persuadirse. Hasta ahora, pobrecito, no ha habido quien le diga nada, pero como él me quiere tanto, cuando se halle lejos de la influencia de su padre, no dudo que cambiará de ideas, se convertirá y seremos tan felices!"

Así se pasaron algunos meses sin que nube alguna obscureciera el horizonte de los novios. Ambos vivían de ilusiones, y cada cual pensaba que el otro se allanaría facilísimamente á variar de ideas.

Pedro se había entregado al estudio con mayor entusiasmo que nunca, deseoso de abreviar el plazo que le había dado D. José para que se llevara á cabo

su matrimonio. Con ese motivo no veía á Lucía con la frecuencia que antes, pero eso mismo avivaba su afecto, el cual se hacía exigente y no perdonaba

que ella se ausentase por cualquier motivo en los días que podía visitarla.

Un día llegó á la quinta de D.^a Concha más lleno de entusiasmo que nunca, á comunicarle que su grado no tardaría y que ya tenía muy adelantada su tesis. Le llevaba un ramo de flores raras que ella deseaba conocer y que había conseguido con mucha dificultad.

Recibiólo D.^a Concha.

—Lucía no está en casa? preguntó él.

—Nó; hace dos días que se entró á unos ejercicios, cosa que deseaba mucho, pero que nunca había podido hacerlo hasta ahora. . . .

—Sin avisármelo siquiera!

—Me había recomendado que se lo hiciera saber, Pedro, para evitarle el viaje hasta aquí, pero he estado tan ocupada, que materialmente no he tenido tiempo para mandárselo decir. . . . Ella consiguió la boleta á última hora y. . . .

—¿Acaso Lucía, exclamó él interrumpiéndola, es alguna criminal que tiene que ir á expiar sus culpas en un lugar como aquí?

—Jesús! las cosas que dice usted; Lucía criminal! eso lo hace por devoción y nada más.



—¿Y usted, señora, repuso Pedro con el mayor desagrado, la ha permi-
do que se encierre en una casa como
esa con una multitud de mujeres desco-

nocidas que hasta la pueden inducir á
mal?

—Mujeres desconocidas que la pue-
den inducir á mal! y añadió muy pen-
da: ¿Por quién me toma usted Pedro?
¿Acaso yo estoy pintada en la pared?
Esos ejercicios se componen nada más
que de señoritas principales de Bogotá!

Y le nombró á varias que él conocía.

—¡Semejante fanatismo es intolerable!
exclamó Pedro, arrojando las flo-
res que llevaba en la mano por la ven-
tana al jardín, en donde se estrellaron
volviéndose pedazos.

—Ella no tuvo tiempo de consultár-
selo, repuso la buena señora con afán al
ver la cólera del novio. Lucía no pensó
que le disgustaría. . . .

—Disgustaría! no solamente me dis-
gusta, sino que me indigna, sépalo us-
ted, señora D.^a Concha.

—El domingo saldrá, Pedro, y podrá
decírselo.

—Se lo diré, no lo dude usted, y le
notificaré de una vez que cuando sea mi
esposa y lleve mi nombre, yo sabré im-
pedir semejante cosa.

D.^a Concha que profesaba á Pedro
un afecto servil, trató de calmarlo con
palabras alabanzadas, asegurándole que
Lucía vendría en cuanto él quisiera,
pero que no podía preveer que aquello
le disgustara tanto.

—¿Me dice usted que el domingo es-
tará ya de vuelta? preguntó al fin Pedro
que no había escuchado nada de lo que
le había dicho la buena señora.

—Por la tarde, sí señor.

—Volveré entonces; contestó con
malísimo humor, y se volvió á su casa
resuelto á dejarse de consideraciones y
hablar claro á Lucía.

Efectivamente, cuando la niña salió
de los Ejercicios, Pedro acudió á visi-
tarla en casa de D.^a Concha. Esta no
había atrevido á referir á su hija
todo lo que dijo Pedro el día en que no
la encontró; pensaba que aquella ven-

tolera, como ella decía, le pasaria al
verla tan contenta y feliz con lo que
había llevado á cabo. Pero la buena
señora no conocía el carácter del joven,

el cual se había propuesto decirle suerte
y verdad acerca de su inextinguible fa-
natismo. Pidió permiso para tener con
Lucía una conferencia á solas, lo cual
le fue concedido, y en ella manifestó
á su novia, sin ambages, cuáles eran sus
ideas y la intención que siempre había
tenido de corregir la educación que la
habían dado una vez que pasara á su
poder. Lucía le escuchaba atónita y
aturdida, sin atravesar palabra, por lo
cual Pedro pensó que la niña, cuyo ca-
rácter era siempre como una seda, con-
venía en cuanto él quisiera.

Dijole, entre otras muchas cosas, que
si su padre se avenía con una esposa
tán sumisa y angelical como era su ma-
dre, pero que á pesar de esto continuaba
entregada á sus prácticas religiosas con
licencia y aprobación de su marido, él
no pasaría por tal cosa; él, necesitaba
que su mujer no fuera un instrumento
que se allanara á todo sin comprenderlo,
sino que participase de sus ideas y que
sin preocuparse por el *qué dirán* de las
gentes, diera el ejemplo de un hogar
modelo, pero no religioso. El dijo había
soñado con ese hogar, digno del siglo
XIX, ese siglo precursor del XX, en que
el espíritu humano llegaría hasta eman-
ciparse por completo de todos esos erro-
res heredados de la Edad Media.

Añadió que entre todas las jóvenes
que había tratado, él creía firmemente
que solamente ella sería capaz de com-
prenderle, é instruída por él, acabaría
por participar de todas sus ideas y
ayudarle á desarrollar, en unión de él,
los planes que había concebido después

de hondísimas y prolongadas reflexio-
nes. Sin embargo, era preciso que antes
de unir su suerte á la suya, fuera acos-
tumbrándose á estar á un lado prácticas
que rebajaban la dignidad del hombre
y esclavizaban el espíritu.

Lucía no contestaba nada á todo aquel
discurso, sino que absorta y dolorosa-
mente sorprendida veía desmoronarse,
como un edificio fantástico, aquel que

ella, había levantado en el fondo de su alma; al ver la seriedad con que hablaba Pedro, se persuadió de que aquellas ideas, que por primera vez emitía delante de ella, estaban tan hondamente arraigadas en su mente, que ciertamente ella jamás podría combatir las victoriosamente con sus escasas luces; además, sintió que la elocuencia persuasiva de la voz del que amaba, acabaría por turbarla y la haría tal vez hasta perder su fe. ¿Qué hacer en semejante conflicto? Callar; de manera que permaneció silenciosa como una estatua.

Viendo que ella no contestaba ni disputaba sus ideas, á lo cual él se había preparado de antemano, al fin le dijo:

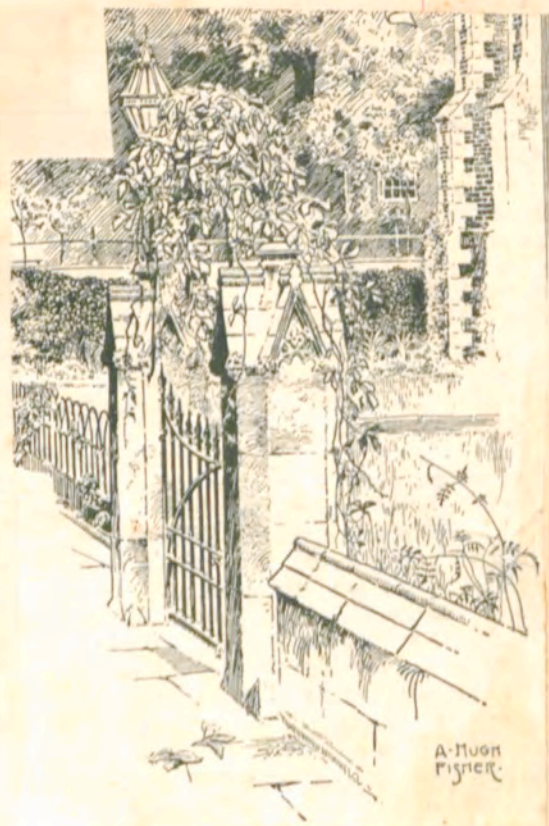
— ¿Admites entonces que tengo razón en cuanto te he expuesto?

— ¡De ninguna manera! exclamó ella. Pero hoy no te contestaré cosa alguna.

— ¿Por qué? ... Acaso quieres consultar...?

— Con la almohada, repuso ella sonriendo con dificultad. Déjame pensar en lo que me has dicho y mañana te lo diré.

— Pero mañana tengo varias conferencias á qué asistir y no me alcanzará el tiempo para venir hasta aquí.



I bna...
bna...
noy... ; bna...



— Te contestaré por escrito, dijo ella, así es mejor.

— Oye me... .

— No, no: esta conversación se ha prolongado ya demasiado y mi madre estará impaciente. ¡Adiós, Pedro!

El se despidió entonces y salió; pero del portón se devolvió en busca de algo que dejaba olvidado y encontró á Lucía anegada en llanto.

— Lucía! exclamó. ¿Qué tienes? Acaso te ha ofendido?

En aquel momento entraban las dos señoras, y ella, limpiándose los ojos, contestó con voz ahogada:

— ¡Nada tengo! ¡Adiós, Pedro!

El tuvo entonces que despedirse de D.^a Concha y su hermana y mientras tanto la niña se había escapado del aposento.

— ¿Qué entristece á Lucía? iba pensando él. ¿Acaso sus lágrimas ocultas y su silencio anterior significan que mis ideas la asustan? Yo contaba, en vista

de una timorata educación, que mi discurso la indignara en un principio, que me replicara, que se rebelara contra mis intenciones, pero su silencio me sorprendió realmente. Vestía armado para el combate; creí que el endriago del fanatismo me saldría al encuentro y encontré que este no se defendió absolutamente, pero ¿por qué lloraba Lucía apenas salí? ¿Por qué tanta congoja? Es cierto que las mujeres son incomprendibles, pero nunca ella, pero nunca Lucía se ha manifestado caprichosa, es el sér más racional que yo conozco!

Al día siguiente Pedro recibió la explicación de aquel enigma, en una carta que le escribió Lucía, la cual leyó antes de ir á una importante conferencia á que asistió y que le causó tanta turbación de espíritu que no entendió una palabra de las que dijo el Profesor.

Hé aquí la carta:

“ Mi querido Pedro (por la última vez te llamaré así y por la postrera te tutearé).

“ Anoche no quise contestar á lo mucho que me dijiste porque ~~cuando~~ deseaba hacerlo á sangre fría, con el espíritu reposado, después de haber dormido (aunque confieso que esto último no pude hacerlo porque mi angustia era grande) y también después de haber oído misa invocando el auxilio del Espíritu Santo (en el cual no crees), y los dulces consejos de esa Virgen Santísima (á quien no acudes). Jamás en mi vida había pasado horas de mayor amargura, de la desolación más grande y de la más completa tristeza. Hasta anoche comprendí claramente (aunque había momentos en que lo vislumbrase), que entre tú y yo había un abismo insondable que solo podría llenar tu conversión á la fe cristiana. Es posible que yo no hubiera querido ver la verdad, pues tu incredulidad era patente; necesitaba convencerme con tus mismas palabras. Yo ¡loca de mí! había soñado con atraerte á la fuente dulcísima de la Religión haciéndotela conocer á fuerza de ~~de dulzura~~, de paciencia, de afecto, de santo amor; pero yo no tenía idea siquiera de la magnitud del odio que profesas á todo lo que yo venero y creo.

Ante tu impiedad patente y convenida veo que tengo que retirarme sin esperanza de llevarte á Dios, puesto que te

gozas en proclamar que no crees en él. Con todo el dolor de mi corazón te devuelvo la fe prometida y el anillo de compromiso. Cometería una gran misma falta ante Dios si así no lo hiciera, porque al ligarme á tí acabaría por perder mi alma sin lograr salvar

la tuya.

“ Adiós, Pedro, temo que sea para siempre!



Roto nuestro compromiso solo

me queda ya el derecho de rogar á Dios por tí para que ést en su misericordia infinita llame á la puerta de tu corazón y vuelvas á la Religión en la cual te bautizaron, y á la fe de tu madre y á la de Lucía.”



Junto con la carta Pedro recibió el anillo de compromiso, único regalo que Lucía había querido aceptar de su novio, y eso en cambio de otro que ella le había dado y que él, después de leer la carta, con un raptó de colérico orgullo, le devolvió sin contestarle usada.

En un principio Pedro se sintió tan hondamente herido con la conducta de Lucía que anunció en su casa el rompimiento de ella, diciendo que allí veía la mano de los clérigos y frailes, de las confesiones y absurdas prácticas de una Religión caduca y contraria á la razón humana. Confesó sin embargo que le causaba mucha pena que aquellos fanáticos tuvieran tanta influencia en un espíritu tan bello y tan noble, pero falseado por las ignorantes doctrinas del catolicismo.



Por primera vez su madre y hermanas oyeron á Pedro decir aquellas herejías, pues

como hemos dicho era por

naturaleza enemiga de disputas en la casa. Sólo su padre logró calmarle un tanto conviniendo en cuanto dijo, pues sus hermanas le exasperaron entrando en polémica con él y tomando la defensa de su amiga Lucía.

Sin embargo, la cólera de Pedro se calmó en breve, y se vió tan afligido con la idea de que Lucía no sería suya, que por fin accedió á los consejos de su padre y mandó á sus hermanas á que fueran á decirle que él había exagerado cuando le dijo que no la permitiera una vez casada con él ~~un~~ que cumpliera sus deberes religiosos; que la prometía no impedirle frecuentar las iglesias, aunque por su parte jamás podría acompañarla hasta allá.

Las dos niñas volaron á casa de D.ª Concha con el mensaje de Pedro y ellas en nombre de su hermano la ofrecieron cosas que él no aceptaba absolutamente. Pero Lucía estaba completamente desengañada; con su espíritu tan claro había visto las consecuencias de esa unión, y nada pudo blandear su firme resolución de no aceptar la mano de un hombre que se jactaba y se gozaba en su impiedad. ¿Qué podrían valer las promesas del que desconocía la Provi-

dencia Divina?

Pero la pobre niña no solamente tuvo que luchar contra su propio corazón y con las súplicas de sus amigas, sino que encontró un adversario en su propia casa.

No bien tuvo noticia D.ª Concha de lo que había cuando le echó un sermón que dará con ligeras interrupciones dos días; en él la ponderaba su locura, su inculcable demencia, ¿cómo, la decía, rompía un matrimonio tan ventajoso, y esto sólo por esas exageraciones de los hombres que mucho hablan pero al fin se avienen á dar gusto á su mujer; por otra parte, él la prometía ya no mezclarse en sus prácticas religiosas, ¿qué más quería? Además, ella se había manifestado muy inhábil en arrostrar de frente las opiniones de Pedro, cuando de seguro ~~avertió~~ ella ~~por~~ ejercer ~~la~~ soberana influencia sobre ellas y acabaría por convertirle y hacerle aceptar la religión. ¿Cuántas mujeres no había que al fin habían hecho su gusto sólo

con tener paciencia y usar de gran prudencia!

—No lo dudo que las hay, mamá, contestaba Lucía suspirando, pero esas son mujeres de fibra; yo no me encuentro con fuerzas para llevar una vida de combates diarios, de sumisiones fingidas, para acabar con la derrota quizás. “Quien ama el peligro, dicen las Escrituras, perecerá en él.” Yo creo que debemos á todo trance huir de todo aquello que pueda manchar el alma.

—Pero hija, reponía D.ª Concha, veamos el asunto por otro lado, ¿olvidas nuestra pobreza y lo que descansarías yo si te viera bien casada?

—Yo soy fuerte y robusta, contestaba Lucía, Dios nos protegerá y yo trabajaré doblemente.

—Pero tú exageras las ideas de Pedro, prosiguió D.ª Concha, él es bueno;



juicioso, te trataría como á una princesa real . . .

—Así sería, pero yo no viviría tranquila.

A pesar de su resistencia aparente, Lucía sufría muchísimo, horaba á escondidas de su madre, no dormía, no tenía apetito, desmejoraba visiblemente. D. Concha entonces la obligó á que consultase con su confesor, después de que ella le pintó el caso á su acomodo.

—¿Por qué le preguntó el buen sacerdote que la había tratado desde niña, por qué te has encaprichado en des hacer un compromiso tan del gusto de tu madre? Acaso Pedro del Pino no es uno de los jóvenes más apreciados en la sociedad bogotana? No creas que no-

vios como éste se encuentran con facilidad. . . !

Lucía le explicó la situación en que se hallaba y le refirió la entrevista que con él había tenido, causante de su definitivo rompimiento.

—No sé si has obrado bien, contestó él.

—¿Me aconsejaría usted, exclamó Lucía, que me casase con un descreído, que niega hasta la existencia de Dios?

— Probablemente exageras, además son poquísimos los hombres que en realidad no creen en Dios; esas son frases de jóvenes casquivanos que no saben lo que dicen.

—Pero, Pedro, no es capaz de decir lo que no piensa.

—Tu madre me ha dicho que últimamente él ha ofrecido que no se opondría á ninguna de tus prácticas religiosas. Yo, por otra parte, he conocido á muchos hombres á quienes sus mujeres han hecho que vuelvan al aprisco de quien es pastor el Hijo de Dios.

—Así dice mi madre, contestó Lucía muy e nmovida, pero, Padre mío, yo no me siento con ánimo para semejante lucha. El es instruido, yo ignorante; él es elocuente, yo no lo soy; él ha leído muchos libros, sabe argumentar. . . y yo le amo y siento que acabaría por hacer su gusto para no desagradarle. He medido mis fuerzas comparándolas con la suyas y he visto que no podría competir con él; créame, Padre, temo mucho que no resistiría al peligro que encierran sus palabras falsas, pero que yo no sabría disunguir porque me faltan conocimientos para ello.

—Entonces, contestó el sacerdote, no te diré que tu matrimonio hubiera aliviado la pobreza de tu madre y de tu tía. . . al contrario pruebo tu determinación, tus razonamientos son justos, y si todas las mujeres tuvieran el valor moral que tú has manifestado no se verían ciertamente tantos matrimonios desavenidos y tantas familias desgraciadas!

CAPITULO IV

LAS AMARGURAS DE PEDRO

Viendo Pedro que Lucía no accedía á ningún arreglo de los que él le proponía, le mandó decir con sus hermanas que la daba tres meses de término para que lo pensara, durante los cuales no la volvería á importunar.

Aquel contratiempo era cosa nueva en la vida del hijo de D. José del Pino. Mimado por la suerte había llegado á los veintitrés años sin la menor contradicción. Cuando ~~era~~ niño era el ídolo de su casa; en la escuela como era vivo, despierto, de buen carácter y sus padres eran pudientes, todos—maestros y compañeros,—le querían y consideraban; en el colegio su amor al estudio por una parte y su generosidad por

otra, le proporcionó entre sus condiscípulos grande popularidad que lo esquilmaron á su sabor y le perdonaban por esto que obtuviera el favor de sus maestros y cuantos primeros premios distribuían en sus clases. Su voluntad era soberana en su familia; su padre le miraba con orgullo, y su madre y hermanas eran sus verdaderas siervas. En la

sociedad le adulaban porque le consideraban *buen partido*, y por último, cuando amó á Lucía ésta le correspondió inmediatamente. Siendo hasta entonces la persona más feliz, el rechazo de Lucía, la cual consideraba como suya ya, fue para Pedro un amarguísimo desengaño, tanto más cuanto que él sabía que aquella niña tenía el carácter más dulce y condescendiente, que jamás pensaba en su persona cuando se trataba de servir á los demás, que nunca la había visto impacientarse ni contradecir á nadie, y que a pesar de su sacasez, su humor alegre siempre era como un rayo de sol en donde quiera que se presentaba. Después del asombro, la indignación y la cólera que experimentó en un principio, Pedro sintió una grandísima tristeza, un desconsuelo profundo al comprender que se venían abajo los más bellos proyectos de su vida y estuvo por abandonar sus estudios y su carrera. Pero su padre le exigió que concluyera su tesis y que se recibiera Doctor en Jurisprudencia. Pedro convino en ello, pero pidió encarecidamente á su familia que no hiciesen fiesta ninguna con ese motivo como se acostumbra en Bogotá. No solamente no quiso que se hiciera fiesta en su casa, sino que al regreso del Salón de Grados en donde presentó un alegato muy notable y le confirieron el título de Doctor, en lugar de recibir los plácemes de sus amigos se alejó de su casa á caballo, salió de la ciudad y pasó el día entre las breñas de las orillas del río del Arzobispo entregado á dolorosas meditaciones.

Pedro no tenía temperamento para calavera, le repugnaba la vulgaridad de los vicios y los discursos indecorosos de los jóvenes de su escuela; así fue que ni

por un momento pensó en buscar consuelo y olvido en una vida desodernada. Quizás se hubiera aficionado al juego, propio para caracteres taciturnos y ensimismados como era el suyo, pero resultó que ningún juego le interesaba, y como era generoso y desprendido, no tenía interés en ganar dinero. Aquel joven había nacido para la virtud, para el hogar, para adornar la sociedad con las cualidades que la Providencia había sembrado en él á manos llenas, pero todo esto se obscurecía con la educación que había recibido, y como su orgullo era grande y se consideraba superior á

cuantos le rodeaban, sufría muchísimo, y se calculaba desgraciado porque le iba á faltar aquello que tanto había deseado.

Su padre, hombre superficial, que nada profundizaba, que se decía libre pensador, sin saber en resumidas cuentas qué era lo que creía y qué no; que jamás se había afligido realmente, que era feliz porque disponía de las comodidades temporales que le proporcionaba su bien sanada fortuna, se sorprendió mucho con la grandísima tristeza de Pedro, — y así como le hubiera aconsejado que usase vestidos más abrigados si tenía frío, — le aconsejó que procurase olvidar aquella niña caprichosa que no comprendía el honor que él le había hecho y que se metía á opinar en cuestiones que no estaban al alcance de las mujeres. La Sra. madre de Pedro declaró que Lucía se había vuelto loca y que era increíble que la hija de D.^a Concha pretendiese que los hombres, y sobre todo su hijo, se allanase á doblegarse á su capricho. Vaya, vaya, si su hijo no aprobaba que ella fuese rezandera, pues darle gusto aparentemente como había hecho ella con D. José. Felizmente este bendito señor era poco exigente, y en realidad no le importaban las opiniones de las mujeres de la casa; pero Pedro tenía otro carácter, y los jóvenes de ahora eran más pretensiosos, qué remedio! ella debía hacer lo que su novio mandaba, y punto en boca. La buena señora no podía tolerar que Lucía fuese la causa de la aflicción de Pedro; eso no se lo perdonaría jamás.

Julia, la hermana menor, tomó resueltamente el partido de Lucía, y dijo que tenía razón, y que ella tampoco se casaría con hombre que no fuese á misa y que no guardase las apariencias de católico, aunque fuese liberal y partidario de la Constitución de Ríonegro, como decía su papá, hablando de sus opiniones políticas. Pero Isabel, que era la mayor, riñó á su hermana por entrometida. Ella pensaba, dijo, que no había nada más antipático y ridículo en una mujer que pretender que los hombres fuesen rezaderos y que aguantasen que sus mujeres estuviesen continuamente en la Iglesia. Por otra parte, hombres que habían estudiado y leído muchos libros que las mujeres no entendían, sabrían porqué opinaban esto ú lo otro; que los sermones los predicaban los clérigos desde los púlpitos, pero que las niñas no tenían porqué meterse en esas honduras.

Replicó Julia á su hermana que ella era libre para opinar á su modo: tomó la madre cartas en el asunto, tratando de calmar á sus hijas; metió su cuchara D. José burlándose de las tres y todos más y mejor dijeron tantos disparates, que Pedro se retiró á su cuarto aturrido, y más descontento que nunca.

Ocurriósele entonces á D. José que la única manera de distraer á Pedro sería que viajase, y resolvió enviarlo á Europa, panacea universal que en América se receta para todas las enfermedades físicas y morales.

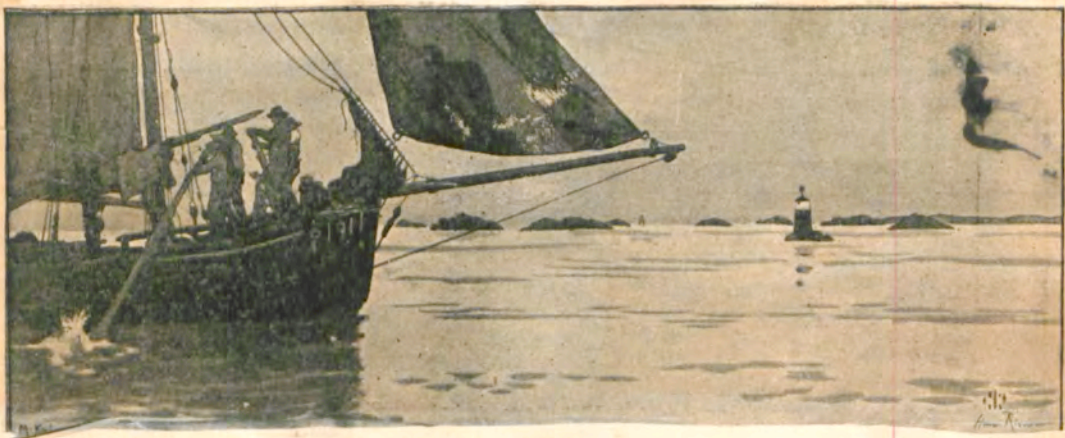
Como la fortuna de los del Pino estaba vinculada principalmente en dos

haciendas: una en tierra caliente y otra en tierra fría, fingió D. José que necesitaba conseguir ciertas maquinarias é instrumentos *ad hoc* para el laboreo de sus haciendas, y los cuales no se podían encargar á un comisionista ó un extraño que no estaba al cabo de la agricultura á zansa americana, y declaró que sólo Pedro podría comprarlas á su gusto. Dió parte á su hijo de su intención, añadiendo que al mismo tiempo podría visitar los centros de la civilización y conocer el mundo; pero Pedro no acogió la idea con el entusiasmo que su padre pensaba y pidió dos días para meditarlo.

En el entretanto se presentó en casa de Lucía y tuvo con ella aquella conversación de que dimos cuenta en el primer capítulo de esta narración. Concluida ésta, Pedro regresó á su casa mustio, cabizbajo y más herido que nunca su amor propio. Se presentó en el cuarto de su padre y le avisó que estaba á su disposición y que podría marcharse para Europa inmediatamente; deseaba poner no sólo tierra sino un oceano de por medio entre Lucía y él.

No se había pasado un mes desde que le vimos en casa de D. Concha, cuando ya navegaba en alta mar y se acercaba á las playas europeas.

¿Qué hizo Pedro en París, á donde primero se dirigió? ¿Qué impresiones produjeron en él Londres y Berlin? No



lo sabemos, porque de esto no hablaba. ¿Aprendió á gozar de la vida ultra civilizada? ¿Estuvo contento y le satisfizo completamente aquella existencia?

Tampoco se explicó acerca de esto. Lo único que sabemos es que cuando le preguntaron si había estado en Roma, contestó que nó, porque le repugnaba visitar aquel foco de corrupción, aquel emporio del clericalismo, la cabecera de esa funesta red que abarca el mundo y que llaman catolicismo. Y como le replicasen que Roma fue en primer lugar la cuna de la civilización romana antes de la Era cristiana, emporio de las artes antiguas y modernas y actualmente capital del nuevo y libérrimo reino de Italia, contestó que todo eso lo daba de barato cuando pensaba en la Papisa Juana, en César Borgia y su padre Alejandro VI, en el suplicio de Galileo y en otras lindezas por el estilo que narraban las historias y que tanto escandalizan á los virtuosísimos admiradores de Garibaldi.

Tampoco había visitado á Madrid por no acordarse de los tiranos que habían esclavizado á América y contra quienes sus abuelos habían combatido y derramado su sangre para conquistar su libertad. Esta contestación hizo reír á D. José, el cual confesó á su hijo (que hasta entonces lo ignoraba) que su abuelo había sido muy partidario de Fernando VII y uno de los primeros bogotanos que había salido á recibir al Pacificador Morillo, ofrecerle sus servicios y aún (lo habían asegurado sus enemigos) que él fue el secreto delator de patriotas que fueron fusilados unos y martirizados otros.

—Esto te lo digo, añadió el Sr. del Pino, porque es mejor que no hables

del patriotismo de nuestra familia en aquella época, la que desgraciadamente era entonces *godísima*, y mi padre se afilió á los libertadores que llegaron con Bolívar para que no le persiguiesen. Sin embargo, no levantes mucho la voz porque podrías encontrar con alguno que sepa esas historias y proporcionarte un disgusto.

Entre las curiosidades que trajo Pedro de Europa, señalaba con orgullo una carta autógrafa de Garibaldi, que había comprado por veinte francos en una venduta en París, otra de un famoso nihilista en la cual negaba á Dios, una flor arrancada cerca de la tumba de Gambetta, un guante viejo de Luisa Michel y los retratos y las obras más recientes de Víctor Hugo, Zola, Rochefort, Renán y de otros de sus ídolos políticos y literarios.

A pesar de su viaje y de haber visto el mundo, como decía su padre, Pedro no había olvidado á Lucia, de manera que al regresar á Bogotá, su amor renació con mayor ardor. Aunque no quiso preguntar directamente por ella, escuchó lo que sus hermanas le refirieron, ponderando lo mucho que tenía que trabajar para sostener á su madre, cuya mala salud ya no le permitía ayudar en las faenas de la casa.

—Y ustedes ya no la visitan! exclamó el joven sin poderse contener.

—Cómo nó, al saber que D.^a Concha había estado enferma, fuimos á ofrecerle nuestros servicios, pero la encontramos como siempre, alegre y serena, y nos dijo que su trabajo alcanzaba para todo.

Pedro no hizo ninguna observación, sino que llamando á un sirviente, mandó que le ensillase su caballo, y poco después se dirigió por el camellón de Las Nieves hacia San Diego.





CAPITULO V
OTRA VEZ LUCÍA

Daban la oración en todas las iglesias de la ciudad, cuando Pedro llegó frente del antiguo Convento de Recoletos de S. n Diego, hoy Asilo de Locos.

Una multitud de gente salía en aquel momento de la Iglesia, después de haber asistido á una fiesta religiosa que había tenido lugar en ella. Como aquel barrio era entonces el más pobre de Bo-

gotá, los que habían concurrido al templo eran unos pocos hombres de ruana y muchas mujeres, las más barapientas y rásdas, así como una multitud de niños de todas edades.

Pedro tuvo que detenerse para dejar pasar aquella ola humana que desemboca-

caba en el esmellón y se dividía en diferentes partes. Entre toda aquella gente del pueblo se veían algunas señoras, y á pesar de que iba muy emburujada en su mantilla, Pedro reconoció entre éstas á Lucía, seguida de una criada, que se dirigía á su casa.

La faz spacible de la niña reflejaba una luz celestial, y sus ojos llenos de claridad, parecían como si viesen en lontananza una dicha que no era de este mundo. Pedro la saludó, y ella le contestó sonrojándose, pero sin inmutarse ni manifestar sorpresa.

Entretanto que ella continuaba su marcha, Pedro se desmontó y llamando á uno de los innumerables chicuelos que

le rodeaban, le conuvo el caballo y mandándole que le siguiese á cierta distancia, se adelantó en pos de Lucía.

Ya cerca de la quinta Pedro la alcanzó.

— Lucía! exclamó.

Ella le tendió la mano espontáneamente y con amable sonrisa le dijo:

— No sabía que usted hubiese regresado ya.

— Llegué hace dos días.

Parecióle á Pedro que ella lo miraba con marcada indiferencia, mientras que él se sentía hondamente enternecido, y añadió:

— Un año sin vernos! pero esto no le importa ¿no es así?

— Como no! dijo ella turbándose.

— No lo creo.

— Pedro... ni un solo día he dejado de encomendarle á Dios y María Santísima!... Esta tarde oraba por usted, cuando me lo encontré.

— Siempre la misma!

— Como usted ve.

— ¿Su fanatismo no cede un punto?

— Y el suyo?

— Mi fanatismo!

— Sí, Pedro, hay varias clases de fanatismo.

— ¿Qué quiere usted decir?

— Que si yo amo mis creencias más que mi dicha presente, usted se exalta en favor de su incredulidad; daría su alma por sostener sus convicciones, ¿no es eso fanatismo?

— ¿Qué cree usted que es fanatismo?

— Me refiero al Diccionario castellano que lo define, si no me equivoco, como que significa una tenaz *reocupación*.

— Pues admito la palabra entonces; yo creo haber hallado la *verdad* en la legación de la doctrina católica... y aun en el cristianismo en todas sus ramificaciones; cada día me convenzo más de que no me equivoco.

— Como yo.

— Lucía! Lucía! ¿en dónde halla usted esa verdad?

— En Dios, mi Creador, mi Salvador, mi Inspiración!

Pedro se sonrió con amarga sonrisa.

— Dios! sin embargo esa Providencia que usted adora no la protege á usted

— ¿Quién ha dicho tal cosa?

— Los hechos.

— Cuáles?

— Mi dicen que cada día la vida de usted es más penosa.

— Quizás... pero yo no me quejo... Bendigo á toda hora la mano que me manda pruebas para que ejercite la paciencia, porque su santa voluntad es mi ley.

— Pero si usted ama el sufrimiento, Lucía, yo, exámelo usted, sufro sin amarlas las penas de usted! Quisiera aliviarla á costa de cualquier sacrificio....

— Cuánto se lo agradezco! exclamó ella bajando los ojos para que Pedro no notara su enternecimiento.

— Lo repito, Lucía, quisiera aliviarla.

— Usted sabe que mi dignidad me impide aceptarle cosa alguna; pero, añadió tratando de sonreír, si necesita algún ornamento de iglesia, lo bordaría con mucho gusto, usted sabe que este es mi fuerte....

— Lucía ¿no quiere usted hacerme dichoso y al mismo tiempo salir de la penosísima situación en que se halla?

En aquel momento llegaron frente del jardincillo de la quinta. Pedro ató el caballo á un poste de la puerta y despidió al chicuelo; la criada entró á la casa y los dos jóvenes se quedaron solos en el corredor exterior del jardín. Como la casa estaba edificada en la parte alta de la colina, frente al costado del antiguo convento, desde allí se descubría un ancho horizonte sobre la Sabana; el sol poniente iluminaba con sus últimos

rayos y hacia brillar como lampos de plata las lejanas lagnas, enrojecía las copas de los árboles en el cementerio, entretanto que se hundía en un campo de oro y rubí.

Llenáronse á Lucía los ojos de no verdidas lágrimas al contemplar el bello paisaje que se extendía á sus pies. Pedro la contemplaba pensando que á pesar del modestísimo vestido jamás había visto mujer más elegante y más adorable.

Ella se sentó al fin en un tosco banco que había ~~para~~ allí: él la imitó.

— Lucía, repuso él, usted no me ha contestado ¿acaso no hay nada que pueda ablandar su voluntad?

Ella permaneció callada.

— Pedro, dijo ella al cabo de un momento con voz trémula y baja, me preguntaba hace poco si yo era siempre la misma, ¿qué le contesté?

— Que la misma

— Eso repito ahora.... tanto más cuanto que usted en pocas palabras me ha manifestado que usted como yo, no ha cambiado tampoco... continuamos ambos tan *fanáticos* como antes.

¿Quiere que le diga lo que es usted? preguntó él.

— Qué cosa?

— Una mujer sin corazón! exclamó él poniéndose de pie; que carece de sentimientos humanos.

Lucía juntó las manos con ademán de súplica y fijando en su compañero sus ojos llenos de expresión dulcísima:

— Por Dios, dijo, no me atormente usted y se atormente en varo.... Usted

conoce mi carácter, mis sentimientos, mis penas, lo que sufro, Pedro, lo que sufro con tener que contrariarlo, ¿para qué remover la herida?

— Pero si me amas, Lucía, si me amas, repuso él hondamente conmovido, me lo dice tu mirada; ¿cómo tienes fuerza para resistir á los ruegos del que sólo á ti ama en el mundo, que daría su vida por hacerte feliz?

Ella se había cubierto la cara con las manos para no encontrar la mirada de Pedro que se inclinaba sobre ella. El trató entonces de tomarle una mano, pero Lucía haciendo un esfuerzo supremo para serenarse, se levantó del asiento, y apartando á Pedro con un ademán de súplica, puso la mirada en el cielo tinto con los últimos esplendores del sol que se hundía en el horizonte.

— Me preguntas, dijo, en dónde está mi fuerza, mi valor?... mi valor para rechazar tus súplicas?... Mira: mi fuerza está allí en el cielo, mi valor en esta alma inmortal en donde reina Dios!

Pedro se separó de ella con indignación.

— Insensata! exclamó irguiéndose con orgullo. Me pide que no la atormente! Le ofrezco mi vida y me señala el espacio vacío; me humillo, y me habla de su alma inmortal.... Bien está, sus deseos serán cumplidos! Esta será, enténdalo bien, la última vez que le brinde mi mano.

Ella no contestó.

— Es usted, Lucía, una mujer de hielo, incapaz de comprender lo que es el amor verdadero; rechaza como vil escoria mi respeto, mi adoración y este corazón que siempre le ha sido fiel, aun en medio de las mayores tentaciones. Adiós! añadió con acento de amarga ironía; ¿pídale felicidad y amparo á ese Dios que usted invoca y que ni la oye ni la ve.

Al decir esto, atravesó el jardincillo, desató el caballo, y sin volverla á mirar, montó, y algunos segundos después desapareció á los ojos de Lucía. Esta había



32 34

permanecido en el mismo sitio con anonadada. Pero al oír el paso del caballo que se alejaba, se abalanzó hacia la puerta, pero el cielo que se había te-



ñido poco antes con los más brillantes colores, se cubrió de repente de nieblas, en el momento que Lucía perdía de vista á Pedro para siempre. Los arboles color de grana se tornaron gris, el cielo resplandeciente perdió su luz; pero allá en el negro manto de la noche que avanzaba sobre la tierra, surgió el lucero de la tarde, blanco, titilante, con su claridad plácida y triste. . . El viento de la tarde agitó entonces los árboles y arbustos y una multitud de hojas secas y de marchitos pétalos de rosa cayeron sobre la cabeza de Lucía.

Ella se estremeció y murmuró en voz baja:

— Mi vida será como aquel lucero que nace cuando muere el sol: mis ilusiones han sido arrancadas por el viento del dolor, como esas hojas marchitas.

Jamás se había presentado Pedro á sus ojos tan hermoso, tan elegante, tan tierno con ella como aquella tarde! “Y sin embargo, pensaba, nunca había estado tan distante de su alma!”

Lucía se abrazó á su cruz y siguió el camino de abrojos que le señalaba Jesucrito, mientras que veía desaparecer en lontananza la senda sembrada de flores que le brindaba el único hombre que podría amar.

Entre tanto Pedro metía las espuelas en los hijares del caballo y bajaba como una tempestad por la vereda hasta llegar al camellón. Al entrar en éste estuvo á punto de atropellar á una hermosa joven que lo atravesaba. Ella dio un grito y se arrojó á un lado, lo cual le obligó á volver de su distracción, y

refrenando el caballo hasta hacerle sentarse casi sobre las patas, la pidió perdón de su aturdimiento con la natural galantería de un hombre culto. Se quitó el sombrero y se volvió á cubrir sin mirarla.

Poco pensaba el infortunado en ese momento que se había encontrado con su destino, su negrísimo hado! Arriba dejaba á la que le señalaba el cielo, aba-



jo encontraba á la que le conduciría á su daño. . . . Pero no anticipemos los acontecimientos.

—Qué hombre tan elegante! pensó la joven deteniéndose para mirarle alejarse con creciente velocidad, hasta que se perdió en las sombras que caían sobre la tierra.

Momentos después Ernestina Gunter—que así se llamaba—entraba á la casa de Lucía.

—Usted por aquí! exclamó ésta con marcada sorpresa.

—Como usted ve, repuso la otra con una voz de contrito que hacía una desagradable impresión cuando se la oía por primera vez.

—Pensábamos ir á dar á usted el pésame por la muerte de D.^a Fulgencia en estos días, y si no lo hicimos ya, dijo Lucía,—encendiendo la lamparita de petróleo que había en la salita,—esto ha consistido en la salud delicada de mi madre, á quien el ejercicio hace daño.

—No tenga usted cuidado, contestó la otra, al contrario, tócame venir á su casa primero, porque necesito pedirles un servicio.

—Mande usted, repuso Lucía; cabal-

mente tengo ahora pocas costuras. Necesitaré seguramente algunos vestidos para su luto; me comprometo á hacerlos pronto.

—No es eso lo que quiero pedirla.

—Diga usted; que estoy á sus órdenes para cualquier trabajo que esté á mi alcance.

—Lo que he venido á pedir á ustedes es que me den albergue en su casa.

Lucía la miró con sorpresa.

—Nuestra casa es tan pequeña, dijo, que no hay un cuarto desocupado que podamos ofrecerle.

—Ya lo sé, y también que ustedes tienen poca renta.

—No tenemos ninguna, vivimos de nuestro trabajo cotidiano.

—Por consiguiente si me hicieran el gran servicio de asilarme en su casa, me permitirían recompensar su hospitalidad.

Y al decir esto Ernestina puso algunos billetes de banco sobre la mesa, los cuales llevaba preparados para el caso.

Lucía se sonrojó con natural delicadeza.

—Guarde usted su dinero! dijo con viveza, y añadió: no comprendo el empeño de usted de abandonar la casa de la Sra. D.^a Fulgencia, la que consideraba á usted como á una hija, según entiendo.

—Mientras vivió mi protectora, allí estaba yo como en mi propia casa, pero ella murió y me encuentro desamparada y. . . .

No pudo continuar, amargas lágrimas

brotaron de sus ojos, pero las limpió prontamente.

—Como decía á usted, contestó Lucía, si tiene que dejar la casa en que se crió con tantas comodidades, y cree usted que la podemos servir, quédese usted; pero le advierto que aquí carecerá de las comodidades á que se ha acostumbrado, pero en cuanto á pagar nuestra franca hospitalidad, eso no puedo permitir.

—Es decir que usted me arroja á la calle! exclamó Ernestina con acento duro.

—De ninguna manera; al contrario. . .

—Vea usted Lucía, repuso la joven; yo no tengo absolutamente en donde refugiarme si usted no me admite en su casa.

—Y todas sus amigas?

—Mis amigas! . . . No conoce usted aquel refrán: "No hay amigo ni hermano, si no hay dinero de mano." Además, nunca las tuve sinceras cuando me creían rica; qué será ahora que carezco de toda sombra y amparo!

—Pero. . . .

—Repito á usted, mi buena Lucía, que no se me ha ocurrido pedir asilo en otra casa honrada, sino en la suya. Pero no puedo, no debo aprovecharme de la bondad de usted si se resiste á recibir una remuneración. No quiero ni puedo servirles de estorbo gratis, y si me rechaza iré á pasar la noche en donde pueda.

Lucía vacilaba. Pero en aquel momento entró D.^a Concha al aposento y se impuso de la situación de Ernestina.



de saber quién era este nuevo personaje que se presentaba de lleno en nuestra historia. Pero como Ernestina Gunter tendrá un papel importante en ella, se lo daremos circunstanciadamente en otro capítulo.

Entretanto es preciso que sigamos á Pedro que tan turbado había dejado la presencia de Lucía, y que veamos qué hizo aquella noche.

y ella, menos delicada y más práctica que Lucía, ofreció pasarle la cuenta de lo que se gastase de más en la casa con motivo de la estancia allí de la nueva huéspedada.

Ernestina se acomodó en un cuartito contiguo á la sala y que ocupaba Lucía, y ésta pasó á dormir á la alcoba de su madre.

Sin duda el lector tendrá curiosidad



CAPÍTULO VI

EL CONFESOR DE LUCÍA

Aunque Pedro se separó de Lucía profundamente herido en su amor propio y hondamente contrariado, estos sentimientos se fueron calmando á medida que atravesaba las calles de la ciudad y se dirigía á su casa.

“Es una niña inexperta, pensó; no comprende absolutamente las cosas del mundo; ella se ha formado un sueño ideal que ahora le basta, pero que después, al comprender su engaño, llorará amargamente, viendo que ha perdido la realidad de la vida por una sombra sin consistencia.

¡Si hubiera alguien que tuviera influencia sobre su espíritu hablaría con esa persona!... Su madre es una tonta que de seguro empeoraría las cosas, su tía dice que ella no se mete á aconsejar á Lucía, mi familia no la comprende, ¿á quién dirigirme? Ah! ya caigo, á su confesor, el Dr. Cornejo, los clérigos suelen fijarse en las ventajas que dan la fortuna y la buena posición, y tal vez verá que conviene á su gremio tener una de sus parroquianas en situación de ayudarles con dinero en sus empresas .

Parecióle aquella idea muy buena, así fue que llegó á su casa, dejó el caballo, y sin reflexionar más se dirigió inmediatamente á la habitación del buen sacerdote.

Entretanto que Pedro cruza calles, veamos quién era el Dr. Cornejo.

Hijo de una familia distinguida del Sur de la República y de padres liberales, había comprendido su vocación desde muy niño. Sin consultar con nadie, se dedicó á estudios teológicos, y á fuerza de maña logró que su padre le enviara al Colegio que tenían los Padres Jesuitas en Bogotá. Había resuelto ingresar en la Compañía, cuando éstos fueron expulsados del país por el Gobierno del General López. Resolvió entonces entrar en el Seminario Conciliar, y allí tomó las órdenes sacerdotales, á pesar de la oposición que le hizo su familia. Pero el joven sacerdote poseía un carácter angelical, una unción y tan dulces virtudes, que á fuerza de constancia y de tacto, al fin logró que su padre acabase por aceptar los sacramentos de la Iglesia y que muriera en el seno de ella. Muerto su padre, el buen sacerdote se radicó en Bogotá, en donde tenía un pariente lejano, muy dado á la política, de ideas ultra-liberales, y que tanto molestaba al Dr. Cornejo, que éste tuvo que dejarle de tratar, no por culpa suya, que todo lo perdonaba, sino porque aquel caballero se gozaba en calumniar á todas manos



á la Religión y en contravenir todos sus mandamientos, desafiando las creencias de los católicos hasta convertirse en piedra de escándalo en la sociedad.

El Sr. Patagua, que así se llamaba dicho Sr., cayó enfermo una vez y los médicos le advirtieron que su enfermedad podía ser mortal, de manera que

convenía que arreglase sus asuntos temporales y los de su alma. Semejante sentencia produjo espanto indecible en el corazón de aquel hombre que jamás había querido pensar en que podía llegar el día en que debería ir á dar cuenta á Dios de sus actos en este mundo. Su filosofía tan decantada se volvió humo, y un terror pánico y servil se apoderó de su alma. Se acordó entonces de su despreciado pariente, de aquella mansedumbre que le distinguía y de que era el único confesor que en aquella época aceptaban los liberales.

—¿Me perdona usted mis pasadas humoradas? preguntó el moribundo.

—Ya no me acuerdo de nada de eso, repuso con dulzura el sacerdote; mi único anhelo es contribuir á consolar y aliviar á usted.

El otro que veía con tanto miedo llegar la muerte, empezó á relatar sus pecados con la mayor compunción. Pero resultó que en medio de la confesión se ofrecieron varias dificultades de conciencia, que sólo el Prelado tenía facultad para arreglar. El Dr. Cornejo dejó la cabecera del enfermo para ir á consultar con el Sr. Arzobispo, en donde se detuvo algún tiempo, porque fue preciso compulsar documentos para que se

pudiesen allanar tamañas dificultades.

Cuando volvió el sacerdote muy satisfecho con el éxito de su misión á casa del Sr. Patagua, encontró cerrado el dormitorio del enfermo. Dormía, le dijeron, y los médicos habían declarado que el mal había hecho crisis. El Dr. Cornejo aguardó con la mayor pacien-

cia cuatro horas en la antesala, con la esperanza de que le dejaran entrar á cumplir su encargo, pero el médico salió del lado del enfermo diciendo que éste se había salvado, y la familia resolvió despedir al confesor, asegurándole que volverían á llamarle si hubiera nuevamente peligro de muerte, y por si acaso hubiera otra vida después de la actual, siempre era bueno ir prevenidos. El Dr. trató de explicar á aquella gente que era peor acudir á Dios sin verdadera fe que no dirigirse á él absolutamente, y que al menos le permitieran verse con el Sr. Patagua para darle cuenta de lo que había dicho el Prelado. Pero todo fue en vano, el enfermo estaba muy débil y no se le podía causar impresiones, además él mismo había advertido que le negasen la entrada á su dormitorio á su pariente, puesto que había pasado el peligro y su presencia era inútil ya.

Focos días después el Dr. Cornejo fue acusado erróneamente por una cuestión de manos muertas, y por consiguiente le llevaron á la cárcel. Súpolo el Sr. Patagua, y aunque todavía no estaba bien repuesto de su grave enfermedad, se empeñó en que le dejasen presentarse en el Juzgado en que se ventilaba la causa contra el Dr. Cornejo. Lo más natural sería creer que el ex-enfermo se empeñaría en defender al que tanto interés había tomado en su salvación. Esto se lo dijo alguien al verle que iba á rendir una declaración en el asunto del Dr. Cornejo, pero él contestó irguiéndose: "Nó, de ninguna

manera; las almas fuertes no transigen jamás con las maquinaciones de los clérigos y olvidan hasta sus propias conveniencias y sus sentimientos particulares para llevar una piedra aunque sea,

al edificio que se construye en honor de la humanidad y de la civilización!"

Con motivo de la declaración que presentó el Sr. Patagua contra el Dr. Cornejo, le privaron de comunicación con sus amigos y llamaron á otros testigos cuyas declaraciones se creyó que empeorarían su causa.

Sin embargo la inocencia del Dr. Cornejo era tan patente, que á pesar de que en aquella época se hacía tanta guerra á los sacerdotes católicos, logró sincerarse y recuperar su libertad.

El mismo día en que el Dr. Cornejo salía de la prisión, se encontró en una casa amiga al Sr. Patagua. Conversaba éste con los dueños de casa en una galería contigua al salón, cuando vio subir por las gradas al sacerdote; parecióle prudente fingir que no lo había reconocido, y con mucha maña le volvió la espalda. Pero esta estratagemas no le surtió el efecto que esperaba; el Dr. Cornejo le había visto, pero cuando creyó que le reconvenría airado con su mal manejo, se sintió estrechado entre los brazos del buen sacerdote.

—Pariente, le decía al mismo tiempo con afable sonrisa; cuanto me alegro verle tan de buen semblante, ¿se ha repuesto enteramente de su grave enfermedad?

El otro muy cortado pugnaba por desasirse de los brazos del Dr. Cornejo,

balbuciendo entre dientes, que estaba perfectamente repuesto, y despidióse prontamente de los demás. El sacerdote le acompañó hasta el descanso de la escalera mientras que le decía:

—Ya sabe usted que siempre que me necesite estaré á su disposición y trataré de servirle en lo que pueda.

El Sr. Patagua le miró creyendo que eran irónicas las palabras del Dr., pero la fisonomía del sacerdote respiraba tal mansedumbre, dulzura y humildad, que comprendió que eran sinceras sus palabras. Dícese que desde entonces dicho señor empezó á ver claro en la Religión de Cristo, la estudió y cambió poco á poco de opinión, de manera que cuando murió años después, estaba enteramente

convertido y públicamente se retractó de los malos ejemplos que había dado por su impiedad.

El confesor de Lucía era un dechado de virtud y de celo apostólico, y si su candidez era á las veces como la de un niño, esto consistía en la inocencia del pàrvulo que le distinguía, unida á la sagacidad del que ha dirigido muchas conciencias. Con ese motivo, y porque era amigo personal de muchos miembros del partido liberal; por la suavidad en el modo que ocultaba la firmeza de sus convicciones; por la tolerancia, espíritu de conciliación y su innata bondad, este sacerdote era muy popular en todos los partidos y muy querido entre las familias que disfrutaban de su amistad.

Pedro iba pensando en todas estas cosas y recordando que el buen clérigo era muy amigo de su familia de tiempo atrás.

Estaba la noche muy oscura cuando el joven llegó á la puerta de la modesta casa que ocupaba el Dr. Cornejo en el barrio de Egipto. Golpeó en el portón con su bastón, pues allí no había golpeador ni cosa que se le pareciese. Momentos después se descorrieron los cerrojos y apareció en el hueco de la puerta una muchachuela descolorida, motilona y escasamente vestida con enagua de pancho azul, camisa descotada, pero cuya cara ancha y sonreída y aspecto humildísimo, probaba que aquella era una huerfanita sacada del Hospicio, que

en aquel tiempo no estaba todavía en manos de las Hermanas de la Caridad.

Pedro atravesó el zaguán y llegó al corredor interior que circundaba el patiecillo de la casa. Allí se hallaba una anciana con un candelero de cobre en la mano y en el cual ardía una vela de sebo, la cual había sido fabricada para que diese luz, pero lo que hacía era chisporrotear unos momentos y apagarse casi, para después levantar una llama que deslumbraba pero que no daba luz ni por casualidad.



PARR (D.). Saint François d'Assise prêchant aux oiseaux.

La anciana vestía traje de percal oscuro y cubrÍala de la cabeza á la cintura un ancho pañolón de lana.

—Don Pedrito del Pino! exclamó, metiéndole la vela casi por los ojos; usted por aquí!

—Si Sra. D.^a Juana.

—¿Ocurre alguna novedad en su casa? repuso ella con almibarado acento. Su señora madre, sus preciosas hermanitas están buenas?

—Se encuentran perfectamente; gracias....

—Bendito sea Dios!

—Deseaba hablar con el Dr., ¿se podrá?

—Como no! Pase usted adelante...

Ah! lo contento que se pondrá el bendito de Dios (que ha estado enfermo y no ha podido salir ni á decir misa) cuando le vea á usted.

Y volviéndose á la china, añadió:

—Micaela! ¿por qué dejas el portón abierto? Círralo.

Y dirigiéndose al visitante, le dijo:

—Entre mi D. Pedrito, á la sala.

—Pero si el amo vuelve á salir pronto, yo lo espero aquí! repuso la perezosa indiecilla, que se había sentado en el paso de la puerta interior, agazapada y hecha un ovillo trataba de calentarse con sus propios miembros.

—Salir pronto! exclamó la vieja; no faltaba más! El señorito acompañará un rato al Dr., ¿no es así?

Y al decir empujaba una puerta y gritaba con alborozo:

—Sr. Dr.! le traigo una visita que le va á saber á mieles.

Pedro penetró á la sala detrás de D.^a Juana que le iba alumbrando.

El aposento aquel era grande, vacío, cubría el suelo una modesta estera de esparto, muy gastada y remendada en la parte que tocaba á la puerta de entrada; las paredes estaban sencillamente blanqueadas con cal y en la testera del frente campeaba un crucifijo de madera negra. En un ángulo del aposento se veía una mesa en la cual había un estantito de libros, un tintero de peltre, algunos mangos de plumas y papeles en desor-



den; un largo sofá muy angosto y duro, una butaca y cinco ó seis taburetes de cuero guardaban la orilla de la pared. Al lado de este aposento, que servía de estudio y de sala de recibo al buen Dr., y dividido por una cortina sin puerta, había un cuarto en el cual se hallaba la estrecha cama, el aguamanil y el ropero del pobre clérigo. El resto de la casa le sobraba y la había entregado á D.^a Juana y á su servidumbre, la cual consistía en la huerfanita que vimos á la entrada y otras dos mujeres infelices,

por el estilo que ella—D.^a Juana—recogió de limosna y que le servían más bien por gratitud que por paga.

—Mi amigo, D. Pedro, dijo el Dr. saliendo á encontrar al joven, mientras que D.^a Juana ponía otra vela sobre la mesa y en seguida se marchaba.

—Esta Sra. es una santa! dijo el sacerdote cerrando la puerta de la sala. Hace veinte años que me acompaña y jamás he tenido una queja de ella; á pesar de que ya ha cumplido los ochenta, no tiene chocheras.

Mientras que hablaba el buen sacerdote, le había quitado al visitante el sombrero y el bastón y le obligaba á que tomase asiento en la butaca, única silla cómoda que había en toda la casa.

Una vez sentado su huésped, él tomó asiento al frente en una silla y restregándose las manos, añadió:

—Y ahora me dirá mi amiguito ¿qué debo el honor de su visita?

—Pues?... ¿y por qué no había de desear verle, Dr., á mi regreso de Europa? ¿no es usted antiguo amigo de mi familia?

El Sacerdote era un hombre como de sesenta años de edad, de mediana estatura, flaco, muy flaco, de tez amarillosa, casi vercosa, frente alta, descubierta, serena, larga y delgada nariz, conservaba completa su dentadura, de barba prominente, cuello largo, hombros caídos, ojos pardos, vivos pero de dulce y cándido mirar, manos huesosas, afiladas, pie pequeño, siempre bien calzado, desairado de cuerpo, muy nervioso, inquieto pero no impaciente. A su cándi-

da mirada se unía sonrisa amabilísima y el sonido de su voz, algo velado, tenía á veces tonos armoniosos y blandos que anunciaban una alma tierna y cariñosa.

—Tiene usted razón, contestó el sacerdote ¿por qué no había de visitarme mi amigo D. Pedro?

—Ya ve usted.... repuso éste indeciso todavía y sin saber cómo entablar conversación tan delicada.

El doctor se levantó de su asiento para desespabilar la vela que doña Juana había dejado sobre una mesita que se hallaba al pie del Cristo.

—Deseaba, doctor, añadió Pedro, hacerle una pregunta.

—Hágala usted, contestó el sacerdote sentándose de nuevo, cruzando la sotana sobre su pecho y mirando al joven de hito en hito.

Pero éste callaba turbado.

—Hijo de su buena madre había de ser, repuso el doctor, y sin duda sabiendo que he estado enfermo ha venido á preguntarme si estoy mejor.

—No era eso no más....

—Ah! Extrañaría acaso que yo no le hubiese ido á visitar á su regreso del Extranjero?

—Tal vez, contestó el otro, el cual, para decir verdad, no se había acordado del pobre sacerdote hasta esa noche.

—Cuánto se lo agradezco! Sin duda ¿me equivoco acaso? vino usted á distraerme refiriéndome algunas de sus impresiones durante sus viajes ¿tengo razón?

—Es posible, pero....

—¿No es eso tampoco?.... entonces será.... Aguarde usted un momento.

Y levantándose de nuevo atravesó prontamente la sala, se acercó á la puerta y torció la llave.

Pedro le miraba azorado.

El doctor volvió á su asiento y le dijo:

—Quizás, mi señor D. Pedrito, que-rría usted consultarme acerca de algún punto de conciencia!

—Cabalmente, exclamó éste suspirando.

—Diga usted.... aquí nadie nos puede oír.

—Ha adivinado.

—Hable con toda franqueza.

—Así lo haré.

—Dígame, pues, qué le duele; que yo como médico del alma trataré de aliviarse con el auxilio de Dios; mis fuerzas son pocas, pero El me las aumentará, añadió, mirando el crucifijo.

Sonríose Pedro con cierto desdén.

—No se trata de mí.

—No se trata de usted! ¿con que no es respecto de usted que desea consultarme?

—No; yo no acostumbro....

—¿Es en nombre de otra persona que quisiera conocer mi opinión?

—Si señor.

—Y le ha comisionado á usted quizás....

—No, tampoco, al contrario, yo no quisiera que ella tuviera conocimiento....

—De que usted me ha consultado! Explíquese usted con toda confianza; usted sabe que nosotros los sacerdotes estamos enseñados á guardar secreto.

—Así dicen, Sr. Dr., pero....

—Siga usted....

—Pues, bien, usted es confesor de Lucía Arnao, ¿no es así?

—Indudablemente. Es un ángel purísimo. Yo le hice hacer su primera comunión, como á las hermanas de usted; y desde entonces ha seguido confesándose conmigo.

—Será un ángel á los ojos [de usted, Dr., pero yo declaro que es muy cruel.

—Muy cruel! ¿cruel Lucía?

—Sí señor.

—Pero, cristiano!.... si esa niña es una malva, no es capaz de matar una mosca.

—Pero me asesina á mí.

—Cómo así!

—No quiere casarse conmigo.... cuando mi única ambición, el anhelo de mi vida sería sacarla de la miseria en que vive, cuidarla, impedir que se entregue á un trabajo que la causará graves males.

—¿Y ella rehusa todo eso?

—Sí señor.

—Sus razones habrá dado á usted, ¿no le tiene cariño á usted acaso?

—Sí me tiene.

—¿Y no dice por qué le rechaza á usted? Algún motivo tendrá sin duda.

—Nada más sino que dice que soy libre pensador, incrédulo.

—Libre pensador, incrédulo!.... pero ella se equivoca ¿no es así?

Pedro no contestó.

—Usted me ha buscado, sin duda, continuó el sacerdote, para asegurarme que no es cierto, que lo han calumniado á usted; que su impiedad es falsa, y que usted no puede ser enemigo de nuestra santa Religión y de Aquel que murió por nosotros.

—Yo, Sr. Dr., contestó Pedro levantándose de su asiento, no soy hipócrita, no pretendo engañar á nadie: no practico, es verdad, ninguna Religión, pero creo que todas las religiones son iguales.

—Es decir que usted, Sr. D. Pedrito, las tenga todas: la cristiana como la mahometana, la budista como la judaica....

—Efectivamente, no me ciño á la voluntad ni á los mandatos de los que pretenden avasallar mi pensamiento que es libre.... pero me comprometería á permitir que mi esposa practicara de una manera racional, la religión que mejor le acomodara.

—La mahometana, por ejemplo! dijo el Dr. Cornejo con sorna, con todas sus consecuencias!

Señorose Pedro, y repuso levantándose de su asiento:

—Naturalmente Lucía no practicaría sino la católica.... pero sin exagerarla, aunque yo preferiría la protestante.

—Muy bien!.... ¿Permitiría usted, así como por condescendencia, que asistiera á misa?

—Como no!.... Pero solamente los domingos, que es lo que obliga en su Iglesia, ¿no es así?

—Y en cuanto á confesión ¿qué diría usted? ¿Usted sabe que esa es una de las prácticas esenciales en nuestra fe católica?

—Eso es mucho más grave, Sr. Dr., pero por darla gusto y tenerla contenta,

no impediría absolutamente que lo hiciera una vez al año, como dice el Catecismo que aprendí en mi niñez.

—Perfectamente.... ¿Con que usted permitiría que se confesara una vez por año?

—Pero con una condición.

—Cuál?

—Que yo eligiera el confesor.

—Al gusto de usted, se entiende....

—Se entiende.... Con un hombre que me diera completas garantías, moralidad y que no la indujese á mal.

—Si señor.... pero oígame usted, repuso el confesor de Lucía, poniéndose de pie también ¡si Dios (ó como ustedes dicen, la Naturaleza) les diera hijos?

—Los educaría á mi modo, lejos de toda influencia supersticiosa, de manera que cuando llegaran á la edad de la razón pudieran escoger la religión que quisieran.

—O ¿no escogieran ninguna, como usted, lo cual no se puede negar que es mucho más cómodo ¿no es verdad? Pero, añadió el sacerdote, usted le explicaría todas sus ideas á su presunta novia y esto tal vez la arredraría.

—Soy franco, Dr., pero usted comprenderá que esto último no dije.

—Comprendo. Pero, amiguito mío, ella no es ninguna tonta, sino inteligente y debe de haber adivinado el porte de las ideas de usted.

—He dicho á usted, Dr., hasta dónde podré transigir; pero hay cosas por las cuales no puede entrar la razón humana y el progreso de la civilización.

—Usted, sin duda, haría como su padre de usted, permitiría que las mujeres de su casa siguieran las ideas de la madre, pero tiraría la raya en lo de la educación de los varones.

—No. Estoy convencido de que allí está la equivocación; las mujeres son las madres de las futuras generaciones y debemos prepararlas para tan alta misión; deben cortarse de raíz las preocupaciones que oscurecen todavía lo presente y la educación debe ser igual en uno y otro sexo.

—Usted no me ha dicho todavía la

causa de su rompimiento con Lucía, puesto que me dice que no le ha descubierto hasta el fondo las ideas que abriga su mente.

— Ella riñó conmigo por una friolera hará dos años y no ha querido hacer las paces aunque yo le he prometido que siendo mi mujer ella mandaría en su casa.

— Pero si usted rompió con ella hace tanto tiempo, deseo saber qué papel debo hacer en este asunto.

— Abrigaba la esperanza de que usted ejerciera su influencia sobre su espíritu.

— Pero en qué sentido?

— Que usted que es el clérigo reconocidamente el más racional de Bogotá... El Dr. se inclinó cortesmente.

— Que usted le aconsejaría, añadió, que fuera racional y que...

— Se case con usted ¿no es cierto? para gozar de las ventajas de una fortuna como la suya.

— Eso es, sí señor.

El doctor dio dos vueltas por la sala, cambiando la posición de las velas de manera que iluminaran mejor el Cristo de que hemos hablado y arreglando las sillas. Pedro se había sentado de nuevo, lo miraba con señales de impaciencia pero sin hablar.

— ¿Y qué puedo hacer yo? exclamó el doctor Cornejo tomando al fin asiento frente de su visitante.

— Simplemente explicarla que su manejo es prueba de insensatez verdadera ¿no es así?... Su pobreza es grande.

— Eso lo sabe ella: mejor que yo.

Además, su alma es libre y puede escoger lo que parezca mejor, según su conciencia.

— Ella no es libre! exclamó Pedro; no es libre porque está inbuída en doscientos escrúpulos y se le ha figurado que hay un Dios Supremo que se ocupa de lo que hacen los hombres en este arrinconado planeta, y teme disgustarle.

— Ah! pero Él nos ha probado, derramando su sangre por nosotros, que ese Dios que usted pretende desconocer nos ama y nos gobierna.

— Yo no quiero discutir con usted sobre esos asuntos, contestó Pedro con acento desdenoso; no perdamos tiempo,



quiendo Dr. En ese terreno no podremos entendernos jamás. Usted cree á puño cerrado en las supuestas Revelaciones y la palabra de unos Evangelios que considero fraguados y apócrifos.

— Pero oigame usted, querido D. Pedrito....

— Repito á usted, mi buen Dr., que usted cree en misterios que no comprendo ni me los podría explicar jamás. Así como yo no pretendo que usted cambie de opinión, no admito tampoco que ensaye catequizarme; á mí me bastan los problemas resueltos por la ciencia moderna, me bastan las palabras de los filósofos....

— Y en lugar de los Santos Evangelios cree usted en las palabras del cínico Voltaire, del falsísimo é hipócrita Rousseau, del impío Diderot y demás enciclopedistas franceses. Pero aseguro á usted, caballero, que en un cuarto de hora podría demostrar á usted, probarle con la mayor claridad cómo mintieron y se equivocaron esos hombres funestísimos!

— Vaya si lo creo! repuso Pedro. Ya nadie se acuerda de los filósofos superficiales del siglo pasado. Hoy, Dr., nos han acabado de abrir los ojos hombres como Carlos Voght, Fichte, —el padre— Hegel, el sabio Molischott, el juicioso Renan, los sabios Draper y Buckle y tantos sabios, verdaderos hombres científicos como Spencer, Darwin, Littrée...

— Alto ahí! amigo mío: ese murió penitente y convertido!....

— Y usted cree en estas patrañas?

— Vaya si lo creo, y podría señalar á usted los libros en que se habla de su conversión.

— Pues siento decirle que está usted equivocado... Esa fue una trama clerical; se aprovecharon de su enfermedad, de la debilidad de sus facultades mentales para hacer creer en su conversión. Pero quedan sus obras que probarán lo contrario.

— Desgraciado de él exclamó el sacerdote. Aunque Dios le haya perdonado, su castigo en el Purgatorio será inmenso por los muchos que ha inducido al mal!

—Pero, contestó Pedro sentándose nuevamente, pues se había levantado en el calor de la discusión; vamos al grano, Dr., repito á usted que yo no he venido aquí á que me convierta, ni á discutir con usted esas verdades de la ciencia que tan claro han demostrado los sabios.

—Comulgan á ustedes con ruedas de molino! Pobres materialistas que cierran los ojos á la evidencia y sólo creen lo que los sentidos les señalan. Y sin embargo dan fe á las palabras de aquellos hombres llenos de odio satánico!

—Repito, Dr., que yo no quiero discutir ¿para qué? Usted cierra los ojos á la luz, yo vivo dentro de ella y estoy perfectamente convencido de que si no gozamos en este mundo los bienes á que aspiramos, al morir nos convertiremos

en polvo vil y lo perderemos todo. Lo que ustedes llaman alma no es sino un vapor que emana de la materia, cuyas vibraciones serán contadas y analizadas cuando la ciencia llegue á su apogeo y cuando la Naturaleza no tenga ya secretos para ella.

—Y qué desgraciado es usted, señor del Pino! y cuánto le compadezco! En este mundo no se obtiene sino durante momentos las dichas terrenales á que usted aspira. Oh! créame usted! añadió cruzando las manos el buen sacerdote: es más feliz el presidiario que arrastra su cadena por las calles, pero que confía en una existencia de ultratumba, que usted que se halla en la flor de la edad, que es rico y considerado como uno de los jóvenes de *máxima* posición en la sociedad!

Volvió á sonreír Pedro con el desdén de un hombre que oye las tontas palabras de un niño que aprende á hablar apenas

—Como le iba diciendo, repuso reanudando el hilo de su discurso en el lugar en que le había dejado, sin hacer caso de la interrupción. Yo sé, Sr. Dr., que sólo viviré en este mundo terrenal (no gozaré ciertamente de otro, como el presidiario feliz de que usted me habla, que desdeña las penas de este mundo porque espera otro de eterna ventura)

y por consiguiente quiero, mientras exista, pasarlo á mi gusto, gozando de la presencia de las personas que amo y tratando de contribuir á la felicidad de éstas en este mundo.

—Bien ¿y qué más?

—Voy á ello. Repitió á usted que Lucía es una niña que haría mi dicha, entretanto que yo por mi parte haría la de ella. En cambio de hacerla la compañera de mi existencia, le proporcionaría una vida desahogada, digna de la nobleza de su carácter, de su virtud y abnegación. Sería mi esposa honrada y querida como lo merece.

—Ante Dios ¿no es así?

—Me casaría con ella ante la ley; * y para darla gusto ante un sacerdote de su religión; no me negaría á ello ciertamente.

—Hay una cosa que me sorprende, dijo el Dr. Cornejo.

—Cuál?

—Que usted después del viaje que ha hecho por Europa, todavía quiera por esposa á esa perlita americana, á esa humilde violeta de estos campos.

El Dr. Cornejo solía á veces usar imágenes poéticas, propias de la sencillez de su alma.

—Confieso, Dr., que aunque estuve en París y busqué los goces que allí se brindan á todo el que tiene dinero, con ánimo decidido de olvidar á Lucía; con intenciones de sumergirme en aquel mar de delicias; con voluntad de buscar otras mujeres que oscurecieran las gracias de las bogotanas....

—No lo logró usted!

—No señor. Todas las mujeres me repugnaron y me fastidiaban; vivía comparando á mi amada ausente con las

beldades demasiado cultas que traté. Y no crea usted que sólo alterné con las mujeres de cierta vida, que son las únicas que suelen buscar los americanos en París, no señor, me hice presentar en la mejor sociedad hispanoamericana; vi á las señoritas más hermosas, mejor educadas y de más alta alcurnia.... y sin embargo la imagen de Lucía no se

* Entonces estaba vigente el matrimonio civil.

borraba en mi corazón!

—¿Y sabe usted, amigo mío, por qué prefiere usted á Lucía?

—Si lo supiera, Dr.; si comprendiera en qué consiste el singular encanto que ella tiene para mí, quizás lograría curarme de esta obsesión. Lucía es menos bella que muchas muchachas que conozco, pero para mí es más amable y seductora que ninguna otra.

—El encanto de Lucía que usted siente pero no acierta á explicar, se halla en su alma, en la rectitud de su espíritu, en esa fe en Dios que realza su innata dignidad y refleja en su semblante una luz clara y serena que produce en los que la tratan una oculta confianza y un brillo que le viene del cielo; influencia es esta que usted ha sentido en esa alma inmortal que usted niega. . . . Créamelo, querido amigo, el amor que usted tiene á Lucía no es el material que usted piensa, sino algo más puro que no entiendo todavía, pero que comprenderé al fin.

Pedro se encogió de hombros con desdeñoso ademán, pero jamás olvidó aquellas palabras del sacerdote católico.

—Por otra parte, continuó diciendo el Dr., usted quiere á esa humilde niña

por lo mismo que está fuera de su alcance porque se niega á ser suya.

—Yo no soy amigo de ahondar mis propios sentimientos; soy enemigo de esos estudios que llaman psicológicos. . . repuso Pedro, pero es posible que haya algo de exacto en las últimas observaciones que me ha hecho. Lo único que sé es que deseo hacer el bien á Lucía, haciéndomele también, y que he venido á explicar á usted mis sentimientos con el objeto de suplicar á usted que la aconseje que acepte mi propuesta.

—Le diré á usted, Sr. D. Pedrito, que yo ya he dicho todo eso á Lucía.

—¡Usted la ha hecho presente las ventajas de su matrimonio conmigo!

—Yo; si señor.

—Cuándo?

—Hará año y medio más ó menos.

—¿Ella le dió parte de mi pretensión?

—Doña Concha me consultó, y me encarecidamente que influyese en

la conciencia de Lucía en ese particular.

—¿Pero usted no cumpliría con los deseos de la buena señora, alegando mi falta de piedad?

—Al contrario; hablé con Lucía; la dije que yo consideraba que debería procurar por ese medio contentar á su madre, y puesto que usted la manifiesta tanto cariño, y que ella le correspondía á usted, como me lo confesó, ¿por qué no trocar la vida penosa que lleva por una holgada?, y al mismo tiempo le hice presente que era para ella un honor hacer parte de la familia de usted.

—¿Usted, Dr., la dijo todo eso?

—Si señor, y mucho más.

—¿Y ella qué le contestó?

—Me dijo que todo eso era verdad, pero que no podía ser esposa de usted.

—¿Acaso el joven es de mal carácter? la pregunté.—Me contestó que hacía años que le trataba y que nunca había

notado cosa alguna que le disgustara en su modo de ser.—¿Acaso tiene fama

de jugador ó que toma licor con exceso?—No, repuso, me han dicho todo lo

contrario.—¿Y entonces por qué le rechaza usted?—Es irreligioso, me dijo,

y no se contenta con ser incrédulo, sino que es enemigo declarado de nuestra

San a Religión.

—Ah! exclamó Pedro,—sin duda eso

bastaría para poner á usted en contra mía ¿no es verdad?

—Se equivoca usted, mi amigo, se equivoca.

—¿Entonces qué le aconsejó usted?

—Que se casara porque la tocaba una misión muy bella: la de convertir á usted, la de ganar una alma para el cielo.

—¿Qué dijo Lucía? preguntó el joven sonriendo.

El buen sacerdote sacó su reloj, lo miró, y levantándose de su asiento, abrió la puerta y desde allí gritó:

—Doña Juana! Mande usted que traigan el chocolate para el Sr. D. Pedro del Pino y para mí!

—No haga tal! exclamó el joven; yo no tomo nada de noche.

—Vaya, vaya! repuso el buen cléri-

go, dando la contraorden. Se conoce que usted está montado á la moderna. Ya todos los jóvenes sufren de dispepsia y desprecian el chocolate de la merienda tan sabroso y confortativo!

—Más vale eso, Dr., y no morir de apoplejía. . . . Pero prosiga usted ¿qué dijo Lucía acerca de mi probable conversión?

—Usted no lo conoce—me contestó dando un suspiro. Jamás le pedré hacer cambiar de ideas. El mal en él es incurable; no ha quedado en él un ápice de fe, porque jamás la ha tenido; su padre le educó así—¿Se equivocó Lucía? preguntó el sacerdote cambiando de voz y encarándose con Pedro.

—Ella me conoce, según veo, repuso Pedro con tristeza.

—Pero aun dijo más, añadió el Dr.—

Y esto no es todo, continuó ella, le quiero mucho, y en lugar de convertirle temo que mi propia fe podría naufragar. Debo huírle, añadió con los ojos anegados en llanto, debo huírle, porque me causa mucha pena negarle lo que con tanta ternura me pide.

—Dr., dijo Pedro, si entonces me amaba, aún no ha cambiado; esta tarde hablé con ella. . . .

—Habló usted con ella! ¿Y no ha logrado vencer su voluntad?

—No; es más dura que una roca. . . . pero aún no he perdido enteramente la esperanza.

—Lo cree usted?

—Mi esperanza es en usted que tiene tanta influencia sobre su conciencia! Si usted le aconsejara en mi favor, es seguro que le escucharía ¿no le parece á usted?

El Dr. contestó con voz grave:

—El deseo de gozar de las comodidades temporales es innato en el corazón de las jóvenes ¿no es así? El pasar la vida al lado de la persona que se ama, es también naturalísimo; el enlazarse con una de las principales familias de Bogotá, halagaría sin duda el amor propio de una niña pobre y por consiguiente arrinconada en la sociedad ¿no le parece á usted? El poder descansar de rudísimas faenas que acabarían con su

frescura y marchitarán su juventud, y gozar de aquellas delicadezas tan anheladas por una doncella de fina educación moral no sería cosa de desdenarse, ¿qué dice usted?

—Perfectamente, usted se ha expre-

sado á las mil maravillas, Dr., no falta sino que usted se lo repita á ella.

—Esto se lo podría decir, ciertamente, y muchísimo más, bajo el punto de vista del mundo, pero todo sería en vano, se lo aseguro. Lucía prefiere todos los tormentos de su vida de privaciones materiales y terrestres, en cambio de conservar la esperanza de ganar el cielo.

—Pero, señor ¿quién le impide lo que ella llama ganar el cielo? Ya he dicho y afirmado que seré tolerante.

—Ella sin embargo no quiere que usted sea tolerante.

—No quiere que sea tolerante! ¿Qué pretende entonces?

—Que aquel con el cual ha de pasar su vida sea CREYENTE. Ella piensa, — como deberían hacerlo todos los católicos, que el matrimonio es un sacramento instituido por Dios mismo y ratificado por su Iglesia, y no cree lícito participar de él con una persona que lo considera tan solo como un contrato civil. Yo, amigo mío, me inclino ante la pureza de sus sentimientos, y en lugar de procurar disuadirla, rogaré á Dios que la conceda fuerzas para perseverar en ese camino, camino lleno de abrojos y de espinas, pero que la conducirá al cielo, único objeto de las aspiraciones del cristianismo, á trueque de perder los goces que pudiera encontrar en este mundo transitorio.

—¿Es decir que he perdido totalmente mi tiempo? exclamó Pedro con arrugado ceño, y usted se niega resueltamente á hablar con Lucía en nombre

mío y hacerle presente lo que he dicho.

—De ninguna manera, querido mío, contestó el sacerdote con dulzura; repito á usted que ella es libre para escoger su camino y debe saber lo que usted le ofrece.

—¿Y cuándo la verá usted?

—Mañana la hablaré en el confesio-

023

nario y le diré que usted vino a visitarme con ese empeño.

En aquel momento se oyó en el corredor el ruido del molinillo en la olleta que batía el chocolate pedido por el Dr. y la voz cascada de la ama de llaves que reprendía á la perezosa indiecilla. Abrióse la puerta después con estrépito y entraron al aposento tres personas, una en pos de otra: D.^a Juana con el pocillo del humeante chocolate en un plato; detrás la muchacha llevando un platico con dulce, y por último, caminando paso á paso para no derramar el agua que rebosaba en un gran jarro de plata, un muchacho de unos diez años, que era el niño que ayudaba á misa al buen clérigo.

—De manera que, repuso Pedro levantándose de su asiento para dejar pasar la procesión que se dirigía al lugar donde se encontraba el Dr. Cornejo, de manera que puedo volver mañana á preguntar á usted cuál ha sido el resultado de su conferencia con Lu-
cía.

—Puede usted volver á esta su casa cuando quiera.

—Recuérdela usted dos cosas, Dr., que en esto se encierra su porvenir y el mío: primera, que esta vez será irremisiblemente la última vez que trataré

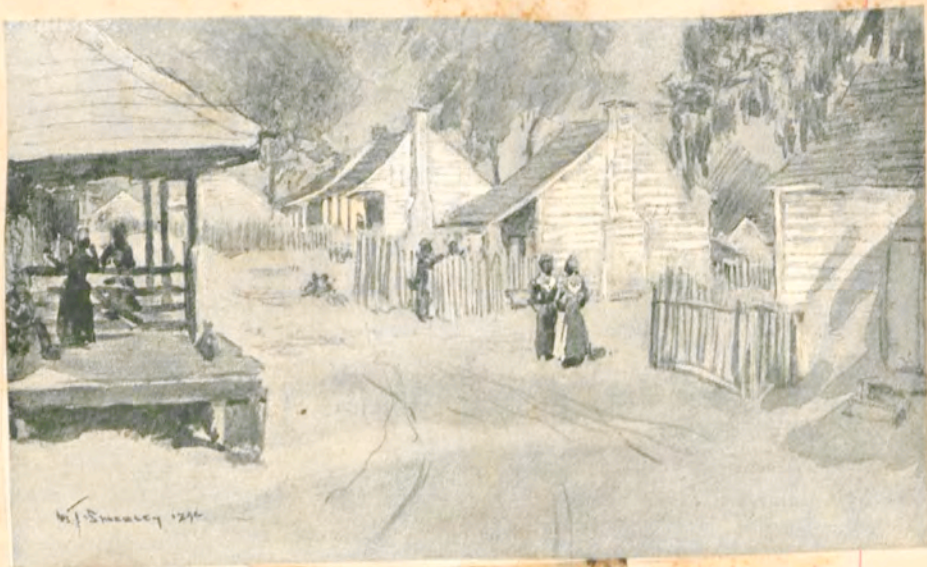


de arreglarme con ella, y la postrera que la brindo mi mano; y 2.^a que si no acepta, que sepa que ha dispuesto de mi vida y que en adelante debe mirarme como á un extraño.

Pedro dio la mano al sacerdote, se despidió de D.^a Juana y salió del aposento acompañado por la muchachuela que iba á cerrar el portón.

Fin de la primera parte.





PARTE SEGUNDA

CAPÍTULO I

Ernestina Gunter

Mostrarémos ahora quién era aquella niña que vimos entrar en casa de Lucía cuando Pedro del Pino la acompañó hasta la quinta en donde tuvieron su última entrevista.

Tenemos que volver atrás el reloj de los tiempos y referir lo que sucedió en el pueblo llamado el Valle, catorce años antes.

Un día del año de 1861 llegó á aquel lugar una señora bogotana llamada Fulgencia Rojas; era viuda, rica, caprichosa, exagerada en todo. Como nunca tuvo hijos, había llevado á su casa, por vía de entretenimiento, á un niño, sobrino de su difunto marido, al cual dio una malísima educación al gusto de los caprichos de su protectora.

Como el niño era alegre, decidior y de una memoria feliz, D.^a Fulgencia sólo pensó en que la divertiera; vestíale como un arlequín, enseñóle versos que recitaba como un verdadero histrión,

ballaba danzas, cuyos movimientos ridículos la hacían reír, y representaba comedias con las niñas de la vecindad, y el resto de su tiempo lo pasaba con los sirvientes de la casa, los cuales no le enseñaron nada bueno. Escuchando las conversaciones de las criadas cuando lo sacaban á pasear los domingos, acabóse de pervertir su espíritu, corromper su corazón y alejar de su alma todo sentimiento de moralidad.

Después hablaremos más despacio de Arturo Villamil; por ahora sólo diremos que cuando D.^a Fulgencia llegó aquella vez al Valle, Arturo había cumplido diez y seis años y ya no podía servir de diversión á su protectora; estaba muy crecido en cuerpo y en malas mañas y se creyó indispensable meterlo en un colegio para que aprendiera algo, puesto que D.^a Fulgencia no había acertado á enseñarle sino lo que no debiera saber.

La pérdida del solaz que le había proporcionado Arturo hasta entonces traía muy desazonada á la rica viuda,

47
49

y deseaba á todo trance encontrar algún niño ó niña que le reemplazara. Llamóle la atención en la posada del pueblo una preciosa niña de anos ocho años de edad que vio jugando ~~en~~ ~~los~~ ~~corredores~~ ~~de~~ ~~la~~ ~~casa~~ en los corredores de la casa.



Era ésta muy diferente de los demás, ~~era~~ blanca, rubia, de ojos azules y de un porte elegante y pulcro. ~~Reguntó quién era; le contestaron que era sobrina de la Sra. Dolores, la posadera, huérfana de madre, la cual se había casado con un alemán, que había acabado por abandonar á su mujer y á su hija, y á la última recogió la hermana de su madre cuando murió ésta. Con aquella abnegación que distingue á las gentes del pueblo, la posadera crió á su sobrina junto con sus hijos, de manera que entre Ernestina Gunter y los Oquendos no había más diferencia sino la blancura de la primera y la tez morena de los otros.~~

Ocurriósele entonces á D.^a Fulgencia que dicha niñita que parecía viva y era tan bonita, podría reemplazar la falta que hacía Arturo; y no solamente reemplazarle sino servirle muchísimo más que el brusco y malcriado muchacho, el cual había sido muy travieso y vaga-

bundo y la había dado mucho en qué sentir. Sin reflexionar ni importarle la nueva responsabilidad que le acarrearía la educación moral é intelectual de una niña que sacaba del centro en que debería vivir para transplantarla á uno enteramente artificial, la rica y caprichosa viuda pidió *regalada* á la posadera su sobrina, ofreciéndola que la adoptaría y la tendría en su casa como á su propia hija.

La *señá* Dolores se encontraba en ese entonces en difícilísimas circunstancias, pues su corto haber (era viuda) no le alcanzaba para mantener á su numerosa familia, de manera que aceptó la propuesta de D.^a Fulgencia que la ofrecía este mundo y el otro para su sobrina.

A pesar de su corta edad, Ernestina era apasionada y amaba entrañablemente á su tía, que era muy cariñosa con ella, y á una hija de ella, niña de su misma edad, así como al hijo mayor de la posadera, Justino, que la quería y agasajaba. Así fue que cuando le notificaron que debería partir con la forastera, se afligió tanto la niña, que su tía estuvo á punto de arrepentirse del trato con D.^a Fulgencia, y ésta impacientada con las lágrimas de Ernestina, hasta quiso dejarla. Pero Justino, que



pensaba que la niña sería muy feliz en la capital, ofreció llevarla á la cabeza de la silla durante algunas horas y después acomodarla muy bien en la enjalma en que debería conducirla un peón hasta Bogotá.

Justino era un mocetón campechano y burdo, pero bondadoso cuanto inculco, cuyas palabras y modales de aldeano dieron mucha entretención á *Ayvaro* Villamil, que había ido á acompañar á su protectora y se gozó en burlarse del amable y sencillo hijo de la posadera, hasta que éste se despidió dejando á Ernestina ya menos triste.

Consolose pronto la protegida de D.^a Fulgencia de la ausencia de sus parientes con el lujo de la casa de su protec-



tora, los vestidos con que la engalanaron, los elogios que mereció por su linda cara, y á poco ya la niña olvidó por completo su pueblo y los que había dejado allí.

D.^a Fulgencia era una mujer variable de humor, mimada y consentida por sus parientes pobres, que daba rienda suelta á sus impresiones, y por consiguiente no era nada propia para educar una niña, como tampoco se lució con la crianza de su sobrino. Aunque vestida



con elegancia, buen alojamiento y dueña de su persona, pues nadie se tomaba la pena de corregirla, Ernestina creció en un medio que le fue fatal. Para halagar á la dueña de casa cuantas personas la visitaban no cesaban de ponderar la belleza é inteligencia de la niña delante de su protectora, pero la miraban con desdén y la hacían desaires cuando

estaba sola. La caprichosa patrona de Ernestina, que era rumbosa y gustaba de que elogiaran su generosidad, buscó maestros para la niña que la dieron lecciones de piano, dibujo, francés, toda suerte de bordados y de obras de mano de última importación europea: pero de nada de eso aprovechó la pobre niña, porque D.^a Fulgencia pretendía que aprendiese esas artes en pocos días, y como aquello no sucedía, declaraba que Ernestina no tenía disposición, despedía al maestro ó maestra y buscaba otro con el mismo resultado.

Desgraciadamente la sobrina de la *señá* Dolores á fuer de ser muy bonita, carecía empero de aquel don de Dios que no se puede explicar y se llama simpatía; de manera que nadie la quería verdaderamente, ni los parientes de D.^a Fulgencia, que la envidiaban además, ni los sirvientes de la casa, á quienes ella miraba con un desdén que ellos no perdonaban, considerándola más ó menos igual á ellos. Tampoco tuvo amistades con otras niñas de su edad

que frecuentaban la casa: su genio violento, aunque reconcentrado, los caprichos propios de una niña mal educada que la distinguía y su puesto nada claro en aquella casa, todo eso junto la puso en una falsa posición en la sociedad, de manera que las hijas de las amigas de D.^a Fulgencia evitaban su contacto, porque no sabían si deberían tratarla como á igual ó como á inferior.

Así creció Ernestina hasta cumplir diez y seis años. Muy precoz siempre y robusta, á esa edad ya había llegado

á la plenitud de su belleza; era la sava una hermosura material, una especie de Venus Afrodita; blanca de carnes, levantada de pecho, de labios rojos, mirada atrevida, abundantísima, crespas y rubia cabellera, de manera que llamaba la atención en dondequiera que se presentaba, pero si los hombres la contemplaban con admiración, no era con respeto.

Por aquel tiempo tuvo D.^a Fulgencia una penosísima enfermedad que la produjo la pérdida del uso de sus miembros y se vio reducida á un sillón para el resto de su vida. Semejante situación la obligó á buscar alguna persona de su confianza que la hiciera las diligencias indispensables que demandaba la gerencia de su fortuna. Puso entonces los ojos en su sobrino Arturo Villacil, á quien había mirado con despego desde que llevó á su casa á Ernestina. El joven, que era un calavera de siete suelas, pero muy hipócrita, se hizo el chiquito y logró que su tía le confiase el destino de Secretario íntimo y *factotum*, con un sueldo que le vino de molde en momentos en que había jugado cuanto tenía.

Desde entonces Arturo pasaba la mayor parte de su vida en casa de su tía, quien no tenía malicia de la corrupción, de la perversidad y del carácter vicioso de su sobrino y volvió á cobrarle aquel cariño que le dispensó en su niñez. Con el objeto de que no se le apartase, á la imprudente señora se le ocurrió que puesto que sabía francés procurase acabarle de enseñar á Ernestina.



Desdichada idea! La muchacha no solamente aprendió francés y leyó los libros que le indicaba Arturo, sino que se empapó en las perversas doctrinas de su maestro. Entretúvose este mal hombre en matar en el tierno corazón de la niña (predispuesto ya para ello, es preciso confesarlo) toda idea noble y honesta; cultivó en su espíritu el sentimiento de la duda religiosa y la amestró en el sarcasmo—uno de los característicos de Arturo,—burlóse delante de ella de todo lo Divino; manchó á sus ojos todo lo puro, dañando para siempre—como moderno Mefistófeles—el sentimiento de verdadera virtud en el

alma de aquella desgraciada niña. Como ella era inteligente y viva, comprendió en breve cuanto aquel mal consejero le indicaba, y no había cumplido diez y ocho años y ya no ignoraba cosa alguna de lo que sabe un hombre del carácter del sobrino de D.^a Fulgencia.

A pesar de que no ligaban á Arturo

y Ernestina ninguna simpatía ni el menor cariño, la sombra fatídica de aquel hombre corrompido siempre á su lado, despertó dudas acerca del trato entre los dos, lo cual perjudicó mucho á la protegida de D.^a Fulgencia, á quien los jóvenes dieron en tratar con poco respeto. Ningún pretendiente á su mano se presentó, á pesar de su hermosura de diosa pagana y la probabilidad de que D.^a Fulgencia la dejara de heredera. Ernestina comprendió aquello y sintió entonces hervir en su corazón un odio profundo hacia Arturo, ~~pero~~ no se atrevía á manifestárselo, temiendo que se burlara de ella y la humillara todavía más de lo que estaba á sus propios ojos.

De aquella manera pasaron años. Arturo continuaba de *factotum* de su tía, muy satisfecho en un puesto que era para él una ganga, porque con los recortes disimulados que hacía á la hacienda encomendada á sus cuidados, alimentaba sus vicios, los cuales ocultaba á D.^a Fulgencia, que le creía un dechado de honestidad y de buena conducta. Cuando se le soltaba delante de ella alguna frase cínica de las que él usaba con sus amigos y con la infeliz Ernestina, su tía se manifestaba escan-

dalizada, pero acababa por reñirse y considerar que á "esas cosas de Arturo" no había que hacer caso.

Ernestina había cumplido veintitrés años cuando su protectora enfermó repentinamente, con una gravedad tal, que los médicos resolvieron declararla que si deseaba hacer testamento no perdiese tiempo, porque sus días serían cortos.

Sucedió entonces una cosa rara: D.^a Fulgencia que nunca había manifestado particular afecto á Ernestina, comprendió que tenía grande responsabilidad con respecto á ella y que no debía dejarla desamparada; pero al mismo tiempo despertó en su corazón cariño singular por su sobrino, deseando que su fortuna le tocara á él. Llamóle entonces ~~á su hijo~~ y quiso hablar á solas con él:

—Arturo, dijo la moribunda, quiero decirte una cosa que pienso no te sorprenderá.

—Diga usted, querida tía.
—Siempre he tenido la idea de dejarte de heredero.... Me has servido tanto!

—Oh! cuánto se lo agradezco!.... Yo no servía á usted sino por gratitud! pero ésta es el colmo de su protección!

—Aguárdala antes de darme las gracias que te diga con qué condición.

—¿Luégo hay alguna condición?.... Cuente con que la cumpliré.

—Lo creo.... tanto más cuanto que la cumplirás mientras yo esté en este mundo.

—Vámos cuál es.

—Que te cases con Ernestina.

—Si; á trueque de ser hombre acaudalado ~~hacia sacrificios mil, pero....~~

—Ya sabes que la muchacha ha sido criada como hija mía y es muy hermosa; la conoces como tus manos.

—Eso es lo peor!.... Vaya, vaya, tía, ese es un capricho.... Yo no sirvo para el santo yugo y sería pésimo marido

—Tú qué sabes!

—Como no! Yá pasé de los treinta, y jamás se me ha ocurrido casarme, y menos con Ernestina.... Quitele usted esa condición á la herencia y haré cuanto me pida

—Mira Arturo, no seas tonto, te llevarás la muchacha más bonita que hay en Bogotá; yo la hice educar bien para que se pudiera establecer mejor. Muchas veces se me ocurrió esto, pero pensaba que quizás no te atrevías á proponerle....

—Ciertamente, tía, Ernestina tiene muchos halagos.... pero no para mí!

—Lo siento entonces, repuso la moribunda; no tengo tiempo para rogarte. . . me dicen que el Notario me espera para recibir mis órdenes y extender el testamento. La herencia le tocará á ella y no á entrambos como había pensado.

—Tía! exclamó Arturo asustado; si

usted se empeña en hacer dos desgraciados, me rindo á su capricho. Pero usted no me conoce, me gusta la libertad y....

—Nada de eso; ya cambiarás con el matrimonio. ¡A cuántos locatos he vis-

to hechos unos santos varones después de casados!

—Naturalmente tía, ¿no se dice: "fuí mártir porque fuí casado?" Pero no pretendo que me canonicen, prefiero la vida de los pecadores empedernidos. . . Tía, téngame lástima y también á ella!

—Mira Arturo que no es el momento de decir sandeces....

—Pero esta es la pura verdad! Reflexione, tía, y no se empeñe . . .

—Una vez por todas, Arturo, si no quieres aceptar mi condición, allá te avendrás como puedas, ¿quién te dará dinero en adelante?... No te he de dejar ni con qué comprar cigarrillos! Llámame al Notario, que me siento mal....

—Aguárda, tía!... usted sabe que las medicinas son siempre nauseabundas; pero es preciso tomarlas para aliviarse... yo no rechazo en absoluto la mano de Ernestina, puesto que ella me trae un buen bocado... pero la idea del matrimonio es horrible, debe ser invención de Satanaés!

—Ya me aburriste, sobrino, véte y déjame en paz!

Y al decir esto agitó la campanilla y entró Ernestina, quien en preciso confesarlo, se había manejado muy bien con su protectora, y la cuidaba y asistía con la mayor abnegación.

Arturo salió mohino y cabizbajo de la alcoba de D.^a Fulgencia, pero al encontrarse con el notario en la antesala lo sacó prontamente de la casa, diciéndole que su tía le rogaba que volviese después, porque no tenía fuerzas en ese momento para ocuparse de negocios.

Al poco rato volvió Arturo, pidió nueva audiencia á su tía, y como estuviese presente Ernestina, después de saludar á D.^a Fulgencia con hipócrita cariño, se dirigió á la huérfana y la dijo entregándole un estuche:

—Tóma, querida amiga, y usa esta pulsera en mi nombre.

Ernestina recibió el estuche sin mirarlo, y con la mayor sorpresa.

—Déjame con Arturo, dijo entonces D.^a Fulgencia, tengo que hablar á solas con él.

Ernestina salió del aposento, dejando el estuche sobre una mesa.

—¿Con que al fin te rindes? preguntó D.^a Fulgencia.

—Sí, tía, me rindo á la necesidad, pero le suplico que me permita tambien poner una condición á este trato.

—Trato!

—Trato, es, tía, un negocio como cualquier otro, puesto que yo no me casaré por mi gusto... sino muy al contrario....

—Qué pretendes?

—En primer lugar.... mi tía querida no se ha de morir todavía ¡ni pensarlo! así es que ¿para qué hemos de apresurar el matrimonio?... Por otra parte, al hacer testamento me ha de dejar la herencia á mí solo.

—No tall!... á los dos.

—Para qué esto? Cuando nos casemos ambos tendremos la herencia ¿no es así? ¿Qué objeto hay en esa división?

—Dame de beber.... contestó ella, ¡tengo tanta sed!

Arturo salió á la pieza vecina y volvió con un vaso de agua con vino.

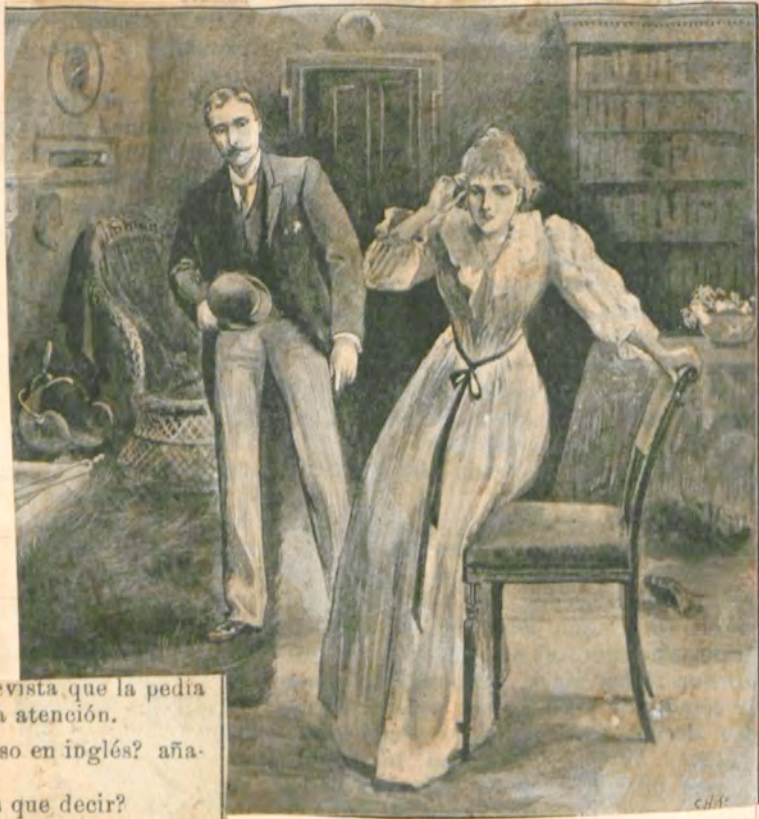
D.^a Fulgencia se sintió peor después de haber bebido y fue preciso que llamasen á Ernestina y las otras enfermeras para que auxiliaran.

—Después hablaremos, dijo la enferma. Anda entretanto á la botica, lleva esa receta para que me la preparen; es un narcótico y lo único que me alivia.

A su regreso de la botica Arturo entregó el remedio á Ernestina instándola para que lo administrase en el acto.

—Vuelve, la dijo, necesito hablarte!

—A mí! exclamó ella, pues hacía mucho tiempo que él la miraba con marcado desvío, y la pulsera regalada.



esa mañana y la entrevista que la pedia después le llamaron la atención.

—A tí! ¿hablo acaso en inglés? añadió de mal humor.

—¿Y qué me tienes que decir?

—Ya lo oirás... algo que nos importa á ambos.

Entretanto que Ernestina entraba á la alcoba de su protectora, aprovechamos esos momentos para mirar al joven á quien conocemos un tanto por dentro, pero que aún no hemos visto por fuera.

Arturo era pequeño de estatura, endeble, gastado su cuerpo por los vicios, así como éstos habían corrompido su alma. Su escasa cabellera era color de polvo con visos rojizos; carecía casi por completo de cejas y tenía pestañas

muy cortas que no alcanzaban á sombreadar unos ojos pequeños de color indefinible y siempre escaldados; era tan lampiño que no tenía que afeitarse nunca, solo un vergonzante bigotillo, del color del pelo, adornaba ó afeaba su labio superior; tenía la frente baja, la nariz larga y afilada, los dientes torcidos y negruscos, la cutis pálida; sonreía constantemente con los labios, pero sus ojos jamás tenían expresión alegre, sino cínica y burlona.

Derribado entre los cojines de un sillón, el codo apoyado sobre un brazo de éste, seguía con la punta de su bastón los perfiles del dibujo de la alfombra.

A poco rato volvió Ernestina y él

continuó sentado y como sumido en hondas meditaciones.

—¿Qué tienes que decirme? dijo ella con desabrimiento.

—Le diste el remedio?

—Sí.

El entonces se levantó y haciéndole seña para que lo acompañase al extremo opuesto del aposento, de manera de no ser oídos, entabló con la muchacha una larga y animada conversación; al cabo de la cual saltó ella roja como una amapola, turbada y nerviosa y en su mirada azorada se pintó por mucho tiempo una profundísima tristeza.



—
CAPITULO II

EL TESTAMENTO DE DOÑA FULGENCIA

Cuando á la mañana siguiente se presentó Arturo, muy temprano, en casa de su tía, encontró que se había empeorado notablemente. Los médicos que la habían dado algunos días de vida, ya decían que apenas duraría algunas horas. Causóles sorpresa que el remedio que siempre la había aliviado produjera un efecto contrario, y que no bien lo había tomado, cuando los síntomas de su mal empeoraron notabilísimamente.

Aunque no se lo dijeron claro á la enferma, ella comprendió su situación.

Desde la madrugada había preguntado constantemente por su sobrino.

Al fin dijéronle que aguardaba sus órdenes en la estancia inmediata. La familia de éste se había adueñado de la

casa desde el día anterior y mandaban todos en ella como en la suya propia.

—Llámame á Arturo, dijo D.^a Fulgencia á Ernestina.

No bien entró el joven al aposento cuando la huérfana quiso abandonarlo.

—Quédate, la dijo su protectora, y volviéndose á su sobrino repuso: esto anda. . . me siento muy mal.

—¿Se sienta peor, querida tía?

—Siento que me moriré prontísimo.

Una ráfaga de luz, que ahogó en el acto, asomó en los pálidos ojos del joven.

—No diga tal cosa, tía, contestó con voz melosa.

—No discutamos esto, contestó ella con acento débil; yo sé lo que siento, y antes de que venga la muerte es preciso que se haga lo que tú sabes.

—¿Su testamento de usted?

—Sí; pero antes quiero que te cases con Ernestina, como convenimos ayer.

Arturo miró á la huérfana. Ella había dado un paso atrás y cubiértose la cara con las manos.

—Pero tía, aún no hemos hablado con Ernestina.

—Ella no se negará á ello ¿no es verdad? preguntó la enferma volviendo los apagados ojos hacia ella ¿cómo había de quedarse desamparada una vez que yo muera?

— Queridísima Ernestina, dijo Arturo, dirigiéndose á la pobre muchacha ¿qué dices?

— No sé... no sé...

— Bien sabes, añadió él con voz dura y cortante (á pesar de

sus palabras), bien sabes cuánto te he preferido siempre; no dudo, pues, que aceptarás mi mano, como lo desea mi tía y tu buena protectora.

Agolpósele la sangre á las mejillas de la muchacha y en seguida perdió completamente el color; un temblor nervioso sacudió sus miembros, apoyó una mano sobre la barandilla de la cama de D.^a Fulgencia, y extendiendo la otra fría y temblorosa, con ademán de súplica, abrió los labios pero en silencio..

— Habla, niña, dijo la moribunda, notando los extraños ademanes de Ernestina, — porque si te repugna demasiado este enlace, arreglaré las cosas de otro modo.

— No tía, no, dijo Arturo lanzando una mirada de reconvención á su víctima; ella me quiere; me lo dijo ayer tarde.

— ¿Es verdad lo que dice mi sobrino?

— Es verdad, contestó ella bajando los ojos.

— Entonces, dijo la enferma á Arturo, anda ahora mismo á arreglar todo para el matrimonio; píde la fe de bautismo al Dr. N... mi abogado, que la tiene en su poder; habla con el Cura Párroco, para que se hagan las informaciones y pide las dispensas en la Curia; busca al empleado, alcalde ó lo que fuere, para que se haga el matrimonio civil (*) lo más pronto posible; quiero que todo se haga ~~pronto~~ inmediatamente.

— Perfectamente tía, repuso Arturo tomando su sombrero; pero si le parece llamaré primero al Notario para que le dicte sus disposiciones testamentarias.

Sin embargo la pobre señora iba debilitándose tanto, que cuando llegó el Notario la encontró tan decaída, que costó trabajo que saliera del sopor que



(*) En aquella época el matrimonio civil era indispensable.

la agobiaba.

—Arturo, dijo ella al fin, ¿arreglaste ya lo concerniente al matrimonio con el Cura y los poderes civiles?

—Sí, tía, repuso él, mintiendo descaradamente; pero esas diligencias no pueden cumplirse antes de dos días.

—Dos días! Entonces ya será tarde, exclamó ella; me siento morir.

Dióle en aquel momento un síncope, y cuando volvió en sí dictó brevemente sus disposiciones y en su aturdimiento, apuntándole Arturo lo que debería decir, le dejó á éste de herefero universal y olvidó exigir que se casase con Ernestina.

El Notario extendió prontamente el documento, leyóselo á la enferma que ya no oía, pues empezaba la agonía, y con mil dificultades lograron enderezar á la moribunda para que alcanzase á firmar el testamento.

Desde aquel momento y después de haber recibido la absolución de un Sacerdote, D. Fulgencia no atendió sino á las oraciones que en torno suyo elevaban á Dios para que recibiera en su seno aquella alma que tan poco se había ocupado en reunir méritos para salvarla.

Entretanto la desgraciada Ernestina se vió pospuesta por la parentela de Arturo, la cual había invadido la casa como tierra conquistada. La huérfana que hasta entonces era la niña mimada, fue relegada á un rincón del aposento en donde espiraba su protectora. Aparentaronse las intrusas de las llaves de las reposterías y de los armarios y abrían y cerraban puertas y disponían de cuanto había allí sin contar para nada con Ernestina.

No bien murió la señora y sacaron á la llorosa Ernestina de la alcoba, la dieron á entender que ella ya no era nada en aquella casa y que su presencia estorbaba en todas partes.

Pero en un principio las Villamil encontraron en la huérfana la horma de su zapato, pues como no era ni tímida ni apocada contestó con altanería á las claras insinuaciones que la hacían, protestando contra aquel manejo, puesto

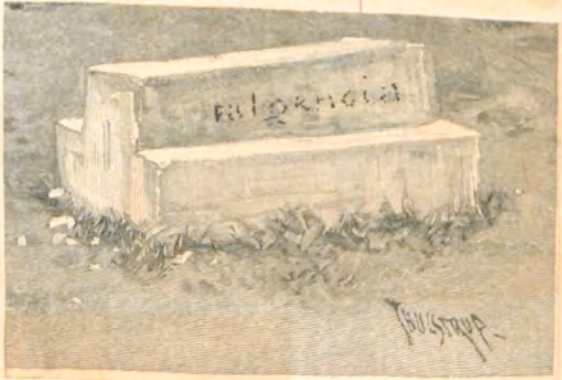
que muy en breve se casaría con Arturo y sería co-heredera de los bienes de su protectora.

Riéronse las hermanas de Arturo con aquella pretensión de la huérfana, y tanto hicieron y dijeron todos los miembros de la familia, que viéndose Ernestina sola contra aquel ejército coaligado, resolvió retirarse del salón, — en que se velaba á la difunta entre crespones, lámparas y hachones mortuorios — y encerrarse en su aposento.

Después del entierro — al cual Ernestina no se atrevió á asistir, temiendo que la hicieran algún humillante desaire, — quiso bajar al salón en donde la familia se preparaba á recibir las visitas de pésame. Hallólo en un estado tan tétrico que no se atrevió á permanecer en él. Cubierto el suelo de lienzos negros (como entonces se usaba en Bogotá) colgadas las paredes con gasas fúnebres, cubiertos los espejos y los cuadros con crespones, cerrados los maderos de los balcones, de manera que reinaba allí una obscuridad casi completa; las Villamil recibían á sus amigas y conocidas vestidas de riguroso luto y con un aire serio y compungido, en medio de una atmósfera pesada é impregnada por los aromas de las flores de las coronas que habían sobrado después de de-

jar una multitud de éstas colgadas en torno de la bóveda del cementerio.

Ernestina se retiró como hemos dicho, del salón en donde la recibieron en silencio, como persona que no tenía por-





qu presentarse
allí, pero al ale-
jarse oyó decir á los her-
manos de Arturo con
acento de falsa compasión:

—Esa pobre tendrá que salir de la casa pronto. Mi tía la enseñó tan mal, que con dificultad encontrará otra colocación.

Entretanto la huérfana oía al través de los cristales de la ventana de su cuarto, que daba sobre la escalera, las entradas y salidas de los visitantes; el ruido de los platos y de las copas en el comedor (en donde servían *onces* á las amigas de confianza); notaba el aire grave y los guantes negros de los que subían las escaleras y el aire recogido y de alivio de los que bajaban conversando y quitándose los guantes de luto, y como quien ha cumplido un deber pesado y molesto, se echaban á la calle é iban á buscar con quien criticar lo que allí habían visto por vía de distracción.

Gozábanse los parientes de D.^a Fulgencia—sobre todo las mujeres—mucho más crueles que los hombres en semejantes circunstancias,—en humillar á Ernestina, al verla sin ánimo y vengar-

se en ella de la indiferencia con que la difunta las había tratado mientras se manifestaba tan generosa con la arriada doncella, metiéndoles al mismo tiempo el susto de que podría al fin dejarla de heredera de su cuantiosa fortuna.

Ya descansaban de este temor, pues sabían que Arturo era el agraciado. Es cierto que tenían la seguridad de que aquella mala pieza se comería solo su herencia, sin participarles nada; pero al menos esa fortuna había recaído en una persona de la familia. En cuanto á la condición que D.^a Fulgencia había pretendido imponer á Arturo, de que se casase con la huérfana, ellas lo conocían lo bastante para comprender que ese proyecto no se llevaría á cabo. Si no arrojaron violentamente á la calle á la supeditada Ernestina, era porque temían las críticas de sus amigas; y pensaban que pronto la aburrirían á fuerza de humillaciones y que ella misma abandonaría el campo muy en breve.

Entretanto la infeliz no salía de su aposento, temiendo, á pesar de su natural desparpajo, encontrarse con aquella gente. Iba al comedor cuando los demás se habían levantado de la mesa; allí los sirvientes, siempre fieles imitadores de sus amos, también la desdénaban y servían de mala gana lo peor que había en la casa. Arturo se fingía muy ocupado con el arreglo de los asuntos de su tía, y cuando se encontraba con ella y podía mirar para otra parte, le hacía una seña y pasaba sin detenerse.

Un día—como una semana después de la muerte de D.^a Fulgencia,—comía Ernestina en el comedor las sobras del opíparo banquete que cada día se hacían servir los deudos de la difunta, servida de mal talante por la criada de menos categoría de aquella casa.

—Sírreme el postre, dijo.

—No sacó la niña Petronila, contestó la fámula.

La niña Petronila era la anti ua criada de confianza de D.^a Fulgencia, la cual corría con el manejo de la casa



C. Courville Maute

y siempre había tenido mil mimos con Ernestina.

—Lo olvidaría; anda á pedirlo, repuso la huérfana.

—No lo olvidó, *pus que de aposta* no quiso mandarlo.

—Eso por qué?

—Dijo *asina* que su persona debía acostumbrarse á como quien era.

—Insolente! exclamó Ernestina, encendiéndose como una amapola.

—Yo no... repuso la otra recogiendo los platos, y muy satisfecha añadió: la niña Petronila también me dijo á yo que *busté* no debía andarse con dulzuras, porque si pensaba que la señora le

había dejado herencia, así se estaría aguardando hasta el día del juicio, y quietampoco se casaría don Arturo con la *recogida de misía* Fulgencia, que ella les había oído decir á sus hermanas que ni á palos se casaría con su persona!

Ernestina se levantó de la mesa colérica, pero también alarmada. Su única tabla de salvación era casarse con Arturo, puesto que su protectora nada le había dejado á ella, y bien le conocía á él para temer que no quisiera cumplir su promesa.

—Juana, dijo á la criada, después de haber apurado un vaso de agua para calmar su agitación; Juana!

—Señora... ya me voy.

—Aguarda... dónde está Arturo?

—Está fumando en la galería.

—Díle que deseo hablarle.

—Pero...

—Obedece! exclamó Ernestina con imperio; díle á Arturo que le aguardo aquí.



CAPITULO III

LAS DESDICHAS DE LA HUÉRFANA

Ernestina se paseaba con agitación de una punta á otra del comedor, cuando se presentó en la puerta el heredero de D.^a Fulgencia. Llevaba el cigarro entre los labios y cubría su prematura calvicie con un gorro de pieles inclinado sobre el ojo derecho.

—Arturo, dijo ella cerrando la puerta para que no oyesen la conversación que con él iba á tener; le mandé llamar...

—Así parece, repuso él, sentándose con aire de fastidio y chupando el cigarro para que no se le apagase; ¿qué ocurre? añadió.

Ernestina había permanecido de pie frente de él.

—Necesito contestó con cierta agitación, aclarar mi situación aquí.

—Tu situación! explícame.

—¿Quién soy yo en esta casa?

—Ah! repuso él riendo ¿no sabes ya cómo te llamas? Tu bello nombre es Ernestina Gunter... pero si quieres te lo pondré por escrito.

Y al decir esto fingió buscar un lápiz en los bolsillos.

—Este no es tiempo de chanzas, contestó ella, no tengo humor para ellas, me entiendes perfectamente.

—Acabáramos! la niña está de mal humor hoy y quiere reñir conmigo... Vamos á ver qué se le ofrece á usted, añadió, dejando de tutearla, como lo habia hecho siempre.

—Deseo saber, contestó ella, si la solemne promesa que hizo usted (también dejó de tutearlo) á la señora D.^a Fulgencia en su lecho de muerte, fue sincera y si piensa cumplirla.

—¿Cuál promesa?

—Usted sabe muy bien cuál, la de casarse conmigo.

—¿Con que la fiebre del matrimonio es la que anima á usted y le tiñe las mejillas de carmín?

Al decir esto Arturo sacó fósforos y encendió de nuevo el cigarro.

—Me veo humillada hasta por los sirvientes de una casa en la cual yo había mandado como señora, dijo Ernestina, tratando de afirmar la voz que temblaba de indignación; á cada paso los parientes de usted me befán y me insultan.

—No sea exagerada Ernestina.

—Así, pues, añadió ella sin hacer caso de la interrupción, necesito saber si usted piensa cumplir con lo que ofreció á su tía tocante á nuestro matrimonio. . . . Acuérdesese que usted me obligó á que accediera á él con amenazas, pues temía perder su parte de herencia si yo rehusaba casarme con usted.

Arturo arrojó el cigarro que se le había apagado al fin, y levantándose de su asiento se acercó al aparador, vació de una botella de *brandy* una cantidad de licor suficiente en un vaso, lo apuró, chasqueó la lengua contra el paladar y volvió á sentarse cerca de la mesa.

—Y qué afanada está usted, amiga mía! dijo, limpiándose la boca con una punta del mantel.

—Afanada! infeliz de mí, nó, no estoy afanada, sino que necesito saber cuál será mi suerte.

—Pero, ya ve usted que todavía no se ha abierto el testamento.

—Usted sabe muy bien lo que contiene.

—No lo niego. . . y aseguro á usted que se cumplirá en todas sus partes, tal como mi tía lo dispuso.

—No más?

—Me deja de único heredero ¿no recuerda?

—Lo sé, puesto que yo la sostenía en mis brazos cuando el Notario lo leyó, y yo guié su mano sobre el papel para que lo firmase.

—Bien, ¿qué más quiere usted saber?

—Ya se lo he dicho. . . . ella murió confiando en que usted compartiría su

fortuna conmigo, y por eso nada me dejó aparte, como lo hubiera hecho si tal no pensara.

—¿Cree usted que la hubiera hecho su heredera?

—Si no de toda su fortuna, sí de una gran parte de ella; así lo había ofrecido á mi familia cuando me llevó á su casa, y así me lo dijo con frecuencia antes de que se le ocurriera el malhadado pensamiento de casarme con usted.

—Y estaba resuelta á ello! exclamó él, pero dió con uno más vivo que ella que no le dejó tiempo!

—¿Que usted no le dejó tiempo? ¿Acaso tenía su vida en las manos de usted? . . .

—Es decir, repuso él turbándose, su enfermedad se agravó tanto, que no tuvo tiempo de que se hiciera un matrimonio que desagradaba tanto á usted como á mí.

Ernestina se había quedado mirándole fijamente, y como asaltada por una repentina intuición, se alejó de su interlocutor, diciendo:

—Qué horror! Sí, ya recuerdo, aquella bebida! . . . Le consideraba á usted malo, pero no pensé que su perversidad llegaría hasta el crimen.

—¿Qué significan esas palabras? gritó Arturo golpeando el suelo con los tacones. ¿Qué se imagina? Qué sospecha? Cuidado, Ernestina. . . .

—Yo no imagino, no sospecho nada, repuso ella, no tenga cuidado; á mí nada me importa, puesto que ya nadie podría volver á la vida á mi buena protectora!

—Ah! . . . usted no se atrevería á acusarme? . . .

—De qué? . . . Lo único que deseo saber es cuál es mi posición en esta casa; los actos de usted ni me atañen ni me importan.

—Déjeme usted pensarlo. . . .

—No me engañe: hable claro; estoy preparada para todo.

—Usted, Ernestina, conoce mis ideas acerca de aquella inhumana institución que llaman matrimonio, ya sea civil ó religioso; la repugnancia que le he tenido siempre y. . . .

—Categoricamente, pues, dijo con acento duro y cortante la muchacha, usted se niega á cumplir la palabra dada á su tía, ¿no es así?

—Solo que usted me obligara!... Pero no puede, no se atreve, de eso estoy persuadido.

—Usted se equivoca...

—¿Dice que podría obligarme?... Cómo? De qué manera? En qué se funda?

Y Arturo al hablar así, se paseaba

por el aposento con una agitación inusitada en aquel hombre, cuya única tranquilidad imponía más á Ernestina que lo hubiera hecho la expresión de la cólera.

—Sus palabras, dijo Ernestina, ese miedo servil que veo en usted me prueban que su conciencia...

—Mi conciencia! vaya, vaya, ¿habla usted de mi conciencia? repuso el joven calmándose repentinamente.

—Bien sé que no la tiene... Si yo creyera en una Justicia divina, Arturo, lo encomendaría allá para que lo castigase; yo no me siento con fuerzas para



un abogado

tanto, y no dudo que quedarán impunes sus infamias... y sus crímenes. Por mi parte, aseguro á usted que comprendo que me vendrá mejor la pobreza lejos de usted, que ser la compañera de semejante monstruo... me despidó deseándole todo el mal posible en este mundo y en el otro si lo hay!

Al decir esto abrió la puerta y salió, pero no antes de que ~~se volviera al ver~~ ~~ella se~~ le dijera con diabólica expresión:

—Las uvas están verdes, amiga mía! Ja, ja, ja!

Media hora después Ernestina bien rebujada en su mantilla, salió de la casa que por tantos años había considerado como suya, y se dirigía á la vecina, en donde vivía un notable abogado, amigo viejo de D.^a Fulgencia.

Felizmente le encontró en casa. Pidió una conferencia; explicóle su situación; su posición en casa de D.^a Fulgencia y el concertado matrimonio

con el sobrino de su protectora; todo se lo refirió, menos las sospechas que la habían asaltado durante su conversa-

ción ^{con} Arturo. Díjole la misera cómo estaba sola en el mundo, abandonada y sin ninguna persona que la defendiera en su desamparo, después de una vida de mimos y regalos.

—Siento en el alma todo esto, repuso el abogado; era cosa entendida entre los amigos de D.^a Fulgencia que á usted le dejaría una parte de su fortuna, ya que no tenía herederos forzosos. Dígame usted en qué la podré servir, qué lo haré con gusto.

—Vine á solicitarle, repuso ella, en nombre de la amistad que ligaba á usted á mi buena protectora, que me haga el servicio de averiguar si podría yo reclamar alguna cosa de la herencia.

—¿Vuelve usted á esa casa ahora? preguntó el Dr. N.

—De ninguna manera! Iré á refugiarme á la de unas pobres pero honradísimas señoras, á quienes conozco, en donde, merced al dinero de bolsillo que me queda de las liberalidades de D.^a Fulgencia, pasaré algunos días; mien-

—¿Y qué ha conseguido usted?
—Nada absolutamente! Todas mis sugerencias fracasaron! Empecé por leer el testamento auténtico de D.^a Fulgencia, y en él, desgraciadamente, no menciona el nombre de usted en absoluto.

—Es la verdad!
—Hablé después con Arturo Villamil... y nada obtuve.
—Es decir que no hay esperanza! exclamó la desgraciada con hondo desaliento.

—Le propuse que donara á usted algunos miles de pesos ó le señalara sobre su cuantiosa fortuna una exigua pensión vitalicia, ya que se negaba á cumplir con los deseos que su tía había manifestado; deseos que todos en la casa conocieron, pues no hablaba de otra cosa en sus últimos días.

—Y ¿el qué dijo?...
—Que eso no constaba en ningún documento, y añadió expresiones tan soeces, que lo único que puedo decir á usted es que la felicito de todo corazón por haberse escapado de un enlace con un hombre tan corrompido como es el heredero de D.^a Fulgencia.

—Pero, Dr., ¿de qué vivirá?
—Más vale la pobreza con honor, señorita, el trabajo diario de una vida entera, que la riqueza al lado de un perverso!



—Y eso que usted no le conoce como yo!
—Rumores corren acerca de él que podrían perderle, si su gran fortuna no hiciera callar á muchos... pero no hablemos más de él.
—¿Y nada pudo conseguir en mi favor?
—Nada más que la promesa de que mañana le enviarían á usted la ropa de su uso y los vestidos que se hallan en su aposento en casa de D.^a Fulgencia.
—¿Y traje la llave de mi cuarto.
—Entreguémla usted, contestó el Dr. N., será mejor entonces que yo envíe á la casa mortuoria una persona de mi confianza para que recoja sus haberes y

—Tal vez.
—Pero mi tardanza consistió en que quise apurar todos los medios posibles para conseguir alguna cosa para usted, antes de venir á verla.

—Y eso que usted no le conoce como yo!
—Rumores corren acerca de él que podrían perderle, si su gran fortuna no hiciera callar á muchos... pero no hablemos más de él.

—¿Y nada pudo conseguir en mi favor?
—Nada más que la promesa de que mañana le enviarían á usted la ropa de su uso y los vestidos que se hallan en su aposento en casa de D.^a Fulgencia.

—¿Y traje la llave de mi cuarto.
—Entreguémla usted, contestó el Dr. N., será mejor entonces que yo envíe á la casa mortuoria una persona de mi confianza para que recoja sus haberes y

—Y eso que usted no le conoce como yo!
—Rumores corren acerca de él que podrían perderle, si su gran fortuna no hiciera callar á muchos... pero no hablemos más de él.

—¿Y nada pudo conseguir en mi favor?
—Nada más que la promesa de que mañana le enviarían á usted la ropa de su uso y los vestidos que se hallan en su aposento en casa de D.^a Fulgencia.

—¿Y traje la llave de mi cuarto.
—Entreguémla usted, contestó el Dr. N., será mejor entonces que yo envíe á la casa mortuoria una persona de mi confianza para que recoja sus haberes y

—Y eso que usted no le conoce como yo!
—Rumores corren acerca de él que podrían perderle, si su gran fortuna no hiciera callar á muchos... pero no hablemos más de él.

se los mande ó traiga á usted directamente.

—Usted es muy bondadoso! exclamó Ernestina. Así son las cosas, aquellas personas con quien uno no cuenta son cabalmente las que más le sirven, mientras que sucede lo contrario con aquellas de las cuales ~~para~~ ^{para} lo espera todo!

—Permítame usted, repuso el abogado, que le haga una pregunta, hija del interés que tomo en usted.

— Qué cosa?

—¿Qué piensa usted hacer cuando concluyan los recursos que trajo consigo? ¿No tiene usted familia ninguna?

—Si señor, tengo una tía y primos muy humildes en el pueblo del Valle.

—¿Es decir que son poco acomodados?

—No lo sé á punto fijo, pero entiendo que viven de su trabajo, y que estaban muy pobres cuando me cedieron á D.*

Fulgencia; yo no tenía padre ni madre, creo que mi tía estaba viuda y cargada de familia. . . . parecióle ventajoso para ella y para mí entregarme á mi protectora que ofreció tratarme como á una hija y darme educación

—¿Y no ha vuelto á ver á ningún miembro de su familia desde entonces?

— Mi tía ha venido á Bogotá unas tres veces durante los catorce años que

vivi con D.* Fulgencia. Yo la ví siempre muy de paso. . . . Ella me cree rica y afortunada!

—Pues no tiene usted más esperanza que ir á vivir con ella.

—En el Valle?

—¿Sabe usted algún arte que pudiera proporcionarla recursos? ¿Podría enseñar música, dibujo ú otra cosa?

Ernestina confesó sinceramente que no se consideraba capaz de enseñar cosa alguna.

—Entonces escríbale á su tía y pídale protección. En Bogotá no puede vivir usted sin recursos seguros.

La desdichada huérfana tuvo que seguir los consejos del abogado.

Escribió á su tía y le pintó la angustiosa situación en que se hallaba con motivo de la muerte de D.* Fulgencia, la cual no la había dejado ningún recurso, y sólo la había dado una educación superficial que de nada le servía en la vida práctica y enseñándole á aspirar á una ~~villa~~ que ya no podía ser suya.

La buena de señá Dolores no contestó por escrito cosa alguna, sino que un día se presentó en casa de D.* Concha el mismo Justino que había llevado á

Ernestina á la cabeza de la silla cuando D.* Fulgencia la ~~traía~~ ^{traía} á Bogotá.

Llevaba Justino orden de su madre

para que acompañase á su sobrina al Valle, en donde ~~le recibirían~~ ^{le recibirían} tenía su casa, y que allí la recibirían con alborozo todos los miembros de su familia.





CAPITULO IV
EL DIARIO DE ERNESTIYA

“El Valle, 1.º de Febrero de 187. .
Traje de Bogotá un cuaderno en blanco para escribir un *Diario*, consejo que oí dar una vez como muy útil para distraer y consolar al triste y desgraciado.

Veremos si ~~me~~ alivia este dolor incurable que me agobia, esta pesadumbre é intranquilidad constante que me do mina y me hace insoportable la vida, desde que perdí posición y esperanzas de fortuna. ¿Podrá haber en el mundo algo más vulgar, algo más ridículo que mi existencia actual?

Mi protectora, D.ª Fulgencia cometió un crimen cuando se le ocurrió sa- carme de este pueblo—en donde á la hora de esta estaría casada con alguno de esos petimetres de aldea que me horrorizan.

Si me hubiera dejado en ~~mi~~ aquí sería dichosa, es decir, dichosa como las ignorantes de mis primas. Oh! re- pito que es un crimen arrancar á una criatura como era yo de su medio, para llevarla á un lugar civilizado y darla á

pesar de la buena intención que anima á esas personas.

Pero recapitulemos, indaguémos la causa de mis penas; quizás al contar los vulgarísimos sucesos de mi vida hallaré una distracción, y las ridículas escenas que he visto y que yo misma he representado me divertirán y me reíré alguna vez aunque sea de mí misma.

De todas las novelas que he leído (y he leído muchas y muy malas, que me prestaba el perverso de Arturo) en nin- guna he leído cosa que se parezca á mi ridícula existencia.

En aquéllas las aventuras de las jó- venes que se hallaban desprovistas de fortuna eran de personas que pasaban una vida dramática; su belleza las pro- porcionaba admiradores que ~~me~~ las protegían con no muy santas pre- tensiones y por turnos las perseguían con el objeto de alcanzar sus favores, y por lo general aquellas heroínas acaba- ban por hacerse dueñas y señoras de algún millonario que las adoraba.

Otras más virtuosas ó más avisadas, llegaban como institutrices y damas de compañía, á alguna casa en donde se enamoraban de ellas los dueños de aque- llas mansiones—sea el viudo padre de las niñas que iban á educar,— ó el hijo mayor de la dama á quien acompaña- ban, y siempre acababan por casarse con algún potentado. Pero yo—sin ven-

gustar del fruto del bien y del mal y después arrojarla de nuevo desvalida, desamparada, pero conociendo lo que es el mundo, en una sociedad como ésta! No, no es decible lo que sufro, lo que me indigna cuanto me rodea, el disgusto que siento á toda hora, el des- dén que despiertan en mi alma las pa- labras soeces de los que me rodean, á

tura! ¿á quién he cautivado? ¿qué propuestas me han hecho? Al contrario, se me ha despreciado, me he visto rechazada por el hombre más vil del Universo; los hombres incultos de esta aldea me miran como un animal raro y me

tienen vergüenza y hasta miedo. En cuanto á ofrecer mis servicios como institutriz, nunca podría hacerlo, porque no soy capaz de enseñar cosa alguna; nada sé, salvo vestirme y peinarme con elegancia; sólo una cosa aprendí en la nefanda escuela de Arturo, á hablar con facilidad y á escribir con ortografía; olvidaba otra cosa, á leer en francés los libros que aquel hombre atroz me prestaba. Es cierto que cuando al principio me explicaba el significado de muchas palabras, me escandalizaba; pero muy en breve tomé gusto á las novelas de Pablo de Kock, Sué, Soulié, las cuales me gustaban más que las modernas de Zola y sus imitadores; los cuentos de Musset me arrebatában y hasta leí el libro favorito de mi maestro: "La fisiología del matrimonio," de Balzac. Sin embargo, preciso es confesarlo, que

aquellos estudios no eran los más adecuados para ofrecer mis servicios como institutriz de niñas y enseñar á éstas lo que sabía en ese ramo.

Tuve, pues, que venirme á este miserable pueblo, en donde me siento como caída de otro planeta; todo es para mí aquí extraño, vulgarísimo, aburrido.

Durante un mes entero tuve que hacer vida común con toda la familia de mi tía; yo en casa de D.^a Fulgencia tenía mi cuarto con todas las comodidades, desde escaparate con espejo hasta tocador cubierto de encajes y adornado con frascos de perfumes! Pero tanto supliqué á mi tía que me permitiese arreglar un rincón de la alcoba para mí sola, que al fin ayer logré lo que desear

ba, de manera que por primera vez desde que salí de Bogotá, pude sacar mi recado de escribir y el cuaderno que traje para escribir mi *Diario*, en el cual iré apuntando mis tristes impresiones cada vez que reboze mi desesperación y no sepa qué hacer con mi cuitada per: oaa.



Se me ha ocurrido escribir y describir mi llegada á este lugar. Yo había olvidado por completo las costumbres bárbaras de mi pueblo y hasta los nombres de mis parientes. Justino que me acompañaba de regreso al Valle, después de catorce años de ausencia, hablaba poco, me tenía vergüenza y hasta llegó á decirme "Señorita." A éste le recordaba muy bien, pero como á un joven lampiño, de quien siendo yo niña recibía caricias y confites y que me amparaba cuando mi tía pretendía castigarme por alguna travesura. Ahora es un hombre moreno, alto, fornido, cubierta la cara con barbas negras é hirsutas como un bosque inculto, cuyas manos son duras, vellosas y grandes como sus piés, calzados con alpargatas diariamente, salvo en los días de fiesta, cuando suele ponerse botines, y viste entonces un gabán de cuadros debajo de la ruana (poncho) que jamás se quita. Miento, porque entre casa anda en mangas de camisa. No usa jamás chaleco ni corbata. Sus más preciados tesoros son un reajo de enlazar, que casi siempre lleva en el brazo, y un zurriago

que no abandona ni para sentarse á comer.

A pesar del inculto aspecto de mi primo, llevaba el propósito desde que saí de Bogotá, de cautivarle y hacerle sufrir por mi tormentos amorosos; pensaba que esto me serviría de distracción, pero esta ilusión también la perdí. A poco me dijo entre encogido y orgulloso que hacía años que se había casado con una muchacha que lleva el bello



nombre de Lorenza, muy trabajadora y muy buena, quien le había hecho padre de una caterva de chiquillos, cuyas gracias infantiles me refirió hasta fastidiarme mortalmente.

Cuando desde una altura avistamos el pueblo, empezaba á oscurecer, de manera que desde que llegamos á él la noche había cerrado. Como resultó que era Noche-buena, cosa que yo había olvidado por completo, había mucha





gente en las calles, las casas estaban iluminadas con farolillos de colores, oíase por todas partes el armonioso rasgar de los tiples y bandolas, el ronco retumbar de las carracas y el alegre retintín de las panderetas; en cada chichería cantaban voces de hombres y mujeres las tonadas populares propias de la fiesta. Una nube de pilluelos saltaban y corrían, reían y jugaban, arrojando triquitraques entre las patas de nuestras mulas, como recordaba yo haber hecho en mi lejana niñez.

A medida que nos acercábamos á la plaza crecía el tamulto y la gritería y por último hubimos de detenernos para

dejar pasar una procesión que salía de la iglesia.

En contorno de la plaza los campesinos habían formado rústicos arcos con musgos y flores monteses, iluminados por candiles de cebo, los cuales se apagaban sin cesar, y era preciso encender á cada momento. Por debajo de éstos iba la procesión, compuesta del Cura con sobrepelliz, el sacristán y los monaguillos, rezando el Rosario á voz en cuello, contestándolo á grito herido todo el pueblo; detrás iba una preciosa niña vestida de blanco, montada sobre un jumento que llevaba entre los brazos un infante de unos dos años de edad, que gritaba y se reía regocijado con lo que le rodeaba; éstos hacían las voces de la Virgen y el Niño Dios.

En pos de este gracioso grupo desfilaron los campesinos que habían llevado palmas y arbustos floridos, en medio de

los cuales habían empataado velas de sebo, mientras que otros con hachones de resinas naturales en las manos producían humo espeso y poca luz.

¡Pobres gentes ignorantes y sencillas! Ellas se entretienen con aquellas prácticas que les inspira sus creencias.... Mientras que yo, á quien rudas manos arrancaron la venda que cubría mis ojos, ya veo claro en esas supersticiones pueriles, propias para esa gente sin mundo y sin instrucción, instrumentos ciegos de un clero que se aprovecha de su candidez para supeditarla y gobernarla á su sabor.... Sin embargo, tengo que confesarlo, ellos se divierten, gozan, están contentos, mientras que yo

hace muchos años que nada me satisface y vivo descortenta y fastidiada.

Justino gozaba con todo lo que veía,



señalándome ya un ramo de flores, ya un manojo de palmas, y riendo á careajadas como un niño con las travесuras de los chiquelos que se entretenían en apagar las velas de las mujeres que iban rezando compugidas y distraídas.

Después de haber dado la vuelta á la plaza la procesión volvió á la iglesia, cuya entrada fue solemnemente recibida con cohetes, truenos, descargas de escopetas, música y alegría general. En medio de todo yo permanecía fría é indiferente, todo aquello me parecía pueril, porque la fe que les inspiraba ya no existía en mí.

Jamás mereceré de mí el que apagó esa fe en mi alma, señalándome la realidad de las cosas, sino mi maldición, si ésta valiera algo viniendo de mi mano.

Entonces pudimos continuar nuestra marcha; atravesamos la plaza y llegamos á la esquina opuesta, en donde estaba la casa de mi tía.

Dicha morada es espaciosa y tiene dos puertas de entrada, fuera de la de la sala que da directamente á la plaza, separada de ésta por una baranda balaustrada. Una de aquellas puertas da entrada al patio principal, y otra se abre sobre una calle escusada, y es preciso atravesar el corral y la huerta para llegar á ella. En la esquina se encuentra la tienda con dos puertas que dan á la calle.

Los huéspedes y moradores de la casa suelen tomar el fresco por las tardes detrás del corredor exterior balaustrado, y allí también se reúnen los parroquianos de la tienda (en la cual se vende cuanto Dios ha creado) á tocar tiple, babolola, pandereta y á cantar seguidillas, improvisadas por lo general, mientras que circula la totuma de chicha y guarapo ó apuran la copa de aguardiente y de mistela.

La casa está cubierta con paja, y un patio grande circuido de aposentos forma el núcleo alrededor del cual está edificada la habitación de mi tía. Cuando

yo entré á éste á caballo, mi primo pidió un taburete de cuero y me desmontó en medio de gran número de bestias y de arrieros que descargaban unas

y desensillaban otras acémilas más ó menos ariscas é inquietas; los arrieros y sirvientes de la casa gritaban, dirigían improprios á las mulas que pugnan por soltarse, á las burras cargadas con barriles de agua que traían del



cercano río, y que se metían en medio de los rejos y los lazos para acercarse á un extremo del patio, en donde un muchacho—alumbrado por moribundo candil—picaba caña fresca sobre una canoa á algunos caballos. Estos últimos se mordían y se tiraban coces mutuamente, para defender su parte de alimento de los demas, rebuznaban los asnos, relinchaban los caballos, daban voces los peones; aquella era una algazara infernal que me llenó de miedo, y corría de uno á otro lado para escaparme de las patas de tanto animal, cuando al fin Justino metió de un brazo y me puso en salvo en el corredor.

Como la casa estaba llena de huéspedes, según se infería del movimiento que había en toda ella, mi tía, sus hijas y su nuera se hallaban unas en la cocina ocupadas en ayudar á las sirvientas á



preparar los chocolates y las cenas, y otras arreglaban los cuartos, tendían los platos y servían á los que llegaban en aquel momento á la posada, y que se quitaban las espuelas y zamarros que colgaban de los ganchos del corredor.

Después de correr el riesgo de ser pisoteada por las bestias en el patio,

tuve á punto de medir el suelo varias veces enredándome en las jáquimas y lazos, baúles, canastos y galápagos que yacían arrimados contra la pared del corredor. Al fin me detuve á respirar, refugiándome en el hueco de una puerta.

—Aguárdeme ahí! exclamó Justino desde lejos y después de haber ayudado á desensillar mi mula. Voy á buscar á mi madre y avisarle que llegamos, añadió.

Levantando con una mano el vestido de montar que me impedía caminar, tuve que hacerme á un lado para dejar campo á los que querían entrar al cuarto en cuya puerta me había detenido; aturdida con el ruido que á cada momento iba en aumento, asustada y temblorosa con los sustos que había pasado en el patio, fatigadísima con la larga jornada que había hecho ese día, me recosté contra una columna del corredor y traté de tranquilizar mis nervios y mi agitación, contemplando aquellas escenas que había visto en mi infancia y que olvidé en Bogotá durante mi vida civilizada.

Una voz que reconocí al momento me sacó de mi dolorosa meditación.

—Bien venida seas, Ernestina querida! exclamaba con cariño mi tía á mi espalda.

Volvíme al momento, é iluminada por un farol que una sirvienta acababa de colgar de un clavo en el corredor, para alumbrar á los arrieros que ponían en orden sus desbarajustados aparejos, ví á mi tía que se acercaba rápidamente.

De mucha más edad, bastante envejecida desde la última vez que la había visto hacía ya algunos años, pequeña, regordita, parecía una bola ó un barril; vestía un traje de pancho, levantado en contorno, de manera que dejaba ver las

enaguas blancas, calzaba chuevas amarillas muy anchas, con las cuales se *mordía* el vestido por detrás; llevaba corpiño flojo, un pañuelo blanco atado al enello, los brazos descubiertos hasta



el codo debajo de las remangadas mangas, y en aquel momento se restregaba las manos en el delantal para quitar de ellas la masa que había estado sobando en la cocina, cuando la interrumpió Justino con la noticia de mi llegada.

—Tía! exclamé dirigiéndome á ella con los brazos abiertos, pues su presencia me recordó en aquel momento las escenas de mi tierna é inocente infancia, cuando mi buena parienta me amaba y protegía.

—Abrízame de lejitos! me contestó, haciéndose á un lado, puedes manchar tu vestido si me tocas; estoy cubierta de harina! No te doy la mano tampoco porque no está limpia.

Yo la abracé como pude, llorando, y sin poder articular una palabra; me sentía allí tan fuera de mi elemento, tan triste....

—No llores, dijo mi tía con cariñoso acento; aunque has estado ausente tantos años, hija, aquí tienes á tus parientes verdaderos, que nunca han dejado de pensarte; aquí te criaste, mi hermana te dejó recomendada á mí, y lo que siento ahora es haberte dejado ir al

Reino.... yo creí que allí serías más feliz; pero ya estás de vuelta á esta tu casa....

—Gracias! dije al fin, batallando conmigo misma para no estallar en sollozos; he sido tan infeliz últimamente, tía, que me conmueven sus amables palabras!

—Ya eso se acabó, Ernestina, no lo pienses más.

—Y mis primas? pregunté.

—Buenas están.... de aquí á un rato te vendrán á saludar.

—Deseo mucho verlas.

—Bien, ahora ven al comedor, en donde te haré llevar la merienda.

—No, tía, ahora no.

—Por qué?

—No tengo hambre.

—Si Justino me ha dicho que desde medio día no has pasado bocado!.... El está que ladra de hambre.

—Eso será él.

—¿Eres cuerpo glorioso? No seas corta.... ven al comedor.

—Yo preferiría acostarme.

—Acostarte, criatura!

—Sí señora.

—Mira, Ernestina que

Esta noche es Noche-buena
Noche de no dormir!

—Así será, tía, pero estoy muy can-

sada.

—Antes de acostarte tenemos que cenar (después de la misa de gallo). Acabo de meter al horno unas enpara-

das exquisitas, de chuparse uno los dedos....

—Perdóneme, tía, tengo dolor de cabeza

—Es verdad, repuso ella, vienes de lejos, te has criado en la ciudad y no estás hecha á andar acaballo; pero es el caso que no he tenido tiempo de prepararte cama aparte.

—Mientras tanto me acostaré en cualquier parte.

—Te acomodaras con Paulita en la misma cama. ¿Te acuerdas de Paulita?

—¡Cómo no! Eramos de la misma edad.

—Me alegro que no la hayas olvidado; ella no ha crecido tanto como tú, pero es una buena muchacha. Vén, añadió, y te señalaré nuestro dormitorio que hõ es el mismo que antes.

Guió mi tía por encima de las sillas de montar y demás enseres de los viajeros y peones y abriendo campo por en medio de grupos de hombres llevando instrumentos musicales, que habían hecho irrupción en el interior de la casa con el objeto de comprar las afamadas empanadas de horno que no había quien hiciera en el Valle como señá Dolores. Empujó una puerta y entramos en aquel dormitorio que era el de toda la familia.





CATITULO V
 LA NOCHE BUENA DE ERNESTINA

Diario de Ernestina
 10 de Febrero

“Tuve que suspender mi Diario por algunos días, porque cuando escribo un rato se escandaliza toda la familia, la cual se figura que ninguna muchacha puede escribir otra cosa que no sean cartas, ¿y qué otra cosa podría yo escribir, piensan, sino cartas de amores? Es preciso que finja estar ocupada en otra cosa—remendando mi ropa ó tejiendo las medias, por ejemplo—para poder retirarme á escribir en mi querido Diario, mi confidente y mi consuelo.

—
 Suspendí mi narración en el mo-

mento en que entraba al dormitorio común junto con mi tía.

En aquel recinto, que es muy espacioso, y no tiene ventanas sino dos puertas al corredor y una á la huerta, había seis camas, todas pobrísimamente alhajadas y muy estrechas, de pino sin barnizar. Fuera de las camas no hay otros muebles sino algunos baúles contra la pared ó debajo de las cujas, y perchas, de las cuales cuelgan los vestidos de las dueñas de los vecinos lechos. A un lado del aposento se veía una mesa también de madera blanca, sobre la cual reposaba una imagen de bulto de la Virgen, vestida con unas vistosas y de mal gusto, y contra la pared blanqueada—que aquí no se conoce el papel de colgadura, —á espaldas de la imagen vi algunas oleografías de Santos muy toscas y nada artísticas. Para decir

verdad, en aquel momento solo noté un candelero de lata dentro del cual ardía una vela de sebo, cuyo negro pabilo producía más sombra que la escasa luz de la llama, y que siempre tienen encendida delante de aquella Virgen. Es una de las muchas supersticiones de esta casa, la luz delante de la Imagen; cuando se apaga ó se olvida renovar la vela - lo cual parece que rarísima vez ha sucedido, - todos aguardan alguna desgracia en la familia. Mi tía se acercó á la vela y la despabiló con los dedos, y señalándome una cama algo me-

nos estrecha que las demás, me dijo: —Aquella es la cuja de Paulita; ella duerme con Carmelita, la hija mayor de Justino, pero yo me llevaré á la niña á mi cama y tú dormirás con Paulita.

El lecho de mi tía era el único que tenía una colgadura de muselina blanca, y estaba apartada de las demás.

Yo me acerqué al rincón que me había indicado mi tía, y como no había silla ni taburete en todo el aposento, me senté sobre la cama, presa del mayor descosuelo y desaliento.

—Mira, añadió la buena señora, ya al tiempo de salir del dormitorio, señalándome una como ventana embebida en la pared al otro extremo, por aquí se comunica con la cocina; si te da miedo estar sola ó necesitas algo, me puedes llamar que yo estoy allí. Esta ventana se hizo una vez que estuve enferma, y como no me podía levantar, desde aquí vigilaba las criadas y lo que hacían.

Efectivamente, un fuerte olor á guiso, cierto humillo de leña verde, el ruido de platos, de agua vaciada, el soplar de la candela, el chisporroteo de las sartenes, el batir chocolate y muchos pasos, meneos, entradas y salidas, órdenes, réplicas, etc., daban á entender que allí estaba la cocina, en donde se trabaja sin descanso para contentar á los numerosos huéspedes que llegaban y á los que podían en la tienda chocolate.

La vela con su incierta luz iluminaba de lleno la faz melindrosa de la Virgen de madera y las caras más o menos re-

milgadas de los santos que adornaban la pared. Los vestidos colgados de las perchas parecían espectros sin cabeza y las camas féretros que aguardaban los cuerpos de los que iban á enterrar.



Después de quitarme el sombrero y las enaguas de montar, me dejé caer sobre la dura almohada de la cama de Paulita, y viéndome en aquel lugar tan triste y tan vulgar rompí á llorar amargamente. La realidad de mi situación era aún peor de lo que me había imaginado; cuanto me rodeaba me parecía insostenible y preveía con terror la vida incierta y desagradable que llevaría allí - yo que estaba enseñada á una independencia elegante! La desolación de mi alma, la ninguna esperanza de mejorar de suerte, todo aquello junto me causó un dolor inmenso y llegué hasta desear la muerte. Sin embargo mi fati-

ga física unida al sopor que produce una gran pesadumbre, pudo más que todo, y en medio de mis lágrimas me quedé profundamente dormida, y dormí varias horas como un tronco.

La voces que daba mi tía en la cocina en donde mandaba á un regimiento de criadas con todo el imperio de un General en el campo de batalla; el continuo rumor de las músicas populares, el monótono canto de los parroquianos en la tienda, alboroto que aumentaban á cada momento los que iban llegando á reforzar la banda; el recio estallido de los truenos y *trignitraques*; las aguardientosas y roncadas palabras de los que se disputaban bebiendo, á lo cual se había unido el repique de las campanas

de la iglesia que tocaban alegremente convidando á la Misa de Gallo; el entrar y salir de las gentes á aquel patio interior, en donde parecía que se hubiesen dado cita todos los arrieros del circuito; el pasar y repasar de los devotos que acudían al toque y llamada de las campanas; el ronquido estruendoso de algunos peones que se habían quedado dormidos sobre las enjalmas y bajo el alero del corredor, todo esto turbó al fin mi pesado sueño y desperté alarmada y sin atinar en donde me hallaba.

Me incorporé trabajo amonte sobre aquel duro lecho y arrojé una mirada sobre las camas vacías que había en el aposento, iluminadas débilmente por la vacilante luz que ya moría delante de la imagen de la Virgen. Comprendí que había dormido algunas horas, puesto que todo anunciaba la media noche. A pesar de las largas horas de descanso, me sentí muy maltratada y empecé á desvestirme para meterme dentro de las sábanas y acabar de dormir con más comodidad. Oh! pensaba perder el sentimiento, dejar de ver lo que me rodeaba, olvidar mi negrísima suerte, dormir, este será en adelante mi único ashelo y solaz!

Un leve ruido me hizo mirar hacia la puerta del aposento y vi adelantarse paso entre paso, por enmedio de las

camas un blanco bulto, al parecer un vaporoso espectro. Aunque yo no soy miedosa, me sobresalté un tanto y fijé los ojos en el bulto que avanzaba muy quedo. Entonces comprendí que aquella visión era una niña vestida de blanco



y cuando se acercó más reconocí á la niñama que había visto en la plaza montada sobre un borrico haciendo el papel de la Virgen, madre del Niño Dios. Entretanto ella llegó á mi lado muy queda, pero al ver que estaba sentada en la orilla de la cama, exclamó:

—Ya despertó!... Tres veces he venido á ver si recordaba y siempre la encontré dormida.

Yo la miré y no supe que contestarla.

—Manda decir mi abuelita, añadió la niña entre azorada é impaciente, que si usted quiere ir á Misa de Gallo, ya es hora de aprontarse.

—Aprontarme! dije, yo no pienso sino en acostarme!

—Pero como nos vamos todos, todíticos!... Se echará llave al portón y se cerrará la tienda....

—¿No quedará nadie en la casa?

—Nadie! ya fueron á despertar á los arrieros que se quedan en el corredor todas las noches para que se levanten...

—Pero, hija, repuse, yo no quiero ir á la iglesia....

—Ah! si la viera cómo está de linda! exclamó la niña con entusiasmo, toda llena de flores y el pesebre detrás del altar mayor brilla, brilla lleno de luces. Los Alfereces del último Rosario se han esmerado en que sea el mejor de todos! Yo volveré á montar en la burra y me toca llevar al Niño Dios, al verdadero Niño Dios!

—¿Cómo al verdadero niño Dios? ¿Acaso tú crees que ha de bajar del cielo para que tú le alces?

—El del cielo no; qué gracia! sino el de la iglesia que es muy bonito y tiene unos ojazos azules tan grandes, tan grandes....

Yo entraré con él alzado hasta el pie del altar; el señor Cura lo recibirá y después se lo irá presentando á todos los que quieran besarle antes de la misa.

—¿Y qué hiciste con el niño de carne y hueso que llevabas esta tarde en la procesión?

—Ese niño es muy tonto!... era mi hermanito Manuel. No me quería hacer caso y apenas llegamos á la iglesia se puso á llorar y á llamar á mamá; entonces tuve que entregárselo á ella y me quedé sin niño!

—Y tú quién eres?
—Yo soy Carmelita, una criada suya, contestó con mucho desparpajo.

—Ah! ya caigo, ¿eres hija de Justino?

—Si señora, y de mi mamá Lorenza. La mayor de cuatro vivos y de tres muertos.

—Válgame Dios! ¿Qué edad tienes tú?

—Voy á cumplir ocho años el día de Reyes.... Pero me llamaron Carmelita porque mi abuelita es muy devota de Nuestra Señora del Carmen—aquella es su imagen,—añadió la niña, mostrándome la Virgen de bulto. También la mamá de mi mamá Lorenza se llamaba Carmen, así es que el nombre lo había de llevar yo.... Pero, exclamó interrumpiendo su charla, usted no se está

vistiendo y ya casi es tiempo de irnos.

—No tengo qué ponerme, repuse, aunque quisiera ir á la iglesia no podría, porque no tengo más vestido que el de montar, y ya ves que se reiría la gente de mí

Rióse la niña, y diciendo:

—Vuelvo, vuelvo ahora mismo!

Salió corriendo, pero momentos después la vi entrar de nuevo, tirando de la mano á una joven pequeña, delgada, morena, de ojos grandísimos, tan grandes son y tan bellos que parecen llenar-

le la cara. La reconocí por ellos, son de color verde mar, dulcísimos y se lea allí una expresión tan bondadosa, que no hay quien deje de quererla apenas se la ve. Somborean aquellos ojos las pestañas más largas que en mi vida he visto, agobiando los párpados con su peso.

La joven se me acercó, me ofreció la mano, una mano pequeña y bien formada, pero dura y áspera como la de una persona que trabaja materialmente en las faenas caseras.

—Querida prima, me dijo, ¿no me conoces ya? Soy Paulita....

—Cómo no te había de reconocer! exclamé mirándola con atención y notando, á pesar de la oscuridad, aquellos grandes ojos verdes, de los cuales me burlaba cuando chica, comparándolos á los de los gatos.

—Te sientes mejor? *refusó* mi prima con cariño-o acento.

—Estoy algo aliviada de la cabeza... pero tan casada!

—Me dice Carmelita que como no han llegado tus baúles no tienes traje para ir á la misa; pero, añadió, haciendo á un lado una sábana que cubría un ropero vecino, y descubriendo un rincón de vestidos y enaguas blancas muy almidonadas, pero aquí tienes uno mío... quizás podría servirte, repuso presentándomelo.

Como yo mirase con desconsuelo el traje de percal que me ofrecía:

—Está limpio! exclamó. Yo misma lo lavé y aplanché esta mañana para que me sirviese el día de Pascua.

— Pero te lo arrugaría!
— Eso qué importa! Si se machuca, para eso son las planchas!

La verdad era que me espantaba el color, el mal gusto y el anticuado corte de aquel vestido.

— No lo quieres? me preguntó.

— Pero...

— Pero qué?

— Quizás estará corto y apretado....

— Lo cubres con este pañolón.... no le tengas asco, está nuevecito, no me lo he estrenado.

Y al hablar tiraba un baúl que tenía debajo de la cama y sacaba un pañolón con flecos, muy doblado entre papeles.

— Mira, te lo presto de muy buena voluntad y si no me aceptas el traje lo tomaré á mal.

— A mal! Cómo?

— Pensaré que te has vuelto muy orgullosa en Bogotá!

— Yo orgullosa! exclamé con amargura.

— Pues, así parecerá.

— ¿Y qué derecho tendría yo para serlo?... No ves que he venido á pedir á ustedes la hospitalidad en calidad de pordiosera!

— No digas eso!... Tu casa es ésta; finiste y volverás á ser mi hermana, como éramos de chiquitas.

— Mira, repuse, te agradezco mucho tu buena voluntad, pero yo estoy de luto; debo estarlo por mi buena protectora, quien no tuvo la culpa de mi desamparo; y ese traje es rosado.

(Era rosado subido y *charrísimol*!)

— Pero esta noche, prima, nadie caerá en la cuenta.

— Por otra parte, te lo aseguro, me siento enferma y cansadísima con la jornada, y no vale la pena ponerme peor solo por ir á misa, esas niñerías no me interesan.

— Niñerías ir á misa!

Y Paulita me miró con asombro. Por lo visto la escandalizaba y debía cuidarme de decir esas cosas.

Entretanto yo me habia acabado de desvestir, y metiéndome entre las sá-

banas:

— Véte Paulita y déjame aquí.

— Entonces, repuso mi prima, si tú no sales, yo me quedaré acompañándote.

Y al decir esto, colgó el vestido que cubrió cuidadosamente con la sábana; guardó el pañolón entre el baúl, el cual empujó de nuevo debajo de la cama y se sentó á los pies de ésta.

— Tía Paulita! exclamó á la sazón la niña, la cual habia escuchado en silencio la anterior conversaci6n, y recostándose contra su tía, añadió, haciendo puchereros:— si sumerced se queda no estaré á gusto en la procesi6n.

— Pero no ves, cristura, que no podemos dejar sola á Ernestina en toda la casa!... Véte, Carmelita, que se hace tarde.

— No permito que te prives por culpa mía, de asistir á la misa, dije entonces tratando de hablar con cariño.... Porque yo quiero descansar y dormir no debes quedarte aquí.

— Pero....

— Para dormir es mejor estar sola.

— Recuerda que no se quedará nadie en la casa.

— Eso no importa.

— No te da miedo?

— Miedo! y de qué?

— En esta casa espantan! exclamó la niña agarrando á su tía por un brazo.

— Hija, dije yo, estoy muy grande para tenerle miedo al coco, y no creo en fantasmas ni aparecidos!

En aquel momento la vela de sebo que ardía delante de la Imagen levantó una llama muy alta y se apagó.

— Jesús me asista! dijo Paulita; esto nos faltaba! Se apagó la vela....

— Enciéndele, dije yo, vi una caja de fósforos cerca del candelero.

— Dios mío, Dios mío! sollozaba la niña; mi abuelita dice que nunca se apagaba la vela delante de la Virgen sin que suceda alguna desgracia.

Paulita entretanto habia raspado un fósforo y encendido otra vela que habia sobre la mesa.

— ¿Qué haremos con Ernestina? dijo entonces.

—Dejarla! exclamó Carmelita, ¿no dice que no tiene miedo?

—Dejarla sola. . . ! esto es lo que me detiene; yo me moriría de miedo en su lugar!

—¡Paulita! Carmen! gritó en aquel momento mi tía desde la puerta de la alcoba, ¿ya está lista Ernestina? Vámonos pronto, que van á dejar y tengo que cerrar el portón.

—Ya vamos! contestó Paulita, y mientras que la niña salía á avisar que yo tenía el mal gusto de quedarme durmiendo más bien que disfrazarme con los atavíos de Paulita é ir á fatigarme más viendo niñerías, mi buena prima se despedía de mí.

Momentos después me quedaba sola en la alcoba y en toda la casa. . . No puedo negar que me estremecí un tanto al pensar en mi soledad, tanto más cuanto que como cesasen los repiques en la torre, la gente escaseó ya en la calle; enmudecieron los músicos y los cantos y reinó el silencio más completo en torno mío. . . pero éste duró poco

porque en breve repicaron con tanto entusiasmo que parecía que la torre se venía abajo, ruido que venía acompañado por las descargas de cuantos fusiles y escopetas había en el pueblo.

Me emburujé en las cobijas, y momentos después, y apesar de aquel estruendo me quedé nuevamente dormida y no desperté sino dos horas después, cuando Paulita al irse á acostar, después de la misa, la procesión y la cena se deslizaba á mi lado muy quedo. Sin duda ella era la última que se había acostado, porque las demás camas parecían ocupadas y el silencio de la alcoba sólo lo interrumpían las diferentes respiraciones de las mujeres de la familia.

Hubiera querido volver á dormir para



olvidar todo, pero ya era imposible el conciliar el sueño. Entregada á dolorosísimas meditaciones, pensaba con angustia en lo que sería mi suerte en un centro tan vulgar, tan inculto, tan extraño ya para mí, y permanecí quieta y sin moverme.

La luz que ardía delante de la Virgen con su gran pabito negro daba sombras fantásticas en aquel aposento, y de cuando en cuando se levantaba leve llama, y después se oscurecía casi por completo y las sombras iban y venían, ya alumbrando en una parte ya en otra.

Poco á poco empezó á filtrar una tenue luz por las grietas de las puertas; una multitud de pajarillos que pernoctaban en los árboles de la huerta despertaron.





Sirvientas

Después oí cómo los gallos que habían cantado varias veces bajaron de su gallinero y una *clueca* con multitud de pollitos salió al patio; un cerdo gruñía en el corral yendo de un lado á otro espantando las gallinas y los pavos.

Levantáronse los arrieros y empezaron á llamarse unos á otros en el patio interior; arrojóse mi tía de su cama, y sin duda para no despertarme dando voces, empezó á halar de las cobijas á las durmientes y á despertar con el pie á las sirvientas que unas roncaban en el suelo, acostadas entre cama y cama; otras se habían retirado á la cocina, donde tenían sus juncos.

Levantáronse todas desperezándose, y á poco oí soplar la candela en la cocina, el ruido de la piedra de moler, el

barrer en varias partes de la casa; el correr del agua que derramaban en las tinajas; el cacareo de las gallinas en el patio, el metálico canto de las gallinetas y el marchar de los pavos que acudían á recibir su alimento que alguien les echaba en el corral, espantando al mismo tiempo los cerdos, los perros y los asnos cargueros de agua, los cuales se arrojaban sobre la granza que repartían á las aves domésticas.

Una á una y muy de prisa se fueron levantando las señoras, y saliendo al corredor, en busca del único platón de lata que había en la casa, y el cual servía por turnos á toda la familia para lavarse la cara y las manos; puesto en un pozo del corredor, cada cual le llenaba, llevando agua con una totuma desde la vecina tinaja. Después se secaban con un paño de lienzo fabricado en el país que estaba colgado en una

columna del corredor.

Esta somera *toiletts* consideran suficiente en esta tierra de bárbaros y aunque los hombres se peinan con algún peine desdentado al bañarse la cara, las mujeres no se tejen las trenzas sino al mediodía.

Las campanas que habían estado repicando la misa del alba, se habían callado al fin, y como la tienda de mi tía ya estaba abierta, á ella acudían á hacer sus compras matinales los que salían de la iglesia.

En breve oí á lo lejos el sonido de los típles y bandolas de una reunión de gente alegre y divertida, la cual después de pasar la noche en alguna "chichería" que no habían cerrado sus dueños, se dirigían ya á la tienda de mi tía.

Allí, después tomar las "mañanas," aquellas gentes pasarían el día en sempiterno canto y bebezón, único modo que tienen de divertirse en aquel desierto.

¡Cosa rara! Aunque durante catorce años no había oído aquellos ruidos característicos de mi pueblo, mis recuerdos infantiles estaban frescos en mi memoria y *apusar* no veía nada de lo que he descrito con los ojos del cuerpo las memorias de mi niñez bastaban para entenderlo todo.

Una vez que me quedé sola y que cerraron definitivamente la puerta que tantas veces habían abierto, yo tam-

bien quise levantarme, pues ya habían metido mis baúles á un rincón del aposento. Ansiaba salir de aquel dormitorio caliente é impregnado con la respiración de tanta gente y salí también á mi turno al corredor á cobrar al platón de lata el servicio que había prestado á toda la familia y á algunos de los huéspedes de más estimación que estaban en la casa.

Peró tengo que suspender mi narración en este punto, otro día la continuaré.

CAPITULO VI

LA VIDA EN EL VALLE

Diario de Ernestina

"Febrero 12

Mucho consuelo tengo con escribir este Diario, mi único y verdadero confidente.

La familia de mi tía es numerosa y se compone de las siguientes personas:

Justino, el hijo mayor, el cual se considera jefe de la familia, pero es bonachón y de genio pacífico; á pesar de tener ya la edad de Jesús, como dice él, vive como el Hijo de María, sometido á las órdenes de su madre, y ella es la que manda y lo hace muy bien en aquella casa. Lorenza, la mujer de Justino, es una aldeana hermosota, callada, obediente y trabajadora, y además, tan fecunda, que en nueve años de matrimonio á dado á luz y amamantado ocho



Lorenza



Doña Dolores

vástagos, sin contar con la niña picotera y parlanchina que vi á mi llegada, montada en una burra. De estos niños se le han muerto cuatro, quedando vivos tres varones traviesos y gritones y el *nené* que está criando pero que se arrastra gateando por todas partes, y es un milagro que las mulas no lo hayan mandado al otro mundo á acompañar á los difuntitos que Lorenza Hora todavía. Toda esta familia duerme en la *trastienda*, en dos camas, en la cual se acomodan grandes y chicos, menos Carmelita que es huésped de nuestra alcoba.

Además de Paulita, vive también con su madre Petrona, la hija primogénita de mi tía, es viuda y tiene una niña de quince años, Sinforosa, y otra más pequeña, las cuales se han acomodado ó desacomodado en una sola cama para darme la que ocupaba Sinforosa antes de mi llegada.

A más de estas mujeres allegadísimas y descendientes directas de mi tía, duerme también en aquel alcobón promiscuo la cajera y administradora de la tienda, persona importantísima en la casa. La *niña* Pilar que así la llaman todos, señoras como sirvientes, huéspedes y compradores, y hasta el mismísimo Cura) la *niña* Pilar es un tipo curiosísimo de aldea.

Petrona



Sinforosa



Pilar

Tendrá cuarenta años ó algo más, aunque ella ignora su edad y se ha calculado veinticinco; es parienta lejána de mi tía y su cajera hace dieciséis.

Cuando yo salí del pueblo, ya ella imperaba en la tienda, detrás del mostrador, y me acordaba de ella porque me tenía cariño entonces, y ahora me mira con desconfianza y á duras penas me dirige la palabra.

Es blanca, de abundantes y robustas carnes; está siempre muy peinada y

acicalada; usa trajes y cintas vistosas *sombra enflu.* le gusta particularmente el color *amarillo*

nillo vivo; tiene el dón de la palabra y de la réplica aguda; se chancoa con todos, ricos y pobres; conoce la vida y milagros de sus parroquianos, es decir, de todos los habitantes de la aldea y de sus contornos, de modo que sabe á quién se puede fiar y á quién no. Cuando alguien se sale de la tienda sin pagarle, apunta aquello en la memoria, que es muy feliz, y tarde ó temprano le cobra, y de grado ó por fuerza lo obliga á *despepitur*, como ella dice.

Habla recio y mucho; jamás se sienta, y puede servir, sin turbarse, á más de seis personas al mismo tiempo; servicial y comedida con las personas decentes, es imperiosa y altiva con las del pueblo, y éstas, á pesar de ello, la quieren mucho, porque es muy caritativa con lo propio, aunque de hierro cuando se trata de lo ajeno; es amable con los niños de la casa, á quienes regala y agasaja; no admite ningún chibuelo de la vecindad en la tienda, salvo que sean niños de brazos, por los cuales se afana y todo lo olvida por arrullarlos y celebrarles sus risitas y sus muecas.

Mi tía tiene mil consideraciones por la cajera, que es para ella una joya inapreciable. Sin embargo, han tenido entre las dos desavenencias, pero pasajeras, porque ambas conocen lo mucho que se aprecian.

La *niña* Pilar es muy *negocianta* por su propia cuenta, y hay varios artículos en la tienda que le pertenecen **exclusivamente**.

Tres veces ha tenido novio, pero el primero la dejó metida, como ella dice, y se manejó tan mal, que resolvió no casarse nunca y rechazó con soberano desdén á los que se le presentaban después pretendiéndola; éstos aún suelen frecuentar la tienda para calentarse al sol de su mirada, y como ambos son aficionados al trago, á veces arman allí disputas y acaban por ponerse ambos de la vista del diablo, pues se van á las manos y Pilar los espanta con el palo de la escoba, y les prohíbe volver á entrar por sus puertas, pero ellos no le obedecen sino á medias.

Mi tía tiene tres hijos más, dos varones que trabajan fuera del distrito y una

hija, Francisca, casada con un mulero acomodado; ella vive con su marido en su casa.

El es actualmente el Alcalde del pueblo, y por consiguiente de muchas influencias ó influencia sobre los habitantes de la aldea. Sin embargo, Juan Sánchez nunca ha querido calzarse, siempre usa alpargatas, ruana remangada sobre una camisa bien aplanchada y sombrero de jipa de copa alta y anchas alas.

Francisca es una buena mujer, inofensiva, pero al contrario del resto de la familia, enfermiza y quejumbrosa y sus hijos endeables y sin brío.

Toda esta gente, que se había reunido en el pueblo para celebrar la fiesta, me vino á saludar aquella mañana de Navidad.

Tuve que dejarme abrazar por las mujeres, manosear por los niños y estrechar las sudosas manos de los hombres.

Sentíame, decía mi tía, como gallina en corral ajeno, ó como harina de otro costal, observó el Alcalde á Justino, viendo mi apariencia tan diferente de la de ellos.

Comprendí que aunque hice esfuerzos para aparentar amabilidad, no había caído en gracia á ninguno de mis parientes ni tampoco á las demás gentes de la aldea ~~que me han conocido~~, á pesar de que siempre me ocultó cuando puedo y esquivo el roce con ellos.

“Más valé caer en gracia que ser buena moza,” le oí decir á Petrona al ver la frialdad con que todos los miembros de la familia me recibieron y el aire de despego que yo no podía ocultar en mis relaciones con ellos.

Aquel primer día me habían llevado el desayuno (una jicara de chocolate de harina y panela y una arpa fría), á la alcoba, de la cual yo no quería salir para no dar pábulo á la curiosidad de los huéspedes.

Estos eran casi todos hacendados de los alrededores que habían ido á pasar la fiesta en el pueblo, los cuales pasaban y repasaban por el frente de la puerta con aire conquistador, y la mayor parte de ellos ~~ya~~ alegrones con los tragos de aguardiente que habían tomado durante aquella noche de no dormir.

Sin embargo, cuando llegó la hora del almuerzo, me llamaron á la cocina.

en donde comían siempre los miembros de la familia, por lo haber lugar en el comedor para las personas de la casa.
 A pesar de las humillaciones que había sufrido desde la muerte de D. Ful.

gencia, jamás vi tan abatido mi orgullo como aquella vez. Ya me he ido acostumbrando, pero el primer día no sé qué pasó por mí.

En un rincón de la cocina, que es muy grande y oscura, había puesta una mesa coja cubierto con un mantel, demasiado manchado ya para los huéspedes, y allí sirvieron de prisa y de cualquier modo nuestro almuerzo, al mismo tiempo que suministraban su pitanza á los peones del servicio de la casa, á las sirvientas y á las fregonas.

Estas no comían á la mesa, sino que se acomodaban con su plato en los rincones, en el paso de las puertas, sobre una canoa boca abajo y en cucullas en el suelo con el plato en la mano, y con la boca llena dirigían la palabra á las señoras, y con todos los miembros de la familia trababan familiar conversación.

—Acaban de llegar unos cachacos de Bogotá, dijo mi tía, dirigiéndose á mí; quizás tú los conozcas...

—Es probable, contestó.

Pero aquella idea me llenó de angustia. Suficiente descenso era el mío al verme en este lugar, sin otro testigo de mi vida anterior que mi propio herido amor; pero que me viesen los que me habían conocido en Bogotá en la buena sociedad, alternando de igual á igual con las personas más encopetadas de la ciudad, me viesen, repito, ahora humillada y á la par de las fregonas de aldea, esto no lo podría soportar sin morir de vergüenza!

Retiré el plato que tenía delante, y

olvidando á los que me rodeaban, hundí la cara entre las manos y prorrumpí á llorar.

Aunque todos aquellos no comprendieron, ¿qué podían comprender estos bárbaros de mis sentimientos? Ni atinar á la causa de mi angustia, los circunstantes trataron de consolarme á su modo. Mi tía pensó que mi aflicción provenía de la pena que me daba el acordarme de mi protectora, y cada cual me brindó su amistad y su cariño y hasta las

mismas fámulas tomaron parte en el asunto.

Sólo Justino, más inteligente y perspicaz que el resto de la familia, y el cual, sin duda, me había oído hablar con franqueza durante el viaje que hicimos juntos desde la capital, ni se me acercó ni trató de consolarme.

Me levanté de la mesa, rechacé los platos que me ofrecieron, y dije á mi tía que me sentía mala y deseaba retirarme á la alcoba.

—No hagas tal, dijo ésta, vamos á dar una vuelta por la plaza y vemos los arcos de musgos y de flores, eso te distraerá.

—No madre, dijo Justino interponiéndose, déjela su merced retirarse como ella quiere.

Sin aguardar más, huí entonces de aquella cocina y corrí á ocultarme cual bestia huraña y monta raz en el fondo del dormitorio, único lugar en donde no había riesgo de encontrar á los huéspedes bogotanos.

Como dije al principio de este Diario, costó trabajo que mi tía me permitiese tener alguna independencia, poder ir en carré en quedarme sola, y merced á los ruegos de Paulita (que es realmente muy bondadosa, y me ha cobrado un cariño que no puedo corresponder y que me empalaga) merced á mi prima he logrado que se me permita colgar una cortina que me divide del resto de las durmientes y en un rincón frente á mi cama, entre la puerta de la huerta y una ventana, he puesto una mesita

(prestada por Justino). Allí se hallan mis útiles de tocador, mi pupitre, algunos libros (que causan escándalo porque olvidé en Bogotá el de misa que tenía), y allí suelo pasar las horas menos aburridas de mi horrible existencia, mirándome en el espejo, haciendo castillos en el aire y escribiendo en mi diario.

Mi ninguna habilidad y perfecta ignorancia en todo lo concerniente á las faenas caseras, única cosa que debería ocupar el pensamiento mujeril—según



las ideas de este lugar—mi manía de ocultarme cuando algún forastero viene de Bogotá, mi seriedad y despego con la familia, cuyas chanzas me cargan; y sobre todo mi poquísima devoción, pues siempre procuro sacarle el cuerpo á la misa, á los Rosarios *vespetinos* y á las visitas del Cura, el cual es muy amigo de mi tía, porque ella le ayuda en todo el arreglo de la iglesia.... todo esto junto ha disgustado mucho á las gentes de esta casa y escandalizado al pueblo, desde el Párroco hasta el último labriego.

La indignación de mi tía suele estallar, y con ~~una~~ la dureza y falta de delicadeza de las gentes vulgares, suele echarme en cara lo que ella llama mi pereza y desidia, arguyendo que mi mal ejemplo llegará hasta contagiar á las niñas de la casa, puesto que ya Sinfoniosa y su hermana Pacha, y aun la favorita suya Carmen, han llegado hasta insubordinarse cuando las manda barrer el patio, poner la mesa para los huéspedes y asear sus cuartos, alegando que para eso hay criadas, en la

casa de sobra y que yo así lo he dicho. Pero aquí se acostumbra que aya y sirvientes trabajen al igual y se ocupen en las mismas faenas; todas ellas cocinan, tienden las camas, arreglan la casa, pero en lo único que se distinguen de

las criadas es en que mi tía no permite que las niñas de la familia sirvan á la mesa á los huéspedes, porque éstos suelen tomarse libertades que á ella repugnan. Sin embargo, venden en la tienda cuando la cajera tiene mucho que hacer; echando comer á las gallinas y á los cerdos; almidonan y aplanchan su ropa, todo por turnos, alternando con las sirvientas y sin preocupación de ninguna especie. Pero yo no he podido humillarme hasta ese punto, y dejo que Paulita haga gran parte de estos oficios en mi nombre ó acudo á las sirvientas para que hagan lo demás sin acomedirme jamás.

“Mi tía frunce entonces el ceño y suelta algún pitopo, y sus hijas—menos Paulita—se sonríen con aire despreciativo.

—Hija de *judío* había de ser! oí decir un día á Petrona, que es la persona más seca, más ajada y más mal humorada que hay en la casa. Cuando su madre, añadió, se casó con aquel alemán de sus pecados, yo no podía manifestarle que hacía mal porque estaba muy niña, pero muchos se lo dijeron; y ya ve la semilla que ese alemán ó animal ha dejado!

—Pero cuando chica era hacendosa y amable! le contestaron.

—Le salió el cobre con la ida al

Reino! repuso Petrona, y no pudo seguir adelante porque notó que yo la estaba escuchando.

¡Desdichada de mí! soy la *oveja negra* de este aprisco y cada día me encuentro más fuera de mi centro. Al llegar aquí pensé que podría colocarme con cualquiera de los hacendados de los contornos. Pero aunque en esta familia y en ~~esta~~ casa de mi tía me siento infelicitísima, los jóvenes de la aldea son unos soeces vulgarísimos y hasta su lenguaje es diferente del mío. Ellos además me miran con desconfianza, me tienen miedo y vergüenza, y si no para maridos ni para entablar coqueteos pueden servir estos bárbaros sin educación.

Los pocos bogotanos que he visto me tratan con descoortesía, me miran con ~~curiosa~~ curiosidad burlesca que me humilla, y procuro apartarme de ellos lo más posible porque de seguro nada ganaría con ello.

Fin de la segunda parte.



Guerrillero en el paramo.

PARTE TERCERA

CAPÍTULO I

Lo que sucedió en Bogotá en 1876

Mientras que la mísera Ernestina ve-
 getaba en el Valle en un medio que
 tanto la repugnaba; que Lucía conti-
 nuaba trabajando día y noche para po-
 der subvenir á los gastos de su casa



y que Pedro

había perdido completa-

mente las esperanzas de blandear la voluntad de la hija de D.^a Concha, estalló en el país una de aquellas revoluciones que tantos males han causado á Colombia, desacreditándola ante la opinión de los europeos.

Será preciso mencionar, aunque muy de paso, lo acaecido en Bogotá durante la insurrección que tuvo lugar en el país en el año de 1876.

Imperaba en esta desdichada Colombia hacía diez y seis años, el partido llamado liberal. Toca á pluma más autorizadas que la nuestra describir lo que hicieron los secuaces del General Mosquera para desbaratar violentamente cuanto había hecho el Partido Conservador durante los cortos años que había gobernado en el país. Sabido era que los conservadores habían sufrido inicuas vejaciones; fueron azotados en el Estado del Cauca; persecuciones, martirios en Bocachica, prisiones, destierros, y lo que era para los creyentes lo peor, insultos á su religión y á sus ministros. Desesperados muchos con aquella situación resolvieron dar gusto

á los que deseaban precipitarlos en una revolución para despedazarlos, y resolvieron apelar á medios que no están en la índole de su partido, que rechaza toda violencia, todo desorden, toda perturbación, todo desconcierto y desobediencia á las leyes, aunque estas sean inicuas. Lanzaron, pues, los conservadores el grito de guerra, y como por encanto se organizaron guerrillas en todas partes, las cuales se convirtieron en

ejércitos, tanto más cuanto que los hombres de su partido que habían permanecido quietos fueron perseguidos en las poblaciones y los campos, arrojados de sus casas las familias inermes de éstos, confiscados sus bienes y encareados los que no lograron huir á tiempo.

No es nuestro propósito entrar á describir los sucesos de aquellos meses de angustia y desolación, sino en la parte que se reza con algunos de los protagonistas de esta narración.

Como sucede siempre en semejantes casos el país entero se dividió en dos bandos, ~~y la~~ ^{que} división cundió hasta en el seno de las familias. No eran, empero, sólo los que llevaban las armas en la mano que consideraban como sus enemigos á los del campo opuesto. Se enardecieron las pasiones en sumo grado, y siendo en estas Repúblicas el partido político en tiempo de revolución la pasión más violenta (de la cual no escapan ni mujeres, ni niños, ni ancianos y hasta los extranjeros mismos toman parte en ello) sucede que los amigos más unidos antes, si profesan opiniones distintas no vuelven á tratarse. En casas, plazas, corrillos y salones la política reinaba sola y entre conservadores y liberales las disputas eran ~~serenas~~ ^y violentas.

Toda la juventud conservadora se hallaba bajo las armas en los campamentos, y todos ellos tenían su puesto en las guerrillas que ocupaban la mayor parte de las aldeas de la Sabana de Bogotá. Para no quedarse atrás en heroísmo, los jóvenes liberales se presentaron á ofrecer sus servicios voluntarios al Gobierno, y con ellos formaron varios batallones.



El pueblo dio en llamar á estos últimos,—que permanecían en Bogotá gozando de las comodidades,—dió en llamarlos *alcantares*, porque se decía que en los combates con las guerrillas anti-gubernistas se desvanecían como aquella sustancia, y cuando menos lo pensaban habían desaparecido como por encanto. Lo cierto es que á los niños miedosos del partido liberal rara vez enviaban á que peligrasen su vida en las peleas, y los ocupaban principalmente en vigilar los suburbios, impedir que saliesen de la ciudad ~~con~~ recursos para

los guerrilleros y entrasen éstos á dar noticias de lo que sucedía fuera. A pesar de aquella vigilancia las señoras de la capital sostenían ocultamente á los que ellas consideraban como sus defensores, ^{con} alimentos, vestidos, medicamentos y hasta armas que solían comprar ocultamente á los soldados del Gobierno, levantando suscripciones entre todas sus *partidarios*, pues pocos hombres conservadores habían quedado en la ciudad, para socorrer á los *Guascas* y los *Mochuelos*, que así se llamaban las dos guerrillas principales.

D. José del Pino, de opinión liberal ~~moderada~~, y deseoso además de captarse la buena voluntad del Gobierno, animó á Pedro para que tomase servicio en uno de los Batallones de *alcantares*, lo cual hizo, pero sin mayor entusias-

mo, porque aunque personalmente era valiente, poco gustaba del roce que iba á tener en los cuarteles con gente desocupada y por lo general de vida airada y de costumbres vulgares. Pedro era liberal y se llamaba amante de la democracia y de la igualdad ante la ley—decía él—pero amaba lo pulcro, lo bello y le repugnaba todo lo que fuera bajo, en el lenguaje y en las acciones.

La madre y hermanas de Pedro (que eran *liberales* entusiastas, sin comprender absolutamente el motivo de sus opiniones), le consideraron entonces como á un héroe, un Marte, un portento, y en igual concepto lo tenía su padre; pero éste ocultamente se había arreglado con el Jefe del Batallón al cual pertenecía Pedro, para que nunca lo man-

dase á lugares en que podía correr algún riesgo.

Entre tanto D.^a Concha y su hermana, que pertenecían á familia conservadora por tradición, y fundaban su orgullo en ello, se declararon resueltamente en favor de los revolucionarios y se presentaron á las señoras que se comunicaban con un secreto comité encargado de enviar recursos á las guerrillas, y ofrecieron sus servicios en todo aquello en que pudiesen ser útiles.

Como su casa estaba casi en los afueras de la ciudad resolvió el comité acep-

tar sus ofrecimientos y á ella se enviaban armas, municiones, perrechos de toda especie para que los guerrilleros fueran á tomarlos allí. Encargábanse del transporte de todo esto multitud de señoras que lo cargaban oculto en sus personas. Como las Arnao tenían negocio de *colación*, de costuras y de flores, debajo de todo aquello ocultaban lo que deberían llevarse á los que ellas consideraban defensores de la Religión y de la educación moral del país. En su pobreza á aquellas mujeres daban el único patrimonio que poseían: su tiempo.

Natural era que entre las entusiastas conservadoras y la familia liberal del Pino se ensfriaran las relaciones de amistad y que acabaran por no visitarse nunca. Lucía sufría en silencio con aquel cambio de su existencia, pues ella no dejaba de amar á sus amigos de infancia y el recuerdo de Pedro impregnaba siempre en su corazón.

Tanto Doña Concha como su herma-

na y Luisa cosían vertidos para enviar a los guerrilleros y también habian empacando viveres, armas y ocultando todo esto en el jardín, cuya puerta dejaban abierta de noche para que cubren mejoramente los guerrilleros a sacarlo, dejando en su lugar cartas para las familias conservadoras y averos y noticias para el comité.



Sucedió que un día después de una escaramaza que tuvo lugar por el río del Arzobispo entre los Guascas y las tropas del Gobierno, fue herido gravísimamente el Oficial guerrillero que comandaba la descubieta. Ocultáronle los soldados detrás de unas tapias, y cuando cerró la noche se aventuraron hasta la quinta de D.ª Concha y la suplicaron que lo recibiese en su casa, pues temían que muriese si lo llevaban hasta su campamento. Las buenas señoras aceptaron la misión de Hermanas de la Caridad que les proponían; dieron cuenta al comité conservador de lo que sucedía al día siguiente, el cual mandó un médico de su confianza á que visitase al herido. Este declaró que estaba de gravedad, pero que con cuidados podrían salvarle la vida.

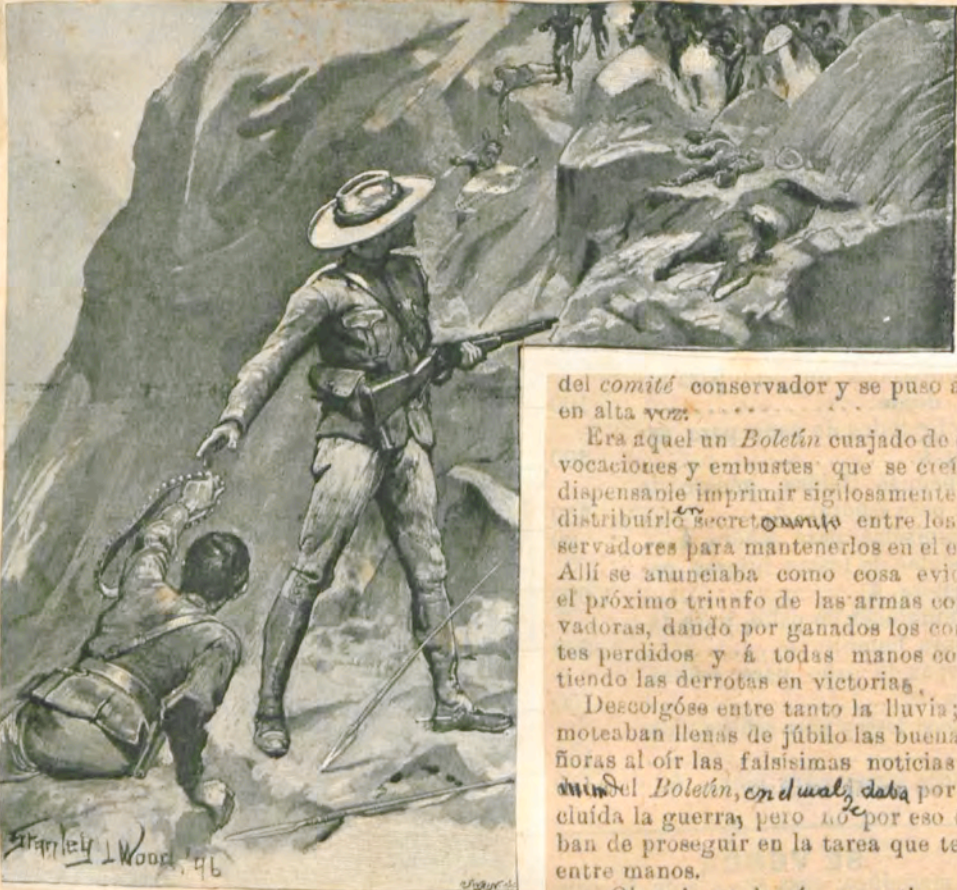
Lo difícil era llevar los medicamentos indispensables y poder ocultar las visitas del médico sin despertar la curiosidad de los vecinos; pues la pobreza y servienta de las Arnaos era de toda confianza y tenían seguridad de

que no las denunciaría, pero no así, los vecinos que era gente de mala ley, cuyas sospechas podrían ser cosa fatal; tanto para el herido como para las que lo albergaban. D.ª Concha, sin embargo, ofreció fingirse enferma y que se declarase que los medicamentos que enviaba el facultativo eran para ella.

A pesar de estas precauciones, y no se supo de qué manera, llegó el denunciao á la Gobernación y á poco las Arnaos empezaron á ver pasar y repasar por frente de su puerta gente sospechosa que parecía azechar á todo el que entraba y salía de la casa.

Se había pasado más de una semana desde que Jorge Maldives (que así se llamaba el herido) había entrado á la casa de D.ª Concha, cuando una tarde llegó el médico que le recetaba, y después de examinario declaró que el herido estaba fuera de cuidado si no se movía de la cama y si se le hacían los





del comité conservador y se puso a leer en alta voz:

Era aquel un *Boletín* cuajado de equívocas y embustes que se creía indispensable imprimir sigilosamente para distribuirlo ^{secretamente} entre los conservadores para mantenerlos en el error. Allí se anunciaba como cosa evidente el próximo triunfo de las armas conservadoras, dando por ganados los combates perdidos y á todas manos convirtiendo las derrotas en victorias.

Descolgóse entre tanto la lluvia; palmoteaban llenas de júbilo las buenas señoras al oír las falsísimas noticias que ~~en el~~ *Boletín*, en el cual, daba por concluida la guerra, pero ~~no~~ por eso dejaban de proseguir en la tarea que tenían entre manos.

—Oigan! exclamó repentinamente Lucía.

—¿Qué hay? preguntó D.^a Josefa descansando en el suelo un fusil que envolvía en un encerado.

—Me parece oír la marcha acompañada de una tropa.

Efectivamente todas creyeron sentir el ruido de las armas en movimiento y las voces de mando del jefe.

Acercóse Lucía á la puerta ventana que daba al jardín y se puso en acecho. Pero el aguacero había arreciado, mugía el viento entre las ramas de los arbustos, derramíbase á chorros el agua del tejado, corrían los caños con estrépito. . . . sin embargo, en medio de aquel desatado temporal oyó distintamente el rumor y el retintín de las armas de una tropa que acababa de detenerse frente á la casa.

—¡Virgen Santísima, ampáranos! exclamó; tenemos la casa rodeada; por

remedios con esmero como lo habían hecho hasta entonces. A poco de haber salido el facultativo y cuando empezaba á oscurecer, viendo que amenazaba lluvia las dueñas de casa mandaron cerrar y trancar las puertas. Administraron al enfermo una bebida calmante y se reunieron las tres en la salita que ya conocemos, la cual comunicaba con el cuartito que un año antes había ocupado Ernestina y que entonces servía de albergue al herido.

D.^a Concha y su hermana sacaron entonces de su escondite algunos fusiles, sables, municiones de guerra y de boca y se pusieron á empujar todo aquello

cuidadosamente para tenerlo listo y ^{entre} garto á los guerrilleros cuando avisasen que íban á pedirlo. Entre tanto Lucía encendía una lamparilla de petróleo y dejando la costura empezada á un lado sacó de su bolsillo un papel impreso que le había entregado el médico de parte



el otro lado oigo también pasos.

—Serán los nuestros, dijo D.ª Concha, que se han aprovechado de la obs-

curidad de la noche y de la lluvia para venir por estas cosas.

—¡Imposible! es muy temprano y de seguro los venían los vecinos.

—Ni vendrían haciendo tanto ruido.

—Pero ya no oigo nada, observó Lucía, quizás el ruido del aguacero nos hizo oír lo que no había.

En aquel momento se abrió la puerta con estrépito y se presentó la criada, trémula, pálida, asustadísima.

—¡Están golpeando recio! exclamó.

—¿Dónde?

—En el portón y también en la puerta del jardín.

—¿Quién será?

—Gente armada, mis señoras.

—Válgame Dios! . . . pero quizás serán los guerrilleros.

—¿Con ese estrépito? . . .

—Yo también oigo golpear.

—Jesús dulcísimo! exclamó Lucía, ¿qué haremos?

—Yo iré á parlamentar con ellos, dijo doña Josefa, que era la más valiente, mientras taido guarden todo eso. . . .

—¿Y si no alcanzamos?

—No abriré aunque quieran tumbar la puerta!

La criada que había salido volvió á entrar aún más asustada y temblorosa.

—Gritan en la puerta que abran en nombre del Gobernador! exclamó.

—Estamos perdidas!

—Guardar todo esto es lo que importa, dijo Lucía, mientras que doña Josefa salta á entretener á los malhadados rondadores.

Debajo de la estera de la salita y tapado con tablas, habían abierto un hoyo hondo, dentro del cual tenían el depósito de cuanto mandaban á las guerrillas de parte del Comité y de las señoras que las protegían. Encima se hallaba la sillita de costura de Lucía y el bastidor.

Ocupábanse activamente en ocultar allí cuanto habían sacado un momento antes, cuando exclamó la criada:

—¿Y el herido?

—¡Válgame Dios! contestó doña Concha, se me había olvidado!

Cubrieron el depósito y pasieron los muebles en su lugar.

—No podemos mover aquél desdichado ~~de~~ sin riesgo de matarle, repuso Lucía. ¿Cómo lo defenderemos?

—Ya sabes que soy la enferma, dijo doña Concha. Voy á taparle bien con los cobertores y yo me meteré en el pasillo detrás de la cortina, y desde allí contestaré si me preguntan algo.

—No serán tan tontos! exclamó Lucía, de seguro que le mirarán y le van á descubrir! . . . Y lo peor es que si lo llevan con el poco miramiento que acostumbra estas gentes, no llegará vivo á la cárcel!

—Y á nosotras también nos maltratarán! dijo la criada gimiendo y tratando de ocultarse detrás de la puerta.

Acababa de entrar doña Concha al cuarto del herido y de cerrar la puerta, cuando se oyó el ruido de espuelas y el roce de armas en el pasillo, y un momen-

Lo des pues se presentaba Pedro y
en sus auya D. Josef a, quien trataba
de detenerle, pues ignoraba si

habian tenido tiempo de guardar las armas, etc., de los guerrilleros. Hablaba la pobre señora á troche y moche y muy fuerte para que las otras se alistasen y supieran que llegaba el enemigo.

—Pedro! exclamó Lucía, y dando un paso adelante, dijo con indignación: ¿Con que es usted el que viene á asustarnos?

—Esa no es mi intención, Lucía.

—¡No era su intención! y viene á allanar la casa con una tropa!

—Al contrario, vengo á dar á ustedes garantías. . . .

—Garantías!

—Sí, salvarlas de males mayores.

—¿Y eso, cómo? preguntó doña Josefa con acento irónico.

—Yo sé que ustedes tienen un asilado en esta casa!

—No faltaba más si no que usted me saliera con eso! repuso la buena señora palideciendo.

—Lo niega usted! . . . Pues yo sé que aquí se encuentra un enemigo del Gobierno.

—¡Qué enemigo ni qué pan caliente! ¿No le dicho á usted desde que abrí la puerta que eso son conversaciones?

—¡Que se atreva usted, doña Josefa á negarme lo que yo sé perfectamente! Aquí tienen ustedes oculto á un guerrillero. . . .

—Y no lo sabré yo mejor que usted, puesto que vivo en la casa?

—Mejor es, se lo aseguro, confesar la verdad, y volviéndose á Lucía, repuso: ¿Usted también lo niega?

Ella no contestó.

—Seguramente, Sr. D. Pedro del Pino, usted nos considera tan acomodadas que podamos sostener guerrilleros en nuestra casa? *ususo la señora.*

—No, pero yo conozco el entusiasmo político de ustedes. . . .

Sepa usted, caballero, que aunque *ten* ~~o~~amos la mejor voluntad, "al que no le sobra pan, no cría can."

—Así debiera ser, señora mía, pero si usted me echa refranes en lugar de ser franca, yo le contestaré que "quien da pan á perro ajeno, pierde el pan y pierde el perro". . . . lo cual le va á suceder á usted ahora mismo.

—Pedro! exclamó Lucía, ¿se habla usted á mí tía?

—Lucía, contestó él, no es culpa mía si me hace perder la paciencia y me atolondra con negativas. Usted debe comprender la difícil situación en que me encuentro y disimulará mi presencia aquí. . . . y también que le dije que lo mejor que pueden hacer es decirme en dónde está el asilado, quién es y por qué se oculta en la casa de ustedes.

—¿Y qué derecho tiene usted para hacernos esas preguntas? exclamó doña Josefa con fingida indignación.

Pedro se dirigió de nuevo á Lucía sin hacer caso á doña Josefa.

—Lucía, dijo, le suplico á usted por su propio bien, que aclaremos esto y no perdamos tiempo.

—¿En dónde dejó usted la escolta? preguntó ella, con la cual viene á allanar la casa de pobres mujeres indefensas?

—La escolta no entrará aquí, no tema usted. . . . se encontrará en la calle y rodea la casa.

—Pobres gentes! exclamó Lucía, oyendo que á cada momento aumentaba la lluvia torrencial, crecían desbordadas las corrientes que bajaban del vecino cerro y soplaban violento el temporal.

—Lo reconozco, Lucía, repuso el joven ~~esa~~ esa palabra de compasión!

Como la criada habia permanecido en la sala escuchando el diálogo y mirando al "alcáñor" con tamañós ojos.

—Deseo, dijo éste mirándola, hablar á solas con mi señora Josefa y Lucía.

Estas, con una seña hicieron salir á la sirvienta; y cerrando la puerta (detrás de la cual se quedó la fámula atisbando á los señores por una rendija), doña Josefa se dirigió á Pedro:

—Hable usted, le dijo:

—Quiero explicar á ustedes sin testigos por qué he venido aquí esta noche, contestó él, y me he presentado á ustedes en hora tan intempestiva. . . .

—O tan tempestuosa, dijo doña Josefa sonriendo para ocultar su turbación.

Lucía respiró, pues la repugnaba muchísimo mentir, y al mismo tiempo no queria denunciar al desgraciado guerrillero que habia confiado en su hospitalidad.

Pero lo que dijo Pedro merece capítulo separado.



CAPITULO II

El asilado guerrillero

Esta tarde, dijo Pedro, tuve noticia de que en la Gobernación se encontraba un denuncia contra ustedes.

—¿Y en qué sentido?

—Dicen que ustedes ocultaban en su casa un revolucionario herido en un combate que tuvo lugar hace algunos días por los lados de Chapinero.

—¿Y quién daría ese denuncia? preguntó doña Josefa alarmada.

—Entiendo que un vecino que sintió llamar á la puerta de esta casa una madrugada, y sospechando algo insólito, abrió la casa, vió varias veces entrar un médico y notó que la criada llevaba muchos medicamentos....

—¿Y no podía haber otro enfermo en la casa?

—Lo cierto es que el denuncia tenía todo el aspecto de ser verdad y yo comprendí que el cargo era evidente....

—¿Y por qué?

—Porque yo sé que ustedes trabajan

en auxiliar á los guerrilleros, y además conozco su buen corazón.

—¿Usted sabe que trabajamos....?

—Perfectamente.... pero de eso no se trata ahora. Yo no vengo á hacer indagaciones de esa clase, y también tengo seguridad de que lo que hagan ustedes y otras señoras ilusas en favor de los insurrectos, no tendrá consecuencias para el Gobierno del señor Parra.

Riése doña Josefa con socarriñería.

—Volviendo á mi asunto, continuó Pedro, temí que si mandaban á otro Oficial con escolta á allanar la casa de ustedes, podrían correr el riesgo de ser molestadas y hasta maltratadas por hombres vulgares y soeces....

—¡Mucha bondad de su parte! exclamó doña Josefa.

Pero ya ve usted que aquí no hay nadie sospechoso....

—Ahora que me acuerdo me extraña no ver á mi señora doña Concha, dijo Pedro mirando en torno del aposento.

—Mi hermana está enferma en aquel cuarto. *... para ella son los medicamentos...*

—Desearía verla.

—Está en la cama, y además acaba de tomar una poción narcótica y sería peligroso despertarla.

—No pretenda usted engañarme! exclamó Pedro. Ese no es el dormitorio de la señora.

—Vaya! vaya! señor del Pino, no

quiera usted saber más que yo; me parece extraño que....

—No perdamos más tiempo, doña Josefa; y allí, y señaló la puerta del cuarto, está el herido desde el lunes antepasado!

—Hasta eso han dicho los denunciantes!

—Tengo la pena de decir á usted que obedeciendo las órdenes que he recibido tengo que entrar á verme con el herido, ustedes me lo permiten?

Al decir esto se dirigió á la puerta.

Lucía se arrojó delante de ésta y juntando las manos exclamó.

—No Pedro, no se llevará usted á ese pobre herido! Cualquier movimiento le sería fatal!

—No tenga cuidado, Lucía, yo no soy un asesino.... Feliz de él, añadió, que tiene la dicha de ser cuidado y de-



tendido por usted! Esto lo hace sagrado á mis ojos!

—¡Imprudente! dirigiéndose á su sobrina, dijo la señora. ¿Cómo has tenido valor de delatarle?

—Pero tía, Pedro lo sabé todo. . . .

—Yo me lavo las manos!

—¿Cómo negarlo?

—¡Tienes razón! Entrégalo á sus enemigos, pobrecito! El se creía seguro aquí. . . . Tú no sabes lo que son estos liberales, yo sí, porque vi lo que hicieron en el año de 60.

—Entre usted, dijo Lucía, torciendo el botón de la puerta, confío en que usted se manejará como caballero.

—Le doy mi palabra de honor, repuso

Pedro azorado y deteniéndose para que pasara adelante Lucía, y D^{ca} Josefa

—¡Noshan vendido! exclamó ésta entrando. Es inútil tratar de ocultar á usted, Sr. D. Jorge. Sin embargo, el Oficial que manda la escolta desea hablar con usted y me ha dado su palabra de que le tratará con consideración.

—Palabra de "alcantar"... contestó

doña Concha con indignación, saliendo del pasillo de detrás de la cama. ¿Y crees tú que la cumplirá? Y viendo á Pedro, añadió: ¿Es usted el que viene á allanar nuestra casa?

Pedro no contestó, sino^{que} se dirigió al lecho del enfermo:

—Siento muchísimo molestar á usted, pero me veo en la necesidad de hablarle, dijo con embarazo.

El herido trató de incorporarse en la cama.

Doña Josefa se adelantó con una vela en la mano, refunfuñando por lo bajo, mientras doña Concha y Lucía se dejaban caer sobre un pequeño sofá que había en el cuarto.

La luz iluminó de lleno la faz pálida del herido; á pesar de su estado de flacura y debilidad se conocía que era un hombre de gallarda figura y de unos 38 años de edad, más ó menos.

Pedro dio un paso adelante y dando señales de la mayor sorpresa, exclamó:

—¡Jorge Maldives!

—¡Pedro del Pino! contestó el otro, ¿me equivoco acaso?



—No, amigo mío. Pero, ¿cómo es posible que seas tú el que se encuentra en este predicamento? ¿No estabas en

Europa hace unos pocos meses? Recibí carta tuya poco há.

—Estaba efectivamente....

—Y entonces ¿cuándo y por qué viniste al país en época tan aciaga?

—Sape que mis copartidarios habían tomado las armas para defender nuestra causa.... Yo estaba ausente del país porque desesperaba de su salud.

—¿Y ahora creiste recuperarla?

—Efectivamente; me escribieron que había renacido la esperanza, y me embarqué para América; subí el Magdalena con mil riesgos, y me incorporé en la primera guerrilla que se me presentó.

—¿Qué desgracia!

—Cumplí con mi deber como patriota... Me batí en un encuentro que tuvo lugar contra fuerzas del Gobierno; nos derrotaron, me hirieron... y estas buenas Samaritanas me han atendido tanto, que gracias á ellas dice el médico que me curaré....

Ahora, añadió el asilado, dime cómo

sepiste que me hallaba aquí. ¿Quién te lo avisó?... ¿Vienes bajo ese vestido militar á ofrecerme protección, no es cierto? Aunque pertenezcas á ese partido que he venido á combatir, eres mi amigo y no me venderás á mis enemigos, ¿no es así?

—Soy, te lo juro, tu sincerísimo amigo! Pero yo no tenía idea, ni la menor sospecha de que estabas en el país y mucho menos con las armas en la mano.

—Entonces ¿por qué estás aquí?

—Vine á rondar esta casa por orden del Gobernador, el cual tuvo denuncia

de que aquí se ocultaba un herido enemigo.

—Y encontraste un amigo, ¿no es así?

—Lo siento en el alma....

—¿Y ahora qué harás conmigo?... ¿Me entregarás á los que me odian?... No lo puedo creer.

—¡Ah! Jorge, ¿por qué dejaste esa vida tranquila de Europa, para venir en tan amargas circunstancias á esta desventurada Colombia? ¿Qué locura tan inaudita!

—¿No comprendes el motivo? pro-

guntó el enfermo con apagada voz, pues le fatigaba mucho hablar....

Díme, añadió, ¿si te dijeran que tu madre, por largos años vejada y maltratada, tenía al fin esperanza de romper sus cadenas si combatías para devolverle la libertad, no volarías acaso á auxiliarla cumpliendo con un sagrado deber?....

Así hice yo con la patria (la única madre que me queda sobre la tierra, después de perder á mi padre atormentado por el partido que tú llamas liberal).

Calló el enfermo durante algunor momentos.

—Así hice yo con la patria, repitió. Tras largos años de ausencia del país, me escribieron que mi partido se había levantado en armas para recuperar las garantías perdidas hacía dieciséis años; me tocaba, pues, volver á derramar mi sangre en defensa de la Moral y la Religión y cumplir mi deber en favor de mi patria.

—Tú piensas, repuso

Pedro, que has venido á

Colombia á defender á

tú país atacando al

Gobierno.... Yo al de-

fender á éste pienso

que cumplo tam bien mi

deber. Pero en tanto que tú junto

con tu partido, luchan en pro de

la inquisición y el fanatismo

yo combato por la libertad y

la razón humana!

—¡Infeliz amigo mío! exclamó el herido con anhelante voz. ¡Infeliz! Caro te ha de costar ese amor á la razón humana y esa gratuita enemistad que profesas á la religión de los antepasados que bautizas con el nombre de fanatismo!....

Una sombra de dolor moral y físico al mismo tiempo oscureció la demacrada fisonomía del postrado guerrillero;

cerró los ojos, se dejó caer sobre las almohadas palido como un muerto.

—Pedro! exclamó Lucia, acercándose, le vas á matar! El médico le ha prohibido que hable largo....



Stanley L Ward '96

—¿Por qué no me lo habían dicho? contestó Pedro inclinándose sobre su amigo, que había casi perdido el conocimiento.

—¡Salga usted! dijo doña Concha, y empezó á bañarle las sienes con agua de Colonia; cuando vuelva en sí le llamaré de nuevo.

Pedro salió á la salita vecina con Lucía y doña Josefa.

—Este sujeto es la persona más bondadosa que conozco á pesar de sus atrasadísimas ideas! Era la Providencia de todos los colombianos que iban á París, y yo personalmente le debo muchísimos favores desde que estuve en Europa.

—Me alegro, dijo doña Josefa, dirigiéndose al cuarto del enfermo, llevando un caldo que había ido á calentar en la cocina.

En la puerta se detuvo para decir lo siguiente á Pedro:

— Aunque sea usted "alcanfor" y másón, no puedo creer que su corazón sea tan negro que se atreva á entregar á ese bendito á sus perseguidores! Me alegro que le deba usted favores, ahora le toca devolverlos.

Pedro dió algunas vueltas por la sala sin contestar, mientras que Lucía se sentaba en su sillita de costura, la cual, como hemos dicho, había puesto sobre las tablas que cubrían la excavación en

donde se hallaba el tesoro oculto de las guerrillas.

Ella temía que el joven, en uno de sus paseos por la pieza lo descubriera; pero él sólo pensaba en el amigo herido y se devanaba el entendimiento para hallar alguna solución que lo conciliara todo, pues bien veía él que sacar á Jorge Maldives de allí era matarle.

Entretanto, la lluvia había cesado y apenas caían de las tejas algunas gotas, pero bramaban todavía las corrientes que descendían de los riscos vecinos, convirtiéndose en torrentes las zanjias y acarreado por ellas piedras, palos, arbustos desarraigados y otros despojos de la tempestad....

El viento gemía á lo lejos llevando en sus alas los restos de la lluvia que no había caído en la ciudad; goteaban ho-

rosos los árboles del jardín y al mismo tiempo se oía el paso acompasado de las centinelas que estaban en las puertas de la quinta y el rumor de las voces de la tropa que aguardaba la salida de su jefe.

— No puedo, sin embargo, engañar al Gobernador que ha puesto su confianza en mí! exclamó Pedro dirigiéndose á Lucía.

—¡Esto era lo que yo temía!

—No veo sino un medio para salir de este atolladero.

—Cuál?... .

Apenas se sepa que un hombre tan conocido como don Jorge puede caer en sus manos, le mandarán prender! ¡Qué triunfo para el Gobernador hacerse dueño de tan importante conservador!

—En eso no cabe duda....

—Entonces está perdido!

—Creo haber hallado un medio de salvarle.... Saldré yo garante de que no volverá á la guerrilla y ustedes me respondan de él.... ¡Será por tan poco tiempo!

—¿Es decir que usted pretende que nos convirtamos en carceleras?

—¡Cuánto daría yo, Lucía, por estar en su lugar!.... Lo que quiero decir es que Jorge podrá permanecer aquí dando yo la fianza que me pidan, hasta tanto que lo pueda llevar á mi casa.

—Pero él tendría que dar su palabra de no volver á tomar las armas!

—A eso no podríamos someternos.

—¿Por qué?

—Ese caballero sería capaz de pensar que nosotras le hemos denunciado!

—Suposición absurda.

—No, Pedro; yo por mi parte no me sometería á ser carcelera de nadie.... le advierto que si quiere irse se irá.

—Pero entonces me cobrarían la fianza y ustedes correrían el riesgo de ser encarceladas en su lugar.

—No lo dudo.... ya sé que sus partidarios se ceban en los débiles, en las mujeres, en los que no pueden defenderse.

—¿Y usted cree cuanto le dicen contra el Gobierno del Sr. Parra?

—Yo creo lo que he visto... puedo citarle veinte ejemplos en que han arrojado de sus casas, amenazado y encarcelado á señoras de Bogotá y de muchos otros lugares.

Pedro no contestó.

—Lo único que puedo hacer, repuso Lucía, es rogar á Dios para que los conservadores alcancen la victoria!

—Es posible, Lucía, que usted sea una política entusiasta!

—Usted comprende, Pedro, que yo tengo que optar por el partido político que dé garantías á la religión y que ha levantado el estandarte de Jesucristo para combatir por las conculcadas doctrinas de la Iglesia.

En las demás cuestiones no me meto ni me ocupo de ellas. Por la Religión Católica, Pedro, daría mi vida. He dado, bien lo sabe usted, más que mi vida, la felicidad sobre la tierra!

Pedro iba á contestar cuando entró doña Concha y le llamó en nombre del herido.

—¿Se ha repuesto? preguntó el joven.

—Sí, pero está muy débil, así es que le suplico que procure no agitarle.

Un rato después salía Pedro del aposento del herido, y abrochándose la espalda que había dejado sobre una silla al entrar, dijo dirigiéndose á las señoras:

—Ya arreglé el asunto con Jorge.

—¿De qué manera? preguntó Lucía.

—Me ha dado su palabra de honor de que no tratará de escaparse de aquí y que el día que se vea con suficientes fuerzas me avisará para que venga á llevarle á casa.

—¿Y allí se estará?

—Sí.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que concluya la guerra... lo cual no tardará.

—Dios lo quiera, exclamó doña Josefa.

—¿Mucho lo desea usted?

—Naturalmente... pero entonces se trocarán los papeles, y ~~señora Josefa~~ le amparará á usted. (C. F. Maldonado)

—¿Le parece?

—Estoy segura... Hace usted muy bien en hacerse á amigos entre los conservadores.

—No se alucine usted, señora, que no hay nada tan doloroso como perder las ilusiones.

—Así lo creo, y se lo aconsejo también.

—Gracias... ¿Con que pieasa usted que entrarán los "godos" á Bogotá?

—Sí, señor.

—Ah!... ¿y serán muy vengativos?

—Nó, señor, porque son católicos.

—Y nosotros seremos paganos é infieles!

—Usted lo debe saber... ¿Qué piensan hacer si ganan?

—Poca cosa... pensamos poner las efigies de Venus y de Júpiter Tonante sobre los altares de los templos, y relegar las Vírgenes y los Santos á los sótanos.

—Jesús! qué horror! exclamó la anciana.

—No le crea usted, tía, dijo Lucía, ¿no ve usted que es chanza?

—Rióse Pedro, y volviéndose á Lucía:

—Me atrevo, dijo, á dar á ustedes un consejo...

—Veamos cual.

—No vuelvan á recibir visitas de los guerrilleros...

—¿Por qué?

—Aunque yo no quisiera, esta casa quedará vigilada por la policía... sin que ustedes lo sepan habrá quien vea

todo lo que hagan.... y esto puede costarles caro.

— Nos aprovecharemos de su consejo, contestó Lucía, y le damos las gracias por el aviso.

Apenas se quedaron solas lastres mujeres y cuando hubieron trancadode nuevo las puertas.

—¿Qué haremos ahora con aquellas armas y pertrechos? exclamó doña Concha, y cómo evitar que vengan los guerrilleros?

—Es preciso avisarles contestó doña Josefa.

—Pero cómo? . . . Ellos tienen además grande necesidad de estas cosas.

—No solamente iré á avisarles lo ocurrido sino que pienso llevarles todo lo que hay aquí. Y levantando deliberadamente la estera, la enérgica anciana sacó de nuevo las armas.

—Pero, ¿cómo llevar eso? preguntó doña Concha.

—Facilísimamente. . . ¿no han traído todo esto mujeres ocultamente?

—Sí, ocultando las armas debajo de la saya y mantilla, pero. . .

—Así las llevaré yo hasta orillas del río del Arzobispo, en donde puedo verme con el mensajero que ellas tienen allí. Nadie tiene por qué sorprenderse al verme salir de aquí á la madrugada como lo hago diariamente para ir á la

panadería.

—Es cierto. . .

—Mañana saldré más temprano con la criada; llevaré debajo de la saya los fusiles que pueda, desarmados, la criada hará lo mismo. . . Daré cuenta de lo que ha sucedido y ofreceré encontrarme con nuestros amigos todas las madrugadas en el mismo sitio hasta desocupar el hoyo.

—¿Y no te dará miedo? preguntó doña Concha.

—Muchísimo! . . . temblaré como el azogue, pero no hay otro medio posible.

—¡Yo no me atrevería jamás! exclamó su hermana.

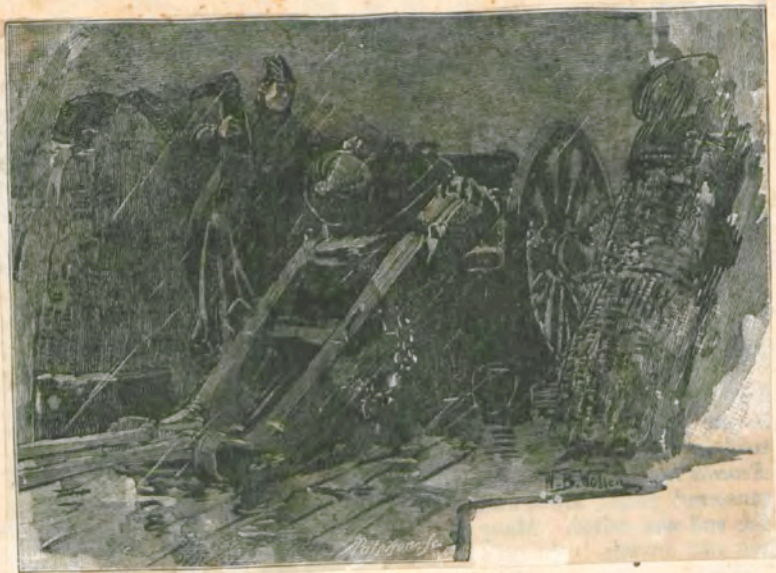
—Y yo, menos! añadió Lucía, palideciendo de susto con la idea.

Doña Josefa cumplió con lo que había ofrecido sin obstáculo alguno, aunque su hermana y su sobrina se quedaban cada día en la casa aguardando el regreso de la criada que volvía á avisarles lo que había sucedido, mientras que doña Josefa seguía en sus quehaceres á

la panadería, á la cual llegaba es cierto, que más tarde que antes

* Durante aquella guerra civil las señoras conservadoras de la capital hicieron frecuentemente cosas por el estilo.





CAPITULO III

Desilusiones

Los liberales recibían continuamente noticias halagüeñas de los diferentes campamentos: en el Norte con las derrotas sufridas por los conservadores en Mutiscua y La Donjuana; en Antioquia con la rendición de Manizales; en el Cauca, en la Costa, en el Tolima los revolucionarios sufrían sin cesar destroz sobre destroz! Tal parecía como si la Providencia quisiera manifestarles palpablemente que no convenía al partido del orden y la justicia la vía de las armas para conquistar la victoria.

Cuando Pedro llegó á la Gobernación, encontró que había músicas por las calles, cohetes é iluminación en las casas de gobierno con motivo de uno de esos triunfos que llenaba de alegría á los liberales, y en los cuales no creían los conservadores entregados á fantásticas ilusiones.

Con motivo de este triunfo, Pedro encontró al Gobernador tan contento y tan mudo, que escuchó hasta con indiferencia el resultado de la comisión desempeñada por el joven alcanfor; tampoco tuvo inconveniente en acceder á

la petición que le hizo éste de que le aceptara su fianza en cambio de que el guerrillero permaneciese, bajo su palabra de honor, en casa de doña Concha, con la condición de que sería trasladado á la de los del Pino apenas pudieran moverlo sin riesgo.

—De aquí á que esto suceda, exclamó el Gobernador, seremos dueños de todas las tropas de los insurrectos y se hará inútil la prisión de Jorge Maldives!

Pedro se presentó al día siguiente en la quinta de San Diego con la noticia del arreglo que había hecho con el Gobernador para que permaneciese el herido allí hasta su completa curación, y al mismo tiempo tuvo el gusto de dar parte á doña Josefa del último triunfo de las armas del Gobierno, de lo cual ella se burló, tan segura estaba de que los liberales eran unos farsantes que cantaban victoria cada vez que los derrotaban.

Desde entonces Pedro iba á visitar á su amigo diariamente; y siempre tenía ocasión de hablar con Lucía, aunque fuesen algunas palabras.

19

Esta en la salita, cerca de la ventana, se hallaba ocupada en bordar frente de su bastidor, ó cosiendo en la máquina. Él la saludaba, pero Lucía no le permitía alargar la conversación y él prudente

temente no insistía, temeroso de que otro día le negase hasta el cortísimo privilegio de oír su voz y desde el aposento vecino escuchar el ruido de la máquina impelida por sus ágiles pies.

Sin embargo, el herido acabó por curarse enteramente y fue preciso sacarlo de casa de doña Concha y llevarlo á la de don José del Pino, con lo cual Pedro tuvo que fingir grande empeño, cuando al contrario, le entristecía muchísimo el tener que cortar las furtivas entrevistas con Lucía, cuyo encanto era para él tan misterioso, pero al cual no podía resistir.

Aquel tenacísimo cariño, aquella irresistible atracción que tenía para Pedro la modesta, piadosa y nada brillante Lucía, le hacía sufrir muchísimo, pero no podía evitarlo, pues Lucía parecía formar parte de su propia existencia y no comprendía la dicha sin ella.

El fondo del carácter del hijo de don José era nobilísimo, digno, excelente; amaba intuitivamente la virtud bajo todas sus faces, adoraba todo lo bello, lo grande, quizás lo divino, aunque no se daba cuenta de ello, le arrebataba lo ideal y lo vulgar le repugnaba sobremanera.

Desgraciadamente las enseñanzas que había recibido desde su más tierna infancia, los libros que habían puesto en sus manos desde que tuvo uso de razón; la falsa y torcida instrucción que había oscurecido en vez de iluminar su mente; el ejemplo que le había dado su padre en materia de creencias religiosas; lo que oía decir entre sus amigos con

respeto de éstas; todo aquello junto, produjo en él un fenómeno que desgraciadamente no es raro en nuestro siglo; su alma parecía muerta en el fondo de su ser, la parte espiritual de su existencia se hallaba aletargada á tal punto, que en él dominaba la materia y creía que sólo ésta existía.

97
99

Con ese motivo y en la lucha que sin saberlo se libraba en su alma, sentimientos encontrados, aspiraciones sin objeto; estaba siempre triste, desilusionado, realmente desengañado, entregado á la misantropía, y se alejaba de las pompas y vanidades del mundo que jamás le satisfacían, siendo así que vivía como cristiano sin serlo; era virtuoso sin que aquello le valiera á los ojos de Dios para ganar su salvación eterna.

Pedro sufría la nostalgia que causa la ausencia de la patria celestial sin conocerla y sin saber qué aspiraba á ella; era hijo tierno y sumiso; ciudadano excelente porque amaba la justicia, á pasar de desconocer la autoridad y derecho del Ser Supremo, de donde emana todo poder y potestad.



Jorge Maldives

Cuando llegó á París, tuvo la fortuna de encontrarse con Jorge Maldives, quien vivía fuera de su patria desde 1862. Cuando vio que había triunfado definitivamente el partido encabezado por su apóstata jefe el General Mosquera.

Las conversaciones que Pedro tuvo con ese caballero no lo convencieron en todo lo tocante á religión, ni éste tam-



Maldanes y las hermanas de Pedro.

poco hizo mucho incapié en ello, temeroso de que si insistía, lo alejaría de él; pero sí logró apartarlo de los focos de corrupción en donde suelen caer los extranjeros que llegan á París, y á los cuales le convidaban otros amigos menos escrupulosos.

Como hemos dicho, Pedro estaba siempre melancólico, no sólo por verse contrariado en su afecto por Lucía, sino por el vacío que había en su alma.

Durante la revolución, en la cual tomó servicio militar, cumplía estrictamente sus deberes, y se le citaba como el más puntual pero no el más entusiasta de su compañía. Nunca fraternizaba con sus compañeros de armas, cuyas diversiones soeces y vulgares distaban mucho de lo que él creía que deberían ser las de un militar pundonoroso, y

jamás se le veía victoriando por calles y plazas ni libando en honor de los triunfos liberales.

Con ese motivo tenía pocos amigos; los jóvenes de su edad no le buscaban, porque vivía retirado, pero no era huraño, sino al contrario, procuraba servir á los necesitados, amparar á los desvalidos, pero siempre con cierta seriedad, hija de un orgullo que no le perdonaban los que le envidiaban sus dotes físicas y morales y la posición social de que disfrutaba en Bogotá.

La amistad reanudada con Jorge Maldanes, que era uno de aquellos hombres buenos sin alarde, instruidos sin pedantería, creyentes sin ostentación de tales, pero sin respetos humanos, fue muy agradable para Pedro, hasta que éste incurrió en dos equivocaciones que le causaron honda impresión de descontento.

99
101

to: lo primero fue insistir en que leyese ciertas obras como las de Augusto Nicolás y otras en el mismo sentido, lo cual rechazó Pedro con muestras tan inequívocas de desdén, que Maldives comprendió con dolor que á su amigo aquejaba un mal incurable de incredulidad llevado á tal extremo, que todo

esfuerzo para sacarle de aquella situación sería contraproducente. "No hay peor sordo que el que no quiere oír." Pedro tenía firme intención de no cambiar de opinión jamás y le indignaba sobremanera cuando sabía que alguien se había convertido de libre pensador en católico, asegurando que él jamás ocurriría en semejante ridiculez.

Para alejar todo riesgo de vacilación en ese sentido, jamás leía sino obras de autores que tenían las opiniones que él preconizaba, de manera que realmente no sabía cuáles eran los argumentos que presentaban sus adversarios los católicos, y ~~por~~ pura y neta ignorancia, era voluntaria, la peor de las ignorancias. Feliz de aquél que busca la verdad y desea hallarla, porque ése la encontrará sonriente en su camino, y en sus brazos hallará la paz, la tranquilidad de espíritu y la muerte sin remordimientos y sin miedo!

Pero aquél que la huye, que la teme, que la oculta, que rehusa verla, ése será infeliz hasta el fin de sus días, y una hondísima tristeza le acompañará hasta su muerte!

La otra equivocación que cometió Maldives, la hallará el lector en las siguientes cartas que se cruzaron entre Pedro y Lucía algunos días después de haber partido Jorge Maldives de casa de doña Concha.

PEDRO Á LUCÍA

"Lucía:

Me encuentro por cierto en una posi-

ción azás curiosa, ebistosísima... de manera que antes de sentarme á escribir á usted, me he leído á carcajadas.

Es el caso este: ya sabrá usted que ha concluído la revolución y que, como

era natural, y se lo anuncié á usted repetidas veces, el Gobierno ha triunfado en todas partes. Las fuerzas rebeldes se han rendido; las guerrillas (todas las que quedaban) han entregado las armas. Y tan no cabe duda la derrota total de los conservadores, que nuestro amigo Jorge ha obtenido con la mayor facilidad un salvoconducto y se prepara para volver al destierro, al destierro por su gusto, porque el Gobierno le ha ofrecido darle incondicionalmente su libertad.

Pero no vaya á creer que me causa risa el fin de la revolución ni mucho menos la próxima partida de nuestro común amigo; lo primero, lo tenía previsto; lo segundo, no tiene nada de burlesco.

Lo que me ha hecho reír es que mi buen amigo me acaba de declarar que ama á usted y me ha suplicado que puesto que parece que soy amigo viejo de usteces, procure descubrir solapadamente y como quien no quiere la cosa, si usted no tenía inconveniente en aceptar su mano....

Pero yo no he querido hacerlo solapadamente y como quien no quiere la cosa, sino muy á las claras.

Tócame, pues, decirle lo que usted ya sabe y asegurarle de nuevo que Jorge Maldives es un dechado de virtudes, á pesar de haber vivido soltero en París durante largos años.

Sin ser rico posea fuera del país un modesto patrimonio que le permite vivir holgadamente en Europa, y por último, lo que más puede interesar á usted es que es conservador de tuerca y tornillo, y religioso hasta llevar escapularios colgados del cuello.

Este caballero es, pues, el tipo ideal con el cual usted debe de haber soñado.

¿Qué dice usted, Lucía? ¿Lo aceptará usted?

Jorge se halla políticamente derrotado. ¿Triunfará, en cambio, en el corazón de usted?

Mi causa está triunfante. ¿Seguiré desterrado de ese Edén que ambiciono?

Ya sabe usted que bastará una línea, dos palabras de usted en contestación á esta carta, para que uno de los dos, Jor-

Se 6 yo, acuda a ofrecerte nuestra vida, nuestro corazón (él dice que su alma) y reclamar su blanca mano.

Siempre el mismo,

PEDRO."

Sin un instante de vacilación contestó Lucía:

"Pedro:

Yo no ambiciono cambiar de existencia ni ir á Europa (única cosa que me movería al aceptar la propuesta del Sr. Maldives); no podría dar mi mano sino junto con mi corazón, y éste sólo una vez en mi vida.

Como lo último no se puede y ya he perdido la esperanza de que sea posible realizar el ensueño que abrigué una vez; dígame usted á su amigo que en mi corazón ya no hay entrada sino para la amistad.

Siempre la misma, LUCÍA."

Habiendo dado parte Pedro á Jorge del resultado de su carta á Lucía, y haberle asegurado que ella estaba decidida á no casarse, el antiguo guerrillero arregló su viaje nuevamente para Europa, y á tiempo de partir dijo á Pedro:

—¿Pienzas que Lucía Arnao acabará por hacerse monja?

—No lo creo.

—¿Tendrá algún afecto oculto en el corazón?

—Es posible.

—Dichoso de el que ella prefiera, pues la considero tan perfecta como puede serlo una mujer en este mundo.

—¡Y no la equivocas! Yo la conozco y la he tratado desde su infancia... su corazón es de oro purísimo.

Jorge lo miró.

—¿Y tú no has tratado de hacerlo tuyo?

—¡Hombre, no divagues! Un herejote, un descreído, un liberalote como yo, ¿podría aspirar á poseerlo?... Además, el matrimonio no me sonríe... Ven, amigo, que el carruaje nos aguarda, pues pienso acompañarte una parte del camino.

Y con esto cortó la conversación. Sin embargo, Jorge Maldives tuvo siempre sospechas de que aquella indiferencia de Pedro hacia Lucía, tenía algo de fingido.



Ernestina

CAPITULO IV

Otra vez Ernestina

Es preciso que regresemos al Valle en busca de la sobrina de la señá Dolores la posadera, la cual hemos dejado de ver durante algunos meses.

Diario de Ernestina

"Hacia mucho tiempo que no había escrito en este Diario ¿para qué? La descripción de mi vida en los primeros días de mi llegada, basta para un año. La monotonía en la vulgaridad es la ley de este pueblo. Sin embargo me equivoco, mi vida no es igual á la que llevaba en los primeros meses de mi permanencia aquí.

"Avergonzada con mi ociosidad en una casa en donde todos sus habitantes

trabajan, pues ni los niñitos están ociosos y apenas pueden pararse solos, les ponen algún oficio adecuado á sus años; avergonzada al fin con mi ninguna utilidad en una casa en donde me daban de comer y me albergaban; comprendiendo, además, que no me darían de vestir y mucho menos como yo me he enseñado á hacerlo, resolví hacer algo por la vida como mis primas, las cuales compran sus trajes etc., con el fruto de su trabajo, y su madre no considera su deber proporcionarles sino albergue y alimentos.

“Busqué, pues, á mi tía y le dije un día:

—Quisiera hacer algún negocio que no fueran estas faenas caseras que no he logrado entender.

—Me parece muy conveniente, pero ¿qué podrías hacer?



No se que inventar para mí: Paulita gana con qué vestirse vendiendo en la tienda por su cuenta, *guarrús*, *mazato* (bebidas populares en Colombia, que se hacen con arroz, azúcar y clavos, la primera, maíz y miel de caña y la segunda y ambas fermentadas) *hulodi* y otras bebidas frescas; Petrona tiene el monopolio de los dulces secos, Sinforosa los de almibar. . . .

—Repito tía, dije interrumpiéndola, que esas cosas no son de mi cuerda.

—Qué quieres hacer entonces?

—Podría enseñar á leer y escribir, ortografía y quizás sumar y restar. . . . lo más elemental de la aritmética, á algunos niñitos del lugar, no le parece?

—Ya eso te lo había propuesto antes. . . .

—Acababa de llegar entonces, y no me sentía con fuerzas.

—Y ahora sí?

—Cuando lo propongo. . . .

—Me parece muy bien pensado, contestó ella. El trabajo es lo único que consuela. Como han cerrado la escuela de niñas con motivo de la revolución, quizás alcanzarías á reunir una docena de muchachitas, cuyos padres tal vez pagarán medio peso fuerte por cada una al mes.

—Tan poco! exclamé!

—Eso lo considerarán aquí muy bien pagado, puesto que en la escuela pública se educan de balde. . . . pero eso si te advierto, que será preciso que les enseñes también á rezar.

—A rezar! dije acongojada; pero eso es lo que menos sé. . . .

—Pero aquí te habíamos enseñado antes de irte para el reino.

—Lo olvidé tía. . . .

—Consigue un catecismo y con su ayuda saldrás del paso y recordarás lo olvidado. Vergüenza da pensar que una sobrina mía no sepa rezar! Jesús credo!

—Válgame Dios tía, trataré de hacer lo que pueda, aunque me fastidie.

—En estina! exclamó mi tía escanda-

lizada, ¿cómo me duele el que seas irreligiosa!

—No soy enemiga de la religión, no, sólo que me aburre, me fastidia, no creo en la eficacia de la oración.

—Eso hará tu desgracia, hija mía, repuso la buena mujer. Mucho me recuerda la conciencia el haberte entregado á aquella señora de mis pecados; cuánto mejor hubiera sido que no te enseñaran francés y otros *perendengues* inútiles, y te dieran una educación propia de tu condición

Por los días después, mi tía, que es allí vicaria me consiguió unas pocas chupetas y meras y bawcos de la escuela que se poseían en el comedor de la escuela. Allí reñó

dearadamente á las pobres aldeanas
á quienes me he comprometido á
enseñar á cezar, contar, leer, ha-

104

cer pilotes y números en el tablero.

De esto hace ya algunos días y cuando desde mi asiento levanto los ojos y veo á aquellas rústicas muchachitas que me han entregado para que yo les dé una educación cristiana (como dijo el Cura el día que por instancias de mi tía vino á visitar mi escuela) no puedo menos de sonreírme. . . . Yo, yo metida á maestra de escuela en la cual debo enseñar moral cristiana! Parece entonces ver la sonrisa de mofa y la mirada de burla de Arturo si me viera en esta nueva faz de mi vida! . . . Felizmente aquel perverso, ese asesino de mi alma no me ha de ver jamás!

Noviembre de 1876

Hay horas y aun días enteros en que siento desfallecer mis fuerzas; esta monótona aridez de mi existencia me causa verdadero vértigo; como brioso corcel domado por la mano de hierro de un jinete animoso, tasco el freno, me encabrito, procuro libramme de aquel yugo odioso, pero vencida al fin por mi durísima suerte tengo que doblar la cabeza y sufrir sumisa las leyes de la vida. Cuando las niñas abandonan por último mi presencia, yo corro á ocultarme en un rincón de la huerta y allí me dejo llevar por el ímpetu de mi amargura, hasta que las lágrimas refrescan mi mente, se aflojan mis crispados nervios y salgo de allí más resignada y sigo por la senda de abrojos que me ha señalado mi desgracia.

A pesar de que rara vez salgo á la calle, los días de fiesta me veo obligada, para no escandalizar la familia y la población, á acompañar á mis primas. A la salida de ella me veo entonces rodeada por los galanes del pueblo; y qué galanes! de ruana (poncho) y alpargatas, los cuales nos saludan entre insolentes y humildes y les oigo decir

aparte unos á otros:

— Buena moza es la sobrina de la posadera!

— Parece albina ¿no?



— Pero tan orgullosa! . . . Dicen que en Bogotá. . . no era esquiva.

— Vaya, hombre ¿por qué nos desprecia entonces?

— Si nos mirara sería más bonita.

Se me suben los colores á la cara y me siento tan humillada, que quisiera ocultarme debajo de tierra. ¿Qué saben estos bárbaros de mi vida en Bogotá?

Una ó dos veces me he encontrado con algunos jóvenes que iban á casa, en Bogotá, como amigos de Arturo. Han venido en són de militares á reclutar gente para las tropas del Gobierno, pero en este pueblo abundan los conservadores y unos se esconden para no servir al Gobierno, y otros han tomado las armas en contra. Algunos de estos pseudo militares, me han reconocido y tratado de dirigirme la palabra, pero me muero de vergüenza de que me vean en mi actual situación y miro para otro lado fingiéndome sorda y muda.

Paulita ha sido mi providencia en la escuela; no puedo negar que esta prima es una perla!

Todos los días roba una hora á las fac-
tas domésticas para ayudarme á poner la tarea de costura á las chicas de mi escuela, pues tuve que ofrecer que les enseñaría, sin saber yo misma coser en blanco.

En Bogotá tenía maestra de *frivoleté*, de tejidos y otras inutilidades que para nada me han servido.

Además, Paulita les enseña á rezar, mientras que yo, para disimular mi ignorancia, fingí que no tengo tiempo de hacerlo y me ocupé en poner los eucabezamientos á las planas.

A fuerza de oírlas he recordado algunas oraciones que había olvidado, pero mis manos son muy torpes para la costura y el dobladillo, zurcete, &c., me causan verdaderos ataques de nervios.

En cambio, mi letra es excelente en opinión altísima del maestro de la escuela de varones, el cual trató de hacerme la corte en sus horas perdidas; pero el infeliz es jorobado y horrible y ~~además~~ me ha jurado odio eterno porque le he desdeñado.

Si su figura fuera presentable, me hubiera entretenido con él para distraerme, pero es tan feo y repugnante que no he podido.

Diciembre de 1876.

Ya tengo dieciséis discípulas! Gano ocho pesos mensuales y las niñas están muy contentas y eso satisface á sus padres.

Sin embargo, las muchachuelas, cuando Paulita no está presente, porque ella es mujer de conciencia, hacen su regalado gusto, mientras que yo leo alguno de los pocos libros que traje de Bogotá.

¿Qué me importa que mis discípulas aprendan ó dejen de aprender?

Lo que interesa únicamente es recibir los ocho pesos al fin del mes, los cuales estoy atorando para pedir ropa á Bogotá y renovar la que traje.

Como una vez hablase algo claro con Paulita, acerca de mi indiferencia con respecto de los progresos de mis disci-



pulas, fue tanto lo que se escandalizó aquella sencilla y honrada muchacha, que he resuelto no incurrir de nuevo en semejantes franquezas, y cuando ella está presente hay cierto orden y compostura en mi escuela, lo cual desaparece apenas vuelve la espalda.

Como yo nunca riño á las niñas, salvo cuando hacen demasiado ruido y no me dejan leer, entonces las mando á la huerta á que jueguen, ellas están felices, y por supuesto no se quejan á sus padres. Todo anda, pues, sobre carretillas y corre la vida, entretanto, como lo quiere la negra suerte que me ha tocado en este pícaro mundo y en este pueblo infeliz!

Dícese que la revolución se ha propagado en todo el país, que han tenido lugar recios combates en los cuales ha muerto mucha gente, pero que aquí todo está quieto y ni siquiera los ecos de ellos llegan á esta triste y tranquila población!



CAPITULO V

Un huésped inesperado

Como vimos en el Diario de Ernestina, la revolución que nubló la atmósfera política y social de Colombia en 1876

á 1877, no se sintió sino muy poco en el Valle.

Una vez declarada la República nuevamente en paz, todo continuó como antes, salvo algún malestar pecuniario entre algunas clases de la sociedad, lo cual no interesaba á los felices habitantes de aquella aldea privilegiada.

Los pocos campesinos que habían sacado de allí para servir como soldados del Gobierno, así como los que se habían enganchado voluntariamente para servir en las tropas conservadoras, volvieron al cabo de algunos meses, menos unos pocos que habían muerto en los combates ó que se quedaron rezagados en otras Provincias.

Pero como resultó que éstos últimos eran los más perdularios del distrito,

nadie los echó de menos, salvo sus pobres madres.

Sucedió que una hermosa tarde de verano, poco después de terminada la guerra, tocó á las puertas de la posada de la tía de Ernestina una mujer, la cual pidió que la albergasen por aquella noche.

Iba á caballo, pero á pesar de su vestido de montar, de fino paño, y de su aspecto distinguido, no llevaba más acompañamiento que un peón, también montado en una mula vieja, el cual llevaba sobre una almohada á un niño de dos á tres años de edad.

La señora Dolores se jactaba de que ella jamás recibía en su fonda sino personas honrables y conocidas, de manera que una mujer que viajaba sola, no decía su nombre, ni de dónde venía ni á

dónde iba, era persona á sus ojos sospechosa y de mala ley.

Fingió, pues, tener la casa llena de huéspedes, y aseguró que no podía darle posada.

Suspiró entonces la viajera, que no se había desmontado, y con voz debilitada pidió con acento humilde licencia para descansar en la galería ó corredor exte-

rior de la casa, frente á la sala, y dar allí un poco de leche al niño que lloraba de hambre.

¿Cómo negarle semejante petición?



La ~~niña~~ Pilar, que como hemos dicho antes, ama mucho á los niños, salió á ver al hijo de la viajera, llevándole una taza de leche y un pan fresco.

Ofreció traer alguna cosa á la madre, pero rehusó, diciendo que no tenía hambre.

Era ésta joven y bien parecida, pero pálida como una muerta. Recibió la taza y se puso á dar de beber al niño; de repente soltó la vasija, que cayó en la cajera antes de que rodara al suelo, y cayó desmayada.

Levantaron á la infeliz y la metieron á la sala. Todas las mujeres de la casa, con aquella innata caridad que distingue á las aldeanas y por lo general á todas las personas de su sexo, salieron á socorrer á la viajera y con licencia de la dueña de casa la desvistieron y acostaron en uno de los cuartos desocupados que había más cerca.

Cuando la huésped volvió en sí, le dijeron que podía quedarse allí esa noche

y por el tiempo necesario para poderse reposar.

Con lágrimas en los ojos la pobre mujer, dio las gracias por una bondad que al principio le había negado.

Pero era tanta su debilidad, que cada vez que trataba de hablar, volvía á perder el sentido. Semejante situación alarmó á la buena Paulita, quien era la que más interés había tomado por la infeliz desvalida; y como uno de los huéspedes que en aquel momento se hallaba en la posada fuese médico, corrió á llamarle para que examinara á la enferma.

Este lo hizo así, y al salir declaró que el estado de la enferma le parecía muy grave.

—De manera, preguntó la contrariada Dolores, ¿que no podrá continuar su marcha?

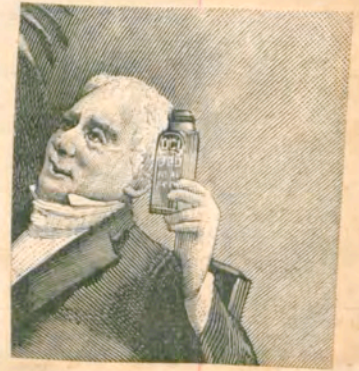
—Adminístrele usted este remedio, repuso el médico sacando un frasco de su botiquín, y dígame usted de aquí á mañana qué efecto ha producido, según ello podré decir á usted cuál es su estado.

—Temo, añadió, que su mal sea una enfermedad del corazón en su último grado!

—¡Jesús, credo! exclamó la posadera, ¿es decir que se nos puede morir entre las manos?

—¡No me sorprendería si tal sucediese!

—¡Virgen de las Angustias! dijo Paulita, muy conmovida, ¡pobre criatura!



— Pero no le diga usted nada todavía, repuso el facultativo, puedo equivocarme... Es preciso ver el efecto que le haga el remedio.

La mañana siguiente llamaron al médico para avisarle cuáles eran los nuevos síntomas que presentaba la enferma.

Después de examinarla de nuevo, el médico llamó aparte á la dueña de casa y le advirtió que era preciso averiguar el nombre y el domicilio á la desdicha-

da viajera, mandar llamar á sus deudos y buscar al Cura, pues podía expirar de un momento á otro.

Cuando le preguntaron su nombre y le aconsejaron que mandase llamar á sus parientes, sólo contestó con hondísimos suspiros. Entonces le advirtieron que su vida estaba en peligro y que era preciso que vinieran sus deudos y parientes á acompañarla.

— Mis parientes, dijo la enferma, ¿qué vengan mis parientes?

Y dando señales de honda agitación, añadió: no los tengo ya.

— ¿Ninguno en el mundo?

— A nadie puedo llamar.

— ¿Y su marido?

— ¡Mi marido!... ¡ah! mi marido, ¿dice usted?

— Sí, el padre de ese niño.

— No existe tampoco... Estoy sola, sola en el mundo; ese niño no tiene más arrimo que yo... que su madre...

— ¡Esto es horrible! exclamó la posadera, mirándola con compasión.

— Pero, repuso la enferma con anhelante voz, no tenga usted cuidado por los gastos que haya que hacer... he traído dinero suficiente para hacerlos ~~cuando~~ *cuando sean necesarios*

Pidió entonces su maleta; la abrió, sacó un grueso rollo de billetes y un portamonedas con plata menuda.

Guarde usted, dijo á la dueña de la posada, entregándole el dinero. Tome usted de ahí lo que ~~se~~ necesite, y si no bastare, venda las bestias que traje, porque son mías.

No pudo decir más, porque otro síncope la atacó de nuevo, y sin sentido permaneció hasta la llegada del Párroco. Pero aunque abrió los ojos y trató de hacer la señal de la cruz, no pudo articular palabra.

— Hágame usted comprender que está agonizando, dijo el médico al sacerdote.

Aunque no podía hablar, sí oyó lo que le decían; manifestó que se arrepentía, juntó las manos y recibió la absolución.

La agonía era terrible; el Cura y toda la familia rodeaban la moribunda, rezando en alta voz; de repente la enferma se incorporó, buscó con la mirada á su hijo, que Paulita tenía en los brazos, miró á ésta con expresión de hondísima angustia, levantó los brazos hacia su hijo querido, y cayó sin sentido, presa de un nuevo síncope, del cual no volvió jamás.

Momentos después había dejado de existir.

El Cura con todos los circunstantes, empezaron á encomendar el alma de la incógnita viajera.

Paulita tuvo que salir del aposento con el niño, pues éste llamaba á su madre y quería arrojarse en sus brazos.

— Averiguaremos quién es, repuso el Cura; el peón que la trajo algo debe saber.

Pero no fue así, éste no pudo dar luz ninguna sobre lo que deseaban saber. Lo único que pudo decir es que la difunta se llamaba Francisca, pero no sabía su apellido, y que el niño respondía al nombre de Arturo.

— ¿Y de dónde venían y para dónde iban? le preguntaron.

Dijo entonces que estando en el Hotel de Cuatroquinas (Mosquera) en la Sabana de Bogotá, le había buscado el hotelero para que acompañara á la señora hasta el Valle, y que allí ella buscaba otro para ir más lejos, pero no le dijo dónde.

— ¿Y la señora era de Cuatroquinas?

— No; esa madrugada había llegado con un caballero, con la cara muy tapada, de manera que nadie pudo reconocerle.

— ¿Y no habló con nadie?

— Llegó á la puerta del hotel á caballo con la señora y el niño, que llevaba un peón, así como yo lo traje; golpeó en la puerta de la tienda, pues no la habían abierto todavía, era muy temprano; desmontó á la señora, recibió al niño y lo puso en el suelo; mandó al peón que atara los caballos á un poste, y sin hablar con la señora, montó y se volvió al galope por el camino de Bogotá.

La señora se sentó sobre un banco en la trastienda, tomó al niño en los brazos y rempió á llorar.

Al cabo de un rato dijo, que necesitaba un peón honrado para que la acompañara... y me vine con ella.

— ¿Y ella no le dijo á dónde iba durante el viaje?

Parecía de piedra; sólo acariciaba al niño de cuando en cuando, pero no habló una palabra y casi no pasó bocado en todo el camino.

Quando estaba muriéndose de cansancio, yo la invitaba á que se desmontase; entonces se tiraba en cualquier parte, después de hacerme una seña para que cuidara del niño.

Como á mí me gustan los muchachos y tengo uno casi de su mismo tamaño, lo entretenía un rato mientras que la pobre señora descansaba.

—¿Ni una sola vez le llegó á decir á dónde iba?

—Nunca; parecía no tener voz la pobre señora.

Pagaron y despidieron al peón, y entonces el Cura dijo:

—Será preciso que examinemos el equipaje de la difunta... allí tal vez encontráremos algún indicio que nos dé luz sobre este misterio; si misterio hay en esto realmente.

La maleta que había llevado el peón al anca de la mula era muy pequeña; contenía apenas una muda de ropa para madre é hijo, y una cajita con llave en el bolsillo de la muerta; abrieron ésta, pero sólo hallaron algunas cartas que el Cura recorrió con la vista, sin leerlas, y declaró que eran de amores; además no tenían fecha ni firma, ni pie ni cabz, declaró el buen sacerdote, por consiguiente, que aquello no arroja luz ninguna sobre este misterioso asunto, quedando siempre en la sombra!

Paulita volvió á guardar las cartas en la cajita con la intención de entregarlas á su protegido cuando fuera grande, si antes no parecían sus parientes á reclamarlo.

El dinero que dejó la desgraciada viajera apenas alcanzó para el entierro; las misas que se le dijeron á su alma y la compra de una bóveda en el cementerio de la aldea. De manera que si algún día vinieren á buscar los restos de la difunta, se sup^{ieron} dónde estaban.

—Entretanto, dijo Justino, que era hombre honrado á carta cabal, se alquilarán las bestias y el producto se echará en una alacena, y ese será el patrimonio del pobre huerfanito.

—Pero le observarou, y ¿quién man-

tendrá al niño si no parece su padre?

—Una boca más en casa no me arredra, reuso la señora Dolores.

—Mientras esté pequeño no importará, le contestaron, pero crecerá, habrá que vestirle...

—Dios proveerá, dijo Justino. Haré de cuenta que no se me nutrió uno de los hijos que perdí chiquitos, y cuando compre vestidos para los míos, no faltará uno para Arturito.

Felizmente el huérfano había caído en gracia á todos y en tan buenas manos, que pasaron semanas y meses, y á pesar de las indagaciones que hizo el Alcalde, pidiendo informes á los pueblos vecinos y del buen Cura que escribió á los Párrocos de la Provincia, no fue posible encontrar los deudos de la difunta, cuyo apellido se ignoraba, y nadie reclamó jamás á la desamparada criatura, que felizmente encontró asilo en casa de la posadera del Valle.

Paulita se había hecho cargo del niño, manifestándole grandísimo cariño, obedeciendo á la mirada de súplica que sobre ella había echado la angustiada madre al tiempo de abandonar para siempre al hijo de sus entrañas.

Ella le cuidaba con esmero y tiernísima abnegación, sin quejarse jamás del tiempo que le quitaba y de las impacencias que le proporcionaba con sus travesuras infantiles.

Como ella no tenía baúl con llave, la pidió á Ernestina, que si lo tenía, que guardase allí la cajita con las cartas, únicos recuerdos que se conservan de su

pobre madre, los cuales quizás podrían servir de hilo conductor para descubrir los parientes de Arturo.





DIARIO DE ERNESTINA

Diciembre de 1877

Acabo de hacer un descubrimiento bien extraño y casual. He hallado quién es el padre de un huerfanito que mi tía ha recogido, tontamente, dirían unos, caritativamente, dirían otros.

La madre murió en la fonda casi repentinamente, sin haber querido ó podido decir quién era ella, ni en dónde se encontraba el padre de la criatura que la llamaba madre.

Aquella infortunada dejó una cajita llena de cartas, las cuales fueron examinadas por el Cura, pero él no encontró en ellas la clave que se buscaba. Pero yo, que poca confianza tengo en la perspicacia del buen Párroco, resolví furtivamente leer dichas cartas para ver si algo descubría.

¡Cuál no sería mi estupor, cuando no bien abrí la primera ^{cuando} reconocí la letra! Todas eran escritas por la misma persona y en todas ellas el pérfido juraba eterno amor y constancia á la infeliz á quien las dirigía.

Aunque las misivas no tenían más firma que una A mayúscula, como mayúscula era su feonía, yo no solamente reconocí la letra, sino también el estilo del perverso Arturo Villamil.

El Cura había dicho que no tenían fecha, pero sí la tenían, y recordé que en la época en que empezó la correspondencia con la malaventurada Francisca, á quien trataba de conquistar con hala-

gadoras promesas, mi tía había enviado á Arturo al Tolima á que le hiciera un cobro de consideración.

Comprendí, pues, que para entretenerse en aquellos lugares se había propuesto hacer la desgracia de alguna pobre é inexperta niña. Según entendi, aquella vivía arrimada á lejanos parientes que la trataban mal, y el inicio bogotano se aprovechó de esa circunstancia para seguir con ella una intriga que se traslucía en la correspondencia y cuyos pasos fui siguiendo en las cartas.

En seguida noté que había una larga laguna; se comprendía que después de haber conseguido sus fines, Arturo se había alejado del lugar en que vivía la engañada Francisca, y las siguientes cartas estaban escritas en Bogota.

El tono fingidamente apasionado de las primeras misivas se convirtió después en zumbón y mefistofelico, y que poco ó nada le importaba lo que pudiera sufrir la pobre mujer abandonada.

Conocíase que ella le reconvenía y le suplicaba que reconociera su matrimonio y no la dejase en una posición fastidiosa y sin recursos para criar á su hijo.

Después de varios meses de silencio, encontré la última carta del paquete. Estaba fechada en Bogotá pocos días antes de la llegada de la desventurada á este pueblo, donde halló su tumba.

Esta era un modelo del estilo y carácter de Arturo.

Héla aquí:

Francisca:

No me importunes más ni me persigas; he perdido ya la paciencia y tú también tu tiempo sin objeto. Para calmar tu insano ardor de que te reconoz-

ea como mi mujer y á tu hijo como mi hijo, voy a revelarte la verdad de aquel matrimonio que invocas, con el cual me amenazas y que no vale un comino ante la ley.

Recordarás que yo te dije que jamás me casaría ante un cura, sino civilmente, y tú después de muchas vacilaciones, al fin accediste, acallando los escrúpulos de tu educación supersticiosa, y rompiendo con tus parientes que se negaban á que salieras de su casa casada solamente por la ley.

Con ese motivo te invité al pueblo vecino en donde te casaste conmigo ante un notario, *que no era notario...*

Pues bien: tus parientes tenían razón, porque nuestro matrimonio civil no vale nada ni ante tu religión ni ante la ley. ¿Cómo así?

Voy á explicártelo para que esto se acabe y no me molestes más.

Ya ves, pues, que el documento que esgrimes nada vale, y te desafío á que puedas consultar con un abogado que te dé esperanzas de rivalidar ese matrimonio, que no fue sino una bonita comedia, después de la cual quedamos todos contentos, tranquilos y felices.

Culpa tuya fue este viaje á Bogotá, contra mi voluntad, en busca de un marido que no existía; aguanta las consecuencias de tan desacertado paso.

Ahora, pues, que debes de haber perdido por completo las ilusiones, escucharás la voz de la fría razón.

Es preciso que te vuelvas á tu Provincia ó á donde mejor te convenga, si allá no quieres ir (á mí no me interesa saber dónde, salvo que salgas de Bogotá, en donde correríamos riesgo de encontrarnos á la vuelta de cada caquina)

Cuando estés establecida en alguna parte, haciendo uso del dinero que te mando junto con esta carta, me puedes avisar para enviarte mensualmente unos veinte pesos (e to es generoso, te lo aseguro), porque nada te debo ni me puedes probar que te hubiera ofrecido cosa alguna, salvo un amor que necesariamente tenía que ser pasajero.

¡Ah! olvidaba decirte que tu hijo,

cuando esté grande, si yo estoy en este pícaro mundo todavía, puede contar con mi protección para colocarlo en alguna parte en donde gane la vida.

Puedes hacerle aprender algún oficio como el de carpintería, talabartería ú otro por el estilo, porque lo que es para doctor no contribuiré en tan costosa educación..

Acuérdate que no lo he reconocido por hijo ni pienso hacerlo en mi vida; así, pues, no le enseñes á que me llame para ni que tenga esperanzas de que le deje herencia ninguna, que se acostumbre á trabajar es lo mejor que podría hacer.

Te doy un consejo de amigo, de amigo desinteresado: procura emborracar y recuperar esa bonitura que me cautivó ~~tanto~~ y que no sé por qué se ha desfeído tanto.

Me dices que estás enferma, eso es muy repugnante y es preciso recuperar la salud para encontrar alguna colocación, eres joven todavía y no me sorprendería que encontraras alguno que, teniendo mejor carácter que el mío, compartiera su vida con la tuya.

¡Adiós!

Olvidaba lo principal y es esto: el sábado á las dos de la mañana debes tener pronto todo para el viaje de que te he

hablado. A esa hora iré yo á tu posada con un peón que llevará el niño; te acompañaré personalmente hasta Cuatroquinas ó Mosquera; allí te dejaré, y de ese lugar emprenderás viaje para el lugar que escojas y sea más de tu gusto. Te encargo desde ahora que no admito lloriqueos ni súplicas; esto es lo que he determinado y esto se hará. Tuyas son las mulas que te dejaré en Cuatroquinas. A.

No se pueda negar que Arturo está pletórico de cuerpo entero en aquella carta; ella respira perfidia, inhumanidad y un egoísmo feroz.

Aunque aquí todos miman y quieren al huérfanito, yo no lo puedo ver sin estremecerme. Desde que por primera vez puse mis ojos en ese niño, me fue antipático y no podía celebrar las vivanzas



de aquel recogido. Ahora comprendo el motivo de mi repugnancia instintiva hacia él; el muchacho es el vivo retrato de su padre, tiene el mismo tipo del pelo, sus propios ojos claros y escasez de pestañas; aunque todavía no ha crecido mucho, su nariz ya tiene la forma gorva con que pintan las de Judas; desde tan tierna edad, el Artarito tiene una sonrisa burlesca y desagradable, que todos notan con sorpresa.

Sucede algunas veces que cuando juega con otros niños, ruidosamente me parece oír ciertas notas en su risa que me recuerdan á su padre, y si de paso me toca, me causa esta una impresión que me hace estremecer como si algún animal inmundado se rozara conmigo.

¡Cosa rara! que hasta en este rincón de la República viniera á perseguirme la memoria del matazón de mi alma!

CAPITULO VI

CARTA DE PEDRO DEL PINO Á JORGE MALDIVES

Hacienda del Hoyo, Julio 4 de 1878.

Querido amigo :

¡Cuánto te envidio y cómo me pesa el haber seguido tus consejos cuando estuvimos juntos en París ahora años!

Esto te sorprende, ¿no es así? Voy á explicarme.

En primer lugar te envidio porque te encuentras en París, foco de las diversiones del mundo, fuente de las distracciones de cuantos visitan esa capital; allí cada cual es libre para hacer su gusto sin que nadie le critique ni á nadie le importe lo que haga su vecino; puede llevar la vida de un calavera destapado, ó como tú, vivir hecho un santo rodeado de tentaciones; te envidio también porque debe ser un gran consuelo ser persona de convicciones, de fe en ciertos principios que yo desgraciadamente creo errados, pero que estoy seguro que deben producir esa calma mental que tanta falta me hace.

Además, desdeñas los goces de este mundo porque esperas mayores en la otra

vida; pero cuando no se tienen goces en este mundo, tan poco interesante, y no se cree en que se disfrutará despáes de la muerte una existencia mejor, te aseguro que es cosa triste y desconsoladora!

Si, amigo mío, la vida del que nada espera, nada desea, nada le interesa, te aseguro que no puede ser más fastidiosa. Guarda, guarda esas convicciones, no turbes jamás tu fe con una duda siquiera, porque te aseguro que no hay nada más árido que carecer de esa creencia en que tú confías y no esperar esa dicha que tú esperas y no desear eso que tú deseas!

Ya te expliqué por qué te envidio, ahora voy á decirte por qué me pesa el haber seguido tus consejos y tus ejemplos cuando estuve en París.

Para ti una vida arreglada no es un sacrificio, puesto que piensas que si **lo** llevas, tu Dios castigaria las faltas cometidas contra sus mandamientos, pero ¿qué escúpulos pueden impedirme que goce de la vida á mis anchas, salvo cierta repugnancia innata que produce en mí espíritu todo desarreglo y todo lo contrario á lo que se ha convenido en llamar moral.

Sin embargo, ya voy creyendo que hasta el día he llevado la existencia de un tonto, y que, sobre todo cuando estuve en París me alejé sin motivo turgible de tantas diversiones, cuyos recuerdos hoy me entretendrian en este lejano rincón del mundo, á donde he venido á buscar la calma de espíritu de que carecía en la capital; en donde me fastidio de una manera monumental.

Tú sabes, amigo mío, que tengo un carácter fastidioso para los demás y para mí mismo. Que jamás estoy realmente lo que se llama alegre; que nunca pierdo el recuerdo de mi triste personalidad.

Mi existencia, como dice Mauricio de Guerin (libro, sea dicho de paso, que tú me regalaste), ha sido agriada por mil venenos interiores, de manera que la amargura es el único sabor que me queda ... y su extensión moral es como una soledad cubierta con un cielo pali-

do y sin movimiento.

Hay momentos que me aburo tanto de mí mismo, que quisiera salir de este cuerpo y pasar á otro, aunque fuera pa-

ra convertirme en un árbol ó una rosa. Comprendo ya á aquellos que procuran adormecer su pensamiento entregándose al licor, al opio, á la morfina ó al hachich, y así convirtiéndose en un sér brutal y sin responsabilidad ninguna. Confieso que lo he intentado á veces, pero ¿creerás que esos ingredientes obran en mí á la inversa? Se aguza mi sensibilidad, se despeja aún más mi inteligencia, y en lugar de adormecerla, me han sumido en una tristeza tan profunda y producido en mí tan horribles sufrimientos, que he resuelto alejarme de todo aquello.

Además, mi propia dignidad siempre me impide entregarme á la bebida, porque es cosa muy repugnante perder el imperio sobre sí mismo y convertirse en un sér irracional.

Hay, pues, diferencia entre el bruto y el hombre. ¿Por qué así cuando eso que tú llamas alma no existe? Misterios irsondables que yo no he visto explicados satisfactoriamente por los filósofos ó los filólogos.

Pero mi carta se alarga y aún tengo mucho que decirte. ¿Acaso tendrás voluntad y tiempo, en medio de los placeres intelectuales de París, para leer estas divagaciones? Quizás la recorrerás con la vista y no te tomes la pena de leerlas. ... Pero aunque así sea, prefiero correr el riesgo de no ser leído, más bien, que dejar de desahogar mi corazón en el tuyo. Tu amistad, que creo sincera, es la última ilusión de mi vida; no me la arranques!

Mi corazón, amigo mío, es un desierto; mi entendimiento, á fuerza de ahondarlo, se ha agotado; repito que mi fastidio no tiene límites.

He querido hacer lo que dice Alfredo de Vigny: "He matado la esperanza en mí mismo; una desesperanza tranquila, sin convulsiones de cólera y sin iprecaciones mora en mi alma."

No me creas romántico, no, es todo lo

contrario. Pensé con este mismo autor que era bueno y saludable no abrigar ninguna esperanza de mejorar de espíritu por ser aquello una de las más grandes de nuestras locuras.

Y ¿qué ha sucedido? Que me encuentro como un hombre que hubiera arrojado cuanto poseía en un pozo insondable, y se halla en la orilla desprovisto de todo recurso humano porque está persuadido que jamás podrá recuperar su tesoro.

Lo más racional en vista de esta situación de mi espíritu sería acabar con vida tan fastidiosa, seguir el ejemplo de otros que han tenido valor para abandonarla voluntariamente.

Pero tres motivos me impiden poner

fin á mis días:

1.º La gran pesadumbre que aquello causaría á las pocas simas personas que me aman y á quienes yo nunca haría sufrir por mi gusto;

2.º La parte ridícula que hay siempre en los comentarios que se hacen acerca del suicida, aunque es cierto que hay muchas maneras de quitarse la vida sin que se sepa que ha sido suicidio;

3.º Por aquella repugnancia que siente el sujeto sano hacia la muerte, el

cuerpo rechaza, se resiste á la idea de dejar de ser, de convertirse en un árbol ó en un animal inmuado. . .

¡Oh! felices, felicísimos aquélos que piensan que saldrán de este mundo para



pasar á otro mejor, lo cual les da fuerza, valor, resignación. Pero yo que estoy persuadido de que al perder el soplo de vida que anima el cuerpo, no seré ya más yo mismo, sino que volveré al seno de la naturaleza desatado en átomos, ó convertido en gases, ó haré parte de la atmósfera . . . yo no puedo morir voluntariamente; me aterra la nada y al mismo tiempo la vida me causa soberano é invencible tedio.

Te decía, al empezar esta carta, que la escribía en una hacienda del Departamento de N. Esta pertenece á mi padre, quien viene todos los años á vigilar ciertos labores y tomarle cuentas al

mayordomo. Viéndola perezoso son la idea de salir de Bogotá, pues sus años empezaban á pesarle, pedíle permiso para venir en su lugar. Con esto presto un servicio á mi padre y al mismo tiempo me alejo de Bogotá, cuya sociedad política, estrechos recovecos lugareños y tontas vanidades han dado en cargarme extraordinariamente.

Entre otras cosas (te lo digo en confianza), deseo tratar de olvidar á una mujer que he amado hace muchísimo tiempo, pero la cual aunque me corresponde y sufre con mi ausencia, rehúsa ser mía. . . pudiendo ser ella feliz á mi lado y reconciliarme con la vida, por



escrúpulos de monja y por dar cabida á un fanatismo de aquellos que ya no se usan, no solamente no acepta mi mano, sino que me ha prohibido tratarla. Yo nunca te había hablado de esto, pero hoy estoy en vena de desahogos y no puedo menos de confiarte este secreto de mi vida. Ah! amigo mío; qué triste y desconsolador es contemplar cómo la superstición y las ideas erróneas de la

vida, pueden esterilizar el corazón más tierno, el espíritu más generoso, más puro y elevado que conozco!

He venido, pues, á esta hacienda (que para mí tiene el apropiado nombre del Hoyo) con la firme intención de hacer todo lo posible por sacudir ese yugo que ha encadenado mi juventud á una sola mujer, y por consiguiendo no cumpliría con mi propósito si me pusiera á hablar de ella y á encomiar sus virtudes.

Hace ya más de un mes que estoy aquí, y sin embargo, hasta ahora no he logrado tranquilizarme. Cuando el fastidio que vaga casi visiblemente por estas dehesas y bosques llega á su apogeo y amenaza desesperarme, mando ensillar un caballo, huyo de aquí para ir al pueblo vecino en busca de distracción.

Pero allí, bien te lo puedes figurar, me aburro más que en la hacienda, en donde á falta de sociedad tengo libros. Entonces regreso aquí y durante dos ó tres días la soledad de estos hermosos campos y la ausencia de los entes que habitan la aldea, hace que considere que la sociedad de los gañanes, la vista apacible de los ganados y la fidelidad inconsciente de los perros, se convierta en un paraíso, en comparación de mis semejantes que habitan el Valle, pues así se llama el pueblo, y que se consideran personas civilizadas porque discurren sobre política, la gran plaga de Colombia, y critican ó elogian al Gobierno en discursos chabacanos.

En una de estas residencias, me encontré en la aldea con una joven presumida, que se precia de ser mujer de

educación á la moderna, extraviada en estos desiertos *per la fuerza del destino*.

Es ésta una de aquellas hermosuras sensuales contraria al tipo ideal de la mujer amada, rolliza, blanca, rubia, pero que no puede negarse que es bella y enteramente diferente de todas las mujeres que la rodean.

Rubens la hubiera tomado como modelo para pintar á sus Magdalenas; parece de otra raza y efectivamente lo es, porque me dicen que su padre era alemán.

La naturaleza la crió para redomada coqueta, é indudablemente en los Bulevares de París y en los Casinos de las ciudades de aguas termales de Europa ó de Norteamérica haría su fortuna.

Es audaz en sus palabras y movimientos, nada escrupulosa, de manera que mira y dice con los ojos y con los labios cosas que me han sorprendido. . . Sin embargo, en la aldea la tienen por mujer honrada, que no ha dado qué decir desde que llegó aquí hace un año; me aseguran que hasta hoy se ha manifestado huraña y retraída con los hombres que han tratado de galantearla.

Educada por una señora vieja de Bogotá, le enseñaron allá las costumbres de una mujer de cascos á la jineta, le dieron necesidades que no puede hallar ~~aquí~~ entre sus parientes, gentes sencillas y sin mundo, que la recogieron á la muerte de su protectora, la cual la dejó sin recursos ni amparo.

Aquí la infeliz está fuera de su centro y no puede acostumbrarse, me dijo,

á las barbaridades de los ignorantes habitantes del pueblo.

Nuestro encuentro fue casual. Iba ella de paseo con algunas de sus primas que son las dueñas de la fonda única del lugar, cuando me la encontré por primera vez.

Aunque estoy hospedado en la casa, no la había visto, porque jamás sale á donde están los huéspedes.

La saludé, y ella me contestó con un

desparpajo que me llamó la atención. Me fui entonces al grupo de paseantes, y al regreso ya empezaba á anochecer. Salió la luna detrás de uno de los cerros que dominan el Valle, y entonces deseando agradarla, le lancé un pipopo comparándola con el astro nocturno; pero ella se burló de mí y me dijo que detestaba los poetas y el romanticismo.

Al pasar por frente de la iglesia, las demás mujeres quisieron entrar para asistir al rosario, pero ella se quedó conmigo en el atrio, en donde nos sentamos sobre el quicio.

Rióse de sus rezanderas primas y se me manifestó libre pensadora. Decididamente coincidían nuestras ideas sobre ese asunto, y conversamos largo hasta que salieron las primas de la iglesia.

Como ya tenía arreglado para regresar á la hacienda, me vine, pero volví pronto á la aldea, pues tengo intención de entablar unos coqueteos que me servirán de distracción con aquella hermosura á la moderna.

Soy poco experto en estas cosas, pero no dudo que ella me dará lecciones sobre

este asunto, porque la considero muy veterana....

—o—



PARTE CUARTA



CAPITULO I
NUEVO DIARIO DE ERNESTINA

Julio 4 de 873

Lo he visto! Sí; he encontrado al fin al dueño de mi vida. Mi corazón le aguardaba hace tiempo; y sin saberlo, se lo reservaba todo; esos tontos coqueteos, esas vanidosas relaciones de una amistad apasionada, esos fugaces amorfios en que el afecto era supuesto; todo eso no contó jamás en mi vida, y jamás había sentido lo que ahora, nunca, nunca!

Y sin embargo, apenas lo he hablado una sola vez ~~hacia ahora~~ y le amo con delirio! Una sola vez le he hablado, pero ya antes, sin comprenderlo, llevaba su imagen esculpida en el corazón. Lo vi un instante en Bogotá cuando me es-

capaba de la casa de Arturo é iba á refugiarme en la de aquellas buenas mujeres que me dieron hospitalidad.

Lo recuerdo muy bien: él iba á caballo, yo á pie; parecía tan distraído, que me iba atropellando. Yo le miré, él no fijó en mí sus ojos sino distraídamente, la prueba es que no lo recuerda.

¿Dónde venía por aquellos chiritales?

En el rato que hablamos se lo pregunté; noté que se encendía, pero no contestó. ¿Sería ilusión mía el que se turbase? Tal vez; pero ¿de dónde venía? ¡Ah! infeliz. . . . Ernestina ya tienes celos. . . . Celos, sí, porque le amo.

Sus palabras me han quemado el al-

ma con un fuego insagotable. ¿Yo también le habré gustado? Así parecía, si acaso sus palabras no son sino aquella natural galantería de todo caballero bien educado cuando habla con una mujer hermosa.

Hermosa sí soy indudablemente, no tanto porque me lo han dicho siempre, sino porque los espejos lo repiten.

¿Quién no podrá decir si era sincero ese amor que vi en sus hermosos ojos soñadores? Pero los hombres son tan hipócritas, tan comediantes!

Sin embargo, vi que se sorprendía con mis palabras, que se acercó á mí, que escuchó y aplaudió cuanto decía, elogiando mis ideas cuando me manifesté despreocupada, no quise entrar á la iglesia y me quedé conversando con él afuera. Parece hombre de convicciones serias, y al hablar ni hizo alarde de sus ideas, ni como Arturo (siempre Arturo, fastidiosa sombra que me persigue y mancha mis pensamientos), se burló del fanatismo de las otras mujeres, sino que se manifestó indiferente hacia ellas, ponderando el contraste que yo hacía con mis primas.

En medio de todo, noté que tenía un fondo de recóndita tristeza. ¿Por qué será? ¿Amará á alguna mujer ausente? Es muy posible. Como yo y como los juifos, él no aguardaba á su Salvador, y tendrá en Bogotá á alguna mujer á quien ama con delirio, como le amo yo. Mi salvador es él, mi religión es él, y si ama á otra sería capaz de morir de dolor. Se oscurecería el mundo para mí, estaría en tinieblas y preferiría el infierno á su lado más bien que el paraíso sin él.

Julio 6.

Le he visto otra vez. Volvió de la hacienda. Yo estaba en el corredor de la huerta, en mi escuela, cuando oí su voz en el patio, la cual repercutió en mi corazón.

Aunque no era aún la hora de levantar las tareas, despedí las niñas, abrí la

puerta de la huerta y las mandé á sus casas.

Tenía que verle; verle ó morir! pensaba llena de agitación. Como le esperaba (le aguardo siempre á toda hora), estaba vestida con lo que más me sienta é hice lo que no acostumbro: me presenté en el patio, en donde le sentí. . . . Sí, allí estaba él!

Fue tal la violencia de mi emoción, que tuve que agarrarme de la baranda para no caer. Sin embargo, no me vio, sino se dirigió silbando á la sala en donde se hallaban algunos huéspedes recién llegados de Bogotá.

Entretanto, yo le acechaba detrás de la puerta de la alcoba hasta que volvió á salir, y llamando á un criado, mandó que le echase de comer á su caballo; entonces salí al corredor; él se me acercó; yo le alargué la mano.

— ¡Qué blanca es! dijo apretándola, parece de nieve.

Yo traté de retirarla, pero él no la quiso soltar.

— Si fuera modelada en mármol por Cánova, no sería más perfecta, añadió.

Yo había leído que Cánova era un famoso escultor italiano y quise relucir mi ciencia.

— ¿Ha visto usted alguna obra de ese artista veneciano? pregunté.

— Como no, varias, y por eso puedo juzgar

— ¿En dónde?

— En un viaje que hice á Europa.

— ¡Dichoso usted!

— Más lo soy en haberla conocido, bellísima Ernestina!

No supe qué contestar, estaba encantada, pero comprendí que aquella familiaridad no era de buen gusto, fingí no haber oído la flor.

— Tendrá usted muchos libros, dije, ¿no es así?

— Algunos. ¿Le gusta á usted leer?

— Muchísimo, sobre todo en francés.

— ¿De veras? . . . habrá leído novelas de Dumas y de Jules Verne, Dumas.

— Cuantas me han venido á las manos, pero creo que esos autores son anticuados.

—¿Cuáles?

—Dumas, Jorge Sand y otros; pero mi autor favorito es Alfredo de Musset. he leído todas sus obras.

—Todas?

—Sí, prosa y verso.

—Instruida estará! exclamó. ¿Y también conocerá las obras de Pablo de Kock y quizás de Zola?

—También... es decir, las que he podido conseguir.

El me miró entonces con una impresión que me hizo bajar los ojos... los hombres son tan maliciosos.

Iba á decir alguna otra cosa, cuando mi tía, que nos había estado mirando desde la puerta de la cocina, exclamó:

—Ernestina!... Ya sirvieron la comida del Sr. D. Pedro.

Yo me sonrojé; él me saludó, pero sin quitarse el sombrero y pasó al comedor.

—¡A comer! repitió mi tía... en la cocina te aguardamos.

Pero yo no podía en aquel momento mezclarme con las vulgarísimas gentes que se reunían en la cocina! ¿Cómo llevar su imagen á aquel sitio?

Sin hacer caso á mi tía, me metí á la alcoba y me arrojé sobre mi cama.

Momentos después entró Paulita á buscarme.

—¿Qué tienes? preguntó. ¿Estás enferma?

—No tengo ganas de comer.

Y no mentía; se me había hecho un nudo en la garganta, y aunque lo quisiera no hubiera podido pasar bocado.

—Debes tener fiebre, dijo la buena de mi prima, tienes las mejillas como dos rosas y tu mano arde.

—Déjame quieta y me pasará, respondí.

Cerré los ojos para poder ver la imagen de Pedro (este nombre que antes me parecía vulgar, ahora lo considero lindo). Allá en el fondo de la retina tenía gravadas las facciones del amado de mi corazón; pasé la tarde contemplándola.

Empezaba á oscurecer cuando volvió Paulita á la alcoba.

—¿Cómo te sientes? dijo acercándose pausadamente.

—Mejor... pero en esta alcoba hace un calor insoportable.

—Salgamos á la huerta, entonces.

—No; es muy triste á esta hora.

—Ven al corredor de la plaza entonces.

Eso era lo que yo quería. Me levanté inmediatamente. Atravesamos la sala y llegamos á la puerta del corredor exterior. Allí estaba él tomando el fresco.

Como la mariposa busca la llama, quise sentarme en una silla á su lado.

—No, no, me dijo Paulita al oído; vamos al otro extremo, pues bien sabes que mamá nos tiene prohibido que conversemos con los huéspedes.

No me atr- ví á hacer mi gusto, y nos alejamos; pero Pedro se levantó, y arrastrando su silla, fue á situarla al lado de la de mi prima y empezó á hablar con ella.

—¿Por qué es usted tan esquiva? le preguntó; nunca me permite saludarla siquiera, ¿por qué es esto?

—No, señor, no soy esquiva; pero ¿qué podría usted conversar conmigo?

—Muchas cosas.

Mi prima más y más cortada, bajó los ojos, mirando los tadrillos con fijeza.

—Levante esos ojos, repuso Pedro, que son bellísimos y no deben estar ocultos. Vea cómo se ha oscurecido, si los levantara volvería á aclarar.

—No se burle usted de mí, Sr. D. Pedro, contestó ella muy contrariada.

Yo moría entretanto de celos y odiaba á mi prima con toda la fuerza de mi amor hacia Pedro.

—No es burla, al contrario, es admiración, repuso.

—No diga esas cosas, dijo Paulita tartamudeando y avergonzada.

—¿Por qué no le he de decir lo que pienso?

—Porque no es cierto, repuso mi prima, y dirigiéndose á mí, añadió: ¿No sería mejor que entráramos? Yo tengo que hacer.

—Yo no, contesté. Además, después

de un día tan caluroso, aquí hace un fresco delicioso, del cual es bueno gozar, ¿no le parece así, D. Pedro?

—¡No me ha de parecer!... y en compañía de ustedes, mejor.

—Ven, repuso Paulita, levantándose del asiento.

Yo la obligué á sentarse de nuevo.

—¿Les molesta el humo? preguntó Pedro, y sin aguardar la contestación raspó un fósforo y encendió un cigarro.

Entretanto, yo aproveché el momento para mirarle á mis anchas. El, sin duda, sintió mi mirada, levantó los ojos repentinamente, se sonrió, y tomando su asiento lo puso á mi lado, dejando libre á Paulita de sus atenciones; ella respiró como si descansase de algo muy desagradable.

Pedro se dirigió á mí exclusivamente.

Hablamos de Bogotá, de las piezas de teatro que había representado la última compañía, comparamos la inclinación y preferencia que teníamos por tal ó cual ópera, y hallamos que armonizábamos en todo. A lo menos así lo manifestó él, aunque á veces brillaba en sus ojos un relámpago que me parecía de burla.

Se pasaba el tiempo en aquella charla deliciosa, y como Paulita no entendía ni sabía la misa á la media, interrumpíome de repente con un bostezo venido por ésta exclamación:

—¿Qué tarde es ya!... ¿No vienes á rezar?

—A rezar?... .

—Sí, el rosario, ya dieron la oración.

—Ya sabes que yo no voy á rezar sino para dar gusto á mi tía, y eso no siempre.

—Yo sí me voy, repuso ella poniéndose de pie.

—Yo no.

—¿Y qué diré á mi madre si pregunta por tí?

—Diras lo que quieras... pero me quedo aquí. Me siento mala.

—Entonces te hará daño el sereno; éntra, Ernestina, repuso con aire de convención mi prima.

—Daño este fresco delicioso!... exclamé.

—Yo me encargo de cuidarla, dijo Pedro, por ella pierda usted cuidado.

Una sirvienta se presentó en aquel momento á llamarnos de parte de mi tía. Paulita se fue sin decir más nada y yo me quedé sola con Pedro.

Al principio guardamos un silencio embarazoso. Yo temblaba de emoción. Después hablamos.

¿Qué me dijo él? ¿Qué le contesté?

No me atrevo á escribirlo, pero guardo sus palabras grabadas en el fondo del corazón.

Su voz era como una armonía celestial, que inundaba todo mi sér y hacía vibrar mis nervios deliciosamente.

Me dio á entender que me amaba y yo lo creo. ¿Por qué no había de ser verdad, cuando le adoro también?

Yo daba mi parte de Paraíso celestial, si es cierto que hay otra vida, por pasar algunas horas como aquella....

1.º de Agosto.

No he escrito porque mi pensamiento embargado con la imagen de Pedro,

que no se aparta de mí dormida ni despierta, me tiene en un estado de somnambulismo tal, que no acierto casi á coger la pluma. Pero quiero hoy rehacer mi vida desde aquella tarde en que por primera vez me dijo que me amaba.

Al día siguiente regresó á la hacienda, pero volvió á los dos días.

Aunque nos hemos visto cada vez que viene (y menudea sus visitas al pueblo mucho más que antes) rara vez ha sido á solas.

Sin embargo, esto me bastaba para sentirme feliz. Verle, órle, saber que respira el mismo aire que respiro yo; que le cobija el mismo techo, esto, repito, me bastaba para sentirme feliz.

Ayer tarde llegó de la hacienda, me saludó de lejos, pero no pude hablar con él. Esta mañana muy de madrugada sentí bestias en el patio y oí su voz.

Cuando me levanté, me dijo mi tía

que Pedro había partido para Bogotá, que le había dicho que iba á buscar á quién alquilar la hacienda porque ya le aburría tener que vivir por estos montes.

Al oír aquello me sentí desfallecer. ¡Ingrato, ingrato! Irse sin decirme adiós... ¡Oh! dolor, el sol no brilla para mí, la vida es un desierto mil veces más árido que lo era antes de conocerle.

Pero él volverá con la persona á quien alquile la hacienda, le veré entonces, le reconveniré...

Pero ¿por qué? Decirle á una mujer que es bella y que la quiere... no, no, él no lo dijo claro, lo dio á entender, y esas palabras acaso valen algo pronunciadas por un hombre? No tienen realmente significación ninguna, pero yo le vi como con locura y su ausencia me volverá loca.

16 de Agosto.

Vivir sin verle durante días, semanas, quizás meses ó no volverle á ver jamás! Esto es horrible y no me puedo resignar á semejante pena.

A medida que transcurren los días, en lugar de olvidarle, su imagen se hace más y más clara á mi vista, le veo en todas partes sin cesar.

¿Qué haré para aliviar mi sufrimiento? Quisiera escribirle, pero no me atrevo porque ya he tenido disgustos con mi tía Dolores con motivo de mi evidente preferencia por la sociedad de mi querido Pedro, y si ella llegara á saber que yo le escribía y que él me contestaba, si acaso tuviera yo esa dicha, me acababa de desacreditar ante sus ojos.

—Cuidado Ernestina, me dijo un día; no te pongas á coquetear con esos cachacos bogotanos, que si hacen la corte á las muchachas de los pueblos no es con buena intención.

—Pero tía, contesté, recuerde usted que no puedo llamarme MUCHACHA DE PUEBLO, ¿acaso no me educó en Bogotá y alterné allá con la buena sociedad? Además, yo conozco á los cachacos de la capital, de mí no se burlan, no se-

ñora!

—Eso te parece, criatura, pero el día menos pensado caes en el garlito y te comulgan con ruedas de molino, como

toda hija de nuestra Madre Eva, que se perdió por andar suecita en el Paraíso sin hacer caso de consejos dados por el mismo Dios del Universo.

—Vaya, vaya, tía, no me crea tan niña!...

—Repito, sobrina, que no te fíes en amabilidades de D. Pedro. Es buen mozo y parece todo un caballero, pero él no piensa sino en divertirse contigo.

—¿Y cómo lo sabe usted? repuse con calor. ¿No ha tenido fama al contrario de no hacer caso de las niñas del pueblo? Sólo conmigo habla, y eso con una corrección y una finura...

—Mira, hija, que yo conozco el mundo mejor que tú á pesar de ser tan poco leída y escribida; mi experiencia es larga y en la vida eso es lo que vale. Además, el don Pedrito es un descreído, liberalote y despreocupado. (Mi tía es conservadora de tuerca y tornillo)

—En cuanto á eso, contesté, eso no me arredra; al contrario, sus ideas van acordes con las mías, pensamos de la misma manera.

—Tú y él!... No seas ridícula, Ernestina, repuso mi tía de muy mal humor; mira que una mujer liberalota y despreocupada hace muy mal papel en todas partes. A los mismos hombres que no se asoman á la iglesia nunca les gusta, les repugna la mujer que quiere imitarlos...

Y con esto se fue á sus quehaceres.

La pobre de mi tía tiene unas ideas atrasadísimas, coloniales, no hablaría mejor un súbdito del Rey de España.

Otro día conversábamos Pedro y yo en el corredor exterior recostados ambos sobre la baranda; él me pedía una flor que yo llevaba sobre el pecho, que yo fingía negarle, á pesar de que la había llevado con esa intención. El pretendía quitármela y yo la defendía riéndome. Mi tía acertó á pasar por allí en aquel momento, y llamándome aparte: —Ernestina! dijo con enojo, no sé si

en Bogotá sea bien visto que las muchachas conversen con tanta familiaridad con los jóvenes, pero aquí, te lo advierto, no se acostumbra tal cosa, y mis hijas se han guardado siempre de ello.

—Aquí, tía, contesté, están en el Limbo, en Belén con los pastores, no saben por dónde van tablas....

—Aquí, repuso ella, las gentes tienen ojos para ver, oídos para oír, y sobre todo, lenguas para despedazar la honra de las que dan el menor motivo.

(Yo estaba furiosa con la interrupción de mi tía, porque Pedro había salido de la casa y alejándose sin recibir la flor que me había pedido).

—¿Acaso yo he dado motivo para que de mí se ocupen las malas lenguas? exclamé, viendo que Pedro desaparecía en la lejanía sin mirar siquiera para atrás.

—Ayer, repuso ella, me dijo mi comadre Juana Murcia que se hablaba en el lugar de tus coqueteos con don Pedro.... A ella no se le escapa nada!

—La hipócritona! exclamé; pasa la mitad de su vida componiendo los altares de la iglesia y le sobra tiempo para ocuparse de los demás! ¿Y eso no más dijo?....

—Añadió que se decía, que si no andabas con pies de plomo, el cachaco te la jugaría; tanto más cuanto que el mayordomo de la hacienda de El Hoyo contaba que tenía amores en Bogotá con una señorita de lo principal.

—¿Quién, tía? pregunté riéndome para ocultar mi repentina pena. ¿El mayordomo ó su amo?

—No te rías, Ernestina, que entiendes muy bien.... Acuérdate que cuando el río suena, piedras lleva.

—¿A mí qué me importa! dije, dirigiéndome al interior de la casa.... Yo no tengo interés en lo que haga ese señor. Bien puede tener veinte amores con cien señoritas de la *crème* de Bogotá, por lo que á mí se me da!

Eso no es ajerto, no; una angustia horrible convulsionó mi corazón. En aquel momento entraban las niñas de la escuela y durante todo el tiempo en que

allí estuvieron, yo meditaba tristemente. Recordé la tristeza que con frecuencia se retrataba en la mirada de Pedro; sus repentinas distracciones, el tedio que debía tener á todas horas....

¿Será cierto que ama á otra mujer ausente y que conmigo trata de distraerse y me hace la corte para pasar el tiempo en este desierto? ¿Me engañará acaso? ¿Se burlará de mí? ¿Comprenderá que yo lo amo con delirio y eso le hará reír?

Abandonando la escuela, volví al corredor exterior.

Quizas vuelva y pueda hablar con él, pensaba.

Recordé entonces á la madre de aquel Arturo, que en ese momento corría y jugaba en la plaza con otros niños de su edad.

Ella se había dejado engañar por las almidaradas palabras de un perverso galán. Su ejemplo era patente ante mis ojos y mi corazón me gritaba con sus desordenados latidos que no tuviera confianza.

¡Infeliz Francisca! Ella había muerto de dolor y de vergüenza al verse tan villanamente burlada! Pero, ¡qué diferencia! ¡Cómo podré comparar al mise-

rable de Arturo Villamil con mi noble Pedro del Pino!

Aquella idea me tranquilizó, y volviendo al corredor de la huerta continué en mis tareas escolares.

En la primera ocasión que pude hablar con Pedro, la cual fue exactamente dos días antes de su partida, le dije entre quejosa y risueña:

—No me había contado usted una cosa....

—¿Qué cosa?

—Que tiene amores en Bogotá con una niña de lo principal.

—Yo?... exclamé. ¿Quién ha dicho tal?

—Todo se sabe, aunque estamos tan lejos de la capital.

—Pero, repito, ¿quién lo dijo?

—Una persona que vino de Bogotá.

—Pues esa persona no sabe nada.
—Tan secreto es? ¿Por qué no ha de ser cierto?

—Por la sencilla razón de que es mentira. No hay nadie más retraído de la sociedad que yo, añadió.

—Pero eso no importaría; hay niñas retraídas también...

—Ni nadie más enemigo de coquetos, repuso.

—¿Me lo asegura usted?

—Lo podría jurar.

¡Ah! la vida volvía á mi corazón con tanta fuerza que casi no podía hablar.

—Si fuera cierto, rehusó él con una frialdad que heló mi naciente alegría, si fuera verdad que tenía novia, ¿por qué lo había de ocultar?

—Tiene usted razón, contesté con amargura; cuanto usted me ha dicho para mostrarme su preferencia no es sino una lisonja galante, ¿no es así?

—Yo siempre digo lo que pienso, contestó.

Pero, Sr. D. Pedro, dije, usted me da á entender que no tengo por qué ufanarme con las palabras... de aprecio que usted me ha dirigido algunas veces, ¿digo bien?

—Dice mal, ¡hermosísima Ernestina! contestó, tomándome una mano con ademán cariñoso.

—¿Será cierto? balbucí muy turbada.

—Usted sabe muy bien, añadió, que me habría por merecer sus favores y que es cierto que no he visto mujer más bella en el nuevo y en el viejo mundo.

No pudimos continuar hablando; nos interrumpieron; pero aquellas palabras tranquilizaron mis temores y me llenaron de una alegría tal, que hubiera querido dar gritos de contento, saltar, correr, volverme loca.

Poco, sin embargo, poco me duró aquel gozo, pues Pedro partió sin despedirse ni hablarme más.

¡Mes y medio sin verle, sin saber nada de él! ¿Cómo podré resignarme á esta situación? ¿Cómo vivir de esta manera? Mis sentimientos no se calman; al contrario, á medida que pasa el tiem-



po, más se arraiga la ternura en mi corazón, en este corazón que antes no sabía conmovirse con cosa alguna.

Cuán cierto es aquello que leí una vez: 'La ausencia es para el amor lo que el

viento para la llama: apaga el fuego de paja, enciende más el de leña gruesa'

La escuela anda á la diestra; no atiende á las lecciones; no corrijo sino á medias; me distraigo á cada momento; pierdo el hilo de mi discurso... Cada vez que digo pisadas de caballos en el patio, pienso que ya llega él; toda mi sangre afluye al corazón, pierdo los colores hasta quedar cadavérica; suelen decirme las chichulas, pensando que estoy enferma. Entretanto, tiemblo, me levanto, me siento, casi desfalecida escucho las voces de los nuevos huéspedes que llegan, pero en vano, él no parece.

He tenido que confiar á Padilla el estado de mi corazón; necesitaba hablar con alguien de mi amado Pedro, de ese ingratisimo que no ha dado señales de vida desde que partió.



CAPITULO II

NUEVAS CARTAS DE PEDRO DEL PINO A
JORGE MALDIVES

*Hacienda del Hoyo, Noviembre 6 de
1878*

Querido Jorge:

Por el correo pasado recibí tu carta, contestación á una mía escrita en esta misma hacienda.

Había pensado hablar con mi padre para que la alquilásemos y no volver á ella, pero me fastidié tanto en esta ben-

edita capital de la hija mayor de Bolívar, que desistí de aquella idea y en lugar de alquilar El Hoyo me volví á él.

Tus sermones en respuesta á mis filosofías me parecen excelentes, llenos están de elocuencia, de fe, de unción (no sé por qué no has seguido la carrera eclesiástica que te cuadraría tan bien), pero tus discursos, querido amigo, no me convencen desagradadamente, no me tocan, me dejan frío.

Me faltó seguramente aquella energía madre del entusiasmo que produce

fuego restregándolo, sin ello mi dormido corazón es una peña de granito.

Además, todo me fastidia, carezco de esa voluntad indispensable para revisar mis creencias ó mis no creencias.

Para decir verdad, estoy tan convencido de que todo sería inútil y tiempo perdido que no podrías leer con paciencia esos autores místicos que me recomiendan; yo sé lo que dicen, lo que suponen y lo que prohíben; mi razón libre y muy viva se rebela contra ellos.

Es cierto que vivo triste, desagradado; para mí no hay halago en esta vida y no creo en otra; no tengo dudas, ¿para qué atormentarme buscándolas adrede y quizás turbando esta tranquilidad que guardo como un tesoro porque me evita inquietudes?

Si vivo fastidiado, á lo menos no tengo tormentos pensando en que si hago esto ó dejo de hacer aquello, ese Dios que pintáis como misericordioso, me enviará á los profundos infiernos á sufrir por toda la eternidad.

¿Les parece á los creyentes que esas ideas son agradables? No lo creo. Es cierto que también hay para ustedes los católicos un paraíso que será perpetuo, y obedecen á ojo cerrado los mandamientos de la Iglesia Romana. Pero según veo, es tan difícil estar en gracia de Dios, que ese vuestro Cielo debe de estar muy desocupado.

Mira, Jorge, que yo no puedo entender como tú que tienes talento y vasta instrucción, te dejes engañar con tanta pamplina. Si la virtud, el buen manejo

y la honradez estuvieran siempre del lado de ustedes, tendrían ganada la partida, pero acuérdate de aquellos arrieros católicos que no salen de las tabernas y de las casas de la peor fama, que frecuentan todos los vicios, que son malos hijos, peores esposos ó hijos desnaturalizados, y en cambio, qué de increíbles virtuosísimos y hombres honorables y sin tacha!

Ahora recuerdo que ya me serví de este argumento para atacarte, y que me contestaste que cabalmente en esas vicisitudes y problemas insolubles está la

santidad de tu religión; porque si todo fuera claro y patente no habría virtud en creer á ojo cerrado lo que manda la religión ante la cual se someten los católicos sin discusión.

Esto, amigo mío, es lo que yo no puedo soportar, ¿cómo hemos de obedecer lo que no entendemos? ¿Cómo aceptar lo que la razón rechaza?

Acerca de esto es que quieres que me instruya en los libros que me citas; pero á mí me bastan las explicaciones que dan las ciencias de todos los fenómenos naturales, y no necesito engullirme teologías en que se hila muy delgado y nada explican.

Ahora hablemos de otra cosa.

Me echas un cerro encima con motivo de aquella intriguilla iniciada con una marisabidilla de pueblo, de que te hablé en mi carta del mes de Julio.

Muy prudentes y juiciosos son tus consejos en este particular, no lo niego, pero tú no conoces á la damisela *declassé*, como dirían en francés, de que se

trata, y estoy seguro que si la hubieras visto y oído, le huirías como á persona perniciosa; pero yo no hice tal y tus consejos vinieron tarde.

Como creo que te dije en la carta que me contestas, me entretuve durante algunos días en galantear á la muchacha, hasta que noté la impresión que mi persona hacía en ella, impulsada también por sacudir el tedio que mora en este pueblo, en donde no hay otras diversiones que las fiestas de iglesia, de las cuales ella no gusta.

Pero si en un principio me entretuvo el volcánico afecto que aquella Venus desterrada del Olimpo manifestaba en sus miradas, al fin empezó á cargarme, pues pretendía que yo la hiciera declaraciones de amor que yo no sentía, y me costaba trabajo fingirlas.

A esto se unió que su familia, que comprendía mejor que ella mi ninguna seriedad en las atenciones que le hacía, su familia que es honrada y formalota, empezó á mirar con desconfianza y espiar á impedir nuestros cortos coloquios que ella buscaba con afán.

¡Osa rara! mientras más me mostraba su apasionada predilección, más recordaba las gracias recatadas, las miradas dulcísimas pero siempre modestas y puras de la mujer que realmente amo.

Empero, no puedo negar que si halagaba mi vanidad la afición de Ernestina, que como te he dicho, es hermosísima, también solía aburrirme su insistencia en perseguirme.

Esta posición era insostenible, y deseando romper esa intriguilla de mala ley, pero que no había tenido consecuen-

cias ningunas todavía, resolví volverme á Bogotá, dejando dicho que quizás no volvería á la hacienda porque deseaba alquilarla. Esto, pensé, quitaría toda esperanza á la bella Dido.

En la capital me aburrí aquella vez más que nunca; la Atenas de la América del Sur me fastidió de una manera insoponible, tanto más cuanto que empecé á notar que mis hermanas habían urdido una conspiración para casarme con una amiga de ellas. . . (Ya te oigo decir que esa solución era la mejor y que debía haberme entregado á discreción).

Pero eso lo dices porque no sabes quién era la presunta novia. Es demasiado joven para mí, niña superficial á quien no le interesa nada serio, que ha pasado muchos años con maestro de piano, el cual no ha logrado enseñarle ni siquiera á tocar con compás; canta peor de lo que toca, habla y se ríe insesantemente, usando un argot bogotano del peor gusto; en resumidas cuentas, la niña me pone nervioso y me carga hasta el punto de tener que huírle como á la peste para evitar ser mal educado con ella.

Espantado con semejante conspiración contra mi reposo, resolví volverme al Valle; te confieso que no hice bien y que probablemente este paso me pesará toda la vida.

No pude menos que agradecer la expresión de brillante alegría que se pintó en la hermosa fisonomía de Ernestina cuando me le presenté repentinamente.

Mi bella *innamorata* tiene por lo me-



nos una cualidad que yo aprecio mucho y de la cual carecía la amiga de mis hermanas, la naturalidad.

Pero si mi regreso al Valle regocijó á mi amable Ernestina, aquello causó disgusto á sus parientes, los cuales tienen el juicio suficiente para notar con mal talante mis asiduidades con ella, de manera que si no me arrojan de la fonda como lo desearían, es porque no se atreven á ponerse de punta con el hacendado de mayor influencia por estos lados, cuyas larguezas les hacen ganar bastante dinero.

En dicha fonda suelo pasar por lo menos dos días de la semana, cuando no son tres ó cuatro; pero sus dueños se han confabulado para impedir que la muchacha y yo podamos conversar; ponen toda especie de trabas en nuestro camino; se interponen á cada momento, y como la familia es larga, los espías son muchos.

Pero estos tropiezos, estas dificultades mismas enardecen las pasiones, despiertan la curiosidad de las niñas de aquel fuste, agusan su inteligencia y las

llevan á cometer imprudencias que, aun que quisiéramos, no podríamos impedir los varones en cuyo beneficio se hacen.

Con motivo, pues, de aquellos cuidados, Ernestina se ha propuesto frustrarlos, manifestándose más audaz de lo que yo quisiera. Arrostrando todas las consecuencias y todo temor de ser descubierta, sin amilanarse, resolvió que ya que no le permitían verme y hablarme á las claras, conversar conmigo á todo trance, proporcionándome los me-

dios de que yo la visitase en secreto.

Yo quise en un principio negarme á ello resueltamente, pero la vi tan profundamente afligida con lo que ella calificaba de desprecio, que al fin convine en ello, y se ha llevado á cabo en una huerta que tiene puerta falsa cuya llave tiene ella en su poder.

Héme, pues, amigo mío, metido hasta el cuello en una intriga que no tiene salida honorable posible. . . . La suerte proveerá un desenlace bueno ó malo, y mientras tanto pasaré unos ratos menos aburridores que otros.

6 de Diciembre.

Querido Jorge:

Por el correo próximo pasado te escribí una larga carta en contestación á una tuya. Desde entonces no he vuelto á recibir aquellos tus sermones que me gustan tanto, pero que desgraciadamente no me hacen mella ninguna, á lo menos no la siento.

Continúo en la hacienda en un principio divertido con aquella intriga mujerial de que te he hablado.

Como Ernestina hacía todo el gasto, preparaba las entrevistas y se puede decir me hacía la corte sin que yo pusiese gran cosa de mi parte, aquello me tenía bastante entristecido, pero como esto se prolongaba indefinidamente y cada día ella se hace más y más exigente, empiezo á pesarme el haberme prestado á todo este tráfago de ocultaciones, quites, fin-

gimientos con la familia de ella, á lo cual yo no estoy enseñado ni jamás me había visto en semejantes fiestas

A cabo de recibir otra carta tuya, la que me lezco en el alma y viene muy al caso. Te muestras muy aprensivo acerca de mis relaciones con la sobrina de la posadera, me hablas de remordimientos y me aconsejas que rompa prontamente esta intriga. Te aseguro que lo desearía, porque se está haciendo muy pesada, pero no porque tenga remordimientos.

La damisela sabe muy bien lo que hace, te lo aseguro, ella no ignora nada de las cosas de la vida y parece feliz con la nueva ocupación que tiene.

Como Ernestina es cada día más imprudente, temo que al fin se descubra todo y que estos rumores lleguen á oídos de mi familia en Bogotá y también de otra persona cuya buena opinión quisiera

conservar á todo trance. Sin embargo hasta ahora nuestras secretas entrevistas han sido tan bien guardadas que en la casa no tienen sospecha ninguna, pero no es fácil impedir que esta muchacha que es tan vehemente en sus sentimientos oculte lo que piensa. Es muy trabajosa de manejar, porque arrojando todo peligro cuando dejo de ir al pueblo dos ó tres días, ella se da sus trazas para mandarme cartitas y regalos, lo cual me llena de celos y tengo que reconvenirla fuertemente para que no se comprometa.

El dilema en que me encuentro me tiene muy preocupado. Como nunca le he hablado de matrimonio yo no pienso, ba que ella pudiera pretender tal cosa; pero últimamente ha dado en querer arrancarme la promesa de que me casaré con ella y como sobre esto esquivo el contestarle con alguna chanza, suele á veces mirarme con una luz tan fatídica en sus brillantes ojos azules que parecen amenazarme, que he llegado á sentir cierto vago terror. . . La creo capaz de llevar á cabo toda suerte de acciones comprometedoras y aunque ya creo que debería acabar con todo esto

para no hundirme más, nunca me atreveré á alejarme repentinamente del lugar, lo cual me aconsejaría la prudencia porque no sé como lo tomaría. Me siento, pues, esclavizado, atado á ella, rodeado de peligros, sin osar arrancarme una cadena que me fastidia soberanamente.

A pesar de todo, esta muchacha y sus entusiasmos no ha dejado de halagar mi amor propio, porque es mujer muy hermosa y hasta ahora se había manifestado esquivá y retraída con cuantos habían tratado de galantearla en este lugar. Lo que sucedía en Bogotá lo ignoro, pero entiendo que su reputación no estaba enteramente limpia de coqueteos, ella lo niega, pero su palabra no es para mí como el Evangelio para tí.



CAPITULO TERCERO

ERNESTINA SABE TIRAR AL BLANCO

Pocos días después de escrita la última carta que leemos en el capítulo anterior, hallábase Pedro en el pueblo un domingo. Por la tarde de aquel día algunos de los huéspedes que había en la fonda de *señor* Dolores, no sabiendo cómo entretenerse, resolvieron ejercitarse en tirar al blanco y pidieron licencia de entrar á la huerta con ese objeto.

Al ruido de los tiros y de las risas de los jóvenes, acudieron las mujeres de la casa á ver qué hacían allí los que parecían tan divertidos. Reuniéronse todos en el corredor en donde Ernestina tenía las bancas y mesas de la escuela.

El público femenino aumentó el deseo que cada cual tenía de lucir sus habilidades, pero ninguno era particularmente diestro en aquel ejercicio y Pedro resultó ser el más aplaudido entre todos.

De repente se presentó Ernestina entre los hombres, llevando en la mano un revólver que había pedido prestado á su primo Justino.

—Me permiten ensayar también? preguntó:

—Usted! exclamaron todos sorprendidos.

—Yo, contestó ella ¿por qué no?

—¿Acaso usted sabe tirar al blanco?

—Tenía práctica ahora años...no sé si lo habré olvidado.

Al decir esto, se puso tranquilamente á cargar el revólver con una maestría que denotaba que era novicia en el asunto.

—Esto más! exclamó Pedro haciéndose á un lado y añadió: nada me repugna tanto como una mujer que pretende saber de armas!

Ernestina que no había oído la exclamación de aquel ante el cual deseaba lucirse, se había puesto en un sitio adecuado y levantando el revólver apuntó deliberadamente con dirección al blanco,

dando mucho mas cerca del centro que ninguno de los otros tiradores.

Acogieron los circunstantes aquella prueba de habilidad con grandes aplausos; sorprendiéronse las mujeres todas, las cuales tenían mucho miedo á las armas de fuego, porque creían que el tiro

salía de ellas en todas direcciones, y por consiguiente ninguna osaba tocar un revólver ni una escopeta, aunque estuviera descargada:

—El Diab!o las carga! decían apartándose con señales de terror.

Varios de los tiradores procuraron imitar el modo de tirar de la joven á quien había enseñado un maestro de armas que daba lecciones á Arturo Villamil. Sin embargo ninguno lo hizo también como Ernestina; ella entonces invitó á Pedro con mucha instancia á que apostaran y se viera quién lo hacía mejor. El tomó el revólver que ella le ofrecía y apuntando con descuido metió la bala á un lado de la tabla que servía de blanco.

—Con revólver no puede haber buena puntería, dijo ella; pero si alguno de ustedes me prestara una pistola verían si yo no gano la apuesta.

—La mía! la mía! exclamaron los dos que tenían esa clase de armas.

Ernestina recibió una de éstas, la examinó cuidadosamente, la cargó de nuevo y dijo, mirando á Pedro:

—Veamos si el maestro me enseñó bien... Apuesto, señores, á que meteré una bala en el hueco mismo que dejó la bala del revólver de D. Pedro.

—Eso sería imposible! exclamaron los circunstantes, mientras que Pedro callaba mirando para otro lado con aire fastidiado.

—Sólo un tirador de primera fuerza podría hacer tal cosa! dijo uno acercándose á Ernestina.

—Es decir que no aceptan mi apuesta? preguntó ella.

—Cómo no! dijo el dueño de la pistola; yo por mi parte apuesto media docena de botellas de champaña, con la seguridad de que la Srta. Ernestina perderá.

—Eso es lo que vamos á ver! exclamó



mó ella. Si pierdo, pago el vino, pero si gano, en lugar de aceptarlo, se lo tomarán en mi nombre, pues yo no puedo ver el champaña.

—Bravo! muy bien, dijeron todos mirándose con cierto airecillo de burla.

—Vamos! dijo Ernestina, y levantando la pistola, disparó sin vacilar. La bala penetró, exactamente en el hueco que había dejado la del revólver que disparó Pedro.

El asombro fue general. Todos corrieron á examinar y convencerse de que Ernestina había hecho lo ofrecido. Rodeáronla felicitándola, pero ella echó de menos á Pedro, que había salido de la huerta sin decirle una palabra. Mientras que los demás tiradores trataban, sin lograrlo, de imitar aquel famoso tiro Ernestina se retiró á la alcoba, cuya puerta, como hemos dicho, estaba muy cerca.

Profundamente afligida con la conducta de Pedro estuvo llorando largo rato en un rincón. Allí la fue á buscar Paulita. Procuró consolarla aconsejándole que no hiciese caso de aquel ingrato, el cual sin duda se sentía herido en su amor propio al ver que ella era más hábil que él en un ejercicio que era más de hombres que de mujeres.

Paulita no tenía noticia de las entrevistas secretas que Ernestina tenía con Pedro y creía que aquel coqueteo era en realidad de poca significación.

Esa noche Ernestina que asechaba un momento propicio para verse á solas con Pedro, lo encontró en la sala común, y como no hubiese testigos, se le acercó:

—Vendrá á la huerta á la hora de siempre? le preguntó muy quedo.

—Nó; contestó él con sequedad.

—Por qué?

—Porque me repugnan las mujeres

tiradoras, que saben más bien manejar una arma que la aguja.

—¿Cómo había de saber que le disgustaba? ¿Le hubiera sabido....

El no contestó. Deseaba reñir con ella y su humildad trastornaba sus planes.

—Pedro, añadió ella con una suavidad muy ajena á su carácter imperioso, le juro que no lo volveré á hacer, puesto que le disgusta.

—Promesas, promesas... lo que deseaba era verse aplaudida por aquellos gaznáprios.

—Nó, nó; pensé que usted aplaudiría mi habilidad.

—Pues se equivocó.

—¿Estará celoso? preguntó ella consolándose con esa idea.

—¡Celoso de usted! exclamó él sin poder ocultar el acento de desprecio. No tal; usted me habrá oído decir que me repugnan soberanamente las mujeres masculinas... eso es todo.

—¿No me perdona esa falta involuntaria?

—No tengo nada que ver en ello.

El joven, repetimos, que deseaba encontrar algún pretexto para reñir con ella definitivamente, fingió estar muy enojado con la desventurada é imprudente joven; así fue que salió de la sala y pasó al corredor exterior en donde los demás huéspedes estaban tocando *triple y bandola*.

Cuando después de una noche de angustia Ernestina se levantó más tarde que de costumbre Pedro había partido para la Hacienda. La infeliz no tenía ya

un momento de tranquilidad. Pasaba los días sin comer, las noches sin dormir. Trascurrieron una y dos semanas y Pedro no volvía á la fonda. La angustia de Ernestina fue creciendo; ya no quería salir á la calle ni tomaba el fresco por las tardes en el corredor exterior; renunció á las galas y poco le importaba estar bien ó mal vestida ni peinada con esmero; más callada que nunca apenas escuchaba y rara vez contestaba cuando la hablaban; su carácter había cambiado; en lugar de orgullosa se manifestaba humilde; sonrojábanse cuando la miraban detenidamente y pasaba horas enteras mano sobre mano sin hacer caso de nadie; no volvió á escribir en su *Diario* y no abría ya los libros que antes eran su encanto; cuando la convidaban á pasear por las tardes ó á escuchar los *bambucos* que cantaban los antioqueños ó neivanos en la tienda, ella rehusaba y alegando dolor de cabeza se arrojaba sobre su cama ó sentada en su rincón con la cara entre las manos, alumbrada por la vacilante luz que ardía al pie de la Virgen, sin moverse, pero despierta y llorosa pasaba horas enteras entregada á su desolación. Otras veces pasaba al corredor de la huerta, en lugar de acostarse, en donde lloraba amargamente y amaneceía pálida, demacrada, con los ojos hundidos en sus órbitas; rechazaba todo alimento con horror y sólo Paulita á fuerza de instancias lograba hacerla pasar algunos bocados.

Naturalmente semejante desaliento, esas secretas lágrimas, aquella tristeza

tan grande fue notada por los miembros de la familia que no se cansaban de hacerla preguntas, á las cuales contestaba que estaba enferma, que sufría de la cabeza, que tenía fiebre. Su tía entonces, con la tenacidad de inmischirse en los negocios ajenos que distingue á las personas poco cultas, pretendía obligarla á salir, á moverse, y por último, la obligaba á engullir remedios, los cuales Ernestina arrojaba al descuido fingiendo haberlos tomado. Pero el mal aumentaba, su flacura era extrema, y ma-

por cada día, el pílagro de amargura que revelaban sus extraviados ojos.

Viendo aquello su tía, que la creía atacada de alguna grave enfermedad, la persuadió que diera asueto á las niñas de su escolita, y se dedicase á cuidar su alterada salud.

Pero aquello produjo un efecto contrario. Libre de los deberes que la obligaban á tratar de serenarse y no pensar sin cesar en la misma cosa, Ernestina pudo dedicar todavía más su pensamiento á lo que tanto la hacía sufrir y entonces se dejó llevar más que nunca por el dolor que la atormentaba.

Nadie (salvo su prima), podía sospechar que Pedro del Pico tuviese la culpa de la amarguísima situación en que se encontraba la joven infeliz. Tanto la dueña de casa como los demás miembros de la familia se habfan convencido que habían concluido enteramente los iniciados coquetos entre Pedro y Ernestina, porque desde que pudieron verse en secreto ambos, supieron guardar ~~el secreto~~ á la vista de todos. Conservaron una

circunspección tal, una reserva tan grande, que á nadie se le ocurrió que la esquivez de Pedro, que se había ausentado del pueblo, tuviera algo que ver en los estragos que sufría la apasionada Ernestina.

Dijimos que solamente una sola persona, Paulita, estaba al cabo de saber cuál era la causa de la tristeza de Ernestina. Pero quiso la suerte que en aquellos momentos en que más necesitaba Ernestina de los consejos de su prima, ésta se hallaba también muy preocupada con asuntos propios, los cuales le impidieron ocuparse de su prima como lo hiciera en otras circunstancias.

Hacia como dos años, poco antes de la llegada de Ernestina al Valle, Paulita se había comprometido á casarse con auencia de su madre, con un joven de su misma clase. Pero como éste era pobre, se había aplazado el matrimonio para cuando volviese de la Costa, á donde había partido con la intención de hacer una fortunita que le permitie-

se casarse con alguna hoiigura.

En aquellos días el novio había regresado de sus viajes pero llegó enfermo de gravedad. Paulita entonces, con aquel egoísmo propio de los enamorados, todo lo olvidó para pasar su tiempo cuidándole. Robaba las horas que podía á sus quehaceres domésticos para estarse en casa de la madre de su novio que estaba en la vecindad.

Una vez repuesto éste, se arregló definitivamente el matrimonio, el cual debería tener lugar pronto, porque el



joven deseaba hacer suya á Paulita antes de regresar á la Costa á recoger allí sus haberes y después volver al Valle en donde debería establecerse. Así, pues, primero por causa de la enfermedad de su pretendiente y después con motivo de los arreglos del casamiento y las largas conversaciones y diligencias que tenía que hacer, Paulita descuidó enteramente á la desdichada Ernestina y ésta entregada á sus penas no tuvo manera de desahogárselas.



CAPITULO CUARTO

ERNESTINA COMETE NUEVAS IMPRUDENCIAS

La hija casada de la posadera poseía como una hora de distancia del pueblo del Valle una pequeña heredad, una *estancia*, consistente en una casita de paja pequeña pero aseada, una hortaliza sembrada de legumbres y un platanar, un corral con muchos pavos, gallinas y gallinetas. Contigua á la casa veíase una pequeña dehesa bien pastada, en la cual pacían dos ó tres mulos y caballos, algunas vacas, y en un rastrojo vecino existía una manada de juguetonas cabras y una marrana con su cría.

En aquel apacible retiro solía Petrona pasar uno, dos y hasta cuatro días gozando de los aires caapestres, bañándose en un arroyo que pasaba por el pie de la casa; recogiendo los huevos de sus gallinas ponederas; echando las *ciuecas*; apartando los pollos en sazón para comer; desyerbando y aporcando las legumbres; cogiendo el producto de algunos arbelillos de café que beneficiaba;

ba; cortando y colgando los racimos de plátanos para que madurasen; contando los quesos que hacía la rústica ciudadana de la estancia; sembrando nuevos vástagos en el jardín, haciendo almárgos de semillas de flores; podando la

rosas y adiestrando los enredados jazmines, bellas de noche, *alegrías* y otras flores que tenía ofrecidas al señor Cura para adornar los domingos y días de fiesta el sencillo altar de la iglesia de la aldea. Petrona procuraba mejorar cada día más aquella heredad en que fundaba su orgullo cuyo producto la servía para vestir á toda la familia y dar limosnas á los necesitados de su pueblo. Con ese objeto ella vendía á su madre todos los huevos que necesitaba en la fonda, así como la leche y los quesos para el gasto de la casa y venta en la tienda. No tenía que comprar legumbres, sino que al contrario, solía mandar al mercado del domingo lo que le sobraba.

Sucedió que en aquellos días en que Ernestina se manifestaba tan triste, enferma y desmejorada, Petrona resolvió ir á pasar algunos días en la estancia

del Rosal y convidó á su prima á que la acompañase por ver si los aires más frescos del campo la aprovechaban.

La desventurada Ernestina rehusa en un principio acceder á la invitación de Petrona, y como Paulita insistiese en que saliera de la aldea, llamóla aparte y la dijo con lágrimas en los ojos:

— Pau ita, si me voy con Petrona ¿me prometes una cosa?

— Lo que quieras.

— ¿Me lo juras?

— Dime primero qué deseas.

— Mandarme avisar si viene Pedro al pueblo.

— ¿Don Pedro del Pino?

— Sí,...

— Todavía piensas en él?... .

— Más que nunca!

— ¿A pesar de que últimamente cuando llega á venir ni te habla siquiera?

— A pesar de eso... . Mica, Paulita, estaré loca, pero cada día le amo más...

— Lo siento mucho, porque él no lo merece.

— Daría mi vida por verle con frecuencia.

— Lo repito Ernestina, él no merece nada de eso, se ha burlado de tí.

— Yo creo que lo merece todo... . y me está matando la idea de que ya no me quiere!

— Ni te ha querido nunca!... . Quiso divertirse unos días contigo, y eso es todo. Bien te lo dije que no fiaras en palabras de bogotanos que vienen á los pueblos... . Acuérdate que mamá te lo anunció.

— Ya eso no tiene remedio, contestó Ernestina con dolorosa humildad.

— Procura olvidarlo.

— Olvidarlo! Si pudiera, Paulita, si pudiera!...

— No pienses en él! Es falta de amor propio amar al que nos ama.

— Eso lo dices; porque no sabes lo que hay en esto, contestó Ernestina cubriéndose la cara con las manos.

— ¿Qué hay, pues, fuera de algunos coquetos pasajeros que tu tomaste á lo serio?

— Eso que tú dices, nada más. Pero no se trata ya de eso sino de la promesa que vas á hacer.

— Qué promesa?

— Mandarme llamar si viene. Por Dios, Paulita, no me lo niegues!

— Por darte gusto, aunque me repugna, te lo prometo... . Si viene te pondré estas palabras: "te necesito" en un papel y te lo mandaré. Sin embargo, sería mejor que desistieras de tu empeño; estoy por arrepentirme de mi promesa.

— Ah! si me ^{no} juras cumplir tu promesa me quedo! exclamó Ernestina con creciente agitación.

Paulita para calmarla tuvo que renovar su promesa y aun la acompañó parte del camino con el objeto de que no se devolviera.



Llegaron Petrona, su marido y algunos de los niños al Rosal sin novedad; todos iban á pie y Ernestina parecía haber recuperado sus colores con el ejercicio, y aun estuvo en el jardín con

Petrona arreglando las flores que iba á mandar al pueblo, al día siguiente con el muchacho que llevaba la leche tempranito.

Esa tarde después de comer el marido de Petrona dijo á su mujer:

—Mándame coger el caballo tordillo.

—Te voy á al pueblo?

—No; tengo que cumplir con una recomendación que me hizo D. Pedro del Pino.

—Qué recomendación?

—Te lo diré en reserva....

—Por qué en reserva?

—Porque así me lo exigió él.

—Habla hombre, que eso no era sino con los extraños.

—Don Pedro me encargó que buscara por estos lados alguna persona de responsabilidad que quisiera tomar la hacienda del Hoyo en arrendamiento.

—Y eso es secreto?

—No sé; pero me dijo que procurase no decirlo á nadie sino cuando arreglado el negocio él se pudiera ir.

—Y tiene el negocio arreglado? preguntó Ernestina volviendo la cara para que no notasen la agitación que sentía.

—Quizás sí.... Hoy voy á hablar con D. Juan López y si conviene en lo que le propone D. Pedro, mañana ó pasado se cerrará el negocio y se hará cargo de la hacienda inmediatamente.

—Ese Sr. D. Pedro es un original, repuso Petrona.

—Recuerda contestó su marido, que de esto no debes hablar.

—¿Aquí con quién? repuso ella, y llamando un muchacho le mandó que fuera á enlazar el caballo.

A poco rato el buen hombre se alejó y Ernestina y Petrona se quedaron sentadas en el quicio de la puerta, la segunda desgranando unas mazorecas de maíz, para echar de comer á las gallinas, y la primera con las manos cruzadas sobre la falda sumida en hondísima meditación, tenía los ojos fijos en el azul del cielo.

Un aire fresco y perfumado movía las



anchas hojas del vecino platanar y se entretenía en arrancar los pétalos de las rosas en el jardín; un par de toches cantaban contestándose uno á otro en el alto cogollo de un jazmón de arabia, en donde tenían su nido; volaban charlando en lo alto del cielo una tribu de pe-

riquillos presididos por uno que los guiaba y acataban los demás como á su jefe, dirigiéronse estos á una vecina arboleda de guayabos en donde ya otra manada de la misma especie se había acomodado con grandísimo alboroto y algazara; las vacas con tardo paso seguían mugiendo suavemente al pastorcillo que arreaba los terneros para encerrarlos en la corralaja ó aprisco; cantaba estrellándose contra las piedras de su

leche y los vecinos barrancos el machuelo que después de pasar frente de la estancia regaba el estrecho valle, esliendo á él por en medio de dos cerros que servían de límite á los terrenos de Petrona. Juguetecaban á los pies de las dos mujeres los niños de la dueña de casa; reían las flores en el jardín entregando su perfume á la brisa que las acariciaba; ladraban á lo lejos los perros encargados de llevar á las cabras al corral antes de que anoheciera; corría la marranza con su cría gruñendo desafortadamente perseguida por la criada que pretendía encerrarla; picoteaban las gallinas, pavos y gallinetas, los últimos granos de maíz antes de buscar el gallinero, mientras que el gallo soñando una ala contra el suelo parecía reñirlas por su tardanza, y los pavos daban estridentes gritos; los polluelos buscaban el arriño de su madre y chillaban los pavitos enredándose entre las grandes patas de la estúpida pava, la cual seguía humildemente la marcha de los machos que se ergulan y hacían sonar sus plumas contra el suelo... todo respiraba bienestar, paz, tranquilidad, sosiego.

Petrona gozaba casi sin darse cuenta de aquella escena campestre, pero Ernestina agitada dolorosamente por la idea que la dominaba no veía, no oía nada y estaba atenta nada más que á escuchar la tempestad que rugía en su pecho, tempestad que había nacido de las palabras vertidas inocentemente por el marido de su prima.

Al cabo de corto rato:

—Petrona, dijo levantándose de su lado, olvidé traer mi recado de escribir
—Mandaremos por él mañana...

¿Para qué necesitas escribir aquí, no has venido á descansar?
— Necesito escribir una carta urgentemente á... una amiga.
—No te ofrezco, repuso la otra, papel ni tinta porque yo no tengo nada que apantar aquí.
—Yo sí... es preciso que mande una carta á Bogotá por el correo que se va mañana.



—Tempranito, con la leche, podrá Juan, el pastor, llevar razón para que te manden lo que necesitas para escribir.
—No se puede... porque no alcanzo á escribir y mandar la carta para que la lleve el correo.
—Entonces déjalo para la semana entrante; ¿por qué tanto afán?
—Necesito que me compren unos encargos... Lo mejor será, añadió buscando el sombrero y el pañolón, irme esta tarde.
—Esta tarde?



—Sí, ahora mismo.

—Pero mira el sol, ya va á ponerse!

—Iré aprisa y en tres cuartos de hora, antes de que oscurezca, estaré en el Valle.

—Y cómo volverás?

—Vendré mañana.

—Entonces aguarda é iremos juntas á las seis de la mañana.

—¿Tú tienes que hacer aquí... ¿para qué interrumpir los trabajos? No perdamos tiempo, yo me voy... Adiós!

—No Ernestina, no puedo dejarte ir sola....

El aire agitado de su prima, la agustia de su mirada y su educación que siempre imponía á sus primas, hizo que Petrona no se atreviese á detenerla, y llamando á Juan, el pastorcillo de las cabras, le mandó que corriera detrás de Ernestina y la acompañara hasta el pueblo.

En breve Juan alcanzó á la sobrina de *señá* Dolores y juntos siguieron por la vereda que serpenteando *se dirigía* al camino real. El sol bajaba rápidamente sobre el cerro fronterizo y á poco des-

apareció detrás de este. Las neblinas se condensaron en el valle y la luz iba dejando los riscos y picachos de los altos cerros.

Al llegar al camino real siguieron por él durante unos diez minutos hasta un lugar en que la vía se dividía en dos: una seguía descendiendo hacia el pueblo que se columbraba desde allí descendido por una esplanada suave y regado por el mismo riachuelo ya mas crecido por otras corrientes, que pasaba por *El Rosal*. La otra vía torcía á la derecha y serpenteando subía hacia el cerro.

Al llegar á aquel punto, Ernestina se sentó sobre un barranco con aire de fatiga y dirigiéndose al muchacho le dijo:
—Estoy rendida! Descansaré aquí un rato.

—Pero si nos tardamos, repuso él, tendré que devolverme cuando esté oscuro, y á *yo* me da miedo andar solo por aquí.

—Devuélvete *al Rosal*, que ya no te necesito... el pueblo está serquita y lo garé antes de que cierre la noche.

—Mi señora me advirtió que fuera con su merced hasta la casa... y me



recomendó que entregara allá este atadito de yerbas para su señora madre.

—Dámelo, repuso Ernestina, yo se lo llevaré.

—¿Qué dirá mi señora? dijo el muchacho vacilando.

—¿Qué ha de decir! No le cuentes que no fuiste hasta el mismo pueblo conmigo, y así no te reñirá.

El muchacho que no pedía otra cosa, entregó el atadito, y sin aguardar más razones, echó á correr silbando al perrillo, su sempiterno compañero, para que no se quedara atrás, y momentos después Ernestina estaba sola entre la naciente oscuridad.

Permaneció quieta hasta que se perdió en lejananza el ruido del silbido de Juan y los ladridos alegres del perrillo que jugaba en pos de su amo. . . . La luz se apagó al fin por completo en los más elevados riscos de los cerros brillantemente enrojecidos un momento antes y la oscuridad casi completa borró los perfiles del campanario de la iglesia del pueblo, que desde allí había visto; algunas aves aletearon entre las ramas de los árboles más cercanos: en un pezo vecino empezaron á cantar las ranas con acento lúgubre; las sonrosadas nubes ~~se~~ permanecieron iluminadas por corto espacio hasta que la luz también desapareció de allí y el cielo tomó un tinte blanquecino y después grisoso; un airecillo pasó como un soplo fresco sobre toda la campiña como un ósculo de despedida que diera el día antes de alejarse por completo. A lo lejos se oyeron las últimas campanadas que desde la torre convidaban á los fie-

les á rezar las oraciones vespertinas. Pocos momentos después el silencio no fue interrumpido sino por el sordo murmullo de los insectos que salían á buscar su presa nocturna y los lejanos ahullidos de los perros que cuidaban las casitas esparcidas por el valle, y se asustaban con las vagas y misteriosas sombras de la naciente noche.

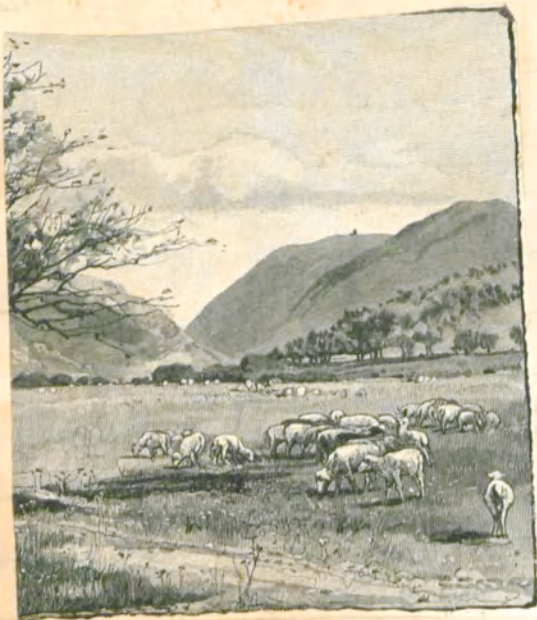
Ernestina escuchaba todos aquellos



rumores campestres sin moverse; de repente levantó los ojos y los clavó en el cielo que empezaba á cubrirse de un manto de titilantes luceros.

— Oh! Dios! exclamó en alta voz, si acaso no sois un nombre vano, ayúdame, socórreme, dáme fuerzas, valor y sobre todo elocuencia persuasiva!

Al decir esto se levantó, miró en torno suyo como tratando de orientarse, y en lugar de tomar el camino que conducía al Valle se internó por el de la derecha, el cual subía faldeando el cerro.



CAPITULO QUINTO

LA HACIENDA DEL HOYO

La casa de la hacienda que administraba nuestro amigo Pedro del Pino era grande, alta de techos, con anchos corredores en contorno, pero de paja; una parte de ella era nueva y allí estaban las habitaciones del dueño y del

mayordomo. Hasta entonces la familia del Pino había sido poco aficionada á pasar temporadas en aquel rincón de Colombia y cuando salían todos á temperar en el mes de Diciembre escogían siempre algún pueblo de moda, en donde las señoras acababan de gastar los trajes y galas que consideraban impropios ya para la capital. Las hermanas de Pedro se morían de tedio en el campo; allí no veían sino las incomodidades de él y no comprendían sus bellezas ni su poesía y la madre lo hacía sino lo que sus hijas querían. D. José había solido ir á tomar las cuentas de los trabajos que el mayordomo llevaba á cabo, pero siempre permanecía en el Hoyo el menos tiempo posible porque no gustaba dejar sus amos y comodidades de la ciudad. Así, pues, fuera de la enorme

y desmantelada sala (en la cual no había más muebles que dos canapés viejos de vaqueta duros y resbalosos, una media docena de mesas mal traídas y otros tantos taburetes de cuero pintados con las armas de la República en vergüenza pública sobre el espaldar), en el resto de la casa los trastos no tenían ningún valor. A uno y otro lado de aquel salón tan enorme cuanto triste, se abrían las alcobas, en las cuales campeaban solas cujas de cuero bruto y en una de ellas una percha y un aguamañil desvencijado. Tanto la sala como los demás cuartos tenían puerta sobre un balcón ó galería ancha que miraba sobre el patio exterior, y al cual se bajaba por medio de unas cuatro gradas de piedra desportilladas por el tráfico, como lo estaban los postes del barrandal, á los cuales ataban los caballos y aun los toros bravos, cuando no estaban los amos en la casa que pudieran impedirlo.

Detrás de la sala había otro corredor cuadrado, con ganchos para colgar las sillas de los vaqueros, los galápagos, los aparejos de las bestias del servicio de la hacienda y dividido por un patio siempre lleno de lodo, desperdicios, tinajas y barriles, estaba el granero y demás edificios indispensables en la hacienda. Esta era la parte vieja de la

casa, cuyos techos de paja bajos y ennegrecidos por el tiempo, estaban sostenidos por troncos sin torrear, de maderas fuertes y de palmas bruñidas por la edad, de las que llaman *bobas*. Olvidábamos advertir que el patio exterior se dividía de una senda que conducía al camino real, distante una cuadra de allí, por una puerta de golpe que nunca se cerraba, porque estaba á cargo de una manada de perros furiosos que la cuidaban mejor que veinte cerraduras y no dejaban entrar ningún ser humano que ellos no conociesen bien.

Aquella misma noche en que Ernestina salió de la estancia de su prima Petrona, como á las ocho estaba Pedro recostado en una silla apoyada contra la

pared, en un extremo del corredor exterior, gozando del fresco de la noche, que se había taldado y parecía amenazar lluvia. El joven no estaba satisfecho consigo mismo y meditabundo procuraba apartar su pensamiento de lo que le atormentaba. De repente le llamó la atención una grande algazara de los perros seguida por llamadas, gritos de los que salieron á ver quién llegaba y á quién atascaban aquellos cancheros.

Después de un rato los animales se aquietaron un tanto, aunque se les oía gruñir sordamente, y un sirviente subiendo las gradas de piedra se acercó á Pedro.

—Mi amo, dijo, una señora quiere hablar con sumerced.

—¡Una señora! Alguna arrendataria.... dile que éntre.

—No es arrendataria, sino una señora.

—¡Imposible! exclamó Pedro levantándose. Cómo ha de ser señora si viene á estas horas?

—No quiere pasar de la puerta de golpe. Se vino de *jilo* por todo el camino de entrada como una sombra..... pero los perros la sintieron y salieron al encuentro que ni diablos!

¡Válgame Dios! ¿La mordieron?

—No alcanzaron..... Yo estaba en el patio con el niño Damián y salí detrás de esos enemigos malos y ¡ude defenderla.... Pero trabajo me costó... Ella se había sentado sobre un tronco allá afuera y tenía la cara envuelta en el pañolón, temblando y casi no podía hablar.

—Corre á hacerla entrar, hombre, no seas bruto!

—No quiere por nada, nos cansamos de rogarle.

Pedro iba á dirigirse á las gradas, pero se detuvo.

—¿Pero qué dijo ella?

—Me preguntó si el amo estaba aquí.

—¿Y qué contestast?

—Que no le había visto salir.



—¿Y qué más?

—Si está en la casa,

volvió y dijo muy pronto,

dile que venga á hablarme.

—¿Tú la conoces?... ¿Es una señora de veras?

—¿Pues quien sabe.... está tan tapada y está oscuro.

—Habla claro.... ¿á quién se te parece?

—Tal vez á la sobrina de la *señá Dolores*...

—¡Imposible!

—Como está tan tapada, mi amo, no sé de seguro. Tiene el sombrero *calao* hasta los ojos y el pañolón envuelto hasta las narices.... quien sabe si será la niña bogotana.

—¡Esto me faltaba! exclamó Pedro con impaciencia.

Y volviéndose á sentar no dijo más nada.

—¿Pero qué le digo á la señora?

—Que no me haz encontrado.... que salí sin que tú me vieras.... que no estoy aquí.... lo que quieras. Véte, véte!

—¡Pobrecita niña! repuso el criado dirigiéndose al patio.

—Bernabé! exclamó el joven.

—Mande, sumerced!

—¡Chit!... habla paso. Dime, ¿esa señora que me busca vendría sola?

—Solita llegó hasta que le salieron los perros....

—¿Pero no podía venir á pie!

—Por allí no había caballo ninguno... Tal vez se desmontaría en la casita del niño Damián en la revuelta del camino real.



—*Se* que está *escura* la noche! No se ven ni las manos! Pero ¿no sería mejor que sumerced la hiciera entrar?

—No, hombre, nó. ¡Esa seña una locura! No ves que eso la desacreditaría?

—Pero cómo estará temblando de miedo!

—Es preciso que no me vea... tú la acompañarás. Otra advertencia; no le digas á nadie que la has reconocido.

—No, mi amo.

—Damián la conocería?

—No me parece... él casi nunca va al pueblo y como esa niña vive tan encerrada...

—Dame tu palabra que guardarás el secreto... esta es una locura que si se sabe pierde su reputación!

—No tenga cuidado mi amo.

—Repito, Bernabé, que si dejas escapar este secreto te podía ir mal!

El criado se alejó sin contestar y Pedro se quedó en el corredor lleno de angustia, de cólera y también de honda

compasión hacia aquella infeliz que le iba á buscar hasta allí!

Entre tanto la desdichada permanecía en donde la había dejado Bernabé, con los ojos en la casa aguardando el regreso de éste. El otro peón, Damián, estaba parado frente de ella para defenderla de los perros que gruñían por lo bajo, pero no se atrevían á lanzarse sobre ella temiendo el zurrigo con que los amenazaba.

Después de un buen rato se presentó Bernabé.

—Viene solo! dijo Ernestina en voz

baja ¿en dónde está tu amo? preguntó con desfallecida voz.

—Mi amo no está en la casa...

—¿No me habías dicho que no había salido?

—Dije que no lo había visto montar.

—No mientas! exclamó Ernestina levantándose y descubriéndose sin tomar mayores precauciones. Dime la verdad ¿es él, es tu amo el que se niega, que no quiere salir?...

—Dice *asina* que salió enantes...

—Quién dice, ¿tu amo?

—Nó, repuso el confundido gañan, fue el niño Pacho, el mayordomo....

—¡Ya entiendo! Pedro es el que no quiere verme....

—Me dijo él,.... el niño Pacho, que si su persona había venido sola yo debía ir a acompañarla... la noche está *escura* y *pasque* quiere llover... voy por mi *ruana* en un momentico y vuelvo....

—¡Desventurada de mí! exclamó la angustiada Ernestina y olvidando que tenía testigos, presa del dolor más intenso, se dejó caer al suelo y levantando los brazos al cielo en súplica muda, rompió á sollozar con desesperación.

Los dos peones la miraron sorprendidos; los perros contestaron á los gemidos de la desdichada con un largo, tristísimo aullido; algunos murciélagos que estaban ocultos entre las ramas de un árbol cercano, salieron espantados de su escondite y chillando atravesaron aquel sitio de uno á otro lado....



Bernabé se acercó á Ernestina, lleno de conmiseración; iba á dirigirle la palabra cuando ella se levantó del suelo, se caló el sombrero hasta los ojos y dando la espalda á la inhospitalaria calle echó á correr por la vereda, salió al camino real antes de que los peones esombrados pudieran hablarle ó detenerla. Sin embargo, Bernabé recordó las órdenes de su amo y trató de seguirla, corrió al camino, se orientó y como no la viese en todo él la llamó varias veces, caminó algunas cuabras por él, mientras que Damián entraba á su casa

que estaba cerca. Viéndoso sólo el criado resolvió volverse á dar cuenta á Pedro de lo que había ocurrido. Encontrólo paseando de una punta á otra, arrepentido ya de haberse negado á ver á esa infeliz.

—Desgraciada Ernestina! pensaba, pero ¿cómo verla? Cómo hablarla? Ella se comprometía horriblemente y yo también... Si acaso, sin embargo ha hecho la locura de venirse sola y de no

che desde la aldea, mi deber era acompañarla...

En aquel momento entraba Bernabé muy azorado con el resultado de su comisión.

—¿Venía acompañada, pues? le preguntó su amo.

—Yo no sé.

—Que no sabes! y en dónde está?

—La señora esa se volvió *jumol*....

Yo pienso que no era de carne y hueso, sino algún maleficio del enemigo malo que tomó esa figura para tentar á sumerced, bien hizo en no salir.

—¿Qué disparates son esos? explícate....

—*Pus* asina como le digo; le dije que sumerced había salido y entonces... Jesús me ampare! salió despedida y cuando Damián y yo la seguimos... ni el rastro encontramos. ¿No oyó su persona cómo sullaron los perros?

Y contó entonces con mil exageraciones lo que había hecho Ernestina cuando supo que Pedro se negaba á verla.

—Imbécil! le contestó su amo, no enartes más dislates para ocultar tu pereza y no ir á acompañarla. Anda á



ensillarme el primer caballo que encuentres en la *manga*. . . . yo no puedo permitir que esa pobre mujer se pierda sola por esos caminos desiertos.

—Pero, mi amo, mire que quiere llover, me han caído algunas gotas en el sombrero. No salga á estas horas tras de un fantasma, esas son cosas del Pata, créamelo, y lo mismo dice Damián.

—Apúra, apúra, y no pierdas tiempo, contestábale Pedro empujando al hombre.

—Entrese sumerced, mi amo, y récele una salve á la Virgen y déjese de andar por esos cerros buscando su perdida.

Pedro entró á la sala en busca de su sombrero y poniendo una vela en una linterna bajó á ayudar á ensillar el caballo que Bernabé encontró en la puerta de la manga.

A pesar de los ruegos y lamentaciones de Bernabé, momentos después Pedro montado, llevando el farolillo en alto, llegó al camino real y empezó á dar voces llamando á Ernestina.

Nadie le contestó y él siguió paso entre paso mirando á uno y otro lado de la vía. La soledad era completa y se interrumpía el silencio nada más que con el ruido que hacían sobre las ramas las gruesas gotas de lluvia que empezaba á caer.

A poco cesó la lluvia; Pedro continuó su camino, deteniéndose de trecho en trecho y llamando y alumbrando en contorno. Cuando salió del bosque bajo por medio del cual pasaba el camino, el cielo se había despejado y brillaban

nuevamente las estrellas aunque con tenue luz. A lo lejos, en el fondo del Valle, dormía la aldea como en un nido de arbustos y aquí y allí brillaba el riachuelo que le regaba. Todo era silencio y soledad; no se veía bulto ninguno en todo el camino; sin embargo, el joven continuó su marcha hasta la entrada del pueblo.

—Indudablemente, pensó, Ernestina vino á caballo y acompañada y aquellos imbéciles llenos de susto nada vieron! Lo cierto es que no la he encontrado en todo el camino. Qué fortuna! Esto me ha evitado compromisos. . . .

Volvió á la hacienda, subió á la sala, encendió fósforo, pues la vela de la lin-

terna se había acabado; entró á su alcorca y se acostó.

Si, embargo, su espíritu no estaba tranquilo ni satisfecho con su conducta, agitado con mil pensamientos desagradables no pudo conciliar el sueño hasta la madrugada. Horribles visiones se apoderaron de su alma, presentimientos vagos de una desgracia que le amenazaba. Oía la angustiada voz de Ernestina que pedía socorro y aunque ói trataba de acudir adonde le llamaba, cadenas invisibles le tenían preso y permanecía inmóvil. Después veía los ojos de Lucía que parecían reconvenirle, y suspirando se alejaba. Entonces trataba de acercársele, pero la oía decir; adiós! adiós! con desgarrador acento, que iba perdiéndose en lontananza.

Hay misterios extraordinarios que tienen lugar en los sueños, esto es indudable. Mientras que nuestro cuerpo permanece inmóvil, el alma vela. Despiéjase muchas veces entonces las ligaduras materiales que la unen al cuerpo y suele ver en lo porvenir con más frecuencia de lo que queremos confesar ó que olvidamos al despertar. Si no ¿por qué muchas veces cuando nos sucede alguna cosa pensamos: "esto lo sabía-mos ya, esto no es nuevo para nosotros, lo hemos visto antes? Cuándo, cómo? lo ignoramos; ¿no será acaso que nuestra alma inmortal durante nuestro sueño se sobrepone al rudo intermediario que es el cuerpo material y mortal, y por ráfagas repentinas ve lo porvenir, presiente lo que ha de suceder y después lo olvida completamente al despertar?

Al cabo de un agitadísimo sueño Pedro despertó con el mugir de las vacas en la corraleja, las voces de los vaqueros, el relinchar de los caballos que enlazaban en la vecina dehesa y todos aquellos ruidos que por la mañana se oyen en una hacienda.

Hondamente preocupado, á pesar suyo, con los vagos y dolorosos sueños que le habían atormentado, despertó satisfecho con que aquellas visiones no eran verdaderas. Deseoso de descubrir qué había sido en realidad de Ernestina en la noche anterior, resolvió averiguarlo inmediatamente. Casi sin probar el desayuno que le sirvió Bernabé mandó ensillar un caballo, montó y se dirigió al pueblo.

CAPITULO SEXTO

LAS ANGUSTIAS DE ERNESTINA

Los huéspedes de la fonda estaban almorzando cuando llegó Pedro á la aldea del Valle. Se desmontó en el patio interior como era su costumbre.

Justino salió á recibirle.

—¿La señorita Ernestina? preguntó, sacando un libro de uno de los cajinetes, que llevaba prevenido para el caso. Hagame el favor, añadió, de entregarme este libro que había ofrecido prestarle.

—Está enferma, contestó el otro con marcado desabrimiento.

—Pero si está en la casa? ¿quó es así?

—Sí, llegó esta mañana.

—¿Estaba ausente, pues?

—Se hallaba en la estancia del *Rosal* con mi hermana Petrona, pero hoy está enferma ó por lo menos indispuesta.

—¡Siénto mucho, contesto Pedro entrando en el comedor.

Un peso se le quitó de encima. Por lo visto nada de grave había sucedido á Ernestina en aquella loca aventura de la noche anterior. El no la deseaba mal ninguno y la hubiera pedido perdón humildemente si con ello lograra tranquilizarla y que le olvidara y ofreciera dejarlo en paz.

Entretanto Justino llamaba á su hija mayor y con ella mandó á Ernestina el libro que le enviaba Pedro.

—¿Está aquí D. Pedro? preguntó la tristísima joven incorporándose cuando se le acercó la niñita.

—Acaba de llegar y se puso á almorzar.

Ernestina se sentó sobre la cama y examinó el libro pensando que tal vez dentro de él Pedro hubiérale mandado una misiva.

Era una novela de Jorge Sand y estaba marcado con un papel blanco y con lápiz el siguiente aparte, quizás por casualidad ó talvez con intención.

Héla aquí: traducido del francés:

“Yo quisiera enseñar á las mujeres desilusionadas á que se consuelen y se amparen bajo la protección del Señor;

139
143

á las muchachas ignorantes y crédulas que se conserven puras y dignas en el seno del himeneo. Sin cesar se habla á las mujeres de una felicidad sancionada por la sociedad, pero se las engaña! Se les hace creer que á fuerza de su misión y de abnegación ellas obtendrán de sus esposos la fidelidad y el amor, al igual de ellas, pero abusan de su credulidad! Deberían enseñárseles que en el mundo no hay felicidad sino virtud, que no deben perder su dignidad á pesar de su dulzura, ni la firmeza en medio de la paciencia; y no solamente abnegadas sino prudentes y juiciosas. Pero en primer lugar es preciso que amen á Dios tan ardientemente, que puedan consolarse con ello de todas las decepciones que sufran, para que cuando se vean engañadas en su confianza, quebrantado su corazón en sus amores, no busquen la felicidad en los desórdenes, felicidad que les han enseñado á buscar en la vida. No, al contrario, es indispensable que ellas sepan sufrir y renunciar á toda esperanza en la tierra, porque toda esperanza es ilusoria, toda promesa es falsa, salvo la esperanza y las promesas de Dios.”

—Y sin embargo, dijo Ernestina hablando consigo misma después de leer le mandado por Pedro, él dice que no cree en Dios y que en la vida no hay otra felicidad sino la terrenal!... Ah! me lo dice claramente, toda promesa es falsa, toda esperanza ilusoria! Extrañas palabras son estas escritas por Jorge Sand... Esta mujer tenía mucha experiencia, nada tenía de beata, al contrario, algo de verdad habrá en ello...

En aquel momento entró Paulita á preguntarle cómo se sentía, y como Ernestina la contestara que mal.

—Adiós, la dijo, cobijándose un pañolón, quédate acostada hasta que yo vuelva.

—A dónde vas? le preguntó su prima.

—A confesarme.

—Dime Paulita...

—¿Qué cosa?



—¿Al Cura puede uno confiarle sus penas y angustias?

—¡Porsupuesto!... ¡Ah! Ernestina; es tanto consuelo desahogar su corazón, confesar sus culpas, tranquilizar su conciencia, recibir la absolución!

—Si yo me atreviera...

—¿A qué?... ¿A confesarte? sí, sí, ven conmigo...

—A confesarme nó; á hablar con el Cura, á pedirle consejo... quizás él me daría consuelo...

—No lo dudes! exclamó Paulita, la cual muchas veces la había instado para que acudiese al Tribunal de la Penitencia, pero su prima siempre había recibido con burlas y sarcasmos sus consejos y advertencias.

—Pero me da mucho miedo...

—¡Miedo! No temas; el Sr. Cura es tan bueno, tan considerado, le ayuda á uno tanto. Ven pronto...

—Pero tendría que arreglarme el vestido.

—Yo te ayudaré

Pocos momentos después Ernestina

pálida, demudada, temblorosa, exánime, salía de la casa con Paulita y se encaminaba á la iglesia atravesando la plaza.

Cuando entraron al templo ella recibió maquinalmente un libro abierto que le presentaba su prima.

—Repasa, la dijo ésta, el examen de conciencia; tienes tiempo, pues hay ya varias otras delante de la reja.

—No necesito examinarme, contestó la otra con aire sombrío... yo quiero consultar al Cura, confiarle mis penas, pero no confesarme en toda regla.

—Lo mismo da... el Sr. Cura te hará preguntas... y todo lo allanará.

Paulita deseaba tanto que su prima se confesara, que no veía la hora de que lo hiciera, y tomándola del brazo la llevó hasta el pie del confesionario.

—¿Quieres pasar adelante? la dijo.

—Nó, nó... déjame pensarlo; después iré yo...

Al decir esto se dejó caer sobre las baldosas cerca de las demás mujeres que allí estaban, y hundiendo la cara entre las manos sin hacer caso de lo que la rodeaba, ni caer en la cuenta de que las otras la miraban con extrañeza.

Estas se fueron acercando una á una á la reja hasta que llegó su turno sin que ella levantara la cara ni se moviera de su puesto. Por último acabó Paulita, y como ella sin duda había anunciado al confesor que Ernestina iba á acercarse, la tocó en el hombro diciéndola al oído:

—Te espera el Sr. Cura... ven pronto.

Ernestina levantó entonces la cabeza, fijó los extraviados ojos en su prima, como si saliese de un trance, se levantó y se dejó llevar por ella hasta frente á la rejilla del confesionario.

—Arrodílate, le dijo Paulita.

—Para qué?

—Para confesarte; ¿tienes miedo?

—¡Confesarme!... no, no, exclamó con espanto la desventurada... no puedo...



"WEeping AND PRAYING."

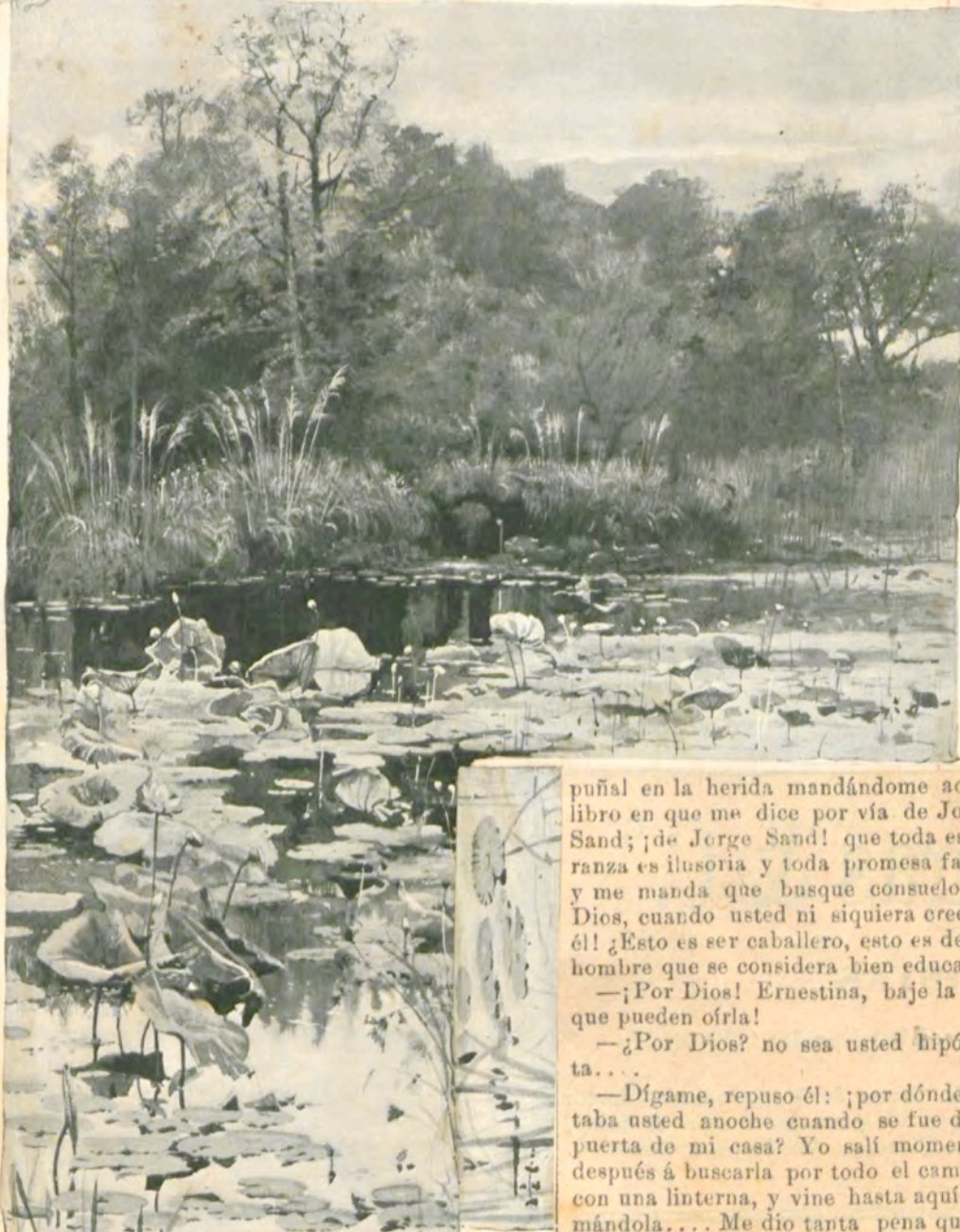
—¡Es tan sencillo!... acércate...
 —¡Imposible! yo contárselo todo á un extraño? No puedo... ¿qué diría él?...
 Y al decir esto volvió la espalda al confesionario y la infeliz selló su suerte. Salió apresuradamente de la iglesia. Deslumbróla la luz al llegar á la puerta; levantó una mano para resguardar sus fatigados ojos de los brillantes rayos del sol del medio día y perdiendo las fuerzas se apoyó contra la pared. Allí la alcanzó su prima.
 — Ernestina, la dijo, el Sr. Cura que es tan bueno, me dijo que te llamara, que no te afanaras aunque no te hubieras preparado, y que si no querías confesarte ahora fueras á hablar con él... nada más que hablar con él.

—No puedo, no puedo! exclamó dolorosamente la desdichada volviendo la cara para ocultar su emoción.
 —Escúchame, Ernestina; si estás triste eso te aliviará. Ilace tiempos que no te confiesas y por eso lo has olvidado; ¿no es cierto?
 —Déjame, déjame en paz! exclamó entonces la otra con torvo acento y mi-

rada fiera. Digo que no quiero; ¿no te basta eso?... No se me antoja, no me da la gana ¿entiendes?
 Su prima asustada realmente con aquel aire colérico de Ernestina, se apartó de ella y entró nuevamente á la iglesia.
 Con vacilante paso atravesó Ernestina la ensolada plaza que parecía un horno ardiente, y se dirigió á la casa de su tía.

Pascábase Pedro por el corredor exterior. Viéndolo allí Ernestina enteramente solo, en lugar de entrar por el zaguán de la casa subió al corredor.
 —Pedro, dijo ella sin contestar el saludo que él la hizo, nadie nos oye; y añadió, con voz ronca y temblorosa, ¿por qué? oh! por qué se negó á hablarme anoche?
 —¿Yo? No entiendo...
 —Si... no finja, que me entiende muy bien.
 —Pero...
 —Me dejó como una mendiga...
 No pudo continuar porque se le llenaron los ojos de lágrimas; la emoción la hizo callar.
 —¡Aquella era una locura; contestó él. ¿No comprende usted que era la mayor imprudencia que podía cometer?
 —Ingrato!... prefirió volverme loca; sí, loca de desesperación, de humillación al verme así despreciada por usted. Quise matarme...
 —¡Matarse!

—Sí; durante largo rato busqué un barranco por donde poderme precipitar; agua para ahogarme... pero no hallé nada de esto.
 —¡Desgraciada!
 —Corrí toda la noche por entre bre-



ñas y hasta quise ahorcarme con el pañuelo, pero me faltó valor. . . . No me cree; sin embargo es la pura verdad y anoche como ahora mi único deseo es la muerte. Qué cruel es usted, que villano, á pesar de considerarse caballero! Después de haberme agraviado negándose á verme tiene valor para hundirme un

puñal en la herida mandándome aquel libro en que me dice por vía de Jorge Sand; ¡de Jorge Sand! que toda esperanza es ilusoria y toda promesa falsa, y me manda que busque consuelo en Dios, cuando usted ni siquiera cree en él! ¿Esto es ser caballero, esto es de un hombre que se considera bien educado?

—¡Por Dios! Ernestina, baje la voz que pueden oírla!

—¿Por Dios? no sea usted hipócrita. . . .

—Dígame, repuso él: ¡por dónde estaba usted anoche cuando se fue de la puerta de mi casa? Yo salí momentos después á buscarla por todo el camino, con una linterna, y vine hasta aquí llamándola. . . . Me dio tanta pena que se viniera sola que olvidé toda prudencia. . . .

Ya ve usted que no merezco los insultos de usted!

—¡Deveras! exclamó ella cambiando de tono; ¿deveras se arrepintió usted después?

—Cuando me dijeron que nadie la había acompañado, que iba sola. . . .

—¿Salió á buscarme? preguntó la desdichada con inefable y repentina dulzura, dando un paso adelante.

—Sí, contestó él con cierta frialdad y apartándose. Monté prontamente á caba. o y poniendo una bugía en una linterna vine por todo el camino real, hasta la entrada del pueblo llamándola. ¿No me oyó usted?... Por qué no contestaba?

—¿No he dicho á usted que estaba loca? Me perdí por aquellas veredas: no

sé cómo me encontré en el camino cuando empezaba á aclarar, y entonces vine aquí y me acosté casi muerta de fatiga y de dolor.

—Esa fue una atroz imprudencia... ir á buscarme hasta mi casa! Ernestina ¿no comprende usted que si esto se sabe queda usted horriblemente comprometida?

—Puesto que yo arrostraba todas las consecuencias que podrían sobrevenir. no tocaba á usted señalarlas!

—¡Cómo no!... Si á usted no le importaba nada, á mi sí.

—Comprendo, repuso ella suspirando dolorosamente; pero tengo que hablarle largo ¿cómo haremos? ¿En dónde?

—Otro día... ahora no.

—¿Por qué?

—Usted está enferma, se le conoce; debe descansar después de la loca caminata de anoche.

—¡Otro día no! Yo sé que usted se vuelve á Bogotá. ¿Cuándo?

—No sé.

—Me dicen que piensa arrendar la hacienda por largo tiempo.

—¡Quizás!... Pero ¿quién se lo ha dicho?

—Una persona que lo sabe.

Pedro no contestó en un principio, sino que apartándose dio una vuelta por el corredor. Volviendo al lado de Ernestina que se había recostado contra una columna.

—Pues bien, es cierto, ya tengo quien me tome la hacienda en alquiler.

—¿Y después?

—Me iré.

147
—¿Por mucho tiempo?

El no contestó.

—¿Para siempre talvez? preguntó ella con creciente agitación.

—No puedo responder del porvenir.

—¡Dígame lo que piensa hacer!

—Ahora no... Este lugar es muy público, nos pueden oír.

—¡Ah! pero tengo que hablarle, Pedro: es preciso.

Como ella levantara la voz gradualmente, Pedro miró con angustia en torno suyo.

—Sí, sí, dijo él, porsupuesto, después hablaremos.

—¿Cuándo?

—Iré á la huerta esta noche... aunque había jurado no volverlo á hacer.

—¿Me lo prometé?

—Sí,

—¡A qué horas?

—Cuando todos duerman en la casa.

—¿A las doce como otras veces?

—A las doce.

Y al decir esto iba á entrar á la casa y poner fin á la conversación, pero se volvió:

—Ernestina, dijo, oiga usted.

—Escucho.

—La prometí hablar con usted esta noche, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que será la última vez.

—Sí, la última vez!... Cuánto odio me tiene, lo siento!

—Al contrario, es por su bien que hago esto.

—¿Por mi bien; ¡cuánta considera-

ción! Y cuán agradecida debo estar con sus cuidados!

—Aunque lo diga por ironía, es la verdad.

—¡Ingrato!... Muy de otro modo me hablaba antes... pero es cierto que usted es hombre y yo mujer... No puedo esperar otra cosa, así lo dice Jorge Sand, las mujeres deben renunciar á toda esperanza en la tierra y amar sólo á Dios. Sólo á Dios amaré!... Usted me lo manda que es tan piadoso!

—No disputemos ahora, Ernestina.

Hice mal en darle ese libro cuyo espíritu usted no ha entendido. Además le aseguro que una reconciliación entre los dos es imposible ya. Pero esta noche sin testigos, podrá usted injuriarme á su sabor por la última vez, aquí es preciso que tenga cuidado porque la podrían oír. Repito á usted que esta noche podrá decirme cuanto quiera al despedirnos pare siempre.

—¡Para siempre! repitió ella mirándolo de hito en hito. Tiene usted razón, se verá conmigo la última vez de su vida, se lo juro. . . . Si sus promesas han sido engañosas, las mías no lo serán. Adiós!

Y al decir esto atravesó la sala, pasó corriendo por el corredor interior, entró á la alcoba y fue á ocultarse, cual cervo herido mortalmente, en un rincón, en donde se dejó caer sin alientos, exánime, casi sin vida. . . .



CAPITULO VII

DOS CARTAS DE BOGOTÁ

En tanto que Pedro aguardaba en el Valle la hora de la cita con Ernestina— la última que debería tener con ella— llegó al pueblo el correo de Bogotá, en el cual iban dos cartas para él.

Regocijose mucho al verlas, porque pensaba que ellas le ayudarían á pasar el tiempo con menos fastidio.

La primera que abrió fue la de una de sus hermanas, la más bachillera de las dos y la que solía escribirle más á su gusto. Ella nunca dejaba de referirle cuanto pasaba en Bogotá, y siempre le hablaba de Lucía.

Hé aquí la parte más interesante de dicha misiva:

“ . . . Te diré una cosa que de seguro te va á apenar. La pobre de doña Concha, la madre de Lucía, murió al fin después de una larga y dolorosa enfermedad. Ayer después del entierro, que tuvo lugar en la iglesia de Las Nieves,



estuvimos en la casa mortuoria como era natural; si vieras cómo está aquella quinta que conocimos tan alegre y llena de flores! No parece la misma; está enteramente arruinada: el jardín es ~~un~~ ~~un~~ un monte; los pájaros ya no existen y las jaulas abiertas y rotas están vacías; Lucía vendió los pajaritos que tanto quería para ayudar á los gastos de la enfermedad de su madre; la salita carece de muebles; los dijes de sobremesa han desaparecido y hasta aquel antiquísimo reloj (en el cual te acorda-

rás, que fundaba su orgullo doña Concha) y las laminitas que adornaban la pared todo fue cambiado por medicinas para la pobre enferma. Además durante aquella larga agonía Lucía tuvo que dedicar todo su tiempo á cuidar á su madre, de manera ~~que~~ me dijo su tía—no pudo dar una puntada, ni hacer aquellos ramos tan elegantes que le pagaban tan bien, ni siquiera dormir una noche en su cama.

Como no podía ganar nada ni aun cuidar el jardín para vender las flores, al cual no ~~podía~~ ~~volvía~~ á salir, acabá-

ronse los recursos de la casa y cada día empeñaba ó vendía algo para subvenir á ellos.

Encontramos á Lucía muy triste, lloró varias veces pero no abatida.

—¿Ahora qué piensas hacer? la pregunté.

—Seguir trabajando como antes para mantener á mi tía, me contestó; ¿no sabes? añadió en voz baja para que ésta no oyera, la pobre está casi tullida de reumatismo, y aunque ella tiene esperanza de curarse, el médico que la receta me dice que está enferma del corazón y que no debe salir sola á la calle.

—¿Ha tenido que dejar la administración de la panadería? exclamé.

—Como no alcanza á caminar hasta allá ha tenido que renunciar el empleo!

—¿Y tú tienes que hacerlo todo? pregunté.

—Naturalmente... pero tenemos casa propia y desde mañana he mandado decir á las señoras que me ocupan, empezar de nuevo mis tareas. Un veci-

no añadió, ofreció espontaneamente venir á arreglarme el jardín en cambio del bocadito de comida. Mi principal empeño está en renovar las flores finas para los ramos de novia que es lo que más me produce.

—Pero es muy laborioso ¿no es verdad? ¿hacer ramos de novia? preguntó mamá.

—Algo; es preciso conseguir flores finísimas y muy perfumadas de manera que suelo trastornarme y me veo en la necesidad de suspender por un rato la obra... pero esos son percances del oficio... Hoy me mandaron encargar uno.

—¿Para quién? pregunté.

—Para Elvira Espinel.

—¿Cuándo se casa, pues?

—De aquí á tres días... Tendré que pasar parte de la noche trabajando para que el ramo esté fresquito cuando el novio mande por él.

—Yo le mandaré, dije, cuantas flores blancas haya en casa y ~~cuantas~~ conseguí las que pueda.

Aquí doña Josefa, que siempre había sido tan animosa, pero que sus males y la pena han acobardado muchísimo, se soltó á llorar y á quejarse de su suerte.

—Querida tía, la dijo Lucía abrazándola cariñosamente; no tema por lo porvenir. Ya ve que nunca nos ha faltado nada, y mientras que yo tenga salud y nes protejan las amigas, yo tengo seguridad que Dios nos ayudará en todo.

—Pero eres tan orgullosa, contestó con mal humor doña Josefa, nunca quieres recibir nada de los demás!

—Flores sí, tía, pero regalos ¿para qué? Mientras tenga manos para trabajar yo sabré bastar á cuanto necesitamos. Es preciso que reconozcamos que siempre las amigas me prefieren dándome trabajo, en lugar de ocupar otras personas que lo harían mejor que yo.

Se me agolparon las lágrimas á los ojos al ver lo valiente y abnegada que es Lucía, es realmente un ángel, una persona excepcional!

Maná entonces que es tan franca, como tú sabes, y siempre dice lo que piensa:

—Lucía, le dijo; cómo me duele tu situación! Es verdad que eres muy bue-

na, pero tan exagerada! Bien sabes que todo esto se hubiera evitado, y no sólo serías feliz sino que hubieras hecho la dicha de Pedro. Estoy segura que mi hijo no te ha olvidado á pesar de tu increíble ingratitud para con él.

— Yo siempre, todos los días, dijo Lucía llorando, ruego á Dios por él, no crean ustedes que soy ingrata!

— Pero eso no basta, repuso mamá, “obras son amores y no buenas palabras.”

Lucía continuó llorando por única contestación.

— No crean ustedes, dijo doña Josefa, que le ha faltado á Lucía modo de mejorar de suerte. . . . le han salido por lo menos dos buenos novios que la hubieran sacado de pobre. . . . pero ella, á pesar de esa dulzura que ustedes le conocen, y ese su modito tan suave, tiene una cabeza de hierro.

La conversación que tenía en ascuas á la pobre niña, fue interrumpida en aquel momento por una visita que ninguna de nosotras aguardábamos; nada menos que tu amigote Jorge Maldives.

— ¿Desde cuándo por aquí? le preguntamos.

— Desde ayer. . . . Hoy supe la desgracia ocurrida en esta casa y me apresuré á venir. ¿Pedro está siempre en la hacienda? me preguntó.

— Creo que regresará pronto.

— Me alegro, porque deseo hablarle.

— ¿Y piensa ya radicarse en su país? le pregunté.

— Esto no depende de mí.

— ¿Le trae algún negocio?

— Si y no.

Y volviéndose á Lucía empezó á hablarle de la pérdida que había tenido. Viendo que no podíamos sacarle el motivo que tenía para volver á Colombia, nos despedimos á poco y al momento que volví á casa me puse á escribirte esta larga carta. . . .”

Cuando Pedro acabó de leer la carta de su hermana, y repasar los últimos

párrafos se estuvo largo tiempo sumido en triste meditación:

“¿A qué vendrá Jorge? se dijo, será por ventura á presentarme nuevamente á Lucía como pretendiente? Es muy posible, pues me dijo antes de irse que jamás había visto ninguna mujer que tanto le tocara el corazón ni que mereciera no sólo el amor sino un sentimiento hacia ella de honda veneración. Esas fueron sus palabras, las recuerdo muy bien. Indudablemente eso es cierto y parecen haber nacido el uno para el otro. Pero ¿quién amará á Lucía como yo? Y decir que ella persistirá en rechazarme por un escrúpulo de monja. Tales son las aberraciones del espíritu humano que prefiere su pobreza, sus sufrimientos, sus afanes mas bien que atropellar una preocupación tontísima. Pero ella talvez tendrá razón y al vivir juntos, será preciso doblegar el uno á la voluntad del otro ó vivir en continua desarmonía. Estoy seguro ya que no podría hacerla cambiar de ideas, y yo, ¿he cosechado dicha alguna con las mías? De ninguna manera. . . . pero ¿cómo cerrar los ojos á la verdad, á la evidencia de mis sentidos? . . .”

Pedro se dejó llevar por sus meditaciones y después de ellas se apoderó de su mente un hondísimo desaliento, una melancolía tal que llegó hasta desear la muerte para descansar del trabajo de una vida sin aspiraciones y sin objeto. Sin embargo, cuanto pudiera desear un hombre lo poseía á manos llenas, juventud, salud, riqueza, familia que lo idolatraba, buena posición social, inteligencia; y sin embargo era más infeliz que cuantos le rodeaban. . . . Reflexionaba que en medio de su pobreza Lucía era más feliz que él. Ella no perdía jamás el ánimo y le bastaba para ello cumplir con los deberes que se ha impuesto. Levantaba las miradas al cielo y allí encontraba consuelo. ¿Qué cosa es el deber? Misterios del organismo humano que se desvive por crear necesidades y cadenas ilusorias, sin duda para que

aquello impida que el hombre pierda el amor á la existencia? ¿Pero quién ha sembrado eso en el hombre?... Probablemente la ciencia que todo lo descubre acabará por encontrar en qué consisten esos extravíos de la mente; herencia, á través de millares de generaciones, del que primero creó esas ideas, ilusiones sin verdadera consistencia, fantasías que repercuten al través de los siglos de padres á hijos. Cosa más curiosa por cierto es que el ser humano se complazca en abandonar lo claro, lo tangible, lo visible, lo material para sacrificarse á una sombra, una ficción, una palabra inventada por él; el deber. ¿Qué es el deber. . . .

“Hay momentos, pensaba con cierto estremecimiento, en que dudo de la misma ciencia, ésta se equivoca con tanta frecuencia, de manera que lo que ayer había probado, hoy ya reniega de ello; entonces me encuentro rodeado de tinieblas y desde el fondo de mi alma quisiera ser uno de aquellos que tienen una religión que los sostiene, y que se agarran de una ilusión que los consuela, y quisiera ser ignorante, olvidar lo que me enseñaron. Si esta vida no sirve sino para gozar de ella mientras que estamos jóvenes, ¿porqué pasa-

mos los primeros años de nuestra existencia deseando lo que no podemos alcanzar, y la edad madura y la vejez lamentando la pérdida de nuestras potencias debilitadas por la edad? En lugar de arrancarnos el velo que nos oculta la realidad, en vez de señalarnos las tristes verdades de la vida, deberían, al contrario, fomentarnos las ilusiones y cultivar esa credulidad pueril que produce en las gentes llamadas religiosas esos consuelos, esas esperanzas que los hacen mirar con indiferencia los sufrimientos, los desengaños de la existencia humana. Nuestro dios es la ciencia, pero el Dios de los creyentes, de las personas religiosas nunca les causa desengaños; felices de ellos! pues el nuestro con frecuencia nos conducé por un camino sin salida y nos ofrece frutos que no maduran jamás.”

Para deshacerse de estos amarguísimos pensamientos Pedro abrió la otra carta. No era de Jorge Maldives como pensó en un principio, aunque desconoció la letra, sino de un amigo de colegio quien algunas veces le escribía para darle cuenta de las noticias políticas á las cuales era muy aficionado y referirle crónicas bogotanas. Este compañero de colegio de Pedro le quería mucho á pesar de la frialdad con que el otro solía tratarle y la indiferencia con que recibía sus confidencias políticas y en sueños irrealizables de una gloria que no creía Pedro que existiría para la patria.

Después de hablarle de personas que

no nos interesan, el autor de la carta decía lo siguiente:

“Pero de lo que hoy día todos se ocupan en Bogotá es de un suceso muy grave que alarma la sociedad entera, siendo esto un síntoma que prueba que la sangre que circula por las arterias de la máquina social en Colombia está muy corrompida en todas sus partes. Me refiero al descubrimiento que han hecho hace algunos días de una camada de monederos falsos, que bajo el pretexto de reunirse en un Club privado se juntaban varios jóvenes, algunos vástagos de familias hasta hoy honorables, con el exclusivo objeto de hacer moneda falsa, forjar escrituras y documentos falsos para estafar á los incautos. Esto se hacía allí con tan buena maquinaria y con tanta perfección, que prueba que aquellos desgraciados eran veteranos en el oficio y debieron haberse ejercitado muchísimo para ser tan hábiles.

¡Cosa curiosa por cierto! Aquellos jóvenes que trabajaban con tanta consagración en tan perniciosa tarea, han sido por lo general perezosos, vaga mundos y descuidados cuando ~~de~~ ~~se~~ ~~ocupaban~~ en un trabajo útil y honorable, pero al tratarse de una tarea como ésta parece que pasaban largas horas en una ~~ocupación~~ mucho más árdua y peligrosa! ¿No te parece esto curioso? Algunos fanáticos dirán que esto es obra del demonio que les infunde

fuerza y valor para que obren mal. Comprendo que esta idea es absurda, pero si es cierto que es extraño el caso no es el único cuando se trata de cometer el mal. ¡Cuántos malvados no vemos diariamente que se exponen á grandes riesgos sólo para conseguir alguna miserable suma que conseguirían descausadamente si quisieran consagrarse al trabajo. Y sin embargo prefieren hacerse á una cantidad de dinero que no les da con qué comer, robándola con daño propio y ajeno, y perdiendo la tranquilidad de la conciencia.

“Sin duda que filósofos y fisiólogos modernos habrán explicado estos casos biológicos (pero en este siglo todo se explica), pero yo hasta ahora no he dado con ninguna que me satisfaga. Tú que tanto has estudiado estas cosas quizá te darás cuenta de esas vice-versas del espíritu humano.

“Volviendo á nuestros monederos falsos: examinados á los que encontraron en aquel antro, resultó que el Jefe de ellos era un tal Arturo Villamil, que tú debes conocer de vista por lo menos, mala persona, muy desacreditado por su vida desarreglada. Hace unos dos ó más años había heredado una regular fortuna de una tía, y una vez que se encontró rico le entró comecón de hacerse millonario por vías torcidas; con ese objeto reclutó á algunos vagamundos ahogados y muertos de hambre, á quienes parece que él indujo ofreciéndoles una exigua parte en el negocio. Esto por lo menos han declarado sus cómplices, porque lo que es él, se ha castigado á sí mismo, ya que las leyes no podrán hacerlo.

“La noche que penetró la policía en el famoso club de monederos falsos,



viéndose perdido, sin esperanza, quiso huír arrojándose por un balcón que él consideraba seguramente menos elevado. Lo cierto es que cayó sobre un montón de piedras, se rompió una pierna y se hizo una herida en el cráneo, de tal naturaleza que, dicen los médicos que le están asistiendo que, aunque no perderá la vida, de resacas de la herida perderá la razón y quedará idiota para siempre, convirtiéndose en un objeto repugnante y asqueroso. Es cierto que este percance le librará del juicio que se sigue á sus cómplices, ¿pero qué fin tan miserable para aquel hombre que alternaba con familias de la buena sociedad bogotana? Sin embargo, como sucede siempre en casos como éste, cuando alguien se pone en evidencia con motivos desdorosos ahora resulta que cada cual sabía alguna historia que manchaba su reputación. ¡Qué de cosas se cuentan de Arturo Villamil! Hasta han llegado á decir que muchas personas íntimas de la tía que heredó, tenían sospechas muy fundadas de que él, por medio de una niña recogida en casa de la señora, administróle drogas que aceleraron su muerte, todo con el objeto de que no alcanzase á perfeccionar ó cambiar el testamento que dicha señora había hecho ~~en su favor~~. Además de esto refieren cuentos escandalosos que prueban que ese era uno de aquellos hombres cínicos, depravados, que tienen el dón de hacerse odiosos y producir el mal en dondequiera que se presentan, manchando como el arrastrado gusano, con su infesta baba todo lugar

por donde transitan; de esos seres que hacen el mal por el gusto de hacerlo, aunque no les reporte ningún bien, y que no les detiene ningún obstáculo cuando desean conseguir alguna ventaja, que, como los cerdos, tienen gusto en hundirse en los lodazales del vicio por el placer de degradarse y de degradar á los demás; hombres que jamás han ejecutado una buena obra ni dicho una palabra consoladora; hombres que se han desnaturalizado y que dando un salto atrás, han heredado solamente los instintos brutales de sus antepasados, y ninguna de sus virtudes.

« Estos tipos no son comunes todavía en estos países, pero sí lo son en las naciones más civilizadas; ¿será posible, pues, que el fin de las sociedades humanas que han llegado á su apogeo, sea como el de las plantas que acaban por podrirse y corromperse y así abonar la tierra para que nazcan las semillas que han de brotar en su lugar? ¿Será preciso que los hombres se pudran moralmente también, como esos seres que sólo buscan el goce material, á quienes la belleza y el arte no son sino inventivas para los placeres? Hombres que desconocen la existencia de la virtud, que buscan en las ciencias sólo aquello que pueda prolongarles la existencia corporal y para quienes el suicidio es la puerta que los lleva á abandonar la vida cuando ésta ya no les brinda goces. . . . será éste el apogeo del progreso? Indudablemente que si este es el objeto de la civilización, iríamos á parar en la barbarie pura y neta, porque á eso nos conduciría el olvido de todo sentimiento del deber, del respeto por la sociedad y añadiré de cristianismo bien entendido. Motivos son estos, amigo mío, de hondas reflexiones ¿no es cierto? causas de estas que nos llenan de asombro y si no encontráramos una solución consoladora en el cristianismo acabaría por arrojarnos en un piélago de sombría desesperación; es preciso que busquemos en la vida una esperanza y en nuestra alma. . . »

Pedro al llegar á esta parte de la carta de su amigo la arrugó entre sus manos y la tiró al suelo:

— Este, dijo, casi en alta voz, con marcada impaciencia, éste me viene también á hablar á hablar de cristianismo, de alma, de esperanza! ¿De cuándo acá se ha metido Federico á filosofar con este aire de predicador chavaicano? . . . Yo le he conocido desde niño viviendo como todos los demás jóvenes sin cuidarse de cuestiones espiritualistas ni acordarse del bendito cristianismo y mucho menos de su alma; ¿qué le habrá pasado? ¿Por qué se han propuesto todos remover y turbar mis dudas y sacar á luz mis recónditos recelos? ¿Para qué amargar mi existencia con tristes é inútiles perplejidades que hasta ahora nunca me habían pasado por la imaginación?

Cuando llegó la hora en que se acostumbraba cerrar la tienda y el portón de la posada, y que todos, dueños de casa y huéspedes se retiraron á dormir, Pedro también se encerró en el desmantelado cuarto que le habían señalado. Era muy temprano todavía, pues en aquella aldea en que todos se levantaban con el día se acostaban también poco después de que daban las ocho en la iglesia.

El cuarto de Pedro tenía puerta al corredor exterior, de manera que podía

salir á la plaza sin que nadie lo supiera en la casa.

Hacia calor aquella noche y Pedro se sentía triste, fastidiadísimo, le pesaba haber dado aquella oita á la infeliz Ernestina, al recordar su extraviada mirada, la angustia que respiraban sus palabras, comprendió que iba á tener con ella una tempestuosísima entrevista.

—Que ciertas mujeres sean tan exageradas es una desgracia! pensaba, pero yo realmente no tengo la culpa de estas relaciones; ella lo aillanó todo... me da sin embargo lástima; en este lugar ella no tiene con quién hablar ¡Qué se ha de hacer! Esta será la última entrevista, á esto estoy resuelto... En fin, aguardaremos... “todo pecado lleva en sí su castigo,” solía decirme mi madre; yo no debí hacer esto pero no hay remedio, es preciso oír sus quejas por la última vez ¿cómo es posible que ella tomara á lo serio cuanto le dije?... Yo casarme con Ernestina!... qué profanación pensar en parangonearla con Lucía...

Suspiró, apagó la vela y se acostó en la hamaca, después de haber trancado la puerta que daba al interior de la casa ^{de nuevo} entreabierta la que se abría sobre la plaza, para que los vecinos no lo oyese salir después.

Mientras que Pedro dormitaba meditando sin cuidarse de cosa alguna y sin presentimientos, veámos qué hacía Ernestina en la alcoba común oculta detrás de las cortinas de su cama.

Desde que se despidió de Pedro esa

mañana se dirigió á aquel recinto, testigo mudo de todas sus penas, y arrojándose sobre la cama lloró con desesperación, no derramaba aquellas lágrimas, que, como el fresco rocío, refrescan el corazón, y ablandan las pasiones y suavizan las asperezas de la existencia,—sino aquellas que brotan como ardiente fuego del fondo del sér humano—y que son señal de impotente rabia, de desesperación y despecho; que hacen arder no solamente los ojos sino que encienden y extravían el entendimiento obscureciendo la luz de la razón.

—Me aborrece, el ingrato! murmuraba, mordiéndose los puños para que no estallasen los sofocos convertidos en gritos. Me odia, me desprecia!... Pero ¿cómo tiene derecho para eso? Ah! no, no, pero lo siento así y esto me está matando...

Sin embargo la misma violencia de su dolor agotó al fin sus fuerzas y poco á poco fue cayendo en un estado de completa atonía, en medio de la cual deseaba la muerte desde el fondo de su alma y la pedía, no á Dios, en quien no creía, sino á la Naturaleza.

Varias veces entraron Paulita y su tía á preguntarle cómo se sentía, pues la consideraban muy enferma. Ella contestaba con balbuciente voz que le dolía la cabeza y lo único que deseaba era no moverse ni hablar.

—¡Pero tienes fiebre, le decía su tía, es preciso tomar algún remedio!

—Nó, nó, contestaba, ésto pasará con el reposo.

Veremos mañanas...

Y con esto las dos mujeres volvían á sus ocupaciones.

Una vez entró Paulita á decirle de parte de Petrona (que no sabía que Ernestina había llegado al pueblo por la mañana y no por la tarde) que si no pensaba regresar á la estancia, á lo cual contestó la desdicha que no la aguardase ese día porque estaba enferma, pero que cuando mejorara volvería al Rosal á acompañarla.

Así se pasaron las horas; así como no había querido almorzar, tampoco comió, pero bebía agua con el ansia del calenturiento. Ya por la tarde Paulita le llevó una taza de chocolate y la instó con tan dulces palabras para que lo tomase, que al fin convino en ello, tragó algunos sorbos y se dejó caer después sobre las almohadas sin alientos. Sin embargo, merced á este alimento pudo conciliar un sueño reparador que calmó un tanto su loca exaltación, pues ni siquiera señó. Durmió de una pieza durante algunas horas y no despertó sino cuando ya todas las mujeres que ocupaban las demás camas del dormitorio se habían acostado y dormían profundamente.

Levantóse entonces la mísera Ernestina, sacó su reloj (recuerdo y reliquia de sus mejores tiempos) y á la luz moribunda que alumbraba la Virgen, vio que marcaba apenas las diez.

— ¡Dos horas todavía de espera! pensó recostándose nuevamente sobre sus almohadas. . . . Será esta la última cita, me advirtió, la última! Y después nunca más, nunca! Murmuró esta palabra una, dos, tres, veinte veces; era aquella palabra una obsesión que no le permitía decir otra cosa ni pensar sino en aquello.

— Y después, pensó al cabo de un rato, y después ¿qué será de mí! ¿En dónde ocultaré esta vida truncada, mi horrible tristeza, mi desesperación? . . . En dónde? . . . Sólo en la tumba hallaré descanso! Si la muerte no viene á buscarme, yo tendré que ir á su encuentro. . .

Permaneció largo rato con los ojos cerrados entregada á hondas meditaciones. De repente se incorporó.



— Si, murmuró, sí; mientras que yo sufro, mientras que yo muero, él se irá á Bogotá y allá contará á sus amigos la distracción que ha tenido en el Valle y cómo hizo la conquista de esta infeliz. El se reirá, mientras que yo lloro. ¿Por qué no? El es hombre y por consiguiente cruel, yo mujer y por supuesto, crédula y tonta. El es joven, rico, nada respeta, en nada cree ¿por qué no se ha de divertir y entretener á sus amigos, contándoles todos los pormenores de esta intriga y ponderándoles mi amor por él? Esta aventura se hará pública entre los que me conocieron en Bogotá y hasta Arturo tendrá noticia de ello. . . . Yo seré el hazmerir de aquellas mujeres que se gozaron en despreciarme después de la muerte de doña Fulgencia, y aquellas buenas mujeres en cuya casa encontré asilo me tendrán compasión. . .

Y cuando quiera Pedro á otra mujer, cómo se jactará de haberme engañado y burládose de mí. . . . Pero ¿me engañó de veras? . . . No sé, yo sentía aquí en mi corazón que él no me amaba sino que se dejaba querer. . . . ¡Ah, desgraciada de mí! esto no lo puedo soportar. ¡Juro que Pedro no irá á Bogotá á pretender á otra, dejándome aquí sumida en el hondo mar de los celos!

Levantóse apresuradamente pero sin hacer ruido: se calzó y abrochó el vestido; recogió sus desgredadas crenchas

que brillaban como hebras de oro derramadas por la espalda; se envolvió en un pañolón que encontró á mano; sacó del bafú un objeto pesado que allí tenía dentro de un pañuelo; levantó muy quedo el pestillo de la puerta que había frente á su cama y que daba al corredor de la huerta; pero al abrir la puerta una ráfaga de viento que la hizo estremecer, fue á apagar la luz que ardía frente á la Virgen en el fondo del dormitorio. Al verse en completa obscuridad tuvo miedo, dió un paso atrás, vaciló un momento, pero cobrando fuerzas abrió la puerta nuevamente y salió al corredor cerrándola detrás de sí.

Nadie la oyó salir; todas aquellas mujeres cansadas con las pesadas faenas caseras dormían á pierna suelta, respirando recio unas, roncando otras.

Entretanto Ernestina salía al corredor y á tientas, pues la noche estaba muy oscura, puso el objeto que llevaba en la mano sobre un banco y atravesando la huerta fue á abrir el portón que daba á la callejuela por donde debería llegar Pedro.

Volvámos ahora al cuarto en que éste aguardaba la hora de la cita recostado en la hamaca.

Mil ideas encontradas se enseñoreaban por turnos en su pensamiento. Recordando la carta de su hermana se afligía al pensar en Lucía pobre, pasan-

do escaseces, entregada á trabajos manuales, en los cuales marchitaba su juventud y revolvió en su mente mil proyectos por medio de los cuales podría aliviarla, pero los desechaba después

por ser ilusorios ó imposibles. Poco á poco se fue quedando dormido y se le presentó entre sueños la imagen aérea de la única mujer que había amado con las manos levantadas al cielo, los ojos puestos en las estrellas y aún pareció oír su voz que con acento dulce le llamaba. . . . pero aquella imagen duró un segundo y en su lugar se le apareció la fatídica y apasionada Ernestina, la cual al adelantarse hacia él le causó tal disgusto que despertó enteramente.

Asáltóle un vago remordimiento al acordarse del dolor que ésta infeliz había manifestado con la idea de su partida.

“Ella me ama, pensaba, pero demasiado, de una manera tormentosa que repugna en una mujer. Sin embargo tendré yo la culpa acaso? . . . ¿No me gocé en manifestarle una afición que no la tenía, con falsas palabras?”

Sintió Pedro en ~~ese~~ momento aquel malestar interno del que aunque no lo confiese, comprende que su conciencia no está libre ni tranquila. No sabía qué pensar de la vida ni de la muerte. ¿Qué es la muerte? ¿Qué sería de él una vez que se extinguiera el aliento vital que le animaba? Volvió á atravesar por su mente un sentimiento de indecible angustia. Es horrible pensar en que al morir nos convertiremos en piedras, gaces, plantas y que perdemos para nuestra personalidad, aquel yo por el cual somos capaces de cometer crímenes, bajezas, injusticias. . . .

— Felicísimos seres son aquellos, pensó, que como Lucía, miran con desden las alegrías y sufrimientos de esta carne perecedera y con los ojos fijos en ultratumba viven en el mundo tranquilos y aceptan las penas y las dichas con

la misma serenidad, sabiendo que en este mundo todo es pasajero. Que se incinán reverentes ante el Todopoderoso que los prueba con tormentos ó los recompensa con dichas y bendicen la mano que los guía.

Al fin oyó cantar los gallos en los corrales de la aldea, lo cual le probaba que había llegado la media noche. Pedro bajó de la hamaca, se acercó á la puerta. Una obscuridad profunda envolvía la dormida población, un viento fresco soplabá sobre los techos pajizos de las casas produciendo un susurrar misterioso y arrancaba las hojas secas del árbol que crecía en medio de la plaza. Pedro encendió un fósforo y miró el reloj: eran pasadas las doce.

—Me estará esperando! dijo para sí, calándose el sombrero.

Salió al corredor; pasó por encima del barandal; bajó á la calle, cruzó la esquina y se dirigió á la callejuela en donde estaba la puerta de la huerta.

En medio de aquella lúgubre obscuridad y mientras que palpaba el muro para orientarse, pisando muy quedo para que no lo oyesen, le asaltó de repente esta idea que le obligó á detenerse:

“¿Y si acaso los creyentes tuvieran razón y nosotros los libre pensadores estuviéramos equivocados?... Si realmente hubiera otra vida después de

ésta, á la cual llegaríamos al morir sin estar preparados?

Si fuera verdad que hay un Dios que recompensa al que ha creído en él y castiga al que lo ha negado?... Horror!... Y habría yo desperdiciado mi existencia entera en estudios estériles, en diversiones que no me han causado satisfacción ninguna, en dudas que han torturado mi corazón, para que al cabo resultara que tenían razón los creyentes y que yo ~~habría~~ que pasarle una eternidad ¡una eternidad! expiando mi equivocación?... Espantosa idea.... Pero no, estoy nervioso, impresionado, quizás enfermo; la mo-



nótona vida que he llevado aquí y las exigencias de Ernestina me han trastornado... Sin embargo...

Al pensar así llegaba á la puerta de la huerta; estaba al parecer cerrada.

—Ah! cuanto celebraría que Ernestina no la hubiese abierto, pues, no me siento bien esta noche, algo extraño pasa por mí...

La puerta, empero, estaba apenas entornada, de manera que al tocarla se abrió.

—Bien, pensó, así será mejor, más vale acabar con esta intriga de una vez y volver á Bogotá; allí verá á Jorge y él quizás me aclarará ciertas dudas que me han asaltado ó inquietado.

Entró á la huerta y trancó por dentro la puerta; á lo lejos vio una sombra que blanqueaba. Llamó en voz baja.

—Voy! contestó Ernestina, aguárdenme ahí!

.....

Cuando salió el sol del día siguiente encontró en pie á toda la familia de la posadera, ocupado cada cual en la faena y el trabajo que le correspondía en

aquella casa bien ordenada.

Justino tenía compromiso con Pedro para ir con él á una hacienda vecina á arreglar un negocio de ganado; pero á pesar de que habían quedado en que se pondrían en marcha muy de mañana para no solearse, el huésped no se levantaba: eran ya las ocho, el sol estaba muy alto y Pedro no salía de su cuarto ni había pedido su desayuno, cosa que siempre hacía temprano. La puerta del aposento que ocupaba estaba cerrada por el lado del patio interior; no atreviéndose á golpear Justino pasó al corredor exterior y notó que por ese lado la puerta estaba entreabierta y que el cuarto estaba vacío.

—Sin duda, pensó el primo de Ernestina había salido ya ¿pero adónde? El nunca va á otra casa del pueblo. ¿Quizás se le había ocurrido volver á su hacienda?

Dirigióse entonces á preguntar al mozo que tenía á su cargo las bestias pertenecientes á los huéspedes si Pedro había mandado ensillar su caballo, cuando en el patio interior se encontró con Paulita que pálida y asustada salía del dormitorio común.

—No parece Ernestina! exclamó. Esta mañana salimos todos de la alcoba sin hacer ruido, pensado que no deberíamos despertarla... y ahora cuando entré á preguntarle cómo había pasado la noche, no la encuentro en su cama.

—¿Se levantaría, ¿eso qué tiene de raro?

—Su cama no ha sido ocupada, está tendida é intacta.

—Vaya una coincidencia particular!

—Cuál?

—D. Pedro del Pino tampoco parece en su cuarto!

—¿Don Pedro?

—Sí.

Los dos hermanos se miraron, y una misma idea les aralló, una sospecha les llenó de angustia.

En aquel momento se les acercó su madre:

—¿Oyeron ustedes, dijo, un extraño

ruido en la huerta anoche? ¿qué sería?

—Sí, repuso Paulita, lo había olvidado; entre dormida y despierta oí una detonación como de un tiro.

—¡Un tiro! ¡Jesús credo! contestó la otra. Me pareció como si se cerraba una puerta con violencia y después un murmullo.

—Yo oí lamentos, dijo Sinforosa, saliendo de la cocina, pero pensé que sería en la calle.

—Me pareció, repuso una de las sirvientas, haber oído dos tiros, pero uno después de otro al cabo de un rato.

—La vela que estaba delante de la Virgen amaneció apagada! exclamó Carmelita, pero yo la encendí apenas me levanté porque ¿no dicen que eso anuncia alguna desgracia?

—¡Vean, vean! exclamó un peón que entraba con los caballos de la manga vecina. ¡Qué nube de gallinazos revolotean encima de la casa!... Debe haber algún mortecino aquí cerca...

Pero ya antes de que aquella gente hiciera las observaciones apuntadas, Paulita, presa de horrible congoja había corrido á la huerta seguida por Justino, el cual, aunque sospechaba vagamente las angustias de Ernestina, nada

sabía, pero adivinaba que debía de haber sucedido algo muy terrible.

Ambos hermanos entraron precipitadamente por el dormitorio á la huerta. En el corredor en donde estaban las bancas de la escuelita de Ernestina, no había nada insólito, pero levantando la vista Paulita hacia el fondo de la huerta vio por el suelo dos bultos postrados... Al reconocerlos dio un grito de espanto, asustando á varios cuervos que saltaban en torno de ellos. Con fúnebre aleteo estos animales se elevaron en el aire repentinamente.

Señalando á Justino los bultos, Paulita se adelantó vacilante hacia ellos, pero vencida por la emoción tuvo que apoyarse contra el tronco de un árbol cercano. En pos suya avanzó Justino,

seguido por todos los que habian oido el grito de su hermana y el ruido siniestro de los cuervos.

Pocos momentos después llegaba el Alcalde, el Cura, los vecinos... y todos hablaban, exclamaban, gritaban, lloraban las mujeres, chillaban los niños haciendo mil aspavientos.

—¿Qué habia sucedido allí que tanto espanto producía á toda la poblacion?

Vamos á decirlo: cerca de la puerta de salida, al otro extremo de la huerta, yacía apoyado contra el quicio mismo el inanimado cuerpo de Pedro y cerca de él, en el suelo, el de Ernestina, ambas manos extendidas hacia adelante; en la derecha tenía entre sus crispadas manos un revólver.

Levantaron á la desdichada sobrina de la posadera... estaba rígida, helada, se conocía que hacía muchas horas que habia muerto; atravesada una sien por una bala que le salió por el cerebro; éste delió de matarla en el acto. Como el tiro se lo habia hecho á quemarropa aún tenía la cara manchada por la pólvora; su hermosa cabellera desprendida la cubría como con un manto de oro; conservaba los azules ojos abiertos, los cuales guardaban todavia una expresión de espanto y de indecible angustia; la mano izquierda estaba manchada de sangre, así como parte de sus vestidos; pero como aquella sangre no era producida por la herida que la habia matado, se comprendía que antes de quitarse la

vida habia tocado á su companero de infortunio, el cual, herido en el pecho por ella, habia perdido gran cantidad de sangre. Sin duda, Ernestina creyéndolo muerto, en su desesperación se habia dado el tiro al cabo de un rato, pues según dijeron los criados que oyeron el primero y el segundo tiro, se lamentó y lloró entre uno y otro. Desgraciadamente ellos no se preocuparon de esos lamentos.

¡Horror! un cuervo la habia dado algunos picotazos en un brazo que dejó descubierta al caer.



El revólver de cinco tiros que conservaba en su rígida y helada mano tenía descargados cuatro.

Justiro recibió el arma.
¡Ah! exclamó estremeciéndose, este revólver es mío. Se lo presté á Ernestina hace pocos días para tirar al blanco; no me lo habia devuelto y yo olvidé pedirlo.

Cuando iban á levantar el cuerpo de Pedro, lo encontraron todavia vivo en medio de una charca de sangre que manaba de su abierta herida; sin duda el fresco de la noche habia estancado la sangre y aunque exánime aún respiraba tenuemente.

—¡No lo muevan! exclamó el Cura arrodillándose al lado del moribundo, puede morir al tocarle, está agonizando, pero quizás siga todavia y podré echarle la absolucion.....

CAPÍTULO NOVENO

UN ANGEL

Era de noche en Bogotá; la misma de la última cita dada por Ernestina á Pedro, la cual tuvo tan fatales consecuencias.

Lucía había pasado el día entero ocupada en hacer ramos blancos, los cuales deberían adornar la mesa de banquete que al día siguiente se daría para celebrar una rumbosa boda, la de una señorita muy rica de la capital.

—Dejé el ramo para la mano, obsequio del novio, para hacerlo esta noche, dijo, así estará más fresco mañana, ¿á qué hora vendrán por él?

—A las siete, contestó su tía, quien la había estado acompañando en su tarea para clasificar las flores según su tamaño y belleza, de manera que Lucía pudiese hallar prontamente las que iba necesitando para formar los ramos.

Varias veces Lucía—que estaba tan debilitada por las angustiosas veladas al lado de su madre moribunda—se ~~le~~ sintió desvanecida con los fuertes aromas de las flores y había tenido que salir á respirar el aire libre.

Después de rezar el rosario y ayudar á su tía á meterse en la cama,—pues la pobre anciana casi no podía valerse por sí misma—Lucía volvió á la salita en que había estado trabajando todo el día, pero allí sintió un vértigo que la

obligó á abrir la puerta que daba al corredor del jardín para que se renovase el aire impregnado de perfumes.

Entretanto salió al corredor. Eran las diez de la noche, hora que oyó estar dando en varios relojes públicos de la ciudad.

Al contrario de lo que sucedía en el Valle, la atmósfera despejada, clara y serena; el cielo tachonado de innumerables estrellas brillaba con singular intensidad.

—¡Bendito sea Dios! exclamó Lucía levantando los ojos y juntando las manos con admiración. ¡Bendito sea el Creador de tantas y tan espléndidas maravillas! Este mundo es muy bello, pero en seguida pensó: ¿cómo será de hermoso el cielo en donde tiene su trono el Señor de semejantes portentos? Y que haya espíritus efusados que se niegan á confessar cuán bueno, cuán mi-

sericorioso y magnifico es el que hizo todo esto para regalo de nuestros ojos!

Qué desgracia sera carecer de creencias! Yo daría mi vida en cambio de que Pedro se dejara convencer de esto y se inclinara reverente ante ese Dios del Universo que yo adoro!... ¿Esta aspiración será acaso egoísta?... No; lo es en el fondo de mi alma y veo que no es por mí misma que lo deseo..... bien lo sabe El que todo lo ve, no es para mi propio bien, ni para que vuelva á amarme que así lo pido al Señor, pues ya él me ha olvidado; quisiera dar mi vida, mi humilde existencia, en cambio de la salvación de esa alma, en el fondo

tan buena, á pesar de lo que la han falseado las malas doctrinas infiltradas en él desde la infancia!

Un suave airecillo vino á besar la frente calenturienta de la niña.

—Pedro, Pedro, dijo entonces en voz baja y angustiosa, siento algo extraño en mi alma, como si tú me hablaras al oído, me pidieras consejo, socorro.... ¿qué me dices? ¿Es posible que las almas puedan comunicarse desde lejos?... Dime, Pedro: ¿me oyes al través del espacio que nos separa?... ¿Qué importan las pasajeras uniones de este mundo si podemos tener la Eternidad para amarnos?... Escúcha mi voz, mi ardiente deseo de salvarte, mira á los cielos en donde ruedan mundos y soles cantando alabanzas al Señor en himnos misteriosos y sublimes.... Mira aquel polvo brillante compuesto de átomos de luz que se desprende de los incensarios de que adoran prosternados ante el trono del Eterno.... Pedro, allí está nuestro puesto, no me importa volver á verte en este mundo, si allí te encuentro al salir de él.... Pedro, óyeme, óyeme....

Con los ojos fijos en el fulgurante cielo, las mejillas cubiertas de lágrimas de intensa emoción, las manos levantadas con ademán de súplica, Lucía pasó largo rato arrobada, sin movimiento, orando desde el fondo de su alma.

Al fin volvió en sí repentinamente, se limpió los ojos, y recordando que tenía

una difficilísima labor que concluir aquella noche—pues un ramo de novia es realmente una obra de arte que requiere exquisito gusto y atención—en-

tró nuevamente á la sala, recogió en varios azafates y canastillas las flores mas finas entre las camelias blancas, jazmines y botones de rosa que había recogido para el caso, y llevándolas á su dormitorio las dispuso en torno suyo y empezó la tarea.....

Un claro y brillante sol iluminaba la extensa sabana á lo lejos, iluminaba las altas torres de las iglesias, se estrellaba contra los miradores de cristales de los gabinetes y balcones de las casas más elevadas de la ciudad, jugaba en las rejjas doradas, penetraba en los templos que llenaba de luz, haciendo brillar los ornamentos y altares.

En todas las iglesias tocaban á misa llamando á los fieles para que fueran á dar gracias á Dios por el nuevo día que alboreaba.

Sin embargo, Lucía, que se levantaba siempre con la aurora, aunque hubiese trasnochado trabajando, Lucía no salía de su cuarto. Sorprendida con aquello, D.^a Josefa, se vistió como pudo y penetró en el dormitorio de su sobrina. La llamó desde la puerta, pero al dar un paso adelante dio un grito de espanto y cayó desplomada....

La moribunda luz de la lámpara que Lucía había puesto sobre una mesita baja á su lado, espiraba ya, dando una luz rojiza, pero por las maderas abiertas de la ventana entraba la luz del sol é iluminaba un espectáculo dolorosísimo. Lucía se hallaba derribada largo á largo en la mitad del aposento y su entallado vestido veíase cubierto con multitud de flores blancas y en sus manos

conservaba á medio hacer el ramo de novia que fabricaba.

Palida, helada, rígida, parecía sin embargo, dormida dulcemente y una solista vagaba por sus labios. Levantáronla del suelo, llamaron médicos, le hicieron fricciones..... pero todo en vano; había muerto desde la media no-

che, sofocada por los efluvios que emanaban las flores durante la noche.

—¡Qué imprudencia! dijeron los médicos; bien sabido es que las plantas todas producen mucha cantidad de ácido carbónico, absorben por consiguiente el oxígeno del aire respirable, causan embotamiento de los sentidos, vértigos, y por último la muerte!

Nosotros diremos, sin embargo, que la muerte de este angel tiene algo de sobrenatural y misterioso, ¿acaso Dios oyó su ardiente rúplica y aceptó la vida que ofrecía en cambio de la salvación de Pedro? ¿Qué sabemos? ¿Comprendemos acaso lo que sucede en torno nuestro? ¿Las causas de la vida y de la muerte, á pesar de lo que pueden explicar los sabios no son siempre misteriosas?

Lo cierto es que Pedro no murió de su herida, y si murieron en él sus incredulidades é ideas antirreligiosas.

La bala que le asestó la infeliz Ernestina, inspirada por el frenesí de su loca pasión no arrancó la vida á Pedro, pero permaneció días y semanas entre la vida y la muerte. Durante su larguísima convalecencia, cuando tenía que permanecer inmóvil en su lecho de doctor, el Cura le recitaba con frecuencia,

y el joven le recibía con señales de satisfacción; á pesar de que el buen Presbítero era hombre sencillo, pero hondamente religioso. Este solía leerle libros que le llevaba para distraerle y Pedro le escuchaba con una atención inusitada y cuando se detenía le rogaba que continuase.

El médico que llevaron de Bogotá para que lo recetase, prohibió no solamente que se moviese, sino que hablase, y que hubiese en la pieza más de una persona. Sin embargo, Pedro, que de suyo era reconcentrado y meditabundo, no se fastidiaba; pasaba horas enteras callado y entregado á hondas reflexiones; no hacía casi caso á su madre y á Jorge Maldevis, los cuales se habían trasladado al Valle cuando tuvieron noticia de la gravedad de su situación.



Aquel marasmo, en un principio natural, puesto que la debilidad del herido era grande, empezó después á inquietar á los que le asistían, pero no se atrevían á interrumpirle ni á obligarle á que prestara atención cuando manifestaba fastidio en su compañía y prefería la soledad. Jorge Maldives parecía comprender instintivamente que en el espíritu de su amigo pasaba algo insólito y extraño, y la pobre madre que había pasado horas amarguísimas cuando lo consideró perdido, miraba á Pedro con aquel respeto que inspiran los sufrimientos físicos y morales á las buenas mujeres.

El médico á quien consultaron acerca de aquella atonía moral que parecía su

mpir el herido, á pesar de estar ya en plena convalecencia, aconsejó que trataran de llamarle la atención hacia algo que le pudiera interesar; noticias alegres ó tristes, cualquier cosa que le sacara de ese marasmo del espíritu, el cual tenía pudiera tener alguna consecuencia desastrosa para su razón.

Durante las angustiosas noches que pasaron en vela Jorge y la madre de Pedro, ésta le había confiado cómo Lucía no había querido casarse con él, y como ella creía que ese desengaño había causado una inmensa pena á su hijo. Jorge había adivinado aquello, pero no tenía certidumbre, así fue que viendo la inutilidad de todos los esfuerzos que habían hecho para llamar la atención de Pedro, resolvió referirle la muerte de Lucía, cosa que hasta entonces él había ignorado.

El joven oyó en silencio y con los ojos cerrados cuanto le dijo su amigo, y volviendo la cara para otro lado:

—Lo sabía, contestó.

—¿Lo sabías ya! ? Quién te lo dijo?

—Nadie.

Jamás quiso decir cómo había tenido conocimiento de la muerte de la que constantemente había amado; pero desde ese día hablaba frecuentemente de ella con su amigo y con su madre, refiriendo con ternura sus actos de virtud y circunstancias de su niñez.

En cambio cuando le hablaban de Ernestina se manifestaba en extremo acongojado, acallando á su madre que se indignaba con lo que ella había hecho, con estas ó semejantes palabras:

—La infeliz estaba loca! La desdichada no tenía la culpa de sus actos, hijos de la errónea educación que le habían dado!

Después de aquel desahogo Pedro fue mejorándose rápidamente y pudo regresar á Bogotá. Allí cada día era más retraído; vivía encerrado en su ga-

binete, leyendo y estudiando, pero nadie sabía qué: el mismo Jorge Maldives no lo sabía, su reserva era completa, no alternaba con nadie y parecía tan preocupado que su familia misma no le veía sino á las horas de comer.

Poco después enfermó su padre gravemente, y cuando ya estaba en la agonía su madre hizo que le visitase un sacerdote con quien se confesó, y llamó muchísimo la atención, que Pedro no solamente no se había opuesto á aquel



acto de religiosidad, sino que se le v
en la comitiva cuando le llevaron a
Nuestro Amo á su padre.

Muerto su padre, casadas sus dos
hermanas, resolvió el joven dejar á su
madre en casa de una de éstas y partir
para Europa. Sus compatriotas en Pa-
rís se sorprendieron al ver que no había
llegado sino que viajaba, según se dijo,
por Italia. Su familia recibía muy de
tarde en tarde cartas de Pedro, pero
muy lacónicas y sin dirección, y cuando
murió su madre dejó de comunicarse
completamente con sus hermanas. Como
al partir para Europa había realizado
cuanto le tocaba de herencia de su pa-
dre, escribió—esta fue la última carta
que recibieron de él— que cedía su par-
te de herencia á sus hermanas, de lo que
dejó su madre.

Se dijo, parece que con fundadas ra-
zones, que Pedro se halla recluso en un
convento de trapistas.

¿Quién y cómo se convirtió el hijo de
D. José del Pino?

Aquel hecho sorprendente, increíble,
nunca visto entre los del Pino causó

mucha sensación en Bogotá entre sus
antiguos amigos que conocían sus ideas
y despertó curiosidades que no llegaron
á satisfacerse jamás. Sin embargo, el
piadoso lector de esta verídica historia
talvez adivinará el motivo que produjo
aquel cambio radical en las ideas de
Pedro.

SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER

Bogotá, 20 de Julio de 1899.



Cincuenta y cuatro

Milagros

de la

Vida de Nuestro Señor Jesucristo

Tomados textualmente
de los Cuatro Evangelistas

Julio de 1905



624

Primer Milagro

La Anunciación

El ángel Gabriel fué enviado de Dios á una ciudad de Galilea, llamada Nazareth, á una Virgen desposada con un varón, que se llamaba José, de la casa de David, y el nombre de la virgen era María.

Y habiendo entrado el ángel á donde estaba, dijo: Dios te salve, llena de gracia; el Señor es contigo; bendita tu entre las mujeres. Y cuando ella esto oyó, se turbó con las palabras de él, y pensaba, qué salutación fuese esta. Y el ángel le dijo: No temas María, porque has hallado gracia delante de Dios. He aquí concebirás en tu seno, y parirás un hijo, y llamarás su nombre Jesús. Este será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y le dará el Señor Dios el trono de David su padre, y reinará en la casa de Jacob por siempre, y no tendrá fin su reino

Y dijo Maria al Angel: ¿cómo será esto, porque no conozco varon? - Y respondiendo el angel le dijo: - El Espiritu Santo vendrá sobre ti, y te hará sombra la virtud del Altisimo; y por eso lo santo que nacera de ti, será llamado Hijo de Dios; y he aquí Elizabeth tu parienta, tambien ella ha concebido un hijo en su vejez; y este es el sexto mes á ella, que es llamada la esteril; porque no hay cosa alguna imposible para Dios. - Y dijo Maria: He aquí la esclava del Señor, hágase en mí segun tu palabra. Y se retiró el angel de ella.

Evangelió de San Lucas - Cap. 1º - ver. 26 á 38 -

Segundo Milagro

La Visitación y nacimiento de San Juan Bautista

Fubo en los dias de Herodes, rey de Judea, un sacerdote nombrado Zacharias, de la suerte de Abias; y su mujer de las hijas de Aarón, y el nombre de ella Elisabeth. Y eran ambos justos delante de Dios, caminando irreprensiblemente en todos los mandamientos y estatutos del Señor; y no tenían hijos porque Elisabeth era estéril, y ambos eran avanzados en sus días. Y aconteció que ejerciendo Zacharias su ministerio de sacerdote delante de Dios en el orden de su vez, segun la costumbre del sacerdocio, salió por su suerte à poner el incienso, entrando en el templo del Señor; Y toda la muchedumbre del pueblo estaba fuera orando à la hora del incienso; y se le apareció el angel del Señor, puesto en pie à la derecha del altar del incienso. Y Zacharias al verle se turbó, y cayó temor sobre él - Mas el añ

-gel
htr

le dijo: No temas, Zacharias, porque tu oración,
ha sido oída; y tu mujer Elizabeth te parará
un hijo y llamarás su nombre Juan; y tendrás
gozo y alegría y se gozarán muchos en su naci-
miento, porque será grande delante del Señor
y no beberá vino, ni sidra, y será lleno del Espí-
ritu Santo aun desde el vientre de su madre, y
a muchos de los hijos de Israel convertirá al Se-
ñor el Dios de ellos; por que él ira delante de
él como espíritu y virtud de Elías, para conver-
tir los corazones de los padres a los hijos, y los in-
crédulos a la prudencia de los justos, para a-
parejar al Señor un pueblo perfecto — Y di-
jo Zacharias al angel: En que conoceré esto?
porque yo soy viejo y mi mujer está avan-
zada en días — Respondiendo el angel le
dijo: — Yo soy Gabriel, que asisto delante de
Dios, y soy enviado a hablarte y a traerle esta
feliz nueva, y tu quedarás mudo y no podrás
hablar hasta el día en que esto suceda / ó sea

hecho) por que no creste à mis palabras. Las
cuales se cumpliran à su tiempo (1)

(1) Sara, la mujer de Abraham lampoco creyó cuando
los angeles le anunciaron, cuando tenía ya noventa años
y su esposo cien, que tendría un hijo:

"Y aparecióle el Señor (à Abraham) en el valle de Mam-
bré, estando sentado à la puerta de su tienda en el
mayor calor del día. Y habiendo alzado los ojos se le a-
parecieron tres varones puestos en pie junto à él; y quan-
do los vio corrió desde la puerta de la tienda à recibirlos,
è inclinose à tierra y dijo: Señor si he hallado gracia
en tus ojos no pares de tu servo. - Mas traere un poco
de agua y lavare vuestros pies y reposad debajo del árbol.

Y luego que hubieron comido digeronle ¿en donde está
Sara tu mujer? El respondió: ahí está en la tienda. Y
dijeronle: Volviendo vendaremos à ti en este mismo tien-
po, y tendrá un hijo para tu mujer. Oido esto, rose Sara
detrás de la puerta de la tienda. - Pues los dos eran ancia-
nos y de edad avanzada. . . . Y dijo el Señor à Abraham
¿por qué se ha reído Sara. . . .? Pues qué para Dios hay al-
guna cosa difícil? . . . Sara llena de humor lo negó, di-
ciendo no me he reído. Y el Señor replicó, no es así, sino que te
has reído. . . . El Genesis - Cap. XVIII - ver 1º-2-3-4-9-10-11-18

El pueblo estaba esperando a Zacharias, y se maravillaban de que se tardase el en el templo. Y cuando salió no les podía hablar, y entendieron que había visto visión en el templo. Y él se lo significaba por señas y quedó mudo. Y cuando fueron cumplidos los días de su ministerio, se fue a su casa: - Y después de estos días concibió Elisabeth, su mujer; y se estuvo escondida cinco meses diciendo: - Porque el Señor me hizo esto en los días en que atendí a quitar mi oprobio de entre los hombres.

San Lucas - Cap. 1º vers - 5 - a 25 -

Tercer Milagro

Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo.

Y aconteció en aquellos días que salió un edicto de Cesar Augusto, para que fuese empadronado todo el mundo - E iban todos a empadronarse cada uno a su ciudad - Y subió también José de Galilea de la ciudad de Nazareth, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Bethlem; por que era de la casa y familia de David - Para empadronarse con su esposa Maria, que estaba preñada - Y estando allí, aconteció que se cumplieron los días en que habia de parir - Y parió a su Hijo primogenito, y lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre, por que no habia lugar para ellos en el meson - Y habia unos pastores en aquella comarca, que estaban velando y guardando las velas de la noche sobre su ganado - Y he aquí se puso junto a ellos un angel del Señor y la claridad de Dios los cercó de resplandor, y tuvieron grande temor - Y les dijo el angel: No temais por que he aquí os anuncio un grande gozo, que sera a todo el pueblo: que hoy os es nacido el Salvador, que es

elberto Señor, en la ciudad de David. Esta os será la señal: Hallaréis un niño envuelto en pañales y echado en un pesebre. Y subitamente apareció con el ángel una tropa numerosa de la milicia celestial, que alababan a Dios, y decían: Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad.

Y aconteció, que luego que los ángeles se retiraron de ellos al cielo, los pastores se decían unos a otros: Faremos hasta Belén, y veamos esto, que ha acontecido, lo cual el Señor nos ha mostrado. Y fueron apresurados, y hallaron a María y a José y al Niño echado en el pesebre. Y cuando esto vieron, entendieron lo que se les había dicho acerca de aquel niño. Y todos los que lo oyeron se maravillaron y también y también de lo que les habían referido los pastores. Mas María guardaba todas estas cosas en su corazón, confiriéndolas en su corazón. Y se volvieron los pastores glorificando y loando a Dios por todas las cosas que habían oído y visto, así como les había sido dicho. (Lucas - Cap. 11. vers. 1 a 20)

(1) Según cálculos el Salvador nació el Viernes, 25 de Diciembre, año 4707 del período Juliano.